

**INMORAL**

**BRIAN FREEMAN**

Lectulandia

El teniente Stride está viviendo un desagradable episodio de *déjà vu*. Por segunda vez en un año, una adolescente ha desaparecido de las calles de Duluth, Minnesota, sin dejar rastro. Primero fue la dulce Kerry McGrath y ahora se trata de Rachel Deese, una chica problemática y seductora.

Un laberinto de pistas falsas, demasiados implicados, medios sensacionalistas en busca de la noticia... La realidad es más perversa de lo que parece, y conducirá a Stride desde la gélida tranquilidad de los bosques del norte hasta el erótico dinamismo de Las Vegas. Poco a poco, los secretos que consigue desentrañar mostrarán una maraña de mentiras, muertes y deseos ilícitos, una maraña escalofriantemente inmoral.

**Lectulandia**

Brian Freeman

**Inmoral**

**Jonathan Stride 01**

ePub r1.0

brusina 16.03.14

Título original: *Immoral*  
Brian Freeman, 2005  
Traducción: Isabel Margelí Bailo

Editora digital: brusina  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Marcia*

Al principio nunca se comprende  
la distancia que recorren los muertos  
y durante muchos años ardientes  
nos parece que pueden volver.

EMILY DICKINSON

## Prólogo

La oscuridad era muy distinta en los bosques del norte que en la ciudad. Lo había olvidado.

La chica era invisible, un fantasma bajo el cielo de medianoche. Pero él sabía que estaba allí, muy cerca. La agarró de su cálida muñeca. Ella respiraba de forma suave y acompasada; estaba tranquila. Su perfume, que tan familiar le resultaba, volvía a llenar sus fosas nasales con aquella persistente e inusual esencia de flores primaverales. «Lila —pensó—. Y jacinto». Recordó el tiempo en que el olor de ese perfume conseguía excitarle. Echaba de menos aquella fragancia y aquel cuerpo. Y ahora, aquí estaban... juntos otra vez.

Un terror repentino se apoderó de él y le invadió una oleada de desprecio por sí mismo. No estaba seguro de tener el coraje suficiente para lo que se avecinaba. Había esperado, planeado, deseado y fantaseado con aquella noche. Tenía a aquella chica metida en la cabeza hasta tal punto que, cuando se miraba al espejo, podía verla claramente detrás de él, como un oscuro cuervo posado en su hombro. Pero después de tanta expectativa, las dudas empezaron a acecharle cuando se encontraba a las puertas.

«Un último juego», pensó.

—Acabemos con esto —murmuró la chica, mostrando irritación e impaciencia.

Odiaba oír el menor rastro de desaprobación en su voz. Pero tenía razón —siempre iba unos pasos por delante de él—, llevaban demasiado tiempo fuera, bajo aquel aire gélido. El establo era un imán para los enamorados; alguien podía sorprenderles en su escondrijo y echarlo todo a perder.

Percibía que alguien le observaba con avidez. Estaban solos y, aun así, era como si un extraño se ocultara tras las ramas desnudas de los abedules para acecharle. Respiró hondo, intentando apaciguar sus temores. Ya no podía esperar más.

Ocultó la mano izquierda en el bolsillo de su abrigo, acariciando el filo del cuchillo con los dedos.

Empezaba el juego.

La había estado esperando en el lado más oscuro de la calle, junto al camino por el que sabía que vendría. Fríos copos de aguanieve caían en horizontal sobre el coche y se amontonaban en el parabrisas. Se estremeció, se ciñó aún más el liviano abrigo a los hombros y observó los retrovisores con inquietud.

Había llegado antes, mucho antes de lo conveniente, aunque el vecindario estaba tranquilo. Su reloj marcaba las diez en punto. «Pronto», pensó.

Los minutos avanzaban con espantosa lentitud. Tenía retortijones y el estómago hecho puré. Durante un instante horrible se le ocurrió que quizás ella no se

presentaría. Tanta espera y tantos sacrificios para nada. A pesar del frío que hacía en el coche, empezó a sudar. Se mordió el labio superior. Cuanto más tiempo pasaba ahí sentado, contando los segundos mentalmente, más se acrecentaban sus miedos. ¿Vendría?

Y entonces llegó, como salida de ninguna parte, etérea bajo el pálido resplandor de una farola. Su belleza le dejaba sin aliento. Se le aceleró el pulso y se le formó una pegajosa película de sudor en las axilas y en la nuca. Tenía la boca tan seca que no podía tragar. A medida que ella se acercaba, sus ojos se iban empapando de su imagen. Tenía los labios muy rojos y su pelo negro le caía en mechones húmedos sobre los hombros. El frío había sonrojado levemente sus mejillas, aunque no lo bastante para teñir su piel alabastro de tonalidad cremosa. Un aro pendía de su lóbulo izquierdo con un destello dorado, y un brazalete de oro bailaba alrededor de su muñeca derecha. Era alta y sus zancadas, grandes y apresuradas. Un jersey blanco de cuello de cisne cubría su largo torso y la tela húmeda se ceñía a su cuerpo. Sus vaqueros negros se le ajustaban a la perfección.

Imaginó qué se sentía al tener tanto poder y confianza. Casi podía verse dentro de la piel de ella, consciente de su cuerpo: el sabor de la lluvia en sus labios, el sonido y la crudeza del viento en sus oídos, y aquella lujuriosa y viva sensación entre sus piernas.

Sus ojos se encontraron. Sabía que no podía verle dentro del coche, pero sintió su mirada de todos modos. Conocía muy bien aquellos ojos, verdes e intensos como la espuma de un mar en el que podría ahogarse. Caminaba directamente hacia él.

Sabía lo que debía hacer: quedarse en el automóvil, esperar, dejar que ella se acercara. Pero la punzada que sentía en el corazón era demasiado intensa. Recorrió la calle con la mirada para asegurarse de que estaban a salvo. Abrió la puerta del coche y la llamó, con una voz apenas más audible que un susurro.

—Rachel.

Ahora, a unos kilómetros de distancia, ella corría. Intentaba escapar. Él extendió un brazo para tratar de agarrarla por el jersey. Se aferró al cuello de cisne, pero ella le apartó la mano de una bofetada. Él resbaló y volvió a buscar su muñeca, pero sus manos enguantadas toparon con el brazalete. Ella se liberó, se quitó el brazalete y se precipitó hacia la maleza.

Él la seguía, apenas a dos pasos de distancia. Pero Rachel era como una gacela, grácil y veloz. Se sentía patoso y entorpecido por sus grandes zapatos, a los que se habían adherido barro y hojarasca. Ella le estaba ganando ventaja y la llamó, le suplicó que se detuviera, y seguro que lo oyó. O quizá tropezó con los surcos del terreno. Cuando tanteó a ciegas con las manos, sintió la suave piel de su hombro. Apretó con fuerza y le dio la vuelta. Sus cuerpos se encontraron. La abrazó mientras



ella intentaba liberarse con el pecho palpitante. Respiró su dulce aliento.

Ella no dijo una palabra.

Con el pie derecho inmovilizó los de ella y luego juntó sus caderas. Tiró de su jersey. Atrapó la tela en su mano y levantó el otro puño, en el que llevaba el cuchillo. Con el borde de la hoja rasgó el jersey como si fuese mantequilla mientras escuchaba cómo se rompía y deshilachaba la tela. Le hizo otro corte al jersey. Y otro más, hasta convertirlo en andrajos. Tocó su piel con los dedos y sintió la curva de sus pechos, que subían y bajaban, una y otra vez, como una montaña rusa.

Le puso la punta del cuchillo en el pecho, justo donde debía de estar el corazón, en lo hondo. Si es que tenía uno. Ella forcejeó para continuar el juego. El juego de la muerte. Sabía que ella quería que lo hiciera. Se recordó a sí mismo que nunca se trataba de él: sólo de Rachel.

Presionó. Al fin, un grito ahogado se escapó de los labios de ella. Algo húmedo se deslizó por la hoja. Era cuanto necesitaban para ser libres.

# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

Jonathan Stride se sentía como un fantasma, bañado por los focos de luz blanca que iluminaban el puente.

Debajo de él, un torrente de lodo marrón se desbordaba por el canal, barriendo con sus olas los muelles de hormigón que se alzaban más de dos metros. El agua se arremolinaba y se abría camino desde el violento lago hasta el plácido puerto interior. Al final de los muelles, donde los barcos navegaban por el canal con el mismo cuidado con que se enhebra una aguja, dos faros gemelos lanzaban sus haces giratorios de luz verde y roja.

El puente parecía estar vivo. A medida que los coches se aproximaban hasta la plataforma, un silbido similar al zumbido de una avispa llenaba el aire. El enjambre en que se había convertido la acera vibraba y temblaba bajo sus pies. Stride miró hacia arriba, como imaginó que habría hecho Rachel, a las tijeras de acero que se entrecruzaban por encima de su cabeza. El balanceo, apenas perceptible, le provocó un mareo.

Hacía lo de siempre: ponerse en el lugar de la víctima, adentrarse en su mente, ver el mundo con los ojos de ésta... Rachel había estado en ese sitio el viernes por la noche, sola, en el puente... después de eso, nadie sabía nada.

Stride centró su atención en los dos adolescentes que estaban frente a él, golpeando impacientes el frío suelo con los pies.

—¿Dónde estaba ella cuando la visteis por primera vez? —preguntó.

Kevin, el chico, extrajo una robusta mano del bolsillo. En el tercer dedo lucía una enorme sortija de ónix con el emblema de su instituto. Dio unos golpecitos sobre los ocho centímetros de húmedo acero de la barandilla.

—Justo aquí, teniente. Hacía equilibrios encima de la barandilla, con los brazos abiertos. Como si fuese Cristo. —Cerró los ojos, apuntó con la barbilla hacia el cielo y extendió los brazos con las palmas hacia arriba—. Así.

Stride frunció el ceño. El mes de octubre había sido crudo, con feroces ráfagas de viento y aguanieve cayendo como balas desde el cielo. Costaba imaginar que aquella noche alguien hubiese podido mantener el equilibrio en la barandilla.

Kevin pareció leerle el pensamiento.

—Se movía con gracia. Como una bailarina.

Stride miró con detenimiento por encima de la barandilla. El estrecho canal era lo bastante profundo como para garantizar la circulación de gigantescos buques de carga, con vientres de mineral de hierro como lastre. Con su terrible resaca, era capaz de succionar un cuerpo y no dejarlo escapar.

—¿Qué diablos estaba haciendo aquí? —preguntó Stride.

La otra adolescente, Sally, habló por primera vez, refunfuñando.

—Sólo era cuento, como todo lo que hacía. Quería llamar la atención.

Kevin abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla. Stride tuvo la sensación de que aquél era un viejo motivo de discusión entre ellos. Sally rodeaba el brazo de Kevin con los suyos y acercó al chico hacia ella mientras hablaba.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Stride.

—Corrí hacia el puente —dijo Kevin—. La ayudé a bajar.

Stride observó que Sally fruncía la boca con tristeza mientras Kevin describía el rescate.

—Háblame de Rachel —dijo Stride a Kevin.

—Crecimos juntos. Vivíamos puerta con puerta. Luego su madre se casó con el señor Stoner y se mudaron a la parte alta.

—¿Qué aspecto tiene?

—Pues, bueno... muy mona —dijo Kevin nervioso, mientras le lanzaba una rápida mirada a Sally.

Esta puso los ojos en blanco.

—Era muy guapa, ¿vale? Pelo negro y largo, alta, delgada... El lote completo. Y la mayor zorra que pueda encontrar.

—¡Sally! —protestó Kevin.

—Es cierto y lo sabes. ¿Después de lo del viernes? Lo sabes perfectamente.

Sally le giró la cara a Kevin, aunque no soltó su brazo. Stride detectó que la mandíbula de la chica delataba su enfado y que mantenía los labios apretados. Sally tenía la cara redonda; un montón de desmandados rizos castaños caían sobre sus hombros y brincaban por sus rosadas mejillas. Vestía unos vaqueros azules ceñidos y un anorak rojo. Resultaba una joven atractiva, pero nadie la describiría como guapa. Ni como una belleza. Al contrario de Rachel.

—¿Qué ocurrió el viernes? —preguntó Stride.

Sabía lo que el jefe de policía Kinnick le había contado por teléfono hacía dos horas: Rachel no había pasado por casa desde el viernes. Había desaparecido. Como si se hubiera evaporado. «Igual que Kerry».

—Bueno, digamos que coqueteó conmigo —dijo Kevin a regañadientes.

—¡Delante de mis narices! —exclamó Sally—. Maldita fulana.

Las cejas de Kevin se juntaron como una oruga amarilla.

—¡Basta! ¡No hables así de ella!

Stride levantó una mano para silenciar la discusión. Buscó en el interior de su descolorida chaqueta de piel y sacó un paquete de cigarrillos que había guardado en el bolsillo de su camisa de franela. Examinó el paquete con desagrado y cansancio, encendió un cigarrillo y dio una larga calada. El humo salió serpenteando de su boca y formó una nube ante su rostro. Sintió cómo se contraían sus pulmones. Stride lanzó el resto del paquete al canal, donde el envoltorio rojo dio vueltas como una gota de

sangre en un remolino y luego fue engullido bajo el puente.

—Recapitulemos —dijo—. Kevin, cuéntame la historia completa, de forma breve y clara, ¿de acuerdo?

Kevin se pasó la mano por el cabello hasta que su pelo rubio se quedó tieso como los desnudos árboles invernales. Se irguió mostrando sus anchos y musculosos hombros. Era jugador de fútbol.

—Rachel me llamó al móvil el viernes por la noche y dijo que fuéramos un rato con ella a Canal Park —dijo Kevin—. Eran alrededor de las ocho y media, creo. Hacía una noche de mierda, el parque estaba casi vacío. Rachel estaba en la barandilla, jugueteando. Así que corrimos hacia el puente para obligarla a bajar.

—¿Y luego? —preguntó Stride.

Kevin señaló el lado opuesto del puente, hacia la península que se extendía como un delgado dedo con el lago Superior a un lado y el puerto de Duluth al otro. Stride había vivido allí la mayor parte de su vida, contemplando los barcos cargueros cuando se hacían a la mar.

—Fuimos paseando los tres hasta el banco. Hablábamos de cosas de la escuela.

—Es una lameculos —añadió Sally—. En clase de psicología repite todas las teorías del profesor sobre familias destrozadas. Cuando va a inglés, el profesor de poesía es maravilloso y en mates, ordena los trabajos después de las clases.

Stride hizo callar a la chica con una mirada glacial. Sally hizo una mueca y se sacudió el pelo, desafiante. Stride le indicó a Kevin con la cabeza que continuara.

—Entonces oímos la sirena de un barco —contó—. Rachel dijo que quería subirse al puente mientras lo elevaban.

—Eso no está permitido —dijo Stride.

—Ya, pero Rachel conoce al guarda. Ella y su padre solían ir con él.

—¿Su padre? ¿Te refieres a Graeme Stoner?

Kevin negó con la cabeza.

—No, su verdadero padre, Tommy.

Stride asintió.

—Continúa.

—Bueno, pues volvimos al puente, pero Sally no quería. Ella se marchó a la ciudad. Yo no estaba dispuesto a que Rachel subiera ahí sola, así que me quedé. Y fue entonces cuando... bueno, fue cuando empezó a tontear.

—Estaba jugando contigo —dijo Sally bruscamente.

Kevin se encogió de hombros. Stride observó al chico mientras éste tiraba del collar que llevaba alrededor del cuello y sus miradas se cruzaron. Kevin no iba a contar qué había ocurrido exactamente en el puente, pero era evidente que se sentía violento y excitado al respecto.

—No nos quedamos arriba mucho tiempo —dijo Kevin—. Unos diez minutos,

quizá. Cuando bajamos... Sally ya no estaba.

—Me marché —dijo Sally—. Me fui a casa.

Kevin tartamudeó un poco.

—De verdad que lo siento, Sal.

Tendió la mano para acariciarle el pelo, pero Sally se dio la vuelta.

Antes de que Stride pudiera cortar de cuajo aquella última rencilla, su móvil empezó a vomitar una versión polifónica del *Chattahoochee* de Alan Jackson. Sacó el teléfono del bolsillo y reconoció el número de Maggie Bei. Abrió la tapa.

—¿Sí, Mags?

—Malas noticias, jefe. La prensa se ha enterado. Se nos están echando encima.

Stride frunció el ceño.

—Mierda. —Se alejó de los chicos unos pasos, y vio que Sally empezaba a increpar a Kevin en cuanto él quedó fuera del alcance de sus palabras—. ¿Está Bird ahí con el resto de los chacales? —preguntó.

—Ya lo creo. Dirigiendo el interrogatorio.

—Por el amor de Dios, no habléis con él. No dejéis que ningún periodista se acerque a los Stoner.

—De acuerdo, seremos como un muro.

—¿Alguna otra buena noticia? —preguntó Stride.

—Lo están presentando como si fuese la segunda —explicó Maggie—. Primero Kerry y ahora Rachel.

—No me extraña. A mí tampoco me gustan los *déjà vu*. Oye, estaré ahí dentro de veinte minutos, ¿de acuerdo?

Stride cerró el teléfono. Estaba impaciente. Las cosas estaban tomando un cariz que no le gustaba. El hecho de que la prensa divulgara la desaparición de Rachel alteraba la naturaleza de la investigación. Necesitaba que la televisión y los periódicos mostraran al público el rostro de la chica, pero Stride quería mantener el control de la historia, y no que la historia le controlara a él. Pero eso era imposible con Bird Finch haciendo preguntas.

—Sigamos —instó Stride a Kevin.

—No hay mucho más —afirmó Kevin—. Rachel dijo que estaba cansada y que quería volver a casa, así que la acompañé al *Bicho Sangriento*.

—¿Adónde? —preguntó Stride.

—Perdón, el coche de Rachel. Un Volkswagen escarabajo, ¿sabe? Ella lo llamaba *Bicho Sangriento*.

—¿Por qué?

—Porque era rojo, supongo.

—Está bien. ¿La viste marcharse?

—Sí.

—¿Sola?

—Claro.

—¿Y especificó que se iba a casa?

—Eso es lo que dijo.

—¿Es posible que mintiera? ¿Podía haber tenido otra cita?

Sally se rió con crueldad.

—Claro que podía. Probablemente la tenía.

Stride volvió de nuevo sus ojos oscuros hacia Sally. Ésta dejó caer los párpados y se miró los zapatos, con los rizos cayéndole encima de la frente.

—¿Sabes lo que creo, Sally? —dijo Stride—. Que tal vez fuiste a ver a Rachel para decirle que dejara en paz a Kevin.

—¡No!

—Entonces, ¿con quién crees que fue a reunirse Rachel?

—Podría ser cualquiera —dijo Sally—. Era una puta.

—¡Cállate! —insistió Kevin.

—Callaos los dos —los cortó Stride—. ¿Qué vestía Rachel esa noche?

—Vaqueros negros ceñidos, de los que necesitas un cuchillo si te los quieres quitar —replicó Sally—. Y un jersey de cuello de cisne blanco.

—Kevin, ¿no viste nada dentro del coche? ¿Maletas, una mochila...?

—No, nada de eso.

—Dijiste al señor Stoner que ella tenía una cita contigo.

Kevin se mordió el labio.

—Me preguntó si quería verla el sábado por la noche. Dijo que podía recogerla a las siete para salir por ahí. Pero no estaba.

—Para ella sólo era un juego —repitió Sally—. ¿También te dijo que me llamaras el sábado y me mintieras? Porque eso es lo que hiciste.

Stride supo que esa noche ya no conseguiría nada más de ese par.

—Escuchadme los dos: no se trata de quién besó a quién. Ha desaparecido una chica. Una amiga vuestra. Tengo que hablar con sus padres, que se preguntan si volverán a ver a su hija con vida, ¿está claro? Así que pensad. ¿Recordáis algo más del viernes por la noche? ¿Algo que Rachel hiciera o dijera? ¿Cualquier cosa que pueda decirnos adónde fue cuando se marchó de aquí o a quién pudo ver?

Kevin cerró los ojos, como si intentara recordar.

—No, teniente. No hay nada.

Sally estaba enfurruñada y Stride se preguntó si estaría ocultando algo. Pero no estaba dispuesta a hablar.

—No tengo ni idea de lo que le pasó —masculló Sally.

Stride asintió.

—Está bien, seguiremos en contacto.

Eché otro vistazo al cercano abismo del lago, más allá del estrecho canal. No había nada que ver. Tan vacío y hueco como su vida. Mientras se abría paso entre los dos adolescentes y se dirigía hacia el aparcamiento, lo sintió de nuevo. *Déjà vu*. Un desagradable recuerdo.



## Capítulo 2

Habían transcurrido catorce meses desde aquella lluviosa noche de agosto en que Kerry McGrath desapareció. Stride había reconstruido su última noche tantas veces que casi la podía ver sucediéndose en su cabeza, como si se tratase de una película. Si cerraba los ojos, veía a la chica, incluido el lunar de la comisura de sus labios y los tres pequeños pendientes de oro que colgaban de su lóbulo izquierdo. Podía oír su risa, como la que se escuchaba en la cinta de vídeo de su cumpleaños, que ya había visionado cientos de veces. Conservaba una imagen tan vivida de ella que era como si estuviera viva.

Pero él sabía que estaba muerta. Aquella muchacha llena de vida que le parecía tan real era un espantoso bulto de carne descompuesta enterrado en algún rincón abandonado de la espesura sin inspeccionar. Lo único que quería saber era quién y por qué le había hecho eso.

Y ahora otra adolescente. Otra desaparición.

Mientras esperaba ante un semáforo en rojo, Stride miró por la ventanilla de su furgoneta y se vio a sí mismo, contemplando el reflejo de sus propios ojos castaños y enigmáticos. «Ojos de pirata», solía decir Cindy para provocarle. «Oscuros, despiertos, ardientes». Pero eso era antes. Había perdido a Kerry a manos de un monstruo, y otra clase distinta de monstruo le había arrebatado a Cindy al mismo tiempo. La tragedia atenuó la llama de sus ojos y le hizo envejecer. Lo veía en su rostro, desgastado e imperfecto. Una red de significativas arrugas surcaba su frente. Su cabello negro, salpicado de mechones grises, corto y desaliñado tenía un descuidado remolino. Con cuarenta y un años se sentía un cincuentón.

Stride atravesó el paso subterráneo con su Bronco manchado de barro camino del acomodado vecindario junto a la universidad, donde vivían Graeme y Emily Stoner. Stride sabía lo que le esperaba. Eran las once de la noche de un sábado, una hora en que las calles estaban mortalmente tranquilas. Pero no aquella noche. Las luces cegadoras de los coches patrulla y los focos blancos de los equipos de televisión iluminaban la calle. Varios vecinos estaban de pie en su parcela de césped y formaban pequeños corros de espías y chismosos. Stride oyó la predominante cacofonía de la emisora de la policía zumbando como ruido blanco.

Policías uniformados habían acordonado la casa de los Stoner, dejando fuera a periodistas y curiosos. Stride dirigió su Bronco hacia un coche patrulla y aparcó en doble fila. Los reporteros se apiñaron a su alrededor, apenas le dejaban espacio para abrir la puerta. Stride sacudió la cabeza, levantó la mano y entornó los ojos para protegerse de las luces de las cámaras.

—Vamos, chicos, dadme un respiro.

Se abrió camino entre la multitud de periodistas, pero un hombre se plantó ante él

y le hizo una señal al compañero que llevaba la cámara.

—¿Tenemos a un asesino en serie suelto por la ciudad, Stride?

Bird Finch irrumpió con su profundo vozarrón. Su verdadero nombre era Jay Finch, pero todo el mundo en Minnesota le conocía como Bird, la estrella Gopher del baloncesto que ahora presentaba un programa de televisión sensacionalista en Minneapolis.

Stride, que medía poco más de metro ochenta, estiró el cuello para mirar el rostro poco amigable de Bird. El hombre era un gigante de al menos dos metros, vestido de forma impecable con su traje cruzado azul marino, y unos gemelos que brillaban en el centímetro de camisa blanca que le asomaba por cada manga. Stride vio una sortija con el emblema de su universidad en el índice de la enorme zarpa con la que sostenía el micrófono.

—Bonito traje, Bird —dijo Stride—. ¿Vienes de la ópera?

Oyó reírse a algunos periodistas. Bird miró a Stride con dureza. Los focos se reflejaban en su calva y negra cabeza.

—Hay un perverso secuestrando a chicas en las calles de esta ciudad, teniente. El año pasado prometió a los ciudadanos que se haría justicia. Todavía la estamos esperando. Las familias de esta ciudad también la esperan.

—Mire, si pretende hacer carrera como político, hágalo con el tiempo de otro.

Stride se desenganchó la placa de los vaqueros y la sostuvo frente a la cara de Bird, mientras ponía la otra mano delante de la cámara.

—Y ahora, fuera de mi camino.

De mala gana, Bird se apartó un poco. Al pasar, Stride se dio un fuerte golpe en el hombro contra el reportero. El griterío continuó detrás de él. La multitud de periodistas le pisaba los talones mientras caminaba por la acera hasta el improvisado cerco de cinta amarilla. Stride se agachó, se deslizó por debajo de la cinta y se irguió. Hizo un gesto al policía más cercano, un pelirrojo menudo y despeinado de veintidós años. El agente se acercó apresuradamente y con entusiasmo hacia Stride.

—¿Sí, teniente?

Stride se inclinó y le susurró al oído:

—Mantén a estos gilipollas lo más lejos posible.

El policía sonrió.

—Eso está hecho, señor.

Stride avanzó hasta el centro del cuidado césped de Graeme Stoner. Saludó con la mano a Maggie Bei, sargento jefe del cuerpo de detectives que él dirigía, quien repartía órdenes en hojas grapadas a un grupo de agentes uniformados. Maggie medía poco más de metro y medio de altura, incluso con sus grandes botas negras de cinco centímetros de tacón. Los demás policías la eclipsaban. Pero enseguida se cuadraban cuando ella les señalaba con el dedo.

La casa de los Stoner estaba al final de una estrecha avenida flanqueada por robles que, no hacía mucho, habían dejado caer la mayor parte de sus hojas en montones irregulares. El edificio de tres plantas era un vestigio de los años veinte, una construcción sólida para los inviernos de Minnesota, hecha de pino y ladrillos. Un sendero en curva conducía desde la calle hasta una gigantesca puerta principal. En el lado este de la casa, dominando un pequeño valle boscoso, había un garaje de dos plazas separado de la casa, con un camino de entrada que llevaba a la calle de atrás. Stride vio un Volkswagen rojo estacionado en el camino, bloqueando una de las plazas del garaje.

El coche de Rachel. El *Bicho Sangriento*.

—Bienvenido a la fiesta, jefe.

Stride miró a Maggie Bei, quien se había reunido con él en el césped.

Maggie llevaba el pelo, negro azabache, cortado como una bola y el flequillo le caía sobre las cejas. Era pequeña como una muñeca china. Su rostro era bonito y expresivo, con brillantes ojos almendrados y la piel, de un suave tono dorado. Vestía una chaqueta de piel de color borgoña encima de una camisa blanca de la marca Gap y vaqueros negros comprados en una tienda para adolescentes. Así era Maggie; moderna, con estilo. Stride, por su parte, no se gastaba mucho dinero en ropa. Seguía poniendo suelas a las botas de *cowboy* que llevaba desde que se había enfundado su uniforme para unirse al cuerpo de detectives, y de eso hacía ya mucho tiempo. Todavía llevaba los mismos vaqueros desgastados que se había puesto durante nueve inviernos, aunque perdía las monedas por un agujero del bolsillo. Su chaqueta de piel llevaba más o menos el mismo trote. Incluso mostraba un agujero de bala en la manga, alineado con la cicatriz del musculoso brazo de Stride.

Stride dirigió la mirada a las ventanas frontales de la casa de los Stoner y en el interior vio a un hombre que llevaba una bebida a una habitación trasera. En el vaso de cristal se reflejó la luz de un candelabro, que lanzó destellos como si alguien transmitiera un mensaje con un espejo.

—¿Qué tenemos aquí, Mags? —preguntó Stride.

—Nada que no sepas ya —dijo ella—. Rachel Deese, diecisiete años, último curso en el instituto de Duluth. El futbolista, Kevin, dice que la vio el viernes hacia las diez de la noche, cuando se fue en coche de Canal Park. Desde entonces, nada. Su vehículo está aparcado en el camino de entrada, pero de momento nadie la vio llegar a casa el viernes ni marcharse de aquí, a pie o acompañada. Eso fue hace dos días.

Stride asintió. Dedicó un momento a estudiar el Volkswagen de Rachel, que estaba rodeado por los agentes que realizaban un exhaustivo registro del vehículo. Era gracioso, de un rojo llamativo y limpio; la clase de coche que una adolescente no abandonaría por propia voluntad.

—Comprobad los cajeros automáticos en el camino de Canal Park a la casa —

sugirió Stride—. Quizá tengamos suerte con algún vídeo de seguridad del viernes por la noche. Veamos si realmente se dirigió a su casa, como dice Kevin.

—Ya lo están haciendo —le informó Maggie.

Arqueó una ceja como para decir: «¿Acaso soy estúpida?».

Stride sonrió. Maggie era la agente más inteligente con la que había trabajado nunca.

—Graeme es su padrastro, ¿verdad? ¿Qué hay de su padre biológico? Creo que se llamaba Tommy.

—Buen intento. Yo también he pensado en eso; está muerto.

—¿No nos hemos dejado a nadie? ¿Un novio, por ejemplo?

—No hay noticias al respecto. Si se ha escapado, lo ha hecho sola o con alguien de fuera de la ciudad.

—La gente que se escapa necesita un medio de transporte —dijo Stride.

—Estamos comprobando el aeropuerto y las terminales de autobús de aquí y de Superior.

—¿Vieron algo los vecinos?

Maggie negó con la cabeza.

—Por ahora, nada interesante. Todavía les estamos interrogando.

—¿Alguna queja por parte de la chica? —preguntó Stride—. ¿Acoso, violación o algo por el estilo?

—Guppo ha revisado la base de datos —dijo Maggie—. Nada relacionado con Rachel. Hace algunos años, Emily y su primer marido, el padre de Rachel, se metieron en algún que otro lío.

—¿De qué tipo?

—El padre se emborrachaba a menudo y armaba jaleo. Hay un informe sobre malos tratos, pero nunca se denunciaron formalmente. Pegaba a su mujer, pero no a su hija.

Stride frunció el ceño.

—¿Sabemos si Rachel y Kerry se conocían?

—El nombre de Rachel no salió a la luz el año pasado —dijo Maggie—. Pero investigaremos.

Stride asintió inexpresivo. Volvió a ponerse en la piel de Rachel, a reconstruir su última noche, a rastrear lo que pudo o no pudo haberle ocurrido por el camino. Daba por sentado que había llegado a su casa el viernes. Se encontraba en su coche, y éste estaba en casa. ¿Y luego? ¿Entró? ¿Alguien la esperaba? ¿Volvió a salir? Nevaba y hacía frío, así que habría cogido el coche. A menos que alguien la recogiera.

—Es hora de hablar con los Stoner —dijo Stride.

Hizo una pausa. Estaba acostumbrado a confiar en el instinto de Maggie.

—¿Tienes alguna corazonada, Mags? ¿Se ha fugado o es algo peor?

Maggie no dudó.

—¿Con el coche todavía estacionado a la entrada de su casa? Parece algo peor.

Como lo de Kerry.

Stride suspiró.

—Ya.

## Capítulo 3

Stride llamó al timbre. Vio una sombra a través del cristal cubierto de escarcha y oyó el sonido de unos pasos. La puerta de roble tallado se abrió hacia dentro.

Un hombre de una altura parecida a la de Stride, elegantemente ataviado con un suéter de cachemir de cuello de pico, camisa blanca de vestir con las puntas del cuello abotonadas y pantalones de pinzas de color tostado, le tendió la mano. Con la otra, removía el hielo de su bebida.

—Usted es el teniente Stride, ¿me equivoco? —le saludó el hombre.

Le dio una fuerte sacudida de mano, con la sonrisa fácil de alguien que está acostumbrado a las fiestas sociales del club de campo.

—Kyle nos dijo que vendría. Soy Graeme Stoner.

Stride dio a entender con un gesto que estaba al corriente; había captado el mensaje. Kyle era Kyle Kinnick, jefe de policía y de Stride. Graeme quería asegurarse de que Stride comprendía cuáles eran sus influencias en el ayuntamiento.

Vio las discretas arrugas que trepaban por la frente de Graeme y alrededor de las comisuras de su boca y calculó que el hombre tendría su misma edad. Su cabello, de un tono chocolate, lucía un corte de estilo ejecutivo. Llevaba gafas metálicas con una delgada montura esférica. Su rostro era ancho y suave, sin pómulos destacados ni barbilla protuberante. Incluso a esas horas de la noche, la barba de Graeme era casi imperceptible, cosa que llevó a Stride a frotarse involuntariamente su áspera mejilla.

Graeme le puso una mano en el hombro.

—Vayamos al porche de atrás —dijo—. Me temo que la sala de estar queda demasiado expuesta a la multitud de ahí fuera.

Stride siguió a Graeme hacia la sala, amueblada con delicados sillones y antigüedades, todo ello barnizado de un brillante color nogal. Graeme señaló una vitrina de porcelana con fondo de espejo llena de botellas.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? No tiene por qué ser con alcohol.

—No, estoy bien, gracias.

Graeme se detuvo en el centro de la habitación y, por un momento, pareció incómodo.

—Debo disculparme por no haberme preocupado antes, teniente. La verdad es que cuando Kevin se presentó el sábado por la noche, no me inquieté por el hecho de que Rachel no hubiera vuelto Kevin es muy susceptible respecto a Rachel, ¿sabe?, y creí que estaba exagerando.

—Pero ahora no piensa lo mismo —dijo Stride.

—Han pasado dos días. Y mi esposa me ha recordado con toda la razón lo de la otra chica desaparecida.

Graeme le guió a través del comedor principal y, tras cruzar una puerta

acristalada, entraron en un amplio estudio, calentado por el fuego de la chimenea de mármol gris que ardía en la pared este. La alfombra blanca era exuberante y estaba impoluta. La pared norte estaba constituida en su totalidad por ventanas que ocupaban toda la superficie, excepto por dos puertas de vidrio tintado que conducían a la oscuridad de un jardín trasero. Una serie de focos dorados, fijados a intervalos en cada una de las demás paredes, iluminaba la habitación con un resplandor pálido.

A la derecha de la pared del jardín, dos sillones abatibles a juego descansaban a cada lado de la chimenea. Perdida en uno de esos enormes sillones, una mujer sostenía un vaso de brandy con forma de campana.

Sin levantarse, la mujer hizo a Stride un gesto con la cabeza.

—Soy Emily Stoner, la madre de Rachel —dijo suavemente.

Emily tenía unos años menos que Graeme, aunque no era una jovencita. Stride apreció que en el pasado debía de haber sido una mujer hermosa, pero no había envejecido bien. Sus cansados ojos azules estaban demasiado maquillados y tenía ojeras. El pelo, corto y liso, de una tonalidad oscura, estaba sucio. Llevaba un sencillo jersey azul marino y vaqueros azules.

Sentado junto al hogar, al lado de Emily y sosteniendo su mano izquierda, se hallaba un hombre que rondaba la cincuentena. Tenía el pelo gris y llevaba un estudiado peinado con el que intentaba disimular sus crecientes entradas. El hombre se puso en pie y estrechó la mano de Stride, en la que dejó un rastro de humedad que éste intentó limpiarse con discreción.

—Hola, teniente. Me llamo Dayton Tenby. Soy el pastor de la parroquia de Emily. Me ha pedido que les acompañe esta noche.

Graeme Stoner tomó asiento junto a las ventanas del jardín.

—Estoy seguro de que tiene muchas preguntas que hacernos. Le diremos todo lo que sabemos, aunque me temo que no es mucho. Además, también queremos acabar cuanto antes con los aspectos desagradables. Ni mi esposa ni yo estamos involucrados en la desaparición de Rachel, pero comprendemos que es su obligación decidir si la familia tiene algo que ver en este tipo de casos. Naturalmente, colaboraremos en todo lo que podamos, incluida la prueba del polígrafo, si es necesario.

Stride estaba sorprendido. En general, ésta era la parte incómoda: hacer saber a los parientes que eran sospechosos.

—Para ser sinceros, sí, nos gustaría que la familia se sometiera a la prueba del polígrafo.

Emily miró a Graeme, nerviosa.

—No estoy segura.

—Es simple rutina, querida —dijo Graeme—. Teniente, envíe sus preguntas a Archibald Gale. Él representará nuestros intereses en este asunto. Podemos hacerlo

mañana, si lo desea.

Stride hizo una mueca. Vaya colaboración. Archie Gale era el abogado criminalista más temido del norte de Minnesota, y Stride se había enzarzado varias veces desde el estrado con aquel carcamal engreído.

—¿Cree que es necesario recurrir a un abogado? —preguntó Stride con frialdad.

—No lo malinterprete —replicó Graeme, tranquilo y cordial—. No tenemos nada que ocultar. Aun así, en los tiempos que corren, sería una imprudencia por nuestra parte no tener a alguien que nos aconseje.

—¿Desea hablar conmigo ahora, sin la presencia de Gale?

Graeme sonrió.

—En estos momentos, Archie se halla en un avión procedente de Chicago. Aunque a su pesar, ha accedido a que revisemos los hechos sin él.

«A su pesar». Stride conocía a Gale, y probablemente se trataba de un eufemismo. Pero no pensaba dejar pasar de largo esa oportunidad: tal vez fuese la última para hablar con la familia sin tener a su lado a un abogado analizando palabra por palabra.

Stride sacó un bloc de notas de su bolsillo trasero y destapó un bolígrafo. A su izquierda había un escritorio con cubierta corrediza. Apartó una silla giratoria de detrás del escritorio y se sentó en ella.

—¿Cuándo vio a Rachel por última vez? —preguntó Stride.

—El viernes por la mañana, antes de que se marchara al instituto —dijo Graeme.

—¿Se llevó el coche?

—Sí. No estaba cuando llegué a casa el viernes por la noche.

—Pero, ¿no la oyó volver?

—No. Estaba en la cama. Tengo un sueño profundo, nunca oigo nada.

—¿Qué hizo el sábado?

—Estuve en la oficina gran parte del día. Lo normal.

—Señora Stoner, ¿estuvo en casa durante ese tiempo?

Emily, quien contemplaba el fuego, se giró, sobresaltada. Bebió un largo sorbo de brandy, y Stride se preguntó cuánto habría bebido ya.

—No, he regresado a primera hora de esta tarde.

—¿Dónde estaba?

Se tomó un momento para concentrarse.

—De camino a casa, desde Saint Louis, en coche. Mi hermana se mudó allí hace varios años. Salí de allí el sábado por la mañana, pero por la noche estaba demasiado cansada para continuar. Hice noche en Minneapolis y he conducido hasta mediodía.

—¿Habló con Rachel mientras estuvo fuera? —Emily negó con la cabeza—. ¿No llamó a casa?

La mujer vaciló.

—No.



—¿Cuándo empezaron a preocuparse?

—Después de que llegara Emily —contestó Graeme—. Como no sabíamos nada de Rachel, llamamos a sus amigos. Nadie la ha visto.

—¿A quién han llamado?

Graeme recitó varios nombres y Stride los apuntó en su bloc.

—También hemos telefonado a gente del instituto —añadió Graeme—. Y a varios clubes y restaurantes que han mencionado sus amigos. Nadie la ha visto.

—¿Tiene novio? —preguntó Stride.

Emily levantó la vista. Se apartó un mechón de pelo de la cara. Su voz sonaba cansada.

—Rachel tiene montones de novios, pero ninguno le dura.

—¿Tiene una vida sexual activa?

—Al menos desde que tenía trece años —dijo Emily—. La sorprendí una vez con un chico.

—Pero, ¿ninguno en especial?

Emily negó con la cabeza.

—¿Han hablado con sus parientes? ¿Alguien a cuya casa hubiera podido ir?

—No tenemos ningún pariente. Mis padres ya murieron y Graeme no es de aquí. Sólo nos tiene a nosotros.

Stride escribió: «¿Cómo se juntaron estos dos?».

—Señora Stoner, ¿qué relación tiene con su hija?

Emily hizo una pausa.

—Nunca hemos estado muy unidas. De pequeña, era el ojito derecho de su padre. Y yo era la bruja malvada.

Dayton Tenby frunció el ceño.

—Eso no es justo, Emily.

—Pues es lo que parecía —respondió Emily con brusquedad. Derramó un poco de brandy y se frotó el jersey con los dedos—. Cuando murió su padre, Rachel se alejó aún más. Tenía la esperanza de volver a ser una familia cuando me casé con Graeme. Sin embargo, todo ha ido a peor.

—¿Y usted, señor Stoner? —preguntó Stride—. ¿Cómo es su relación con Rachel?

Graeme se encogió de hombros.

—Nos llevábamos relativamente bien después de casarme con Emily, pero como dice ella, conforme se hace mayor se vuelve más distante. Y así sigue. Fría.

—Intentamos acercarnos a ella —dijo Emily—. Graeme le regaló el coche el año pasado. Creo que a ella le parecía que intentábamos comprar su amor, y supongo que es cierto. Pero no ayudó.

—¿Ha mencionado alguna vez que tuviera la intención de escaparse?

—Hace tiempo que no lo hace —dijo Emily—. Sé que parece una locura, pero siempre he creído que ella pensaba que podía causarnos más problemas quedándose por aquí y amargándonos la vida. Le proporcionaba una cruel sensación de satisfacción.

—¿Tenía instintos suicidas? —preguntó Stride.

—Jamás. Rachel nunca hubiera intentado suicidarse.

—¿Por qué está tan segura?

—Rachel se tenía en gran estima. Siempre se mostraba desafiante y segura de sí misma. Es a nosotros a quien despreciaba. O a mí.

Emily sacudió la cabeza.

—Señor Stoner, ¿ocurrió algo mientras su esposa estaba fuera? ¿Una discusión, una pelea o algo por el estilo?

—No, nada. Me ignoraba. Era nuestra rutina.

—¿Dijo si iba a verse con alguien?

—No, pero supongo que no me lo hubiera dicho aunque así fuese.

—¿Vio algún vehículo desconocido en el camino de entrada o en la calle? ¿O la vio con alguien a quien no reconociera? —Graeme sacudió la cabeza—. Hábleme de su situación personal, señor Stoner. Trabaja para el Range Bank, ¿no es así?

Graeme asintió.

—Soy el vicepresidente ejecutivo para las operaciones que el banco realiza en Minnesota, Wisconsin, Iowa y las dos Dakotas.

—¿Ha recibido alguna amenaza en casa o en el trabajo? ¿Llamadas telefónicas extrañas?

—No, que yo recuerde.

—¿Nunca se ha sentido en peligro?

—No, en absoluto.

—¿En el banco tienen conocimiento de sus ingresos?

Graeme frunció el ceño.

—Bueno, supongo que no son ningún secreto. Como directivo, tengo que dar cuenta al SEC, así que queda constancia de ello. Pero no es la clase de información que sale en los periódicos.

—¿Tiene algún indicio de que Rachel pueda haber sido secuestrada?

—No, ninguno —aseguró Graeme.

Stride cerró su bloc de notas.

—Me parece que eso es todo, de momento. Por supuesto, necesitaré hablar con ustedes más adelante, a medida que avance la investigación. Estaré en contacto con el señor Gale.

Emily abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Era evidente que quería intervenir.

—¿Qué ocurre? —preguntó Stride.

—Nada, sólo que... en fin, existe un motivo para que estemos tan preocupados. El motivo por el que insistí a Graeme para que llamara a Gale.

—Kerry McGrath —murmuró Dayton.

—Vivía muy cerca —exclamó Emily—. Iban a la misma escuela.

Stride esperó hasta que Emily volvió a mirarle y le sostuvo la mirada, poniendo tanta compasión en sus ojos como pudo.

—No voy a mentirles. Estamos buscando coincidencias con la desaparición de Kerry. Sería una negligencia que no lo hiciéramos. Pero el hecho de que haya ciertas semejanzas aparentes no significa que el caso de Rachel tenga algo que ver con el de Kerry.

Emily gimoteó con fuerza. Asintió con la cabeza, pero sus ojos brillaban a causa de las lágrimas.

—Si tiene alguna pregunta que hacerme, por favor, no dude en llamarme —dijo Stride, mientras se sacaba una tarjeta del abrigo y la dejaba encima del escritorio.

Dayton Tenby se levantó de su asiento junto al fuego y le sonrió.

—Le acompañaré a la puerta.

El sacerdote guió a Stride a través de la casa. Dayton era un hombre nervioso y afeminado, que parecía intimidado por el lujo ostentoso del hogar de los Stoner. Caminaba con delicadeza, como si las puntas de sus mocasines marrones estuvieran dejando sucias huellas en el suelo. Era bajo, de un metro cincuenta y cinco, con barbilla angosta, pequeños ojos castaños muy juntos y nariz estrecha. A Stride le dio la sensación de que era un vestigio de la vida anterior de Emily. A. G.: antes de Graeme.

Al tiempo que se acariciaba la barbilla, Dayton echó una ojeada curiosa a las luces y al gentío allí reunido.

—Son como buitres, ¿verdad? —observó el sacerdote.

—A veces. Pero pueden resultar útiles.

—Sí, supongo que sí. Le estoy muy agradecido por haber venido, teniente. Rachel es una jovencita difícil, y no me gustaría que le ocurriera algo malo.

—¿Cuánto hace que la conoce? —preguntó Stride.

—Desde que era una niña.

Stride asintió. «A. G.», pensó.

—¿Cuándo comenzó a tener problemas?

Dayton suspiró.

—Como ha dicho Emily, después de la muerte de su padre. Rachel adoraba a Tommy. No pudo soportar la pérdida y dirigió toda su ira y dolor contra su madre.

—¿Cuánto hace de eso?

Dayton frunció la boca y miró el techo abovedado mientras hacía memoria.

—Rachel tenía ocho años cuando él murió, me parece, así que fue hace unos

nueve años.

—Dígame, padre, ¿qué cree que le ha ocurrido? ¿Es posible que Rachel se haya marchado? ¿Que se haya fugado?

Dayton parecía tan seguro de sí mismo como los dioses.

—Quizá sea sólo un deseo, pero eso es lo que creo. Que descubrirán que se encuentra ahí fuera, riéndose de nosotros en alguna parte.

## Capítulo 4

Emily se bebió el último trago de brandy y reclinó el respaldo del asiento. Cuando Dayton regresó a la habitación, sostuvo en alto su vaso vacío:

—Necesito otro.

Dayton cogió el vaso y volvió al salón para llenarlo. Emily le observó mientras se alejaba y luego se dirigió a su marido, sin mirarle.

—Siento no haber telefoneado.

—No pasa nada. ¿Cómo está Janie?

—Bien —dijo Emily—. Quería llamar.

—Ya te he dicho que no importa.

Emily asintió, notándose vacía.

—Pensé que te habrías enfadado.

—En absoluto.

—¿Me has echado de menos?

Graeme hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia al asunto.

—Qué tontería. Sabes que sin ti estoy perdido. Ayer quise salir de excursión y ni siquiera pude encontrar mis zapatillas de deporte.

—Zapatillas —murmuró Emily, sacudiendo la cabeza.

Dayton entró de nuevo en la estancia. La cantidad de brandy que había en el vaso parecía menor que la anterior. Emily lo cogió y se lo terminó de un solo trago, sin que le afectara el resquemor que el licor causaba en su garganta. Tendió a Dayton el vaso y se giró. Se secó los ojos, pero era demasiado tarde: sabía que él había visto las lágrimas.

—Lo hace sólo para castigarme —dijo Emily—. Para ella es como un juego.

—Lo ocurrido guarda más relación con Tommy que contigo. Incluso después de todos estos años.

—Tommy —dijo ella con acritud.

—Era su padre, Emily —le recordó Dayton—. Ella tenía ocho años, y su padre era incapaz de hacer nada malo.

—Sí, todo el mundo quería a Tommy —dijo Emily—. Y yo sólo era la zorra. Nadie entendió nunca lo que nos estaba haciendo.

—Yo sí —dijo Dayton.

Emily le cogió la mano.

—Lo sé. Gracias. Y gracias por venir esta noche. Creo que me habría derrumbado si no hubieras estado aquí.

Graeme se levantó.

—Te acompañaré a la puerta, Dayton —dijo con un exceso de educación—. Me aseguraré de que la prensa no te moleste por el camino.

Dayton parecía un enano al lado del otro hombre, mientras ambos se alejaban del porche. Emily les observó marchar, escuchó sus pasos y oyó el ruido del gentío en el exterior cuando se abrió la puerta de la entrada principal; luego, al volver a cerrarse, la casa se sumió en un silencio sepulcral.

Estaba sola.

Pero aquellos días, incluso cuando estaba junto a Graeme, se sentía sola.

Él siempre decía lo correcto, la trataba bien y le daba la libertad suficiente para dirigir su propia vida. Pero ya no simulaba que hubiera pasión entre ellos. Incluso se preguntaba si él sentía algo por ella. No había llamado desde Saint Louis deliberadamente, con el propósito de hacerlo enfadar, de que la echara tanto de menos que se viera obligado a telefonarle. Si la llamaba, si la echaba de menos, si le gritaba, al menos mostraría alguna emoción.

Pero no la necesitaba. Excepto cuando no encontraba sus zapatillas.

Y al llegar a casa se encontró con que Rachel no estaba. Durante años lo había esperado, se había preguntado en qué momento su hija se iría de casa dejándole una nota. A veces incluso lo había deseado, para poner fin a las hostilidades y tener un poco de paz. Nunca había caído en la cuenta de lo vacía que se sentiría el día en que eso ocurriera, el día en que ya no pudiera hacer nada más que pensar en las oportunidades perdidas, en lo que las había mantenido enfrentadas. Hacía tiempo que Emily había asumido el hecho de que Rachel nunca sabría cuánto la quería, a pesar de la malevolencia con que la muchacha la había tratado durante tantos años. Incluso cuando intentaba dejar de quererla, no podía.

Perdida.

¿Y si no se había escapado? ¿Y si había acabado como la otra chica, raptada en plena calle?

—¿Dónde estás, pequeña? —dijo en voz alta.

Emily oyó ruidos en el vestíbulo de entrada cuando se abrió la puerta y volvió a entrar Graeme. No quería verle. No podía soportar todo aquello: su alejamiento de Graeme, su dolor por Rachel... Emily se puso de pie enseguida y huyó a través de la cocina hasta las escaleras traseras. Oyó cómo Graeme regresaba al porche. Se lo imaginó echando un vistazo a la habitación vacía, dándose cuenta de que se había marchado. Emily no esperaba que la siguiera, y no lo hizo. Apenas pudo distinguir el golpeteo de llaves cuando él se sentó a su escritorio y se puso a trabajar con el ordenador. Ella subió corriendo las escaleras hasta el segundo piso.

Esa noche no dormiría en la habitación de matrimonio. Y él tampoco la echaría de menos.

Emily fue a la habitación de Rachel. Olía a gente extraña, a la transpiración de los policías que habían manoseado el escritorio y el vestidor aquella noche. En realidad, la estancia en sí le resultaba extraña, pues casi no había puesto los pies en ella

mientras Rachel estaba en casa. Era la fortaleza privada de su hija, y para Emily estaba más prohibida que para nadie.

La habitación era bastante insulsa. No había pósteres en las paredes, sólo una pálida capa de pintura amarilla. Había ropa sucia apilada en una esquina, dentro y fuera de un cesto blanco. Tenía un montón de libros de texto, algunos abiertos y otros cerrados, esparcidos sin orden por el escritorio, y papeles arrugados con garabatos de Rachel que sobresalían entre las páginas. Sólo su cama estaba hecha cuidadosamente: la única parte de la habitación que Rachel le permitía tocar a la asistenta.

Emily se tendió en la cama, puso las piernas en alto y se las rodeó con los brazos. Vio la foto, colocada con cariño en la mesilla de noche de su hija, de Rachel arropada por los brazos de su padre. Emily extendió la mano y puso el marco boca abajo para no tener que ver esa imagen.

Sin embargo, mientras miraba la mesilla de noche, se dio cuenta de que no podía huir del pasado tan fácilmente. Junto a la radio-despertador, colgado de sus patas traseras, había un cerdo rosa de peluche, acicalado con gafas de sol de plástico negro. Un recuerdo de la feria estatal de Minnesota.

Nueve años después, Rachel aún lo guardaba junto a su cama.

—Tommy —suspiró Emily.

*Tommy se subió a Rachel encima de los hombros. Más alta que cualquiera de los que estaban a su alrededor, la niña abrió la boca, maravillada ante la visión de la gente, apiñada hombro con hombro de lado a lado de la calle. Había cientos de miles de personas, una masa agitada y sudorosa, asándose bajo el calor y la humedad de una noche de finales de agosto.*

*—¡Es increíble, papá! —gritó Rachel.*

*—¿No te lo había dicho? —contestó Tommy—. ¿No es fantástico?*

*Levantó a Rachel en volandas, le dio la vuelta y la bajó al suelo.*

*—¿Vamos ahora a la rueda? —canturreó Rachel.*

*Emily no pudo evitar reírse. Sospechaba que eso era lo último que Tommy deseaba. Durante todo el día, había sido testigo de cómo Tommy y Rachel se sumergían por completo en la feria. Tommy había comido de todo, se había tragado el queso frito como si fueran palomitas y lo había hecho bajar con vasos gigantes de cerveza fría. Había comido salchichas con maíz, chuletas de cerdo, aros de cebolla, maíz asado rociado con mantequilla, ravioli fritos y un donut detrás de otro. Después de eso, las atracciones le revolverían el estómago como si fuese una licuadora. Pero Tommy nunca tenía un no para Rachel.*

*Cuando llegaron a la rueda, era toda una cascada de luz. La noche había convertido la feria en un lugar mágico, donde un río de gente gritaba y donde un arco iris de colores se reflejaba en los rostros desde las cabinas iluminadas en lo*

alto. Rachel quería subirse a todo. No le importaba lo rápidas que fueran las atracciones, ni lo alto que llegaran las cabinas, ni las veces que la hicieran girar boca abajo con el pelo colgando por debajo de ella. Se llevó a Tommy al anillo de fuego, que subía y bajaba en círculos; luego al columpio gigante, luego al pulpo, luego a la avalancha, luego al tornado... Emily sentía un íntimo placer al ver que el rostro de Tommy empezaba a adquirir una tonalidad verdosa.

Les llevó unas dos horas hacer toda la ronda de atracciones de la feria. Estuvieron paseando cerca de la caseta del tiro al blanco, un puesto que llevaba un sórdido charlatán vestido de diablo, con una chapa colgada en su traje rojo que decía: «Bienvenidos al infierno». Sonrió, mostrando dos dientes frontales marrones como el chocolate, e invitó a Tommy a poner a prueba su puntería.

—Si rompes tres platos, se lleva el primer premio —dijo.

—¿Cuál es el primer premio? —preguntó Rachel.

El diablo señaló un enorme oso de peluche gordo, suave y casi tan alto como ella. La niña puso los ojos como platos y miró ansiosa a Tommy mientras se colgaba de su brazo:

—¿Podrás ganarlo para mí, papá?

—Apuéstate lo que quieras.

El diablo le dio tres bolas a Tommy. Éste jugueteó con dos de ellas con la mano derecha y apuntó con la izquierda.

—Estás borracho, Tommy —le advirtió Emily—. Y no pareces encontrarte muy bien.

Tommy disparó la primera bola al mismo centro de uno de los platos de cerámica. Éste se rompió en mil pedazos que se esparcieron entre los desperdicios de la barraca, y la bola se estrelló sonoramente contra la pared de aluminio.

—¡Muy bien, papá, muy bien!

Tommy sonrió. Lanzó la segunda bola y... «¡Crash! ¡Bam!». Otro plato destrozado.

—¡Una más y ganamos, papá! —gritó Rachel.

—Ya puedes ir pensando dónde pondrás ese oso, cariño —le dijo Tommy.

Se preparó para el próximo lanzamiento, ladeando su rollizo brazo. El público que se había reunido detrás de él esperaba, tenso, un nuevo golpe y un nuevo destrozo.

Pero en lugar de eso, la bola se escurrió de la mano de Tommy, rebotó en el mostrador y aterrizó en el suelo con un ruido sordo. El diablo se rió. La gente alrededor de la barraca refunfuñó decepcionada. A Tommy se le doblaron las rodillas, se agarró el brazo y soltó un grito. Tenía el rostro rojo y crispado.

Emily dijo lo primero que le vino a la cabeza y se arrepintió de ello al instante.

—Maldita sea, Tommy, hace años que no lanzas una bola. ¿Qué diablos



intentabas demostrar?

Rachel miró furiosa a su madre. Tommy se mordió el labio con tanta fuerza que una gota de sangre se deslizó hasta su barbilla. Rachel se la secó con la mano.

—Lo siento, cielo —le dijo Tommy a Rachel.

El viejo del mostrador, que aún se estaba riendo, le hizo un gesto a Tommy:

—No olvide su premio.

Mostró un cerdito de peluche rosa con gafas de sol negras y se lo lanzó a Tommy.

Éste parecía avergonzado cuando se lo tendió a Rachel, pero ella abrazó al cerdito como si fuese aún mejor que el primer premio.

—Me encanta, papá —dijo, y cuando él se inclinó, la niña le dio un suave beso en los labios.

Emily se sintió como si le clavaran un puñal en el corazón. Estaba celosa y se odiaba a sí misma por ello.

—Creo que es hora de que nos vayamos a casa —dijo.

Pero Rachel tenía otros planes. No bien se alejaban de la barraca, una atracción conocida como la silla-lanzadera se puso en marcha de repente delante de sus narices. Era un asiento circular de acero que salía disparado como una bala desde un resorte, con dos aterrados pasajeros a bordo. Un micrófono instalado en el asiento transmitía sus gritos histéricos a toda la feria.

—Uauh —dijo Rachel en voz muy baja—. ¿Crees que podría subirme?

Emily la interrumpió.

—No creo que sea una buena idea, Rachel. Tu padre no se encuentra muy bien y tú eres demasiado pequeña para una atracción como ésta.

—A mi no me pareces tan pequeña —dijo Tommy—. Y yo me encuentro perfectamente.

—Vamos, Tommy, no seas tonto —dijo Emily.

Tommy le guiñó un ojo a su hija.

—¿Qué se dice, Rachel?

Rachel miró a su madre y canturreó con su voz más infantil:

—¡Eres una zorra!

Emily se quedó de piedra. Tiró del brazo de Tommy y le susurró al oído:

—¿Le has enseñado tú a decirme eso? ¿Te has vuelto loco?

—Joder, Emily, no es más que una broma.

—Fantástico, subíos a la puta atracción —resopló, odiándose por permitir que Tommy la enojara tanto.

Él simuló haberse sorprendido.

—Mamá ha dicho una palabrota.

Rachel cogió la mano de Tommy con aire triunfal. Se dirigieron juntos hacia la atracción, y entonces Rachel miró atrás. Y gritó, como si fuese una broma estupenda:

—Jódete, mamá.

Emily avanzó dos pasos con la mano echada hacia atrás, lista para darle una bofetada. Deseaba intensamente pegar a su hija en la mejilla. Pero se quedó inmóvil y se contuvo. Empezó a sollozar. Les vio alejarse sin prestarle ninguna atención, mientras ella lloraba atrayendo las miradas de los que pasaban por delante. Se secó las mejillas y se abrió paso entre la multitud hasta la zona de espectadores junto a la silla-lanzadera. Haría lo que había hecho siempre: vitorear y aplaudir. Al marido que la hacía sentir como un insecto y a la hija que había aprendido a odiarla.

Mientras ataban a Tommy y a Rachel al asiento, un foco de luz les iluminó y Emily pudo ver sus rostros con toda claridad.

Rachel estaba radiante y más intrépida que nunca.

Pero Tommy estaba pálido, de un tono blanco hueso, y tenía la frente perlada de sudor.

Una horrible certeza comenzó a apoderarse de Emily cuando se dio cuenta de que el estado de Tommy no tenía nada que ver con la feria o con un mal gesto. Con lo que sí guardaba relación era con su padre, que había muerto a los treinta y siete años, y con su abuelo, que acababa de cumplir treinta cuando le enterraron.

«No me pidas que crezca, Emily», le había dicho una vez en un momento solemne.

—¡Esperen! —gritó Emily, pero nadie la oyó.

Las sensaciones de la noche se desdibujaron. El estruendo de la música y las voces resonaba en su cabeza. Las luces parpadeaban y daban vueltas a su alrededor. El olor a grasa quemada era lo bastante intenso como para marearla.

—¡Tiene un infarto! —chilló lo más alto que pudo.

La gente a su alrededor se rió. Era una broma. Tenía gracia.

«Ping»: el cable se soltó. La silla-lanzadera salió disparada hacia arriba como una flecha. La torre vibraba y oscilaba. El micrófono del asiento captó los gritos de placer de Rachel. Su excitación ante aquel ascenso ingrávito era casi sexual. Su risita nerviosa envolvía a todo el público. Tommy no decía ni una palabra.

El asiento fue arriba y abajo, rebotando y temblando como un títere durante treinta segundos que se hicieron eternos. Entonces Emily oyó que la gente a su alrededor empezaba a murmurar algo. Y a señalar. Los gritos de Rachel cesaron.

—¿Papá?

Emily podía ver a su marido con toda claridad, con la cabeza inclinada a un lado, los ojos en blanco como dos huevos duros y la lengua colgando inerte de su boca. Cuando Rachel lo vio, se puso a gritar.

—¡Papá! ¡Despierta, papá!

Emily saltó la valla que delimitaba la zona de los espectadores. Los encargados de la atracción consiguieron enganchar el asiento y devolverlo al suelo. Mientras

*Emily corría hacia ellos, desataron a Rachel, que se aferró a su padre y se puso a llorar fuera de sí. También desataron a Tommy, cuyo cuerpo se deslizó del asiento y cayó al suelo como un bulto, con Rachel todavía aferrada a él y gritando su nombre.*

En aquel momento, Emily supo que habría un antes y un después en su vida. Parte de su yo más íntimo creía que el cambio sería para mejor. En muchos aspectos, vivir con Tommy muerto era mejor que vivir con él vivo. Siempre había sido ella la que lograba conservar un trabajo fijo y pagaba las facturas. Durante los años siguientes, poco a poco, empezó a saldar todas sus deudas.

Pero el aspecto más importante, el que afectaba a su hija, era que Tommy no había muerto, y permanecía congelado en la memoria de Rachel.

Todo comenzó el día después de la feria, mientras se dirigían en silencioso duelo de vuelta a Duluth. Las lágrimas del rostro de Rachel se habían secado y se habían transformado en resentimiento con asombrosa rapidez. En un momento dado del trayecto en coche, la niña se volvió hacia Emily con mirada gélida y dijo con una terrible cólera:

—Es culpa tuya.

Emily trató de explicárselo. Intentó hacer entender a Rachel que el corazón de Tommy era débil, pero Rachel no quiso escuchar.

—Papá siempre decía que si él moría tú serías la culpable de su muerte —sentenció.

Y así empezó la guerra.

Emily, tendida en la cama de Rachel, cogió el estúpido cerdo de peluche.

—Oh, cariño —dijo—. ¿Qué he hecho para que me odies tanto? ¿Cómo podría compensarte?

## Capítulo 5

Stride vivía en una zona conocida como Park Point, un dedo de tierra torcido que sobresalía entre el extremo meridional del lago y los tranquilos puertos interiores de Duluth y Superior, en Wisconsin. La península tenía la amplitud justa para albergar una franja de casas a cada lado de la carretera. Sólo había un modo de llegar al Point: cruzando el puente levadizo sobre el canal, lo que obligaba a los que allí vivían a programar sus vidas en función de las idas y venidas de los cargueros.

No pensaba en el puente mientras, a las cuatro de la madrugada, avanzaba hacia el Point con los ojos casi cerrados, como dirigido por un piloto automático. Al principio, al oír la estridente alarma, creía que su cansado cerebro le estaba haciendo una jugarreta. Apagó el estéreo donde se oía una canción de Sara Evans y escuchó. Cuando se dio cuenta de que el puente se estaba elevando, aceleró, aunque sabía que era demasiado tarde. Furioso, se detuvo bruscamente frente a la barrera de seguridad y apagó el motor, preguntándose durante cuánto tiempo iba a permanecer atrapado.

Salió del coche y se apoyó en la puerta, mientras el aire frío le envolvía. Volvió a entrar para buscar en el portavasos, encontró una cajetilla de cigarrillos nueva y encendió un pitillo. Menuda fuerza de voluntad. Pero le daba igual. Fumar, agotado, mientras escuchaba los gruñidos del acero a medida que el puente se elevaba sobre él: así era su vida. Y así había sido durante el último año, desde que un cáncer se había llevado a Cindy. La ciudad que siempre había sido su hogar, y que había tenido muy claro que nunca iba a abandonar, había empezado a parecerle diferente, más oscura, más amenazadora. Las cosas más familiares, como el descomunal puente levadizo o el olor del lago, le parecían devoradas por los recuerdos.

Tiempo atrás, en su juventud, Duluth era una población de una sola industria, capital de la región septentrional del estado conocido —y con razón— como la pradera de hierro. Una ciudad donde trillones de bolas de taconita eran transformadas en cascos de barcos gigantes que luego se sumergían en el agua y se abrían paso a través de las profundas cavidades del lago Superior rumbo al nordeste. Era una ciudad dura e inclemente, habitada por fornidos mineros y marineros como su padre.

No recordaba que la vida fuese especialmente agradable entonces, pero en la ciudad reinaba una sensación de pueblo pequeño, y la gente afrontaba unida los altibajos de la industria metalúrgica, las vacas gordas y las vacas flacas, el trabajo y las huelgas. Durante nueve meses al año, hasta que el lago se congelaba, el ritmo de la industria metalúrgica gobernaba la ciudad. Los trenes y los barcos iban y venían, el puente se elevaba y descendía. Las piezas de acero sin pulir con que se construían rascacielos, automóviles y armas en todo el mundo iniciaban su periplo bajo el suelo de arcilla del norte de Minnesota, y finalmente viajaban a través del océano en las bodegas de aquellos grandes barcos.

Pero la industria de la taconita decayó, engullida por la competencia externa, y con ella la fortuna de Duluth. El metal ya no podía seguir pagando las facturas. Así que los sabios que gobernaban la ciudad se fijaron en su localización junto al lago y dijeron: «Haremos que vengan los turistas». La industria metalúrgica se convirtió en una especie de atracción turística en sí misma, atrayendo a los curiosos hacia el puente cada vez que un barco se deslizaba por el canal.

Pero no ahora. No en plena noche. Stride estaba solo, dando largas caladas a su cigarrillo y observando cómo el casco de color óxido se arrastraba bajo el puente. Vio a un hombre de pie en la cubierta del barco, también solo y fumando. Apenas se le distinguía: era poco más que una silueta. El hombre saludó a Stride amistosamente con la mano y él le devolvió el saludo. Aquel hombre podría haber sido él, si su vida hubiera sido como esperaba cuando era más joven.

Subió a su Bronco cuando el puente empezó a desplazarse de nuevo. Mientras conducía en dirección al Point, con el pavimento del puente quejándose bajo sus neumáticos, echó un vistazo al barco, resplandeciente en su camino hacia el lago. Una parte de él se fue con la embarcación. Le ocurría cada vez que uno de los barcos se alejaba. Era una de las razones por las que vivía allí.

Los habitantes del Point eran gente campechana que soportaban a turistas, vendavales, tormentas de nieve, tempestades y hielo a cambio de un solo privilegio: aquellos pocos e idílicos días de verano en que nadie, sobre la faz de la tierra, disfrutaba de un lugar mejor para vivir. Compartían una franja de playa que se erosionaba un par de centímetros cada año, con matas de hierba y árboles antiguos que separaban la arena de las pequeñas parcelas traseras de las casas. Stride solía sacar una tumbona y llevarla al otro lado de las matas los domingos de julio; se sentaba en la playa y se quedaba allí durante horas para contemplar el tráfico de los veleros y los cargueros.

La mayor parte de las casas del Point, excepto las pocas que habían sido derribadas y reconstruidas mediante inyecciones de dinero procedente de las grandes ciudades, eran viejas y destartadas, y constantemente se veían sacudidas y dañadas por los elementos. Cada primavera, Stride daba una mano de pintura a la suya — cualquiera que encontrara en la tienda—, pero nunca duraba más allá del invierno.

Su casa, a medio kilómetro del puente, apenas medía nueve metros de ancho; tenía forma cuadrada y exactamente en el centro se encontraba situada la puerta con sus dos peldaños. A la derecha de la puerta principal estaba la sala de estar, con una ventana que daba al frente. Había un garaje aparte, de una sola plaza, a la izquierda de la vivienda y al final de un pequeño trecho de tierra que también servía como camino de entrada.

Stride dio la vuelta a la llave dentro de la cerradura y abrió la puerta hacia dentro empujando con el hombro. La cerró a sus espaldas y se quedó de pie en el vestíbulo,

apoyado en la puerta y con los ojos cerrados. Aspiró el aroma a humedad de la madera vieja y el persistente olor a pescado de los cangrejos opilio que había cocinado al vapor hacía dos noches. Pero había algo más. Incluso un año después de su pérdida, todavía percibía el olor de Cindy en la casa. Tal vez fuese porque había estado oliendo el mismo perfume floral durante quince años, y su imaginación lo recreaba con tanta claridad que aún le parecía real. Los primeros días había querido eliminar aquel olor de la casa, y había abierto todas las ventanas de par en par esperando que el aire del lago se lo llevara consigo. Entonces, cuando el aroma comenzó a desvanecerse, sintió miedo y mantuvo la casa cerrada durante varios días por miedo a perderlo del todo.

Medio dormido, se dirigió tambaleándose hasta su dormitorio y vació los bolsillos en la mesilla de noche. Se quitó la chaqueta de un tirón, la dejó caer al suelo y se metió en la cama deshecha. Tenía los pies destrozados y no recordaba si se había quitado los zapatos. Daba lo mismo.

Cuando cerró los ojos, la volvió a ver, tal como esperaba. En las últimas semanas los sueños empezaban a escasear, pero suponía que aquella noche volverían a atormentarle de nuevo.

Estaba de pie en la autopista, en algún lugar indómito, con kilómetros de abedules alineados junto a la carretera desierta en ambas direcciones. Al otro lado de la estrecha franja de cemento, dividida por una línea amarilla, se encontraba Kerry McGrath, que le dedicaba una alegre y despreocupada sonrisa. Tenía la cara brillante de sudor. Había estado corriendo y su pecho palpitaba acompasado por su honda respiración.

Lo saludó con la mano, indicándole que cruzara la carretera.

—Cindy —gritó él.

La sonrisa en el rostro de Kerry se desvaneció. Se volvió y desapareció corriendo entre los árboles. Intentó seguirla, corriendo cuesta abajo por detrás del arcén de la carretera y hacia el interior del bosque. Le pesaban las piernas. Igual que la mano izquierda. Cuando miró abajo, se dio cuenta de que llevaba una pistola.

En algún lugar se oyó un grito.

Avanzó a trompicones por un sendero, mientras se secaba el sudor que le caía sobre los ojos. ¿O era lluvia? Parecía que el agua se filtraba a través de las hojas, convirtiendo el sendero en un lodazal y apelmazándole el pelo. Delante de él, vio una sombra que cruzaba el camino, la sombra de algo grande y amenazador.

Llamó a Kerry otra vez.

—Cindy.

A través del laberinto de árboles, vio que alguien se había detenido a esperarle.

No era Kerry.

Era Rachel quien estaba ahí de pie, desnuda. Se encontraba frente a él en el

sendero, con los brazos en alto, sosteniéndose entre dos abedules y con las piernas despreocupadamente separadas. La lluvia mojaba su cuerpo, le resbalaba por los pechos y se deslizaba en hilos de plata por el vientre hasta la cavidad que se ocultaba entre sus piernas.

—¡Nunca me encontrarás! —le gritó.

Rachel se giró y corrió, y el bosque la envolvió. La veía alejarse. Tenía un cuerpo hermoso, y él lo contemplaba a medida que se empequeñecía y se alejaba. Entonces, igual que antes, una sombra amenazadora atravesó el sendero y desapareció.

Levantó la pistola. Llamó a Rachel.

—Cindy.

Se abrió camino hasta un pequeño claro, donde sus pies pisaron un suelo húmedo y musgoso. Un riachuelo gorjeaba camino del lago, pero el agua que caía sobre las rocas era de un rojo brillante. El crepitar y los murmullos del bosque crecieron hasta volverse casi ensordecedores, como un martilleo en sus oídos. La lluvia caía a cántaros y empapaba su cuerpo.

Vio a Rachel en el lado opuesto del claro.

—¡Nunca me encontrarás! —volvió a gritar.

Cuando miró la imagen borrosa en la otra orilla del riachuelo, se dio cuenta de que ya no era Rachel quien estaba ahí.

Era Cindy, que tendía las manos hacia él.

Vio la sombra de nuevo, moviéndose detrás de ella. Un monstruo.

—Nunca lo haces —le dijo ella.

Stride yacía despatarrado en la cama con la cabeza enterrada en la almohada. Estaba medio adormilado y poco a poco empezaba a adquirir conciencia de dónde estaba. Oyó el crujir de una bolsa de papel en algún lugar cercano y olió a café caliente.

Abrió un ojo. Maggie Bei estaba sentada a unos metros, en el sillón de piel. Con sus pequeñas piernas colgando, sostenía una rosquilla a medio comer con una mano y una de las desconchadas tazas de cerámica de Stride con la otra. Había descornado un poco las cortinas, lo suficiente para mostrar una panorámica matutina del lago a sus espaldas.

—Tu cafetera apesta —le dijo—. ¿Cuánto tiene, diez años?

—Quince —respondió Stride. Parpadeó varias veces sin moverse—. ¿Qué horas es?

—Las seis de la mañana.

—¿Todavía del lunes? —preguntó Stride.

—Eso me temo.

Stride gruñó. Había dormido noventa minutos. Era evidente que Maggie, que aún

llevaba los mismos vaqueros y la chaqueta de piel borgoña de la noche anterior, no había pegado ojo.

—¿Estoy desnudo? —preguntó él.

Maggie sonrió.

—Sí. Bonito culo.

Stride apartó la cara de la almohada y miró hacia atrás. También él llevaba la misma ropa de la noche anterior.

—Espero que hayas hecho suficiente café para mí.

Maggie señaló la mesilla de noche, donde un *donut* de chocolate descansaba pulcramente en una servilleta. A su lado había una humeante taza de café. Stride mordió un trozo de *donut* y bebió un sorbo de café. Se pasó la mano por el pelo enmarañado. Se terminó el *donut* en dos mordiscos más y luego comenzó a desabrocharse la camisa. Se quitó el cinturón de los vaqueros.

—A partir de aquí la cosa empieza a ser desagradable.

—Si lo sabré yo —replicó Maggie, y continuó con su desayuno tranquilamente.

—Sí, ya te gustaría.

Estaba bromeando, pero Stride sabía que pisaba un terreno delicado. Él y Maggie formaban un equipo desde hacía siete años. Ella era una inmigrante china, cuya participación activa en mítines políticos durante sus días de estudiante en la Universidad de Minnesota la habían dejado sin un hogar al que volver. Cuando Stride la contrató recién licenciada, demostró ser una alumna aventajada. En menos de un año, conocía las leyes mejor que él mismo, y demostró tener un gran instinto para ver detalles de la escena de un crimen —y de los sospechosos— que a la mayoría de los agentes les pasaban desapercibidos. Desde entonces, Stride la había mantenido a su lado.

Cuanto más tiempo trabajaban juntos, más florecía Maggie. Se había vuelto más divertida, más descarada, capaz de reírse de sí misma. Su rostro dejó de ser una sombría máscara para volverse más expresivo. Aprendió a hablar inglés sin acento y con una saludable dosis de sarcasmo e irreverencia.

Y, por el camino, se había enamorado de Stride. Fue Cindy quien le contó la noticia. Comprendió enseguida los sentimientos de Maggie y le advirtió que, si no se andaba con cuidado, podía romper el corazón de aquella chica como si fuese un jarrón de porcelana.

Cuando Cindy se fue, Maggie hizo su primer y único intento de conseguir los favores de Stride. Hacía seis meses, cuando él se sentía más solo que nunca, Maggie se deslizó en el interior de su casa en una fría mañana de primavera y se metió en la cama junto a él. Él se despertó. Nunca había visto tanto amor en los ojos de una persona. Era tentador, pues necesitaba a alguien desesperadamente y ella era cálida y estaba dispuesta. Pero recordó la advertencia de Cindy y pensó en los trocitos de



porcelana china, y dijo que no.

El mes anterior, Maggie le había dado las gracias. Tenía razón, dijo; habría destrozado su amistad y nunca habría funcionado como historia de amor. Stride se preguntaba si realmente Maggie creía lo que decía.

—¿Qué tal tu visita a los Stoner? —preguntó ella.

Stride abrió la puerta del baño y se siguió desnudando; luego se metió en la ducha, estremeciéndose a medida que el agua fría se calentaba. Se dirigió a Maggie.

—La madre niega cualquier posibilidad de suicidio. ¿Tú qué crees?

—Las madres nunca creen en la posibilidad del suicidio —dijo Maggie—. Pero creo que si esa chica se hubiera querido matar, lo habría hecho delante de ellos y se habría asegurado de dejar un montón de sangre en su bonita alfombra.

Stride sonrió. Maggie ya había calado a Rachel: no era la clase de chica que se ocultaba en un rincón para morir.

—¿Qué hay de la madre y el padrastro? —gritó Maggie—. Ya conoces las reglas: la familia primero.

—Se han prestado voluntarios para la prueba del polígrafo —respondió Stoner—. Pero tenemos que hacer las preguntas a través de Su Santidad Archie Gale.

Oyó la queja de disgusto de Maggie.

—Maldita sea, odio a los padres ricos. Primero llaman a sus abogados y después a la policía.

Stride asió una toalla, se secó el pelo húmedo y se la echó por encima del cuerpo. Se la enrolló con descuido a la cintura y regresó al dormitorio.

—Debemos tener cuidado —dijo—. Vigilarles a los dos, pero con discreción. Graeme dejó claro que conoce a K-2.

—Sí, también me lo dijo a mí. Juegan a balonmano todas las semanas. No me imagino a K-2 jugando a balonmano. No en una pista reglamentaria, en cualquier caso.

Stride se rió. K-2, el jefe de policía Kyle Kinnick, no era más alto que Maggie. Incluso el alcalde le llamaba a veces duendecillo.

—Tenemos una pista gracias a una de las cámaras de los cajeros automáticos —añadió Maggie—. Su coche pasó zumbando por delante poco después de las diez de la noche.

—Un punto para Kevin. ¿Iba sola?

—No se ve a nadie más dentro del coche.

Stride se puso unos Dockers marrones, se abrochó una camisa blanca y se embutió en un abrigo deportivo azul marino.

—Vamos, necesito más café —dijo.

Maggie le siguió hasta la cocina. Stride abrió una ventana. El aire de la mañana olía a escarcha y sintió como si frías agujas se clavaran en su cuello húmedo.

—¿Siempre tienes que abrir la ventana cuando está helando ahí fuera? —se quejó Maggie, temblando.

Stride sirvió café y se sentó a la mesa de la cocina, de madera maciza. Vio que Maggie miraba el fregadero, lleno de platos sucios; luego apartó un montón de periódicos y la propaganda del correo de los últimos tres días e hizo un sitio para poner su taza.

—¿Es así como vives? —preguntó.

Stride se encogió de hombros.

—¿Qué?

—Nada —dijo Maggie.

—Sigamos —dijo Stride—. Creemos que regresó a casa porque la tenemos grabada dirigiéndose hacia allí y porque el coche está aparcado donde debía.

—No hay nada raro en el vehículo. Estamos recogiendo huellas, pero yo no esperaría gran cosa.

—La siguiente pregunta es: ¿llegó a entrar? ¿Qué hay de su dormitorio?

Maggie negó con la cabeza.

—Sabemos lo que llevaba puesto aquella noche. En su habitación no se encontró ninguna prenda que encajara con la descripción. Preguntamos a Emily si faltaba algo, pero no nos fue de gran ayuda. Aun así, los cajones estaban llenos de ropa y tenía muchos objetos personales en el escritorio. Si se fue por su cuenta, lo hizo ligera de equipaje. Tampoco iba vestida para correr... al contrario de Kerry.

—¿Y un diario? —preguntó Stride—. Ya sé que igual es mucho pedir...

—Es mucho pedir —dijo Maggie—. Revisé su ordenador: muy pocos archivos personales. Comprobé su navegador para ver si quizás había estado chateando con algún psicópata por internet. Pero en su correo sólo había direcciones de gente del instituto y en Favoritos no guardaba ninguna página web extraña. Consultaremos con especialistas, por si hay algo que recuperar.

—¿Qué hay de los vecinos? —preguntó Stride.

—Algunas personas recuerdan haber visto a gente en la calle aquella noche, pero estaba oscuro y no les vieron la cara. Un par de vecinos dijeron haber visto a unas chicas paseando, pero ninguna se parecía a Rachel. Nos han informado sobre un coche desconocido aparcado cuatro manzanas más abajo. El testigo no recordaba muchos detalles: oscuro, azul o negro, tal vez; un sedán de cuatro puertas que quizá llevara una matrícula de otro estado. Hemos preguntado a los vecinos del lugar donde se vio el coche. Nadie lo ha reclamado, ni nadie recibió visitas de fuera del estado.

—Interesante —dijo Stride—. Excepto por los pocos miles de turistas que hay en la ciudad.

—Cierto.

—¿Y el resto de medios de transporte para salir de la ciudad? ¿Ha habido suerte?

Maggie negó con la cabeza.

—Nada. No salió ningún vuelo de Duluth entre las diez de la noche del viernes y la mañana del sábado. Interrogaremos al personal del aeropuerto que hacía su turno esa mañana, por si acaso. Y hemos obtenido los mismos resultados con las paradas de Greyhound de aquí y de Wisconsin.

—Podría haber caminado hasta la carretera y hacer autostop —especuló Stride.

—Ya lo he pensado. Hemos mandado su foto y sus datos por fax, tanto a la policía como a las patrullas de carretera de todo el estado y de los circundantes. Guppo ha colgado una página en nuestra web. Hemos pedido a la policía del estado que investigue en los puestos de comida rápida y gasolineras de varios estados. La prensa está encima, gracias a Bird Finch, lo que al menos hará que su foto aparezca rápidamente en las primeras páginas de toda la zona.

Stride podía imaginarse las incesantes llamadas de los teléfonos de la línea directa. Habían recibido cerca de dos mil pistas durante la investigación de Kerry McGrath, que situaban a la adolescente en cualquier parte, desde Nueva Orleans hasta Fresno. Con ayuda de todo el país, habían filtrado las pistas metódicamente por orden de prioridad y luego habían localizado cada una de ellas. Todas conducían al mismo lugar: ninguno.

—¿Y los perversos?

Maggie suspiró.

—Cinco delincuentes sexuales de tercer grado en la ciudad. Algunas docenas de primer y segundo grado. Les haremos una visita a todos.

—Bien.

Un fuerte dolor de cabeza se estaba extendiendo por las sienas de Stride. No era sólo la falta de sueño, sino aquella amarga rutina: la desaparición, la búsqueda, las pistas... No estaba seguro de tener fuerzas suficientes para comenzar de nuevo con todo aquello, o para afrontar la posibilidad de otro fracaso. Esta vez también tendría que bajar al infierno él solo. Sin Cindy.

—¿Jefe? —dijo Maggie mientras él divagaba.

Stride esbozó una sonrisa.

—Sigo aquí. Mira, si esa chica se ha fugado por propia voluntad, alguien la ayudó a hacerlo. Tiene que haber hablado con alguien. Dirige hoy la investigación y mantenme al corriente a través del móvil. Yo iré al instituto y hablaré con sus profesores y amigos. A ver si conseguimos averiguar qué asustó a esa chica.

## Capítulo 6

Stride llevaba dos horas en la escuela y necesitaba un cigarrillo.

Tenía un hábito caro. Se compraba un paquete, se fumaba uno o dos cigarrillos y luego se enfadaba consigo mismo y se deshacía del resto. Pero al día siguiente la ansiedad hacía de nuevo mella en él y se compraba otro paquete.

El instituto era una zona visiblemente catalogada como antitabaco. Vio una salida al fondo del vestíbulo principal, entre hileras de dispositivos contra incendios, que llevaba a la parte trasera de la escuela. Stride cruzó varias puertas y se dirigió a un campo de fútbol vacío al otro lado de la carretera. Pasó por el aparcamiento para profesores y estuvo deambulando junto a un edificio anexo, rotulado como centro tecnológico.

Stride llegó a la esquina del edificio y contempló el campo desierto, en el que había docenas de incongruentes gaviotas. Extrajo un paquete de cigarrillos y el encendedor, y golpeó el primero hasta que un cigarrillo asomó entre los demás. Ahuecó las manos y trató de encender el mechero a pesar del viento. Le llevó varios intentos. Finalmente, el extremo del cigarrillo ardió y aspiró una larga calada. El humo, al penetrar en sus pulmones, le reconfortó como si fuese un viejo amigo. Se relajó mientras sentía cómo escapaba parte de la tensión. Luego se vio sacudido por una tos fuerte y prolongada.

—Esas cosas le van a matar —dijo una voz detrás de él.

Stride se sintió culpable, como un estudiante de instituto sorprendido fumando detrás de la escuela. Se volvió y vio a una atractiva mujer rubia, de pie en una pequeña escalera de peldaños de acero gris que conducían a la puerta trasera del centro tecnológico. También ella sostenía un cigarrillo. Stride le sonrió, al ver que compartían un vicio.

—Al menos moriremos felices —dijo él.

Se aproximó unos pasos y se apoyó en la barandilla de las escaleras.

—Todavía me pregunto si es mejor ser fumador o alcohólico —le dijo la mujer.

—¿Por qué no ambos? —preguntó Stride.

—Ya lo he pensado. Pero la verdad es que tengo bastante con uno.

Tendría unos treinta y cinco años; llevaba una chaqueta de lana roja con cremallera abrochada hasta el cuello y unos pantalones negros nuevos. Parecía una ex animadora, con su cuerpo esbelto y atlético y el pelo rubio corto y escalado. Tenía los ojos de un azul claro y un rostro gracioso, con la nariz respingona. Sus mejillas estaban coloradas debido al frío.

Le resultaba familiar, y se lo dijo.

—Nos conocimos el año pasado —le explicó ella—. Me llamo Andrea. Andrea Jantzik. Soy profesora de este instituto. Kerry McGrath era una de mis alumnas. Me

interrogó cuando investigaba su desaparición.

—¿Rachel también era alumna suya?

Andrea negó con la cabeza.

—Creo que estudiaba biología, no química. Peggy, la profesora de biología, me ha hablado de ella esta mañana. No sabía quién era Rachel.

Stride buscó en su bolsillo el papelito arrugado que le habían dado en el departamento de admisiones, con la lista de las clases y las notas de Rachel.

—¿No la tuvo en clase de inglés el año pasado?

—Debía de ser Robin Jantzik. Da clases de inglés, o las daba, pero si quiere hablar con él me temo que deberá ir a San Francisco, donde vive con su nueva esposa.

—¿Su marido? —preguntó Stride.

—Lo fue una vez.

—Lo siento —dijo Stride—. ¿La ayudaría si dijera que todos los hombres son unos cerdos?

Andrea se rió.

—No es ninguna novedad.

Tenía una cínica sonrisa que le hacía sentir como si se mirase en un espejo. Reconocía los muros que había construido a su alrededor, porque él había hecho lo mismo. Podía verlo también en su rostro, si lo miraba de cerca: las arrugas en el ceño, los labios replegados, la mirada apagada, la gruesa capa de maquillaje con la que intentaba reavivar su piel... La pérdida se había llevado una parte de ella, como le había ocurrido a él.

—¿Fue entonces cuando volvieron los cigarrillos? —preguntó, acertando.

Ella pareció sorprendida.

—¿Tan obvio resulta?

—He pasado por algo parecido —le explicó—. Hace un año. Desde entonces he vuelto a fumar.

—Creía que me había desenganchado hace un año —dijo Andrea—. No tuve tanta suerte.

—¿Mencionó su marido a Rachel alguna vez?

Andrea sacudió la cabeza.

—No. En las clases de inglés hay mucha gente.

—¿Y los demás profesores o estudiantes? ¿Conoce a alguno que pudiera tener una relación cercana con ella?

—Tal vez quiera hablar con Nancy Carver. Trabaja como orientadora a tiempo parcial. Esta mañana, en la cafetería, tenía muchas cosas que contar sobre Rachel.

—¿Por ejemplo?

—Cree que la investigación es una pérdida de tiempo.

—¿Ha dicho por qué? —preguntó Stride. Andrea negó con la cabeza—. ¿Así que esta mujer orientaba a Rachel? —continuó él.

—No lo sé. Nancy no es una empleada fija de la escuela. Da clases en la universidad y trabaja aquí como voluntaria con los estudiantes conflictivos. La mayoría son chicas.

—¿Tiene despacho en el edificio?

—Más bien un armario. Está en el segundo piso. Pero le advierto una cosa: lleva usted un utensilio que no creo que Nancy apruebe.

Stride estaba intrigado:

—¿Un arma?

—Un pene.

Stride se rió y Andrea le hizo eco; los dos se reían alto y fuerte. Se miraron el uno al otro, disfrutando del chiste y sintiendo la sutil atracción que se había despertado con él. Casi le parecía extraño reírse. Stride no podía recordar cuánto tiempo hacía que no se relajaba lo bastante como para encontrar algo gracioso. O cuánto hacía que no lo compartía con una mujer.

—Al menos, ya sabe dónde se mete —dijo Andrea.

—Gracias. Ha sido de gran ayuda, señora Jantzik.

—Llámame Andrea —dijo ella—. ¿O no está permitido?

—Sí, lo está. Llámame Jonathan.

—Me parece que tienes más cara de Jon.

—También vale.

Stride dudaba y no estaba seguro del motivo. Entonces se dio cuenta de que sentía la urgencia de decir algo más, de invitarla a cenar o de preguntarle cuál era su color favorito, o de apartarle suavemente el mechón de pelo rubio que le caía por encima del rostro. De repente, la intensidad de la sensación le sobrepasó. Quizás era porque no había sentido nada como aquello desde hacía casi un año. Había permanecido muerto por dentro durante tanto tiempo que no estaba seguro de lo que uno sentía al despertar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Andrea.

La preocupación se reflejaba en su rostro. Y era un bonito rostro, por lo que veía él.

—Estoy bien. Gracias de nuevo.

La dejó en la escalera. El momento pasó, aunque no del todo.

Stride encontró el despacho de Nancy Carver embutido en un cuartucho, casi invisible desde el pasillo. Cuando asomó la cabeza por la esquina, vio una puerta estrecha, con el nombre de Nancy Carver grabado en un bloque de madera que colgaba de un clavo. Las fotos y folletos que cubrían la puerta parecían pensados para

volver histéricos a los miembros del consejo escolar.

Había artículos de revistas sobre los peligros de la homofobia. Otros, con ilustraciones de gráficos cuidadosamente recortados, condenaban el aumento de la pornografía. También había un folleto del año anterior de la reunión anual de la Sociedad Americana de Mujeres Universitarias Lesbianas, en la que había actuado como ponente, así como docenas de fotografías de mujeres al aire libre con ropa de acampada. Stride reconoció Black Hills y unas cascadas en un parque natural que creía que estaba en Canadá. En las fotografías aparecían sobre todo chicas adolescentes y jóvenes universitarias. La única excepción, que se veía en la mayor parte de las imágenes, era una mujer bajita y robusta, de unos cuarenta años, con el pelo muy corto y de un rojo frambuesa y con unas grandes y gruesas gafas negras. En casi todas las fotos llevaba el mismo conjunto: un jersey de lana verde y unos vaqueros azules lavados a la piedra.

Stride estudió de cerca a cada una de las chicas de las fotografías, pero no reconoció a Rachel ni a Kerry en ninguna de ellas. Se sintió vagamente decepcionado.

Estaba a punto de llamar a la puerta con los nudillos cuando oyó un débil ruido en el interior. Tras cambiar de opinión, y preguntándose si la puerta estaría cerrada con llave, se limitó a girar el picaporte y empujó. La puerta se abrió y golpeó con un ruido sordo una pared que estaba en diagonal, dejando una abertura de sólo diez centímetros para deslizarse al interior del despacho.

Stride pudo contemplar la escena antes de que las dos personas que había en la habitación pudieran reaccionar. Una adolescente con una regordeta cara de niña y un grasiento pelo rubio estaba tumbada, con los ojos cerrados, en un desgastado sillón abatible de color azul que apenas cabía en el despacho. Nancy Carver estaba de pie detrás del asiento. Con los dedos extendidos, le masajeaba a la muchacha las mejillas y la frente. También Carver tenía los ojos cerrados detrás de sus gafas. Cuando la puerta golpeó la pared, ambas abrieron los ojos. Los dedos de Carver se apartaron con tanta rapidez de la piel de la chica como si ésta estuviera ardiendo.

La muchacha del sillón no miró a Stride, sino que estiró el cuello y dirigió una mirada nerviosa hacia Carver. Ésta, a su vez, observaba a Stride con una furia apenas controlada.

—¿Qué diablos cree que hace, irrumpiendo aquí de esta manera? —exigió.

Stride adoptó sus maneras más contritas y complacientes.

—Lo siento mucho. Necesitaba hablar con usted y no me he dado cuenta de que había otra persona.

La chica consiguió enderezar el asiento y luego se levantó sin establecer contacto visual con Stride.

—Tengo que ir a clase. Muchas gracias, Nancy.

Carver respondió con voz más suave.

—De nada, Sarah. Volveré el jueves.

Sarah cogió una pila de libros del escritorio de Nancy Carver. Los apretó contra el pecho y pasó incómoda por delante de Stride. La chica tardó menos de un segundo en desaparecer por el pasillo.

Stride cerró la puerta detrás de él. Carver se quedó inmóvil detrás del sillón, estudiándole como a un insecto. Aquellas gafas hacían que sus feroces ojos castaños parecieran increíblemente grandes. Era aún más pequeña de lo que mostraban las fotografías, pero tenía un físico musculoso.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Me llamo Jonathan Stride —comenzó, pero ella lo cortó con gesto impaciente.

—Sí, sí, ya sé quién es. Es de la policía y está investigando la desaparición de Rachel, además de hacerme perder el tiempo. —Regresó a su escritorio y se sentó en una silla de madera estilo Shaker—. Dígame algo que no sepa.

Stride miró el reducido despacho. La mesa de Carver era un ejemplar típico de mobiliario escolar, de laminado blanco con patas de aluminio. Encima había apilados varios libros de tapa dura, la mayoría con complejos títulos psicológicos, y sobres de papel de manila desbordantes de papeles. El teléfono estaba cubierto de pequeñas notas recordatorias. La silla, el escritorio y el sillón eran el único mobiliario de la estancia. En la pared sólo había un tablero de anuncios de corcho, tan abarrotado de artículos y fotografías como la puerta del despacho.

Stride se sentó tranquilamente en el sillón y se puso cómodo. Extrajo un bloc de notas del bolsillo interno de su abrigo, buscó un bolígrafo en otros bolsillos, se arrellanó en el confortable respaldo y suspiró. Pasó unas cuantas páginas de su bloc, mientras echaba un vistazo a lo que había garabateado y producía un irritante sonido con la lengua. Finalmente, levantó la vista hacia Nancy Carver, sentada en su silla con la paciencia de una bomba de relojería.

—Mi pareja dice que debería hacer terapia —dijo Stride intentando mostrar su lado amable—. ¿A todos los pacientes les hace un masaje en la cara?

Carver tenía una expresión pétrea.

—Sarah no es una paciente.

—¿No? Vaya. Había oído que era usted doctora, pero quizá me he equivocado. ¿Es fisioterapeuta?

—Tengo un máster y un doctorado en psicología, detective. Soy profesora titular en la Universidad de Minnesota. Pero aquí, para estas chicas, sólo soy Nancy.

—Eso está bien. Entonces, ¿qué era lo de Sarah? ¿Una fiesta de pijamas?

—No —dijo—. Aunque no sea de su incumbencia, resulta que Sarah tiene problemas para dormir. Le estaba enseñando técnicas de relajación. Eso es todo.

Stride asintió.



—Relajarse es muy bueno. Mi pareja dice que también debería intentarlo.

—Quizá su pareja debería decirle que vaya al grano, detective. Este juegucito suyo resulta obvio y aburrido, así que ¿por qué no me hace las preguntas que tenga que formularme y me deja trabajar?

Nancy Carver sonrió por primera vez, aunque sin el menor atisbo de calidez.

Stride le devolvió la sonrisa.

—¿Juegucito?

—Juegucito, sí. El de ver quién saca antes al otro de sus casillas. Recuerde que vivo de esto. Así que hablemos claro, ¿de acuerdo, detective? Aparte de las conclusiones a las que puedan haberle llevado sus pesquisas, usted ya me ha catalogado como si fuese un trozo de carne. Ha resuelto que no soy lo bastante atractiva para constituir una gran pérdida para la comunidad heterosexual. Sin embargo, se ha dado cuenta de que tengo un cuerpo atlético y, basándose en mi actitud batalladora, ha imaginado que, si llegara a llevarme a la cama, probablemente le echaría un buen polvo. Todo lo cual le lleva a fantasear sobre mí haciendo el amor con otras mujeres... y a preguntarse si practico el sexo con alguna de las adolescentes de aquí. Y supone que, si se muestra burlón y desafiante ante mis inseguridades, conseguirá que se me escape algún secreto insondable y tenebroso.

—Es fantástico —dijo Stride—. Ahora dígame quién ganará las series mundiales de béisbol.

Carver se permitió otra sonrisa apretada.

—Tengo razón, ¿verdad?

—Pues mire, ya que ha sacado usted el tema... ¿practica el sexo con alguna de las adolescentes de aquí?

—No practico el sexo con menores de edad, detective —dijo Carver lentamente, subrayando cada palabra.

—Buena respuesta. No es lo que preguntaba, pero es una buena respuesta. Me gustan las fotografías que tiene en la puerta. Al parecer, se lleva a las estudiantes a un montón de excursiones.

—Yo lo llamo retiros de aprendizaje feminista.

—¿Asisten a estos retiros menores de edad?

—Por supuesto. Con el permiso de sus padres.

—Me estaba preguntando si Rachel la acompañó alguna vez a uno de esos retiros.

—No, nunca —dijo Carver.

—¿Y Kerry McGrath?

—No, no conocí a Kerry. ¿Insinúa que estoy involucrada en sus desapariciones?

Stride negó con la cabeza.

—En absoluto. Sólo busco coincidencias.

—¿Y por qué no empezar por una lesbiana activista, verdad?

—Es increíble cómo puede leer mi mente. ¿Alguna vez orientó a alguna de esas chicas?

—Yo no oriento a la gente, detective.

—Entonces, puesto que ha dejado claro que no es la fisioterapeuta del instituto, ¿qué hace exactamente si no es orientadora?

—Soy mentora. O simplemente una amiga. No se trata de relaciones profesionales formales.

—Es extraño, ¿no cree? —preguntó Stride—. Me refiero a que tiene un máster y un doctorado en psicología, y es profesora titular en la Universidad de Minnesota, y en su escritorio veo un montón de libros con «ología» en el título.

—No es extraño en absoluto, detective. De hecho, podría decir que es usted el responsable de que esté aquí.

—¿Yo? ¿Y cómo es eso?

Carver se inclinó por encima de su mesa, con las manos pulcramente entrelazadas y atravesándole de nuevo con sus enormes ojos castaños.

—Verá, como aún no ha encontrado a Kerry McGrath, un montón de estudiantes de esta escuela aún está bajo efectos traumáticos.

Stride hizo una mueca.

—No la sigo.

—Pues deje que se lo explique. Cuando esa chica desapareció aquel mes de agosto, muchas alumnas de esta escuela comenzaron a tener problemas. Varias se saltaban las clases, se pasaban el tiempo llorando y tenían comportamientos autodestructivos. Ofrecí mis servicios como orientadora voluntaria... no en un sentido profesional, sino como alguien que podía sintonizar y hablar con ellas de sus miedos. Una prueba de lo preocupada que estaba la administración es que no pusieron objeciones a mis ideas ni a mi orientación sexual, sino que me recibieron con los brazos abiertos. Y descubrí que disfrutaba trabajando con las chicas. Así que lo convertí en una actividad permanente, dos tardes a la semana, y también he acompañado a varios grupos a hacer retiros. No soy su terapeuta, aunque sin duda mi experiencia profesional resulta de gran ayuda. Pero sobre todo, soy alguien con quien estas muchachas pueden hablar.

—¿Tuvo la oportunidad de entablar amistad con Rachel?

Se la quedó mirando, esperaba una reacción. No hubo nada, ni el más mínimo estremecimiento, ningún intento de ocultar algo; tan sólo la misma mirada llana.

—La conocía —dijo ella, sin revelar nada.

—¿Cuánto?

—Nos veíamos de vez en cuando. No era una de mis visitas habituales. Y como ya he dicho, nunca vino a ninguno de nuestros retiros.

—¿Por qué venía a verla?

Carver hizo una pausa. Miró a Stride con calma.

—No puedo decírselo —respondió al fin.

—¿Por qué no? —preguntó Stride, sorprendido—. Ha sido categórica al afirmar que estas relaciones no son profesionales, así que la confidencialidad no tiene aplicación en este caso, ¿no es así?

—La confidencialidad dependería de cómo Rachel percibía la relación y de si me consideraba una terapeuta. En cualquier caso, me habló de ciertas cosas con la condición de que quedaran estrictamente entre nosotras. No debía contárselo a nadie. Y si me gano la fama de traicionar una confidencia, detective, no podré obtener ningún éxito en este campo.

—Pero lo cierto es que ahora la situación es distinta. La chica ha desaparecido. Si algo de lo que dijo puede ayudarnos a encontrarla, es su obligación contármelo; se lo debe a Rachel.

Carver negó con la cabeza.

—Me temo que eso no es así, en absoluto.

—Doctora Carver, esa chica podría encontrarse en un grave peligro —insistió Stride.

—Detective, no sé nada que pueda ayudarle a encontrarla. Créame.

—Hoy ha ido diciendo a la gente que trabaja en la escuela que creía que nunca encontraríamos a Rachel. ¿Por qué? ¿Qué le hace pensar eso?

—No han encontrado a Kerry —repuso Carver.

—¿Tiene motivos para pensar que los dos casos están relacionados?

—No, no quería dar a entender eso. No tengo ningún motivo para creerlo.

—Y sin embargo, parece convencida de que no encontraremos a Rachel —repitió Stride.

—No estoy segura de que ella quiera que la encuentren —dijo Carver.

Stride entornó los ojos. Se apartó del respaldo y se inclinó por encima de la mesa, cogiendo el borde con fuerza con ambas manos. Era más alto que Carver, y quería que ésta notara cada centímetro de su presencia.

—Si tiene alguna información, doctora Carver, quiero saber cuál es. No me haga pedir una orden de arresto.

Carver rio se movió. Le miró a los ojos y dijo:

—Adelante, detective. No puede arrestarme sólo con conjeturas, y no puede obligarme a contar algo que ignoro. Ya le he dicho, y se lo vuelvo a repetir, que no sé dónde está Rachel. No sé lo que le ha ocurrido. No tengo ninguna información que pueda ayudarle a encontrarla.

—Pero cree que está viva —dijo Stride—. Cree que se marchó por propia voluntad.

—Esto es lo que pienso, detective: dentro de seis meses, Rachel Deese cumplirá

dieciocho años. Entonces, aunque la encuentre, no podrá hacerla volver.

Stride sacudió la cabeza.

—No la ayuda negándose a hablar. Si se ha escapado, si tenía motivos para hacerlo, necesito saberlo. Mire, he conocido a su madre. Sé que entre ellas se había declarado una guerra abierta. Pero si se ha marchado sola, podría meterse en algún lío. ¿Tengo qué explicarle lo que les pasa a la mayoría de las adolescentes fugitivas? ¿Cuántas terminan mendigando? ¿Cuántas se meten en la prostitución?

Por un momento, creyó que podía ganar. Vio un instante de debilidad en los ojos de Carver. Ella sabía que le estaba diciendo la verdad. Pero entonces, como una máscara, su mirada volvió a convertirse en acero.

—Lo siento, detective. No sé nada que pueda ayudarle. Lo que digo a la gente sólo es una opinión.

—¿Y cuál es?

Carver se encogió de hombros.

—Lo que ya he dicho. Que nunca la encontrarán.

## Capítulo 7

Heather Hubble giró a la izquierda y salió de la carretera 53 para adentrarse en un anodino camino de tierra unos quince kilómetros al oeste de Duluth. Su coche brincaba y se zarandeaba en aquella superficie llena de surcos. En el asiento del copiloto, Lissa, su hija de seis años, saltaba tanto como el vehículo.

Era jueves por la tarde. Quería aprovechar la luz tenue y las sombras alargadas para sacar fotografías del establo en ruinas que había varios kilómetros al sur. Había esperado a que los colores del otoño que la rodeaban alcanzaran su mejor momento. Las hojas de un rojo brillante se habían vuelto de color óxido. Los amarillos estaban pálidos y verdosos. Muchas hojas se habían caído y el campo alrededor del establo estaría plagado de ellas. Era perfecto. El establo, a su vez, se encontraba en un avanzado estado de decadencia. Las imágenes de sus fotografías se reforzarían unas a otras.

—Me gusta esta carretera, mamá —dijo Lissa, saltando arriba y abajo en su asiento—. Es bonita y está llena de baches.

Lissa pegó la nariz a la ventana para mirar los árboles. En el aire flotaba una lluvia constante de hojas muertas.

—¿Falta mucho? —preguntó Lissa, impaciente.

—Ya estamos cerca —dijo Heather.

Al girar una curva, el establo apareció en el campo de la izquierda. A Heather le parecía romántico y hermoso, aunque en realidad era una ruina que llevaba largo tiempo abandonada. No creía que resistiera otro año más, aunque llevaba muchos años pensando lo mismo. Suponía que el peso de la nieve caída aquella temporada acabaría por hundir el resto del techo, que ya se había derrumbado en varios sitios, dejando agujeros irregulares. La pintura roja del establo estaba desvaída, resquebrajada y desconchada. Las ventanas estaban rotas, por las piedras que lanzaban los muchachos. Toda la estructura parecía querer replegarse hacia dentro, con aquellas paredes inclinadas e inestables. Seguramente, si volvía en febrero, aquel establo se habría reducido a una pila de tablones astillados y cubiertos de nieve.

Se adentró en la descuidada maleza del camino de entrada, que en realidad no era tal, sino un producto de la erosión causada por quienes se habían dirigido al establo a lo largo de los años. Detuvo el coche y salió; Lissa la imitó.

—Me parece que nunca he estado aquí antes, ¿verdad, mamá? —preguntó Lissa.

—No, me parece que no. Solía venir aquí mientras tú estabas en la escuela.

—No se conserva muy bien, ¿eh?

Heather se rió.

—No, no mucho.

—¿Puedo mirar?

—Claro. Pero no entres en el establo; no es seguro.

—Parece un lugar embrujado —dijo Lissa—. ¿No crees?

—Quizá lo esté —respondió Heather.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó Lissa.

Heather sonrió.

—Solía venir aquí cuando era adolescente. Veníamos muchos chicos y chicas.

—¿Y qué hacíais aquí? —preguntó Lissa.

—Lo explorábamos todo. Como tú.

No era necesario explicar la verdad. En aquellos tiempos, docenas de adolescentes de Duluth venían hasta este lugar para hacer el amor. Era el rincón más cálido del condado para ir a darse el lote. Hasta el punto de que corría por la escuela una lista en la que se apuntaba la gente, para asegurarse de que no hubiera demasiados coches aparcados al mismo tiempo. Heather había tenido su primera experiencia sexual junto a ese establo, en la parte de atrás de una camioneta, bajo las estrellas.

Se preguntó si hoy en día los estudiantes lo seguirían usando. Todavía había muchos neumáticos de tractor por los alrededores tras los que ocultarse. También había botellas vacías de cerveza tiradas por el suelo. Si miraba con más atención, seguramente encontraría condones usados.

Heather volvió a mirar a Lissa.

—No cojas nada del suelo.

Lissa frunció el ceño.

—Pero entonces no es divertido.

Heather suavizó el tono de voz.

—Puedes coger piedras y palos, pero no cosas de la gente, ¿de acuerdo? Si no sabes lo que es, no lo toques.

Lissa se encogió de hombros.

—Vale.

Madre e hija se separaron. Heather iba echando un vistazo a Lissa mientras paseaba entre los escombros. Tranquila al saber que la niña estaba bien, Heather comenzó a alejarse de su campo de visión, para examinar el terreno en busca de un ángulo que le gustara. Cuando encontró una localización y se dispuso a instalar su equipo, vio a Lissa encaminarse a la parte trasera del establo.

—Ten cuidado ahí atrás —chilló Heather.

Lissa gritó una respuesta que su madre no oyó bien.

Ésta se arrodilló y miró a través del visor de la cámara, viendo cómo la imagen encuadrada iba tomando forma. Detrás de ella, el sol se aproximaba al nivel de los árboles más altos. Heather sintió un cosquilleo nervioso en el estómago y un temblor en los dedos, como le ocurría siempre que estaba a punto de obtener lo que buscaba.

Se detuvo unos segundos para medir otra vez la luz y ajustar la exposición. Entonces, lista al fin, apretó el disparador, y volvió a hacerlo una y otra vez mientras oía el sonido mecánico de la película al avanzar.

—¡Mamá! —gritó Lissa desde detrás del establo—. ¡Mira esto!

—Enseguida, cariño —respondió Heather.

—¡Mira, mira, mira! —chilló Lissa.

Llegó corriendo a campo traviesa.

—Mamá está ocupada, Lissa. ¿De qué se trata?

—Mira lo que he encontrado. ¿A que es bonito?

Heather apartó la vista de la cámara el tiempo suficiente para ver que Lissa le estaba enseñando un brazalete de oro.

—¿Dónde lo has encontrado, cielo?

—Detrás del establo.

Heather puso mala cara.

—¿No te he dicho que no cogieras cosas? ¿Cosas de gente?

—Ya lo sé, pero esto es diferente —se defendió Lissa.

—¿Y por qué es diferente?

—No es peligroso ni nada de eso, sólo es un brazalete.

—Sí, un brazalete que pertenece a alguien, a una persona que seguramente volverá para ver si lo encuentra —dijo Heather—. Y ahora déjalo otra vez donde lo has encontrado.

—¿Quieres decir que no me lo puedo quedar?

Heather suspiró. Siempre pasaba lo mismo con Lissa y las joyas.

—No, no te lo puedes quedar, porque pertenece a alguien. Devuélvelo ahora mismo.

—No creo que lo quieran —se quejó Lissa—. Está muy sucio.

—Pues entonces, ¿por qué lo quieres tú?

Lissa no encontró una respuesta inmediata y tuvo que pensar un poco.

—Podría limpiarlo —dijo.

—Igual que la persona a la que pertenece. Y basta de discusiones. Déjalo donde estaba.

Lissa abandonó la discusión y se alejó con tristeza para volver a la parte de atrás del establo. Más tranquila, Heather se centró de nuevo en la cámara. Miró una vez más por el visor.

«Perfecto».

A regañadientes, Lissa volvió a dejar el brazalete donde lo había encontrado, detrás del establo, en un espacio lleno de barro junto al borde del campo. Aunque le parecía injusto: no creía que viniera nadie a buscarlo.

—Pero lo ha dicho mamá —murmuró Lissa para sí misma.

Después de devolverlo, Lissa continuó explorando. Ya tenía una buena colección, que incluía varias piedras curiosas y unas cuantas florecillas azules, todo ello guardado en los bolsillos de su abrigo. Se le pasaba el tiempo volando. Parecía que tan sólo había transcurrido un instante cuando levantó la mirada y se dio cuenta de que el sol había desaparecido detrás de los árboles.

En ese momento, oyó gritar a su madre:

—¡Vamos, Lissa, es hora de irse!

Por una vez, Lissa no esperó a que la llamaran de nuevo. Echó a correr por el campo otra vez en dirección al establo, y tuvo que volver a pasar junto al charco donde se encontraba el brazalete.

—¡Lissa! —volvió a gritar su madre.

Lissa se lo pensó. Quería ese brazalete, y la persona que lo había perdido había sido muy descuidada. Además, podía guardarlo y limpiarlo, y si el propietario lo quería alguna vez, ella lo tendría sano y salvo. También pensaba que a lo mejor esa persona lo había tirado. Mamá no lo entendía. De todas formas, a su madre no le gustaban las joyas.

Rápidamente, Lissa se agachó, cogió el brazalete y se lo metió en el bolsillo.

—¡Ya voy! —gritó, y corrió al otro lado del establo.



## SEGUNDA PARTE

## Capítulo 8

Bird Finch caminaba entre las sombras del estudio, levantando unas piernas que parecían zancos por encima de los cables que cubrían el suelo. Nadie hablaba con él. Hacía tiempo que habían aprendido que Bird nunca decía una palabra durante los minutos previos a una emisión en directo. Estaba demasiado exaltado. Se le acumulaban las emociones. Se estaba mentalizando.

Esa noche, conseguirían otra vez un alto índice de audiencia.

Tras perseguirles durante tres semanas desde la desaparición de Rachel, había conseguido la primera entrevista en directo con Graeme y Emily Stoner. Por primera vez, estaban dispuestos a hablar de la pérdida de su hija. Y no estarían solos: a su lado en el plató habría otra familia desolada, Mike y Barbara McGrath, que llevaban más de un año buscando sin éxito a su hija Kerry. Dos familias se sentarían a su lado para purgar sus emociones y enviar un mensaje a la policía.

Hay un asesino acechando la costa norte y raptando a adolescentes en plena calle. Encuéntrénle.

Bird se detuvo y se cruzó de brazos. En el plató iluminado, Graeme y Emily Stoner estaban sentados en cómodas sillas, mientras dos maquilladores revoloteaban a su alrededor, dándoles toquecitos en los rostros. Vio a los McGrath acercarse a los Stoner y observó a las dos parejas intercambiar torpes saludos.

—Dos minutos —anunció alguien por un altavoz.

Bird emergió entre las sombras del estudio y cruzó el plató con la gracia de un gato enorme. Se quedó de pie como una torre negra ante sus invitados, que le miraban desde sus cuatro asientos. Él les sonrió, mostrando unos dientes blancos como el papel que contrastaban con su piel oscura. Le dio la mano a cada uno de ellos con un poderoso apretón.

—Quiero agradecerles a todos su presencia esta noche —les dijo con la voz grave y atronadora que reservaba para las víctimas—. Sólo puedo hacerme una idea de lo duro que esto tiene que ser para ustedes, pero es importantísimo que los habitantes de este estado oigan su historia. Y, si Dios quiere, tal vez sus voces lleguen hasta sus hijas, o a quienquiera que las apartara de ustedes.

—Es usted muy amable, señor Finch —dijo Barbara McGrath.

—Señor y señora Stoner, haré todo lo que pueda para que se sientan cómodos —dijo—. No quiero que piensen en la cámara. Tan sólo hablen conmigo, cuéntenme su historia.

Bird se embutió en su silla de siempre. Se pasó una mano por la cabeza rasurada y echó una ojeada a su traje para asegurarse de que bolsillos, pañuelo y puños estaban en su sitio. Se aclaró la garganta y apoyó un brazo en el lado izquierdo del asiento.

Dirigió a sus invitados una última y comprensiva sonrisa. El piloto rojo se

iluminó.

—Buenas noches, damas y caballeros —dijo Bird—. Soy Jay Finch, y esta noche les ofrezco una entrevista muy especial con dos familias de Duluth, Minnesota. Estas cuatro personas se acaban de conocer esta noche, pero a medida que pasa el tiempo comparten un vínculo que las acerca cada vez más.

La cámara se alejó para mostrar los asientos de los Stoner y los McGrath, al otro lado de donde estaba Bird.

—Hace quince meses, Kerry McGrath, la hija de Mike y Barbara McGrath, desapareció en las calles de Duluth. Hace tres semanas, Rachel Deese, la hija de Emily Stoner e hijastra de Graeme Stoner, su esposo, sufrió el mismo terrible destino. Dos adolescentes que iban a la misma escuela y vivían a sólo unos kilómetros de distancia. Ambas desaparecidas. Todos rezamos por que estén bien, y todos tememos por sus vidas.

La voz de Bird se endureció.

—La policía no admitirá que los dos sucesos están relacionados. Se limita a decir que ambas investigaciones siguen abiertas, aunque no existe ninguna prueba que indique que están cerca de resolver este espantoso misterio. Mientras tanto, las familias de Duluth se enfrentan a otra noche de preocupación. Cada vez que una de sus hijas va a la escuela, se preguntan si regresará a casa sana y salva. Cada vez que su hija va a ver a un amigo, llaman para asegurarse de que ha llegado a la hora prevista. Así actúa el miedo. Éste es el precio de la ignorancia. Porque todo el mundo en Duluth se hace la misma pregunta: ¿qué ocurrió?

Bird clavó la mirada en la cámara, como si estuviera en el salón de todos y cada uno de los espectadores.

—¿Qué ocurrió? ¿Hay un asesino en serie acechando a las jóvenes de Duluth? ¿Hay alguien más en peligro? ¿Pasará un año antes del siguiente crimen, o la paciencia del asesino ya se ha agotado? ¿Ha vuelto a las calles esta noche, paseándose en un vehículo solitario, aminorando la marcha cada vez que alguien se acerca?

Las palabras le quemaban en la lengua como hierro candente. Podía sentir el miedo como si fuese un objeto tangible y sabía que lo estaba extendiendo por todo el estado. Bird no se sentía culpable. La gente necesitaba asustarse.

—No conocemos la respuesta a estas preguntas —dijo Bird con suavidad—. No sabemos lo que ocurrió esas dos noches separadas por algo más de un año. Dios sabe que todos esperamos que Kerry y Rachel estén sanas y salvas en alguna parte, y que muy pronto podamos verlas de nuevo en su casa, con sus padres. Pero mientras tanto, los ciudadanos de este estado centran su atención en la policía, en busca de respuestas; respuestas que deberían tener hace tiempo.

Bird se volvió hacia Barbara McGrath.

—Y ahora, escuchemos a las otras víctimas de estos sucesos: las familias que sufren y esperan. Señora McGrath, ¿cree de todo corazón que Kerry aún sigue viva?

Emily escuchó la respuesta de la mujer. Dijo lo que se esperaba de ella. Sí, Kerry estaba viva; lo sentía en lo más hondo de su alma, sabía que su hija estaba ahí fuera, en alguna parte; nunca la abandonaría la esperanza mientras Kerry estuviera desaparecida. Entonces, aquella extraña que había junto a ella, Barbara McGrath, se volvió, miró directamente a la cámara y le habló, suplicante:

—Kerry, si estás ahí —dijo Barbara—, si puedes oír esto, quiero que sepas que te queremos. Pensamos en ti cada día de nuestras vidas. Y queremos que vuelvas a casa con nosotros.

La emoción pudo más que ella y, con un suspiro, Barbara ocultó el rostro entre sus manos. Su esposo se inclinó hacia ella y Barbara dejó caer la cabeza sobre su hombro. Él hundió la mano en el cabello negro de su mujer y la acarició suavemente.

Emily los observaba con una extraña distancia. Se sentía muy lejos de aquello. Cuando miró a Graeme, vio que también él los estaba estudiando, con una expresión impenetrable carente de toda emoción. Se preguntaba si sentiría lo mismo que ella: envidia. Envidiaba a esa gente su dolor puro y sencillo y su capacidad para encontrar consuelo y fortaleza el uno en el otro. Ella no tenía ninguna de las dos cosas. Por eso se había resistido tanto tiempo a aquella entrevista, porque sabía que tendría que mentir sobre muchos aspectos. Tendría que decir lo que se esperaba, aunque no lo sintiera. Diría lo mucho que echaba de menos a Rachel, mientras se preguntaba si era así. Cogería la mano de Graeme en busca de apoyo y no sentiría nada en su apretón desangelado.

La única persona que la comprendía y que podía ayudarla no estaba allí. Como un fantasma, se sintió flotar por encima del plato. Oyó que Bird Finch le hablaba, como si su voz resonara desde las profundidades de un largo túnel.

—Señora Stoner, ¿quiere decirle algo a Rachel? —preguntó Bird.

Emily miró a la cámara y al piloto rojo que brillaba encima. Estaba paralizada. Era como si pudiera ver a Rachel en algún lugar del oscuro reflejo de la lente, y como si Rachel también pudiera verla a ella. No comprendía el sentimiento que la estaba invadiendo. La hostilidad había sido un dolor tan constante en su vida que aún no sabía cómo vivir sin ello. Rachel se había ido y, con ella, su amarga guerra. Era inimaginable que realmente quisiera que volviera.

¿Quería? ¿O en el fondo era mejor así?

En muchas ocasiones había deseado que Rachel desapareciese. Imaginaba que por fin su vida sería un poco mejor si le quitaban ese peso de encima. Tal vez pudiera casarse de nuevo. Tal vez pudiera querer más a su hija si ésta se marchaba.

«¿Qué ocurrió?».

—¿Señora Stoner? —preguntó Bird.

Tal vez debiera decirles toda la verdad, porque quizá la dejaran en paz si conocían el secreto: Rachel era el demonio en persona.

*Emily había mantenido dos trabajos durante los años transcurridos desde la muerte de Tommy para liquidar las deudas y salir del agujero en el que las había hundido. De ocho a cinco, trabajaba como cajera en la sucursal del centro del Range Bank. Luego subía al coche, se dirigía a Miller Hill y vendía novelas románticas y revistas Playboy en la librería del centro comercial, hasta que cerraban a las nueve. Su mundo era un perpetuo ir y venir en el que se sentía narcotizada por el estrés y la falta de sueño.*

*El único elemento agradable en su vida había llegado hacía tres semanas, cuando se trajo a casa un terrier West Highland de la perrera. Después de años de llegar a su casa y encontrar sólo silencio, o bien la callada hostilidad de Rachel, los ruidos y los juegos del perro inundando el ambiente la reconfortaban. En principio, lo había comprado pensando en Rachel. Pero ésta lo ignoraba, y era Emily quien lo sacaba por las noches al patio de atrás y le lanzaba una y otra vez su juguete de plástico azul para que lo atrapara.*

*Entonces hizo un sorprendente descubrimiento: aquel perrito blanco, con sus cortas patas y su pelo desaliñado, había resquebrajado un muro. Se dio cuenta de que tenía ganas de volver a casa. El perro la recibía como un loco, como si ella fuese la persona mejor y más importante de la tierra. Dormía en su regazo y en su cama. Los fines de semana paseaban juntos, con el perro en cabeza tirando de la correa y arrastrándola de un lado para otro de la calle.*

*Rachel no propuso ningún nombre, así que Emily lo llamó Snowball. Era pequeño, blanco y veloz, y cuando la despertaba por la mañana con su fría nariz le recordaba al invierno.*

*Mientras conducía hacia su casa, aunque medio dormida, empezaba a sonreír: pensar en Snowball le causaba ese efecto. Sólo cuando pensaba en Rachel las marcas de la preocupación se cernían sobre su rostro y la sonrisa se diluía en una mueca de cansancio. Los primeros días tras la muerte de Tommy había llevado a Rachel a un psicólogo, pero la niña se había negado a volver después de unas cuantas sesiones. Emily habló con sus profesores. También habló con Dayton en la iglesia. Todos se mostraban comprensivos, pero ninguno había sido capaz de llegar a ella. En lo que respectaba a Rachel, el dolor por la muerte de Tommy no acababa de desaparecer. Y, al parecer, su único consuelo era castigar a su madre una y otra vez.*

*El automóvil de Emily se adentró en el camino de entrada de su pequeña casa: dos pisos con dos dormitorios arriba y un patio que llevaba tiempo descuidado. En el camino de entrada había profundas grietas con matas de hierba brotando entre las piedras.*

*Una vez dentro, esperaba oír las atronadoras zancadas de Snowball corriendo hacia ella para saludarla.*

*—Snowball —llamó.*

*Emily esperó un ladrido distante, suponiendo que Rachel había castigado al terrier al patio de atrás.*

*Avanzó por el pasillo hasta llegar a la cocina. Su estómago gruñó, así que rescató de la nevera una bandeja de plástico con brócoli cortado y masticó unos cogollos. Emily oyó que su hija bajaba las escaleras. Rachel se unió a ella en la cocina, pero no la saludó. La niña colocó su sudadera debajo de ella, se dejó caer en una de las sillas de la cocina y eligió un catálogo de Victoria's Secret de entre la pila de correo. Se acercó la bandeja de Emily y tomó un trozo de brócoli.*

*—¿Te vas a comprar un Wonderbra? —preguntó Emily, sonriendo.*

*Rachel levantó la vista y miró a su madre con expresión desagradable. Emily estaba lo bastante cansada como para no importarle lo que dijera.*

*—Empieza a hacer frío —dijo—. No deberías dejar a Snowball fuera.*

*Rachel pasó una página del catálogo.*

*—No está fuera. Se ha escapado.*

*—¿Escapado? ¿Cómo?*

*—Se ha escurrido entre mis piernas cuando he entrado en casa.*

*Emily se dio cuenta de que se sentía aterrada.*

*—Bueno, ¿y has ido a buscarlo? ¿Se ha perdido? ¡Tengo que encontrarlo!*

*Rachel apartó la vista del catálogo y miró a Emily.*

*—Ha salido corriendo a la calle y lo ha atropellado un coche. Lo siento.*

*Emily se apoyó contra la puerta y se cubrió la boca abierta con las manos. Un vacío descomunal se abrió en su estómago y sintió que el pecho le palpitaba. Entonces el ardor subió hasta sus ojos y sollozó descontroladamente, con las lágrimas inundando sus mejillas y deslizándose entre sus dedos. Se mordió la lengua y salió corriendo de la cocina. Cuando intentó introducir aire en sus pulmones, no notó nada. Se tambaleó hasta la puerta de entrada, la abrió de golpe y se lanzó contra la barandilla del porche. Apenas notaba el gélido viento. Dejando la puerta abierta, llegó a trompicones al camino de entrada y entonces sintió que las rodillas le fallaban. Se cayó al frío suelo y se apoyó en el vehículo, que todavía estaba caliente. Cerró los ojos.*

*Emily no estaba segura de cuánto tiempo pasó encogida en el camino de entrada. Cuando empezó a moverse, el coche volvía a estar frío, tan frío como ella. Sus dedos estaban entumecidos. Las lágrimas se habían convertido en helados surcos sobre sus mejillas. Sólo era un perro, se dijo a sí misma, pero no le sirvió de nada. En aquel momento, se sentía peor que si hubiera llegado a casa y se hubiera encontrado a Rachel muerta.*

Vagó sin rumbo hacia la calle. No había rastro de ningún accidente. Se dejó caer otra vez de rodillas y miró hacia delante con expresión ausente. Estaba tan trastornada, y la luz de las farolas era tan débil, que apenas vio el pequeño objeto arrinconado en el bordillo de enfrente. Era casi invisible, como si algún desperdicio se hubiera caído de un cubo de basura y se hubiera quedado allí. Estuvo a punto de pasarle desapercibido, pero había algo que le llamó la atención. A través de las lágrimas, la expresión de su rostro dio a entender que por fin comprendía el enigma. Luego, esa comprensión se convirtió en horror.

*Sabía lo que era. Pero no podía ser.*

En un arranque de energía, Emily comenzó a caminar. Cruzó la calle vacilando, sin querer mirar en la alcantarilla. Pero no podía apartar los ojos. Al fin, llegó hasta allí y sacudió la cabeza, aún incrédula. Incluso cuando se agachó a recoger aquella porquería del suelo y la sostuvo blandamente en sus manos, deseó estar equivocada.

Entonces, su mano se crispó hasta formar un puño. El dolor se apagó y se convirtió en rabia. Nunca había sentido un odio tan elemental llenando su alma. No se trataba sólo de Snowball, sino de años de crueldad materializados en un instante. Emily tembló, sacudida por la oleada de ira que bullía en su interior. Apretó las mandíbulas. Sus labios se tornaron dos delgadas líneas.

*Arrastrando el nombre como un gemido, gritó:*

*—¡Rachel!*

Emily volvió a cruzar la calle corriendo, pasó por el camino de entrada y llegó a la casa. Cerró la puerta con un golpe tan feroz que el edificio se estremeció. Le daba igual que lo oyeran los vecinos. Siguió aullando el nombre de su hija:

*—¡Rachel!*

Con funestas intenciones, irrumpió en la cocina, donde Rachel continuaba hojeando tranquilamente el catálogo de Victoria's Secret. La niña la miró, sin inmutarse siquiera ante los gritos de Emily. No dijo nada. Tan sólo esperó.

*—¡Has sido tú! —gritó Emily con voz agónica—. ¡Has sido tú!*

Emily extendió la mano y abrió los dedos, que sostenían el mugriento juguete de goma azul que a Snowball tanto le gustaba ir a buscar corriendo.

*—No se ha escapado —musitó Emily—. Lo has soltado tú. Y luego le has lanzado el juguete cuando se acercaba el coche. ¡Lo has matado!*

*—Eso es ridículo —dijo Rachel.*

*—No me vengas con esa mierda inocente —estalló Emily—. ¡Lo has matado! ¡Jodida zorra despiadada, has matado a mi perro!*

La contención acumulada durante todos esos años reventó de golpe. Emily se agachó y arrancó a Rachel de la silla a la fuerza. Dobló el brazo hacia atrás y le pegó a la niña en la cara violentamente.

*—¡Lo has matado! —volvió a gritar, y entonces pegó otra vez a Rachel, más*

fuerte—. *¿Cómo has podido hacerme esto?*

*Volvió a pegarle. Y otra vez, y otra.*

*La mejilla de Rachel estaba roja como un tomate y tenía marcados los dedos de Emily. La sangre brotaba de sus labios. No se defendió; se quedó ahí, con la mirada fría y calmada, sin rechistar a pesar de la lluvia de golpes que caía sobre ella. Asimiló el castigo hasta que por fin Emily se quedó sin furia. Ésta se tambaleó hacia atrás, mirando a su hija, y luego dio la vuelta y hundió el rostro entre sus palmas. La habitación volvió a sumirse en el silencio.*

*Emily cruzó las manos. Sentía los ojos de Rachel clavados en su espalda. Entonces, sin decir una palabra, su hija abandonó la cocina. La oyó subir las escaleras y luego el sonido de las cañerías al abrir el grifo del cuarto de baño.*

*Aquello era lo único que Emily se había jurado no hacer nunca, por muy feas que se pusieran las cosas entre ellas. Y lo había hecho.*

—¿Señora Stoner? —repitió Bird Finch—. *¿Quisiera decir algo a Rachel en este momento?*

Emily miró a la cámara con expresión apagada. Las lágrimas llenaron sus ojos y se precipitaron sobre sus mejillas. Para todos los que estaban viendo la televisión, era el dolor de una madre enfrentada al peor sufrimiento: la desaparición de un hijo. No era necesario que supieran la verdad.

—Supongo que le diría que lo siento —dijo Emily.



## Capítulo 9

Stride estaba solo, sentado en su cubículo del sótano del ayuntamiento el viernes por la noche. La lámpara cromada del escritorio proyectaba un pequeño círculo de luz sobre los archivos que intentaba leer. Había regresado a su despacho para revisar el papeleo y varias publicaciones y ponerse al día de los altercados que se hubieran cometido en las semanas posteriores a la desaparición de Rachel. La mayoría eran simples disputas domésticas, robos de coches, pequeños hurtos... la clase de investigaciones que podría delegar a los siete sargentos que estaban bajo su mando. Pero aquel enorme volumen le desbordaba. Ni siquiera veía la madera carcomida de su escritorio por debajo de los archivos y los papeles.

La oficina central del cuerpo de detectives, en el piso de abajo, estaba en silencio. Sus compañeros se habían ido a casa. A Stride le gustaba estar allí por la noche, cuando la calma era absoluta y no sonaba ningún teléfono. Sólo tenía que preocuparse del zumbido de su busca, como un mosquito que le picaba para avisarle de que algo malo ocurría en la ciudad. Durante el día no pasaba mucho tiempo en su despacho. Las oficinas eran pequeñas, y él solo tenía que encargarse de varias investigaciones de peso. Era estupendo. Le gustaba estar sobre el terreno, haciendo un auténtico trabajo de campo. Solamente se sumergía en la parte administrativa de su trabajo a horas intempestivas, cuando nadie le interrumpía.

De todos modos, el ayuntamiento no tenía dinero para mantener unas oficinas de lujo. Las losetas con espuma que había encima de su cabeza tenían manchas de humedad, debidas a los numerosos escapes de las cañerías que habían goteado sobre su mesa. La alfombra de color gris fábrica desprendía olor a moho. Su cubículo era lo bastante grande para dar cabida a una silla para las visitas, detalle que constituía la única diferencia real entre el despacho de un teniente y el de un sargento. Stride no se molestaba en personalizar su espacio con pósteres y fotos de familia, como solía hacer la mayor parte de sus compañeros. Sólo tenía una vieja fotografía de Cindy colgada en el tablero de corcho, e incluso ésta estaba medio cubierta por las últimas notificaciones de Seguridad Nacional. Era un lugar frío y descuidado, y se alegraba de poderse escapar siempre que podía.

Oyó la campanilla del ascensor unos metros más allá. Raramente ocurría por la noche. Significaba que alguien de allá arriba, de las verdaderas oficinas del ayuntamiento, bajaba. Esperó a que se abrieran las puertas y reconoció la pequeña silueta de K-2.

—Buenas noches, Jon —dijo el jefe de policía con voz aflautada.

K-2, caminando con los pies hacia fuera, entró pausadamente por la puerta abierta del cubículo de Stride. Con el ceño fruncido, miró el montón de papeles sobre la silla. Stride se disculpó y dejó la pila en el suelo para que su jefe se pudiera sentar.

—Así pues, ¿cree que está muerta? —preguntó Kinnick, yendo directamente al grano.

—Es lo que parece —dijo Stride. No tenía sentido suavizar lo que ambos sabían—. Llegados a este punto, nueve de cada diez nunca vuelven a casa.

Kinnick se aflojó el nudo de la corbata. Llevaba un traje de color marengo, demasiado ancho para su constitución menuda, y parecía recién salido de una reunión del consejo municipal.

—Mierda. Ya sabe que el alcalde no está muy contento. La prensa nacional nos está cosiendo a preguntas. Quieren datos. Quieren saber si se trata de un asesino en serie, algo con lo que poder tirar.

—No hay ninguna prueba de ello.

—¿Y desde cuándo a esa gente le importan una mierda las pruebas? —se impacientó Kinnick.

Se metió el dedo en una oreja y ésta se agitó a un lado de su pequeña cabeza como una hoja de calabaza. Stride sonrió. Se acordaba de la parodia de K-2 que Maggie hizo en una fiesta del departamento el día de San Patricio, imitando a un duendecillo.

—¿Le parece gracioso? —preguntó Kinnick.

—No, señor. Lo siento. No es necesario que me hable de la prensa. Bird no cesa en acosarme.

Kinnick resopló. Era brusco con sus tenientes y un blanco fácil para las burlas, pero a Stride le gustaba K-2. Era un policía administrativo, no un detective de campo, pero defendía ferozmente su departamento ante los funcionarios municipales y se preocupaba por reunirse con todos los grupos de interés de la ciudad, desde el personal de los jardines de infancia a los miembros del Rotary Club, para dejar en buen lugar a las fuerzas policiales. Era fiel a su equipo y Stride lo respetaba por eso.

—¿Se da cuenta de que no tenemos mucho tiempo? —preguntó Kinnick. Apuntó sus puntiagudos mocasines negros en dirección a la mesa desbordada de Stride—. Y usted ya tiene demasiado trabajo.

Stride sabía que era inútil recordar a su jefe que había sido él quien le había pedido que se encargara del caso. Con K-2, todo era cuestión de estrategia política y burocrática. El ayuntamiento quería que el caso se resolviera deprisa.

—Los confidentes están colaborando —dijo Stride—. No hay nada importante que me retenga aquí.

—Y ambos sabemos que ya estamos fuera del límite. Tal como van las cosas, esto no se aclarará nunca. Tendré que retiraros a ti y a Maggie. Pondré a Guppo al mando, puede encargarse de que el caso vaya avanzando. Si encontramos algo de peso, volverá a ponerse al mando.

—Así sólo conseguiremos dar cancha a Bird —protestó Stride—. Es demasiado

pronto, concédanos unas semanas más. No queremos que parezca que damos la espalda a la investigación.

—¿Cree que a mí me gusta? —preguntó Kinnick. Se rascó la frente y se atusó los cabellos grises que se extendían sobre su cráneo de una oreja a otra—. Stoner es amigo mío. Pero no veo ningún progreso.

—Necesito tres semanas más. Usted mismo lo ha dicho: el alcalde le da mucha importancia a este asunto. Si para entonces no tenemos nada, de acuerdo, apártenos del caso. Guppo puede tomar el mando. Ya lleva el caso de Kerry.

Kinnick sacudió la cabeza, frunció el ceño y suspiró como si hiciera una gran concesión.

—Dos semanas. Y si no conseguimos nada, le relevo sin dudar. ¿Está claro?  
Stride asintió.

—Se lo agradezco. Gracias, señor.

El jefe se levantó de la silla y se dirigió al ascensor sin decir nada más. Las puertas se abrieron de inmediato y lo engulleron. La maquinaria gruñó al devolverle al cuarto piso.

Stride respiró hondo. Sabía cómo funcionaban las cosas; K-2 no había bajado para relevarle del caso: era demasiado pronto para eso. Pero quería recordarle a Stride que el reloj avanzaba.

—¿Qué hago? —preguntó Maggie.

Miró las tres cartas, que sumaban doce. La carta descubierta del crupier era seis.

Stride apoyó su cigarrillo en un cenicero, donde el humo se ensortijó y se fusionó en la nube gris que se cernía sobre las mesas de *blackjack*. La neblina se adhería al bajo techo. Cuando inhalaba, notaba el sabor del humo estancado. Le ardían los ojos, en parte por el aire viciado y en parte porque ya era más de medianoche; habían transcurrido más de dieciocho horas desde que empezara el día. Se había quedado en la oficina hasta que Maggie llamó y lo amenazó con sacarlo de allí por la fuerza.

—Plántate —dijo Stride.

—Pero sólo tengo doce. Creo que debería coger una carta.

Stride negó con la cabeza.

—Lo más probable es que el crupier saque un diez. Tendremos que empatar a dieciséis, y seguramente él se va a pasar. Plántate.

—Carta —dijo Maggie. El crupier dejó un rey de corazones sobre la mesa—. Mierda.

Stride mostró sus cartas, que sumaban catorce. El crupier dio la vuelta a su carta, una sota, y luego cogió otra. Era un diez.

—Cabrón —dijo Maggie.

Stride se rió mientras el crupier añadía dos fichas más a su pila.

El pequeño casino apestaba a sudor, procedente del centenar de personas apiñadas en sus claustrofóbicas estancias. La mayoría iban abrigados para la noche invernal, pero estaban sofocados por el calor de los cuerpos y las máquinas. El ambiente era pesado y ruidoso. Las tragaperras emitían sonidos electrónicos y las monedas tintineaban al caer en las cubetas. El parloteo llenaba los cuartos y de vez en cuando se oían los gritos de algún ganador del premio gordo. Llevaban casi una hora jugando y Stride había ganado cuarenta dólares. Maggie había perdido veinte. Él cogió dos fichas y apostó.

—Estás ganando —dijo Maggie—. ¿Por qué no te sueltas? Si apuestas más, ganarás más. Siempre apuestas sólo dos dólares, aunque tengas una buena racha. —Maggie hizo una mueca y cacareó como una gallina. Cogió diez fichas y las colocó en la mesa, delante de él—. No tienes huevos, Stride.

—Hablas mucho para estar perdiendo hasta la camisa.

—No me tientes —dijo ella, guiñando un ojo.

A lo largo del día habían vuelto a interrogar a quienes conocían a Rachel.

La expedición nocturna al casino era una forma de olvidarse del caso que les tenía obsesionados desde hacía tres semanas. Pero era inútil: encima de la barra, un canal de televisión emitía la entrevista de Bird Finch. No hacía falta escucharla; bastaba con leer el airado lenguaje corporal de Bird.

—Tal vez Bird tenga razón —reconoció Maggie de mala gana—. Tal vez se trate de un asesino en serie.

Stride miró a Maggie con el rabillo del ojo. Luego sacudió la cabeza con poca convicción.

—No tienen mucho que ver la una con la otra.

—¿No? ¿No será que tu apreciación no es la correcta? Tenemos a dos adolescentes que viven a pocos kilómetros de distancia y que han desaparecido sin dejar rastro.

—No es el mismo patrón —dijo Stride—. Ambos estamos de acuerdo en que lo de Kerry fue obra de un perverso o bien un atropello con fuga, ¿no?

Maggie asintió.

—Sólo que yo no me trago lo del atropello con fuga. Se limitan a huir, no esconden el cuerpo. Creo que alguien se la llevó.

—Está bien, soy de la misma opinión. Pero, ¿te imaginas al mismo tío acechando en las calles de Duluth, donde puede ser visto desde docenas de hogares? Simplemente, no tiene sentido. Un forastero en busca de una ocasión, de una chica solitaria en mitad de ninguna parte... no va a pasearse arriba y abajo por calles residenciales. Es demasiado arriesgado.

El crupier del *blackjack*, que lucía una larga cabellera negra y un fino bigote, los observó, impaciente. Cuando su mirada se cruzó con la de Stride, adquirió una

expresión de gravedad y continuó repartiendo cartas.

—Entonces, ¿sólo es una coincidencia? —preguntó Maggie.

Stride se encogió de hombros.

—Ésta ya no es una ciudad pequeña. Esta clase de mierda ocurre. Apuesto a que quienquiera que atacara a Kerry ni siquiera se encuentra en este estado. Y Rachel... cuanto más sé de este caso, más me convengo de que la respuesta está en su casa.

—Emily y Graeme pasaron la prueba del polígrafo —le recordó Maggie—. Y no se han encontrado antecedentes de ningún tipo.

—No importa —dijo Stride—. Hay algo en ese triángulo que me huele mal. Emily y Rachel como el perro y el gato y Graeme en medio. Quiero saber qué ocurrió y por qué.

—Podríamos salir escaldados de esto —dijo Maggie—. Si presionamos demasiado a la familia sin disponer de pruebas, ¿qué va a decir K-2?

—K-2 quiere respuestas. Hablaremos otra vez con Dayton, el sacerdote. Alguien tiene que saber lo que pasaba en aquella casa.

—De acuerdo, me parece bien.

Maggie agitó la mano en el aire al conseguir otro *blackjack*. Luego bebió con cuidado un sorbo de su bebida, esquivando la rodaja de piña y frunciendo el ceño cuando la sombrilla se estrelló contra su rostro.

—Hola, detective.

Stride no supo de dónde venía la voz. Parecía suspendida en algún lugar entre el ruido del casino, aunque cercana, como una leve música. Dio media vuelta para mirar detrás de él.

Una mujer le estaba sonriendo. Llevaba un abrigo de piel negro con cinturón que le llegaba hasta los muslos. Tenía el pelo rubio revuelto y las mejillas coloradas.

—Soy Andrea —dijo—. ¿Me recuerdas? Del instituto.

—Claro —dijo él con torpeza, como saliendo de un trance—. Me acuerdo.

Maggie se movió en su asiento y se los quedó mirando. Luego observó a Stride y se aclaró la garganta sonoramente. Éste cayó en la cuenta de que no la había presentado, y también vio que Andrea comprendía de pronto que él y Maggie estaban juntos. De forma instintiva dio un paso atrás para no molestar.

—Lo siento —dijo Stride—. Andrea, ésta es mi compañera, Maggie Bei. Hemos decidido venir a jugar unas manos para relajarnos un poco después de patear las calles durante todo el día. Maggie, ésta es Andrea Jantzik. Es profesora en el instituto.

—Encantada —dijo Maggie con picardía—. ¿Por qué no te unes a nosotros? Toma asiento y deja que Stride te enseñe todo lo que sabe sobre el *blackjack*, es decir, cómo ganar y no divertirse.

Andrea sonrió y sacudió la cabeza.

—Oh, no, no quisiera molestar.

—No molestas. —Maggie vaciló y llegó a la conclusión de que la sutileza no funcionaba—. Soy su compañera de crímenes. Eso es todo.

—¡Oh! —dijo Andrea, y repitió—: ¡Oh!

—De hecho —dijo Maggie—, creo que voy a probar con las tragaperras. Hay una que se llama Gran Cerdo, y dicen que gruñe cuando ganas el gordo. Me gustaría oírlo. ¿Por qué no te sientas en mi sitio?

—¿Estás segura? —preguntó Andrea.

Pero Maggie ya se había levantado y tiraba enérgicamente de Andrea para que se sentara. Se terminó la bebida en dos largos tragos, cogió la sombrilla y se la metió en el bolsillo. Luego hizo un gesto de despedida con la mano.

—Pasadlo bien. Te llamo mañana, jefe.

Maggie le guiñó abiertamente un ojo mientras Andrea se instalaba en la silla junto a Stride. Antes de alejarse, Maggie se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Le gustas, jefe —dijo Maggie—. No la cagues.

## Capítulo 10

Andrea se quitó el abrigo negro y lo dobló sobre el taburete más cercano. Iba vestida para matar. Su falda negra apenas conseguía cubrirle los muslos. Tenía unas piernas atléticas y elegantes debajo de las medias negras. Llevaba una blusa de satén rosa que lanzaba destellos bajó las luces del casino. Los dos últimos botones estaban desabrochados, mostrando un fragmento de piel desnuda que se movía al ritmo de su respiración. Su maquillaje era impecable y resultaba obvio que le había llevado un buen rato pintarse, desde el suave brillo de los labios a las largas y livianas pestañas y la delicada línea del delineador de ojos. Se había adornado el cuello con una delgada cadena de oro y llevaba unos brillantes pendientes de zafiro que resaltaban sus ojos.

Era un sugerente aspecto de vampiresa/mujer fatal. Pero Stride se dio cuenta de que Andrea, simplemente, no podía con ello. Estaba incómoda. Se bajaba la falda, intentando en vano que le cubriera las piernas. Su sonrisa era tímida y torpe, carente de seguridad. Juguetaba con su collar, retorciéndolo entre los dedos, mientras hacía lo posible por no mirarlo directamente.

Se daba cuenta de que estaba nerviosa y de que no sabía qué decir. Pero él tampoco lo sabía. Hacía mucho tiempo que no se encontraba solo, ejecutando la delicada danza de la seducción con el sexo opuesto. Trató de recordar cómo funcionaba, pero había estado tanto tiempo con Cindy que no se acordaba de nada que sonara ingenioso. La última vez que había tenido una cita iba al instituto. Y estaba seguro de que nada de lo que hubiera dicho entonces iba a sonar ingenioso ahora.

Finalmente, el crupier tosió y señaló las cartas.

—¿Juegas? —preguntó Stride.

Andrea negó con la cabeza...

—Creo que no.

—¿Prefieres las tragaperras?

—Bueno, para ser sincera, nunca he apostado —admitió Andrea. Se volvió y le miró brevemente a los ojos—. Algunas veces había venido aquí o al Black Bear con Robin, pero yo siempre miraba, nunca jugaba. Ésta es mi primera visita, mi bautismo de fuego.

Stride vio que el crupier suspiraba.

—¿Por qué has venido? —preguntó Stride.

Andrea señaló con la cabeza en dirección a la fila más cercana de tragaperras. Stride se giró y vio a dos mujeres que simulaban jugar, pero que evidentemente estaban más interesadas en observar las mesas de *blackjack* mientras murmuraban y se reían. Reconoció a una de ellas como otra profesora del instituto.

—Son mis animadoras —explicó Andrea—. Me dijeron que como era viernes por

la noche, y en calidad de divorciada disponible, tenía que exhibir mis atributos en público. Y me parece que esto es lo más parecido a una noche salvaje que puede ofrecer Duluth cuando has sobrepasado la frontera de los treinta.

—Pues me alegro de que lo hicieran —dijo Stride.

—Sí —dijo Andrea—. Sí, creo que yo también.

—¿Quieres jugar? —preguntó Stride—. Me encantaría ayudarte a perder un poco de dinero.

Andrea hizo un gesto negativo.

—El ruido me está dando dolor de cabeza.

—¿Te gustaría ir a otro sitio? —preguntó Stride—. Conozco un lugar cerca del lago donde sirven los mejores margaritas de la ciudad.

—¿Y tu compañera?

Stride sonrió.

—Mags puede coger un taxi.

Stride echó un vistazo al reloj. Era casi la una y media de la madrugada. Iban en dirección a Canal Park, que todavía estaba abarrotado de coches. Los aparcamientos de bares y restaurantes estaban llenos. Giró por la calle que llevaba más allá del puente del canal.

—No recuerdo que haya buenos bares en el Point —dijo ella.

Stride la miró con cierto embarazo.

—Bueno, en realidad, soy yo quien hace los mejores margaritas —dijo—. Y mi casa está cerca del lago.

—¡Oh! —dijo Andrea.

Él notó su vacilación.

—Lo siento, supongo que debería haberme explicado. Mira, no voy con segundas intenciones. Has dicho que odiabas el ruido y mi porche es tranquilo, excepto por las olas. Pero podemos ir a otra parte.

Andrea miró por la ventana.

—No, está bien. Estoy con un poli, ¿no? Si te pasas de la raya, siempre puedo llamar... en fin, a ti.

Se rió, sintiéndose cómoda de nuevo.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Pero espero que esos margaritas sean buenos.

Llegaron a su casa, unas manzanas después del puente, y se adentraron por el trecho de tierra que hacía de camino de entrada. Cuando salieron del coche, la calle estaba oscura y en silencio. Andrea contempló con una sonrisa intrigada la pequeña casa y el amasijo de escuálidos arbustos que había enfrente.

—No puedo creer que vivas en el Point —dijo.



—Yo no puedo imaginarme viviendo en otro lugar. ¿Por qué?

—Es un sitio muy duro. Las tormentas deben de ser brutales.

—Lo son —admitió.

—Debe de enterrarte la nieve.

—A veces llega hasta el techo.

—¿Y no te asusta? Creo que yo me sentiría como si el lago se me fuese a tragar.

Él se inclinó por encima del techo del coche y la miró pensativo.

—Sé que parece una locura, pero a veces pienso que las tormentas son lo que más me gusta de este lugar. Ellas son la razón de que esté aquí.

—No lo comprendo —dijo Andrea, confundida.

Se estremeció cuando una ráfaga de viento sopló sobre ellos.

—Entremos.

Él la rodeo con un brazo para darle calor mientras se dirigían a la puerta. Ella dejó que su cuerpo se acercara al de él y se sintió bien. Stride podía notar su hombro a través de la manga del abrigo negro y cómo le rozaba el rostro con el cabello. Se soltó para buscar las llaves. Andrea se rodeó a sí misma con los brazos.

Abrió la puerta. El vestíbulo era cálido y oscuro. Stride oyó el tictac del reloj de su abuelo. Ambos se quedaron en silencio hasta que él cerró la puerta. Ahora se daba cuenta de que Andrea llevaba perfume, algo suave, como agua de rosas. Era extraño sentir el aroma de otra mujer dentro de la casa.

—¿A qué te referías con lo de las tormentas, Jon?

Stride le cogió el abrigo y lo colgó en un armario. Con su liviano conjunto, era obvio que aún estaba helada. Colgó su abrigo, cerró la puerta del armario y apoyó la espalda en ella. Andrea le estaba mirando, aunque apenas eran dos sombras en el recibidor.

—Es como si el tiempo quedara suspendido —dijo Stride finalmente—. Como si pudiera sumergirme dentro de la tormenta y ver cualquier cosa y a cualquier persona. Juro que hay veces en que he oído a mi padre. En una ocasión creí verlo.

—¿A tu padre?

—Trabajaba en uno de los cargueros. Una tormenta invernal lo barrió de la cubierta cuando yo tenía catorce años.

Andrea sacudió la cabeza.

—Lo siento mucho.

Stride asintió en silencio.

—Parece que aún tienes frío.

—Supongo que llevo un conjunto absurdo, ¿no?

—Es precioso —dijo Stride.

Sintió la necesidad de tomarla entre sus brazos y besarla, pero se resistió.

—Eres muy amable. Y sí, tengo frío.

—¿Quieres ponerte una sudadera y unos vaqueros? Me temo que eso es el colmo de la moda en esta casa.

—Oh, estaré bien. Aquí se está caliente.

Stride sonrió.

—Es que iba a proponerte que fuéramos al porche.

—¿Al porche?

—Está cubierto, y tengo un par de estufas potentes.

—Me voy a helar el culo, Jon —dijo Andrea.

—Eso sería una lástima, porque tienes un culo muy gracioso.

A pesar de la oscuridad, pudo notar que ella se ruborizaba.

Entraron en la cocina y ambos parpadearon cuando Stride encendió la luz. Para su espanto, se dio cuenta de que las últimas tres semanas de investigación habían sumido su casa en el caos, en especial el fregadero, que estaba saturado de platos. La mesa no se había limpiado al menos en dos días. Además de los vasos y platos sucios, que tenían restos de espaguetis pegados, había montones de notas sobre sus pesquisas desparramadas por la mesa.

—Qué bonito —dijo Andrea, sonriendo.

—Siento que esté así. No estoy acostumbrado a recibir visitas. Excepto a Maggie, pero a ella no le importa: así puede meterse conmigo. Creo que debería haberme acordado de todo este caos antes de invitarte a entrar.

—No te preocupes.

—Pero el porche está limpio, te lo prometo. Te traeré una manta, así podrás taparte y calentarte los pies con la estufa, y te prepararé los vasos que quieras del mejor margarita que hayas probado nunca.

—Hecho —dijo Andrea.

Cuando la jarra de margarita estaba medio vacía, apenas notaban el frío.

Andrea estaba recostada en un sillón de mimbre, y por debajo de la manta estribera multicolor asomaban sus pies enfundados en unas medias. Había una estufa encendida delante del sillón, calentándole los pies. La manta estaba arrugada a la altura de la cintura. No llevaba puesto más que la blusa de seda y se frotaba con las manos la carne de gallina de los antebrazos. Durante la primera hora se había tapado con la manta hasta la barbilla, pero al fin la había dejado caer un poco.

Tenía una copa de cristal en la mano. Cada dos o tres minutos, sacaba la lengua para lamer la sal del borde y luego bebía un trago de líquido verde. A pesar de la tenue luz, Stride veía cómo lo hacía, y había algo muy excitante en la visión de su lengua tocando el vaso. La observaba desde su sillón, a unos centímetros de distancia.

El porche estaba casi a oscuras. El débil resplandor de las luces de la casa encendidas detrás de ellos proyectaba algunas sombras. Allí donde la escarcha no se

había adherido a los cristales podían contemplar por las altas ventanas la impenetrable oscuridad del lago, tan sólo iluminada por un puñado de estrellas y una media luna que desprendía un pálido brillo. Durante un buen rato, estuvieron tendidos uno junto al otro. Ya era tarde, pero estaban despiertos, perfectamente compenetrados con los sonidos que los envolvían: el romper de las olas, el zumbido de la estufa, el compás de sus respiraciones... Su conversación fluía a rachas entre intervalos de silencio.

—Se te ve muy tranquila respecto a tu divorcio —dijo Stride—. ¿Es cosa hecha?

Ella le miró.

—Sí.

Unos surcos de agua aparecieron en la ventana. Stride podía ver la textura de la lluvia, una ligera mezcla de agua y nieve. Se oía un tamborileo creciente sobre sus cabezas, en el techo de madera, y el azote del viento contra la casa. El edificio retumbaba. Él alcanzó la jarra de margarita y volvió a llenar los vasos.

Andrea removió el hielo de su copa. Una triste sonrisa asomó a sus labios.

—Me fui a Miami para visitar a mi hermana, Denise, que acababa de tener un bebé. Al regresar, encontré una nota. Necesitaba pasar un tiempo solo, decía. Para escribir. Para volver a «encontrarse a sí mismo creativamente». Nunca tuvo el valor de llamarme. Ni una sola vez. Sólo postales. Postales malditas, para conocer el mundo entero. Después supe que se encontraba en Yellowstone. Luego en Seattle. Seguía escribiendo grandes cosas. Pero en algún momento se dio cuenta de que ya no podía ser él mismo estando a mi lado. De que yo inhibía su genio. Así que tal vez lo mejor era dejarlo correr.

—Joder —murmuró Stride.

—Robin necesitó cinco semanas y diez postales para dar por terminado oficialmente nuestro matrimonio y decirme que había conocido a otra mujer en San Francisco. En el anverso había una foto del maldito Golden Gate.

—Lo siento —dijo Stride.

—No pasa nada. Tampoco le odio tanto. Lo que no soporto es estar sola.

—Lo que echo de menos son las pequeñas cosas —murmuró Stride—. Por las mañanas tengo frío. A veces me despierto y me doy la vuelta para acercarme a Cindy, como acostumbraba hacer. Ella solía quejarse de mis manos frías, pero era como una estufa y siempre me calentaba. Pero ahora ya no está y me quedo ahí, congelándome.

Escuchó cómo se extinguían sus propias palabras. Era consciente del prolongado silencio. Aunque Andrea no hacía preguntas, él sabía que deseaba que le contara algo más. Antes, en un comentario de pasada, había mencionado la muerte de Cindy sin entrar en detalles, pues no quería que su sombra planeara sobre aquella velada. Andrea reaccionó con sorpresa y con pena, pero al igual que todo el mundo, no sabía qué decir ni cómo reconfortarle.

Incluso el más mínimo detalle, como el recuerdo de cuando entraba en calor junto a ella en la cama, le impulsaba a contar todas sus historias. Pero guardó un silencio tenaz.

En esos momentos nevaba con fuerza. Los surcos de hielo, que se deslizaban con lentitud por la ventana, ocultaban la vista. Stride contempló la mesa Parson que había junto al sillón y se dio cuenta de que la jarra estaba vacía. Miró su reloj, pero no pudo leer la hora entre las sombras.

—Lo has conseguido —declaró Andrea finalmente.

—¿Qué?

—Ya estoy borracha. Gracias.

Stride asintió.

—De nada.

Andrea le miró. O a él se lo pareció: apenas podía verla.

—Dime una cosa —dijo ella—. ¿Quieres follar conmigo?

Era el tipo de pregunta que exigía una respuesta inmediata, aunque era la primera vez que a Stride se la formulaban desde la muerte de Cindy. Sabía lo que media jarra de margarita y su erguida entrepierna le pedían. Pero sentía cometer una infidelidad.

—Sí, quiero.

—¿Pero? —dijo ella.

—Pero he bebido, y no sé si podré... estar a la altura.

—Eres un mentiroso.

—Sí.

—No has hecho el amor con nadie desde que ella murió.

—No.

Andrea se levantó del sillón de mimbre y se quedó quieta, de pie.

—Pues eso se ha acabado —contestó.

Stride no se movió. La observó mientras ella se subía la falda y se bajaba las medias y las bragas floreadas que llevaba debajo. Se las quitó y las tiró a un lado. Era rubia de verdad, y su tenue mata de pelo púbico se arrojaba entre los delgados muslos. Con dedos torpes, se desabrochó la blusa y luego el sujetador. Apartó la tela a los lados y mostró sus pequeños pechos, de pezones rosados y erectos.

Andrea se inclinó hacia él y le bajó la cremallera de los vaqueros. Buscó con los dedos en el interior de sus pantalones y encontró su erección.

—Parece que sí estás a la altura.

—Eso parece.

Ella extrajo su pene con dificultad. Con un movimiento, pasó una pierna por encima del sillón y se sentó encima de él a horcajadas. Separando con una mano los labios de su vagina y sosteniendo con la otra el miembro de él, se deslizó hasta introducirse. Stride sintió cómo su pene se adentraba en sus húmedos pliegues y

gimió.

—¿Te gusta?

—Me gusta.

—Bien.

Él le cogió los pechos y acarició sus pezones con las puntas de los dedos.

—Más fuerte —dijo ella.

Se los pellizcó y le apretó ambos pechos con sus grandes manos. Andrea gritó de placer, se acercó a él y le besó, metiéndole la lengua en la boca. Sus nalgas se movían al compás de su cuerpo, subiendo y bajando encima de él. Stride introdujo la mano en su montículo, encontró el clítoris y empezó a frotarlo con un movimiento circular.

El porche crujía y gemía. Igual que el sillón, que se quejaba bajo el martilleo combinado de los dos cuerpos.

Stride sintió cómo su miembro se dilataba. Ella le estaba conduciendo con rapidez a un maravilloso y embriagador orgasmo. También ella estaba a punto de correrse: echó la cabeza hacia atrás y en su rostro se dibujó una sonrisa salvaje. Stride se incorporó y apresó uno de sus pezones con la boca. Ella le estrechó la cabeza contra su pecho. Él lamió y succionó el pezón, y la sensación de la aureola erecta en su lengua lo llevó más allá de las estrellas.

Las caderas de Stride se elevaron hacia ella entre espasmos. Se corrió con la boca todavía cerrada en torno a su pecho. Andrea se echó a reír de una manera extraña.

—¡Dios! —murmuró, casi para sí misma—. Y el cabrón decía que yo era fría en la cama.

## Capítulo 11

—¿Y bien? —preguntó Maggie.

Se limpió la nieve de las botas en la alfombrilla de la furgoneta de Stride, luego cruzó los brazos y lo miró con expectación.

—Y bien ¿qué? —pregunto Stride, sonriendo a pesar suyo.

Maggie soltó una exclamación y le dio un golpecito en el brazo.

—Conozco esa mirada —dijo, con una gran sonrisa—. Es la mirada de un hombre que anoche triunfó. ¿No te lo dije? ¿Tenía razón?

—Mags, déjame en paz.

—Vamos, jefe, detalles, detalles —insistió Maggie.

—Está bien, está bien... Nos quedamos despiertos hasta tarde, nos emborrachamos y acabamos en la cama. Fue fantástico. ¿Estás satisfecha?

—No, pero es evidente que tú sí.

Stride le dirigió una mirada de irritación y luego sacó la furgoneta del aparcamiento del edificio de Maggie. Los neumáticos resbalaron en la nieve blanda. Durante la noche habían caído cinco centímetros de pesada y húmeda nieve, suficiente para hacer que las carreteras fueran peligrosas, pero no lo bastante para sacar el quitanieves del garaje. Stride parpadeó. Tenía los ojos rojos.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó Maggie.

Stride sostuvo el volante con fuerza y pisó el freno al llegar a una señal de Stop.

—Jodidamente culpable, ya que lo preguntas.

—Oye, no estás engañando a Cindy —dijo Maggie—. A ella le hubiera cabreado que esperases tanto tiempo.

—Lo sé —reconoció Stride—. Es lo que me digo a mí mismo. Pero mi corazón no se lo acaba de creer.

De hecho, había soñado con Cindy, y luego, al despertar y sentir una presencia cálida a su lado por primera vez en un año, había disfrutado durante un breve instante creyendo que Cindy estaba junto a él. Medio adormecido, creía que la tragedia del último año había sido el auténtico sueño y que la vida seguía siendo agradable y normal. Pero entonces vio a Andrea y sintió una punzada de dolor. No era justo: Andrea era dulce y hermosa. Su cuerpo desnudo, medio cubierto por la manta, le resultaba excitante. Pero tuvo que contener las lágrimas.

—Era tu primera vez —dijo Maggie—. Ya estás otra vez en el terreno de juego. Cuantas más citas tengas, más cómodo te sentirás.

—Tal vez. Andrea y yo hemos vuelto a quedar mañana por la noche.

Maggie sonrió con picardía.

—¿Ah, sí? Ya veo: en cuanto desenfundas, ya no dejas de disparar, ¿eh?

Stride la miró de soslayo.

—Eres muy grosera, Mags. ¿Quién te ha enseñado a ser tan grosera?

—Tú.

—Ya, ya... —dijo Stride riendo entre dientes.

—Ten cuidado, no dejes que la situación se te escape de las manos, ¿vale? —dijo Maggie—. Tú estás superando la muerte de Cindy y ella está superando un divorcio. Aún estáis rebotados.

—¿Desde cuándo eres una experta en relaciones? —preguntó Stride con acritud, arrepintiéndose de inmediato del tono de su voz.

—Digamos que sé algo sobre desengaños, ¿de acuerdo?

Stride no dijo nada y prosiguieron el trayecto en silencio.

Su destino se encontraba en el extremo sur de la ciudad. Pasaron junto al puerto por la derecha y atravesaron una red de vías férreas que entraban y salían de los muelles. Era una zona poco urbanizada, con poco más que un puñado de tabernas sin ventanas, licorerías y gasolineras. Un kilómetro más adelante llegaron a la periferia de la ciudad, donde un grupo de casas antiguas se asentaba en un terreno cercano a la carretera interestatal. La mayoría de los edificios databa de antes de la década de los años cuarenta, cuando eran viviendas modestas pero confortables para los trabajadores de los barcos. Ahora, la mayor parte estaban destartados y el vecindario era un imán para el puñado de camellos que operaban en Duluth.

—Al casarse con Graeme, Emily subió varios peldaños en la escala social —dijo Maggie—. Tiene su mérito haberlo pescado. Me pregunto cómo lo hizo.

—Bueno, el reverendo dice que hace unos años estaba bastante bien.

—¿Eso dijo?

—Textualmente. Pero es evidente que Emily sigue muy unida a Dayton. Y parece que él sabe más que nadie sobre Rachel y su madre.

—Pero, ¿nos contará algo? —preguntó Maggie.

—Ha accedido a vernos; es un comienzo.

Stride recorrió una serie de calles cubiertas de nieve de aquel silencioso vecindario. Los coches aparcados eran como pequeñas colinas blancas que había que sortear en las callejuelas estrechas.

La iglesia en la que Dayton ejercía como pastor era una especie de torre de defensa desde la que los vecinos intentaban que el crimen y el vandalismo se batieran en retirada. La parcela de la iglesia estaba meticulosamente limpia y ajardinada con arbustos hábilmente recortados, que exhibían blancos vestidos de nieve y que habían sido plantados con esmero frente al césped blanco. Había una gran zona de juegos y columpios para los niños, construida con madera de cedro. La iglesia propiamente dicha lucía una fresca capa de pintura y molduras de color rojo brillante alrededor de las ventanas altas y estrechas.

Dibujaron el primer rastro de neumáticos del aparcamiento cuando entraron con

el automóvil. Al salir del vehículo, el aire era gélido y cortante. Caminaron por la nieve hasta la puerta principal de la iglesia. El amplio vestíbulo del interior estaba frío, pues el calor se desvanecía en el alto techo. Ambos se encogieron y miraron a su alrededor. Stride vio un tablón de anuncios con información sobre rehabilitación de drogas, prevención de malos tratos y consejos sobre divorcio. En el centro del tablón había un aviso que denunciaba la desaparición de una persona, con la foto de Rachel bien visible.

—¿Hola? —llamó Stride.

Oyó un movimiento en algún rincón de la iglesia y luego una voz amortiguada. Unos segundos después, apareciendo entre las sombras de un largo corredor, Dayton Tenby se reunió con ellos en el vestíbulo.

Dayton llevaba unos pantalones negros de vestir y un suéter de lana gris con parches de piel en los codos. Les saludó con una sonrisa nerviosa y su mano, al igual que la primera vez que Stride se la había estrechado, estaba húmeda. También su frente estaba cubierta de sudor. Bajo el brazo llevaba una libreta amarilla, abarrotada de una escritura afilada, y se había encajado un bolígrafo detrás de la oreja.

—Siento no haber estado aquí para recibirles —dijo Dayton—. Estaba escribiendo el sermón de mañana y he perdido la noción del tiempo. Vayamos atrás, allí se está más caliente.

Les guió por el pasillo. Las estancias de Dayton eran pequeñas, con muebles de madera oscura y una gran pintura al óleo de Cristo colgada sobre la repisa de una modesta chimenea. El fuego estaba encendido, lo que proporcionaba un agradable calor a la habitación. Dayton tomó asiento en una silla tapizada de color verde junto al fuego y dejó su libreta amarilla en la mesa ornamentada que tenía aliado. Señaló un sofá tan antiguo como incómodo, en el que Stride y Maggie se sentaron. Ella cabía perfectamente, pero Stride se retorció hasta encontrar una posición adecuada a su estatura.

—En nuestro primer encuentro, usted me dijo que creía que Rachel se había escapado —dijo Stride—. ¿Continúa pensando lo mismo?

Dayton se mordió el labio.

—Es mucho tiempo para mantener una broma, incluso para Rachel. Nunca diría esto a los Stoner, pero empiezo a temer que pueda tratarse de algo más que una chiquillada.

—¿No tiene idea de qué otra cosa podría ser? —le preguntó Maggie.

—No, no la tengo. ¿Creen que la han raptado?

—No descartamos ninguna línea de investigación —dijo Stride—. En este momento intentamos obtener más datos sobre las relaciones de Rachel y su pasado. Pretendemos construirnos una imagen de ella. Puesto que hace mucho tiempo que conoce a la familia, creemos que usted puede ayudarnos.



Dayton asintió.

—Comprendo.

—Parece reacio —dijo Maggie.

Dayton cruzó las manos sobre su regazo.

—No se trata de eso, detective. Trato de decidir lo que puedo y lo que no puedo decir. Hay cosas de las que me he enterado en calidad de consejero religioso y que, naturalmente, deben continuar siendo confidenciales. Estoy seguro de que lo entienden.

—¿Quiere decir que aconsejó a Rachel? —preguntó Stride.

—Hace ya mucho, y por poco tiempo. He trabajado más con Emily. Ella y yo hemos intentado solucionar los problemas con Rachel durante muchos años. Y me temo que no hemos tenido mucho éxito.

—Cualquier cosa que pueda decirnos nos será de ayuda —le aseguró Maggie.

—De hecho, le hablé a Emily de esta visita —admitió Dayton—. Sospechaba que podría surgir esta cuestión, ¿saben? Emily fue muy gentil y me dio permiso para hablar con ustedes con toda libertad de nuestras conversaciones. Naturalmente, no tengo el permiso de Rachel, pero tal vez, dadas las circunstancias, causaría un perjuicio si ocultara cierta información. Por supuesto, tengo que decir que Rachel no me contó casi nada que pueda arrojar alguna luz sobre su alma.

—Tal vez si empieza por el principio... —sugirió Stride.

—Sí, es cierto. En fin, ya saben que muchos de los problemas entre Rachel y Emily se remontan al primer matrimonio de ésta con Tommy Deese. Él abrió una brecha entre las dos que, tras su muerte, sólo hizo que empeorar. Por supuesto, no fue hasta transcurrido un tiempo que me enteré de la mayor parte de todo esto. Conocía a ambos de la parroquia, pero ninguno mostró interés por confiarme sus problemas.

—¿Vivían cerca de aquí? —preguntó Maggie.

—¡Oh, sí! Al final de la calle.

—¿Tenía Rachel muchos amigos? —inquirió Stride.

Dayton tamborileó con los dedos en el borde de la mesa.

—Nunca estuvo muy unida a nadie. Excepto a Kevin, tal vez. Estaba loco por ella, pero me parece que no era un sentimiento recíproco.

—¿Se refiere al Kevin que estuvo con ella en Canal Park aquella última noche? —preguntó Maggie.

—Así es. Kevin vive aquí con su familia. Creo que algún día llegará a ser abogado o vicepresidente, un verdadero ejemplo de superación. Me temo que su única debilidad es Rachel: parecía querer salvarla. Pero Rachel no tenía gran interés en ser salvada. En fin, ya está bien así, él está mucho mejor con Sally, la chica con la que sale ahora. Lo siento, suena bastante frío, ¿no? No es que tenga nada contra Rachel, pero no le habría hecho ningún bien a Kevin.

Maggie asintió.

—¿Debo entender que no cree que Kevin tuviera nada que ver con la desaparición de Rachel?

La expresión de Dayton mostró verdadera sorpresa.

—¿Kevin? Oh, no, no. Imposible.

—Hablemos de Emily y Graeme —dijo Stride—. ¿Estaba Rachel resentida con Graeme? ¿Le molestó que Emily introdujera a otro hombre en sus vidas?

—Sería lógico pensarlo, ¿verdad? —contestó Dayton—. Pero no era así. Parecía que les iba bien, al menos durante un tiempo. Creo que Rachel pensó que podría utilizar a Graeme para atacar a Emily, igual que había hecho Tommy con ella. Enfrentar a Emily y a Graeme, ya me entienden. Y quizá funcionó, pues no ha sido un matrimonio muy feliz.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Maggie—. ¿Ha habido peleas o infidelidades?

Dayton levantó una mano.

—Me temo que empiezo a tener sed. Necesito un vaso de agua. ¡No puedo dejar que se me seque la garganta antes de mi sermón! ¿Quieren beber algo?

Tanto Stride como Maggie negaron con la cabeza. Dayton sonrió, se disculpó y desapareció por otra habitación. Oyeron sus pasos en el duro suelo y después el estrépito de las cañerías al abrirse el grifo. Regresó unos segundos más tarde, bebiendo de un vaso de plástico rojo.

—Lo siento —dijo mientras se sentaba de nuevo. Parecía más relajado—. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—Emily y Graeme —dijo Maggie.

—Sí, sí. Bueno, no creo que haya habido violencia en el matrimonio. Más bien al contrario: el problema es que no hay pasión. No parece haber mucho amor entre los dos.

—Entonces, ¿por qué se casaron, para empezar? —preguntó Stride.

Dayton frunció el ceño.

—Graeme es un hombre de éxito. Creo que Emily se cegó con todos aquellos ceros que aparecían en su cuenta. Cuando llevas toda la vida luchando para llegar a fin de mes, puede ser muy tentador imaginar un mundo en el que dispones de mucho más tiempo libre. Tal vez Emily dejó que algunos de sus sueños se hicieran realidad.

—¿Y Graeme? —preguntó Maggie—. Sin ánimo de ofender, Emily no parece ser un gran partido para un alto cargo de un banco.

Dayton escrutó a Maggie con una extraña sonrisa, como si le divirtiera la pregunta.

—Bueno, ¿quién sabe por qué una persona se siente atraída por otra? Emily es una mujer encantadora. Rachel no heredó su belleza sólo de Tommy, a pesar de lo que Emily pueda decir. Además, muchos hombres se sienten atraídos por mujeres que

necesitan que alguien cuide de ellas. Tal vez sea el caso de Graeme.

Stride no tenía la sensación de que Graeme fuese en absoluto de esa clase.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó.

—Oh, por lo que cuenta Emily, fue muy bonito —dijo Dayton. De repente, su voz sonó más fuerte y embravecida. Parecía forzada—. Graeme llevaba casi un año en el banco, y deduzco que la mayor parte del personal femenino le consideraba un soltero de oro. Buena presencia, gran seguridad en sí mismo y un puesto muy bien pagado en el banco. No está nada mal. Pero no parecía interesarle nadie. Emily me habló de él un par de veces, pero ni siquiera soñaba con que se fijara en ella, ni siquiera se molestó en acercarse a él. Era de las pocas que no lo intentaron, y tal vez eso jugó a su favor. Quizás él la vio como la única inmune a sus encantos. En cualquier caso, un día Graeme se le acercó en el aparcamiento después del trabajo y le preguntó si quería tomar una copa. Al parecer, se había sentido atraído por ella desde hacía tiempo pero nunca se había atrevido a pedirle una cita. Curioso, ¿no? Nunca se sabe...

—Supongo que no —dijo Stride.

Miró a Maggie y ésta frunció el ceño.

—Y poco después, ya estaban casados —continuó Dayton—. Fue un idilio arrollador.

Maggie sacudió la cabeza.

—Y unos años más tarde, ¿ya no queda ninguna pasión?

—Cosas que pasan —dijo Dayton—. Lo veo demasiado a menudo.

Stride asintió.

—Perdone, padre, pero hay algo que no tengo claro. Por mucho que Graeme invitara a salir a Emily, me cuesta creer que tuvieran tantas cosas en común como para que él se lanzara al matrimonio. Sé que sonará cruel, pero, ¿le tendió Emily alguna trampa?

Dayton se mordió el labio; parecía incómodo.

—No sé lo que quiere decir.

Maggie sonrió.

—Una trampa. Ya sabe, las mujeres son muy buenas manipulando a los hombres para conseguir que hagan lo que ellas quieren. Vaya, hasta Stride hace cuanto le digo. Es un arte.

Dayton sonrió, nervioso.

—Bueno, no creo que Emily siguiera ninguna estrategia. Estaba demasiado deslumbrada. Como ya he dicho, es posible que el dinero le hiciera pasar por alto el hecho de que en el fondo no sentía pasión por él; pero no creo que le engañara intencionadamente.

—Padre, necesitamos saber la verdad —le dijo Stride—. Es evidente que hay algo

más.

Dayton asintió.

—Sí, lo sé. Pero no tiene nada que ver con Rachel, así que no sé por qué habría que sacar a la luz esa clase de trapos sucios.

—Si no disponemos de todas las piezas, no podremos resolver el rompecabezas —dijo Maggie—. Es así de sencillo.

—Supongo que sí. —Dayton se secó el rostro, que estaba húmedo—. En fin, verán... Cuando llevaban unas semanas saliendo, Emily descubrió que estaba embarazada. Eso es lo que les llevó al matrimonio.

—Seguro que Graeme estaba entusiasmado —murmuró Stride.

—En absoluto —dijo Dayton—. Quería que ella abortara. Ella se negó. Creo que él hubiera preferido mandarlo todo a paseo, pero en un lugar como Duluth, y con su posición, no quería un escándalo público. Así que se casó con ella.

—¿Y el bebé? —preguntó Maggie.

—Un aborto espontáneo a los seis meses. Emily estuvo a punto de morir.

—¿Graeme no intentó conseguir un divorcio amistoso? —preguntó Stride.

—No, no lo hizo —dijo Dayton—. Parecía haberse resignado al matrimonio, y supongo que pensó que un divorcio le saldría extremadamente caro. Así que fue aplazando el final. Pero no se equivoquen: no pensaba poner nada de su parte. Sólo se casó porque le convenía. Durante un tiempo, también a Emily le pareció bien. El amor no resulta tan importante cuando llevas años luchando por salir adelante.

—¿Durante un tiempo? —preguntó Maggie.

—El dinero no cura la soledad —dijo Dayton.

—¿Y cómo lo llevan ahora? —preguntó Stride.

—Creo que eso debería preguntárselo a ellos, detective.

—Mientras tanto, ¿Rachel se encontraba en medio de este ambiente tan alegre? —preguntó Maggie.

Dayton suspiró.

—Los tres en esa casa —dijo—. Y muy poca felicidad entre ellos. Es algo terrible. Por eso estaba tan convencido de que Rachel se había fugado. Tenía muchas cosas de las que huir.

—¿Le mencionó a usted alguna vez la posibilidad de fugarse? —preguntó Stride.

—No, no confiaba en mí. Creo que pensaba que yo estaba de parte de Emily, lo que me convertía en su enemigo.

—¿Y no hay nada más que crea que puede arrojar algo de luz sobre su desaparición? ¿Algo que observara u oyera?

—Me temo que no —dijo Dayton—. Ojalá lo hubiera.

Los tres se pusieron de pie. Se estrecharon las manos con torpeza y Stride se dio cuenta de que el sacerdote deseaba que se marcharan. Les acompañó por el pasillo

hasta el frío vestíbulo de la iglesia. Cuando se cerró la puerta detrás de ellos, Stride y Maggie se detuvieron en el porche para abrocharse los abrigos y cubrirse el rostro con las bufandas. El viento había barrido sus huellas en la nieve.

—¿Qué te parece? —dijo Maggie.

Stride entornó los ojos ante el frío sol.

—Que no nos iría mal una buena pista.

## Capítulo 12

Heather bebió un sorbo de té de una taza de porcelana desportillada y la volvió a dejar en la mesa a una distancia segura, donde no provocara un desastre si se volcaba. Luego cogió con cuidado las copias que había revelado en el frío sótano unas cuantas horas antes.

Con las primeras nevadas siempre se obtenían buenos resultados. Había encontrado una telaraña gigante y perfectamente tejida entre dos árboles del bosque situado tras la casita. Los cristales de nieve cubrían las hebras transparentes formando una labor de encaje. Había tomado la imagen rápidamente, e incluso mientras sacaba las fotos un soplo de viento partió el hielo y agitó la tela hasta romperla. Una de las copias mostraba la tela mientras se rasgaba y la nieve la fragmentaba con suavidad.

Heather se quitó las gafas y las dejó a un lado. En el estéreo, un concierto de Brahms llegaba a sus últimas notas. Cerró los ojos, saboreando la cadencia del piano. Mientras ésta se desvanecía en el silencio, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Había pasado casi todo el día deambulando en medio del frío y la nieve con la cámara, hasta que tuvo los pies húmedos y los dedos entumecidos. Lissa había estado a su lado todo el tiempo, sin que el frío le importara en absoluto. Heather había insistido en que se cubriera la cara con la bufanda, y Lissa se la bajaba cada vez que su madre no miraba. Juntas, habían tomado un baño caliente al llegar a casa, pero Heather todavía sentía en su interior un rescoldo de frío. Estaba dispuesta a meterse dentro de un gran camisón de franela y a enterrarse bajo una montaña de mantas.

Apagó la lámpara y se incorporó en el asiento para estirar los músculos. Apagó la luz general y la casa quedó a oscuras, pero la sala de estar recibía el reflejo de la luna brillando en el exterior sobre un frío lecho de nieve. Heather atravesó de puntillas el vestíbulo, intentando no despertar a Lissa. Como tenía por costumbre, se aproximó a la puerta abierta del cuarto de la niña y se asomó al interior. Lissa siempre dormía con una luz encendida. Las sombras llenaban la habitación. Su hija dormía sonoramente boca abajo, con el rostro sepultado en la almohada. Se había sacudido las mantas, dejando la mitad de su cuerpo a la vista.

Heather se acercó con la intención de arroparla, pues la noche iba a ser muy fría. Se detuvo junto a la cama de Lissa, contempló el tranquilo rostro de la niña y sonrió ante los murmullos ocasionales que emitía al dormir. Heather se inclinó y rozó con los labios la frente de su hija.

Tiró de la manta hacia arriba y la ajustó alrededor de los hombros de Lissa. Al hacerlo, algo cayó de la cama y aterrizó suavemente en la moqueta. Heather bajó la mirada y vio que un objeto brillaba en la oscuridad. Se agachó, intrigada, y lo recogió; era un brazalete de oro.

Ella no lo había comprado y nunca se lo había visto antes a Lissa. Frunció el

ceño, preguntándose dónde lo habría encontrado su hija y sorprendida de que no se lo hubiera contado. Conociéndola, seguramente significaba que su procedencia era ilícita.

Heather abandonó la habitación de la niña llevándose el brazalete consigo y se encaminó al dormitorio. Lo dejó en una destartada cómoda de cinco cajones y, durante unos segundos, lo escrutó pensativa. Luego se desabrochó la camisa a cuadros escoceses y la tiró al cesto de la ropa sucia. No llevaba sujetador. Se bajó los vaqueros, se dejó las bragas y los calcetines puestos y se puso un camisón por la cabeza.

Apartó a un lado sus seis mantas y se deslizó debajo de ellas. Encendió la radio para escuchar música, pero lo que escuchó fue el boletín de noticias, que estaba a punto de terminar. Prestó poca atención a todas aquellas historias, pues eran demasiado deprimentes. Una granja se había quemado al sur de la ciudad y una anciana había muerto en el incendio. La chica de Duluth, Rachel, continuaba desaparecida. Los Trojans habían perdido un partido importante.

Heather miró una vez más la pared con fotos enmarcadas que había a su lado. Acababa de añadir una de las copias de su sesión en el establo. El sol, al ponerse, se había demorado detrás de ella en las copas de los árboles, proyectando sombras a través de las rendijas arqueadas del establo. Las hojas muertas cubrían el suelo como una alfombra. El cielo, en el horizonte, era de un gris metálico. Se había propuesto obtener una imagen impregnada de decadencia y lo había conseguido.

Mientras miraba la fotografía, por fin se acordó.

En su mente surgió la imagen de Lissa saliendo de detrás del establo y corriendo hacia ella, gritando que había encontrado algo. Heather estaba distraída, pues la cámara centraba toda su atención, pero recordaba que Lissa le había mostrado un brazalete de oro, y también recordaba haberle dicho que lo dejara donde lo había encontrado. Y de repente, Lissa tenía un brazalete oculto en su cama.

—Pequeña tramposa... —dijo Heather en voz alta, enojada.

Salió de la cama con un suspiro y cogió el brazalete de la cómoda. No era pesado ni caro. Supuso que alguna chica del instituto lo habría perdido durante una cita detrás del establo.

Heather observó el brazalete y vio una inscripción:

T ♥ R

«T ama a R», pensó. Bien. Sospechaba que R era una hermosa colegiala y T un jugador de fútbol que pensaba que las joyas eran un buen medio para meterse en los pantalones de una chica. Heather rió. Depositó el brazalete en su mesilla de noche y

apagó la luz.

Una vez a oscuras intentó dormir, pero no podía dejar de dar vueltas. Hacía unos minutos apenas había podido mantener los ojos abiertos, y ahora estaba desvelada. Una maraña de pensamientos revoloteaba por su mente fuera de control. Instituto; chicas guapas dándose el lote detrás de los establos; una anciana muerta en un incendio; partidos de fútbol; brazaletes de oro como regalo; amores adolescentes; lujurias adolescentes...

Iniciales. Las vio otra vez en su cabeza.

Los ojos de Heather se abrieron de golpe y permanecieron fijos en la penumbra de la habitación, incapaces de ver nada. Bajo las mantas, un escalofrío recorrió su cuerpo. Tanteó a ciegas en busca del interruptor y luego parpadeó cuando la luz inundó el cuarto. Miró el brazalete sin atreverse a tocarlo.

«T ama a R», pensó una vez más.

«R».



## Capítulo 13

Stride se detuvo en la carretera de tierra, fuera del área que estaban examinando junto al establo. La nieve se había convertido en una superficie gris y resbaladiza a causa de las idas y venidas de los coches de policía durante el día. Clavando las botas en el suelo, se encogió ante el viento que se arremolinaba. El frío era como un cuchillo que le cortaba el rostro a rebanadas, allí donde la bufanda de lana dejaba la piel expuesta. Llevaba una gorra roja calada hasta las orejas y la capucha de su anorak encima de la cabeza y bien atada en el cuello. Tenía las manos enterradas en unos guantes de piel. El gélido viento soplaba a diez grados bajo cero. La naturaleza no colaboraba. Pero tampoco lo hacía la suerte de Stride.

Llevaban buscando desde mediodía y, cinco horas más tarde, casi era de noche. Lo único que habían obtenido del minucioso y agotador trabajo en aquel frío infernal eran docenas de huellas de neumáticos que se solapaban, cristales rotos, jeringuillas usadas y una cantidad vertiginosa de basura normal y corriente. Todo ello se metía en bolsas de plástico, cuidadosamente etiquetadas para indicar el metro cuadrado exacto en el que se había encontrado cada elemento.

Si el aviso de Heather Hubble hubiera llegado dos días antes, habrían podido inspeccionar el terreno alrededor del establo con mayor facilidad. Pero ahora, las pruebas, si había alguna, permanecían ocultas bajo ocho centímetros de nieve. Mientras sus hombres comprobaban cada parcela del trazado que habían dibujado, tenían que limpiar cuidadosamente el polvo de nieve y arrojarlo en una parcela que ya hubiera sido examinada. Con cada ráfaga de viento, la nieve volvía a dispersarse. Era un trabajo lento y frío, pero no tenían otra elección que avanzar centímetro a centímetro, en busca de detalles como un cabello atrapado bajo el blanco manto, oculto en algún lugar bajo la tierra y la maleza.

Pero no era eso lo que realmente preocupaba a Stride. Lo peor estaba por llegar: el pronóstico meteorológico anunciaba más nevadas, y una tormenta que podía llegar a arrojar diez centímetros más sobre los bosques del norte. Si eso ocurría, no volverían a ver el suelo hasta abril, cuando apenas quedaran unas pocas pruebas. Tenían que trabajar deprisa. Había encargado linternas de sujeción para la cabeza, que estaban siendo montadas, para poder barrer el área de investigación de noche. Aun así, no tenían mucho tiempo para realizar un trabajo exhaustivo.

Además, de todos los lugares posibles, tenía que ser el establo. En cualquier otro sitio de los alrededores, no habrían encontrado más que cortezas de abedules y hojas muertas. Aquí era como buscar en el aparcamiento de detrás del instituto. No podía ni imaginar cuántos adolescentes habrían dejado a su paso pruebas irrelevantes que debían ser meticulosamente analizadas, estudiadas, clasificadas y descartadas. En el *walkie-talkie*, Guppo recitaba una letanía de objetos extraños encontrados. Habían

empezado cerca de donde la niña, Lissa, creía haber hallado el brazalete, y a partir de ahí avanzaron hacia fuera. Por el camino, habían encontrado un par de bragas (cuatro tallas más grandes que la de Rachel), un aparato de ortodoncia, un caramelo de cereza, un rey de espadas donde una rubia desnuda lucía una corona y nueve condones.

Sabía que era arriesgado relacionar cualquier hallazgo con Rachel, pero aun así sentía cierta excitación. Los Stoner habían asegurado que, definitivamente, el brazalete pertenecía a Rachel. Las iniciales lo confirmaban: «Tommy ama a Rachel». Era un regalo que le había hecho su padre años atrás.

Kevin ya había afirmado en su primera declaración que Rachel llevaba el brazalete cuando la vio por última vez en Canal Park. Ahora lo habían encontrado junto al establo, y era la primera prueba sólida de dónde había estado Rachel después de su desaparición. Pero su satisfacción profesional se veía mitigada por la macabra dirección en la que apuntaba ese descubrimiento.

Emily Stoner se había quedado lívida al verlo. Stride lo comprendía. Hasta ahora, había albergado la esperanza de que Rachel se hubiera escapado, de que se tratara de una fuga, una especie de broma cruel. Cuando Emily cogió el brazalete, aquella esperanza se desvaneció.

—Jamás lo habría abandonado —dijo Emily, simplemente—. Jamás. Se lo dio Tommy y lo llevaba a todas partes, hasta en la ducha. Nunca se lo quitaba. —Entonces, ante la mirada de su esposo, se deshizo en sollozos—. ¡Oh, Dios mío!, está muerta —murmuró—. Está muerta.

Stride no intentó suavizar el momento con esperanzas vanas. Le habría resultado fácil decir que el hecho de encontrar el brazalete no tenía por qué significar nada. Pero la verdad era evidente, para todos. Durante semanas habían estado buscando a una chica viva, habían intentado desentrañar el misterio de su vida, encontrar respuestas a su enigma. Ahora, la búsqueda tenía otro objetivo: el cuerpo sin vida de Rachel.

Stride oyó cerrarse de golpe la puerta de la furgoneta y unos pasos arrastrarse por la nieve detrás de él. Miró hacia atrás. Maggie llevaba una gorra de béisbol negra sobre un par de orejeras afelpadas. Un abrigo de lana roja la envolvía hasta los tobillos. Caminaba con dificultad sobre la nieve, debido a sus botas de piel con tacones cuadrados de cinco centímetros. No llevaba bufanda, pero a su piel dorada no parecía afectarle la penetrante arremetida del viento.

Maggie se detuvo junto a Stride, que supervisaba el trabajo de una docena de agentes armados con escobas, *walkie-talkies* y bolsas para pruebas.

—Debes de estar congelándote las pelotas aquí fuera —dijo Maggie—. ¿Por qué no vuelves a la furgoneta?

—Guppo está ahí, ¿verdad? Aquí estoy más seguro.

Maggie arrugó la nariz.

—Me he asegurado de que no haya comido verduras crudas y he dejado la ventanilla abierta un dedo por si necesitamos aire fresco.

—No, gracias. De todos modos, tengo que asistir al circo de la prensa. Casi es la hora de las noticias de la tarde.

Stride dirigió la vista a sus pies, al camino de tierra. Los coches patrulla impedían la circulación unos cincuenta metros más allá, acordonando el área. Pasado el control de carretera, podía ver el resplandor de los focos de la prensa, donde al menos dos docenas de periodistas le esperaban tiritando, quejándose y gritando para que les hicieran caso. No podía oír gran cosa por encima del sonido del viento.

Miró su reloj. Las cinco menos diez. Les había prometido una entrevista en directo para abrir las noticias.

—Dime, ¿has estado aquí alguna vez, cuando eras joven? —preguntó Maggie.

—¿Qué quieres decir?

Maggie sonrió, burlona.

—Bueno, la mujer que encontró el brazalete dice que esto ha sido un refugio para darse el lote durante años.

Stride se encogió de hombros.

—Yo llevaba a mis chicas a caminos de tierra agradables y seguros junto al lago, muchas gracias.

—Entonces, ¿quién venía aquí? —preguntó Maggie.

—Las chicas fáciles.

—¿Es eso un comentario sexista que debería considerar un insulto? —le provocó ella.

—Si podías convencer a una chica para que diera un paseo romántico contigo junto al lago, en fin, entonces tal vez tuvieras posibilidades de llegar a la segunda base.

—Cuéntame otra vez qué significa eso de la segunda base —dijo Maggie, frotándose un diente con la lengua con expresión traviesa—. En China no jugábamos al béisbol. ¿Son los pechos, los pezones, qué?

Stride la ignoró.

—Pero si sugerías ir al establo y la chica estaba de acuerdo, sabías exactamente lo que ibas a conseguir. Por otra parte, no lo sugerías hasta que no sabías qué clase de chica era. De lo contrario, te podías ganar una bofetada.

—¿Y tú?

—Recuerdo que una vez le mencioné el establo a Lori Peterson —dijo Stride—. Me tiró una Coca-Cola a la cara.

—Bien hecho —dijo Maggie—. ¿Significa eso que Rachel era una chica fácil?

Stride se mordió el labio inferior.

—Eso es lo que dice todo el mundo.

—Pero todavía no hemos encontrado a un solo chico que admita haberse acostado con ella —dijo Maggie.

—Así es. Interesante, ¿verdad? Claro que, ¿quién querría salir al estrado y autoinculparse como sospechoso cuando la chica ha desaparecido?

—Entonces, ¿crees que fue una cita? —preguntó Maggie.

—Tal vez —dijo Stride—. Dejó a Kevin poco antes de las diez y le dijo que estaba cansada. No me da la impresión de que Rachel sea la clase de chica que se retira a descansar temprano un viernes por la noche.

—Es decir, que tal vez fuese a encontrarse con alguien más. Alguien que la recogió en su casa.

Stride asintió.

—Van a darse un revolcón al establo, pero algo sale mal. Algo se les va de las manos. Y de repente, el novio se encuentra con un cadáver entre sus brazos.

—¿Estamos dando por hecho que está muerta? —dijo Maggie.

Stride suspiró.

—¿No es así?

—¿Y quién es ese extraño misterioso? ¿Otro chico de la escuela?

—Podemos empezar por ahí, Mags. Es hora de que volvamos a interrogar a cualquiera que desprenda el más mínimo tufo a novio.

Maggie refunfuñó.

—Un día entero interrogando a colegiales atléticos con las hormonas a mil que se creen un regalo de Dios para cualquiera que tenga un coño. Me das los trabajos más agradables, jefe.

—Ve vestida para la ocasión, Mags. Así les sacarás más información.

—Estupendo —murmuró Maggie—. Lástima que no tenga un gran escote que enseñar.

—Ya se te ocurrirá algo.

Maggie le pellizcó el brazo, luego se volvió y regresó a la furgoneta con aire ofendido. Stride sonrió y comenzó a caminar hacia los chicos de la prensa que aguardaban al final de la carretera, mientras cogía el *walkie-talkie* con una mano enguantada y lo sumergía bajo su capucha.

—¿Qué tenemos, Guppo? —preguntó Stride.

La voz de Guppo rugió a través del aparato.

—¿Qué diablos es este lugar, teniente? —gritó—. Joder, hemos encontrado más basura en una sola parcela de la que esperaría encontrar en la casa de un camello de Nueva York. ¿Tenía que elegir este sitio como escena del crimen?

Oyó algo más, y luego escuchó a Maggie protestando.

—Eres un hijo de puta, Guppo. Vuelvo a la furgoneta cinco segundos y tienes que

hacerlo.

Stride rió entre dientes.

—Dile que deje de quejarse, Guppo. Pregúntale qué se pondrá mañana para ir a trabajar.

Oyó una voz que resonaba al fondo.

—Qué te jodan, Stride.

Stride volvió a hablar.

—Oye, Guppo, ¿tenemos algo que sugiera cualquier relación con Rachel?

—Todo y nada. No lo sabremos hasta que se haya comprobado todo este material. Hay un montón de pruebas de que ha habido sexo, drogas y *rock and roll*, pero sin huellas y sin muestras de sangre, sólo son conjeturas.

—¿Nada parecido a la confesión de un asesino atada a una roca?

—Todavía no. Seguimos buscando.

Guppo eructó.

—De acuerdo —dijo Stride.

Volvió a guardar el *walkie-talkie* en el bolsillo de su abrigo. Se acercó a los coches patrulla e intercambió unas palabras con los dos agentes encargados de la desagradecida tarea de mantener alejados a la prensa y a los curiosos. Al otro lado de la cinta amarilla había un montón de gente, como en la noche de la desaparición de Rachel. Stride entornó los ojos bajo la sucesión de focos que le iluminaron. El murmullo de voces aumentó hasta convertirse en un rugido.

Stride señaló a uno de los reporteros de televisión que conocía.

—¿Puede decir a su equipo que me enfoque? —Cuando el reportero asintió, Stride continuó—. Está bien, tenemos a un equipo para iluminarme, y el resto que mantengan los focos y los flashes apagados, ¿de acuerdo? Si oigo gritos, me largo. Si alguien quiere hacer una pregunta, que levante la mano; yo le daré la palabra y podrá preguntar.

—¿Cuándo le eligieron presidente, Stride? —replicó Bird Finch desde la primera fila.

Stride sonrió.

—Escuchad todo el mundo: Bird ya ha hecho su pregunta, que retroceda pues.

Los periodistas rieron con sorna. Unos cuantos intentaron empujar para ponerse delante de Bird y coger un sitio justo detrás de la cinta, pero el musculoso ex jugador de baloncesto no cedió ni un centímetro. Le dirigió a Stride una gélida sonrisa.

Stride notaba cómo le ardía el rostro bajo el calor de los focos de la televisión. Era el primer momento del día en que sentía aligerarse el frío. Sólo sus pies, húmedos y en la oscuridad, seguían helados.

—¿Estáis listos, chicos? —preguntó—. Haré una breve declaración y luego daremos paso a las preguntas.

Vio encenderse los pilotos rojos de una docena de cámaras de televisión. A pesar de su prohibición, algunos flashes le cegaron.

—Voy a informarles de lo que sabemos por el momento —dijo—. Esta mañana hemos recibido la llamada por nuestra línea directa de una mujer que tenía en su poder un brazalete y creía que podía estar relacionado con la desaparición de Rachel Deese. Hemos recogido el brazalete y la madre de Rachel lo ha identificado de forma concluyente: pertenece a su hija. Creemos que Rachel lo llevaba la noche de su desaparición. Según la testigo que lo encontró, se hallaba detrás del establo que hay en este lugar. En estos momentos estamos efectuando un rastreo de unos cien metros cuadrados alrededor de la zona en que se halló el brazalete. Eso es todo lo que puedo decir por ahora.

Tres personas gritaron sus preguntas al mismo tiempo y Stride las miró fijamente, sin contestar ni moverse siquiera. Bird Finch levantó la mano con un gesto teatral. Si normalmente ya les sacaba una cabeza a los demás, con el brazo alzado parecía una estatua de la libertad negra.

«Será mejor que empecemos», pensó Stride.

—¿Bird? —dijo.

—¿Cree ahora que Rachel está muerta? —preguntó Bird.

Puso un énfasis especial en la palabra «ahora» para dar a entender que Stride había sido negligente al no querer ver lo que todo el mundo sabía desde el principio.

—Prefiero no hacer conjeturas sobre eso —dijo Stride.

Antes de que nadie más pudiera levantar la mano, Bird disparó otra pregunta a bocajarro.

—Pero ahora empezarán a buscar un cadáver, ¿no es así?

—En estos momentos estamos peinando la zona en busca de pruebas. Se trata de un trabajo intenso y meticuloso que nos llevará muchas horas. Nuestros próximos pasos estarán determinados por lo que encontremos aquí, si es que hay algo. Pero el análisis completo tardará semanas en concluir.

Se alzó otra mano. Bird les había mostrado el camino y los demás le siguieron.

—Cuando terminen de barrer la zona, inspeccionarán el área circundante, ¿no es así? ¿Espera encontrar un cadáver?

—Espero no encontrar ninguno —respondió Stride bruscamente—. Pero tenemos previsto emprender la inspección de los bosques lindantes por si encontramos cualquier otra prueba.

—Han pronosticado más nieve. ¿Ralentizará eso la operación?

—Por supuesto —dijo Stride—. Estamos en Minnesota. Eso hace que cualquier investigación sea mucho más dura en esta época del año.

—¿Están buscando voluntarios para que ayuden en la inspección? —preguntó un reportero.

—Aprovecharemos cualquier ayuda extra que se nos ofrezca. En nuestra página de internet informaremos de los detalles para los voluntarios que quieran ayudarnos y no sepan adónde dirigirse. Lo que no queremos es que la gente rastree los bosques por su cuenta, entorpecerían la investigación. Si la gente quiere ayudar, debe dejar que nosotros coordinemos su trabajo.

Las manos se dispararon hacia arriba.

—¿Han encontrado algo que indique que Rachel estuvo aquí?

—Todavía no —dijo Stride.

Otra mano.

—¿Algún sospechoso?

—No —dijo Stride.

Bird Finch no esperó a que dijeran su nombre otra vez.

—Llevan más de tres semanas con esto, ¿y todavía no tienen ningún sospechoso?

—Hasta ahora, las pruebas no han señalado a nadie.

—¿Qué hay de los delincuentes sexuales?

—Hemos interrogado a todos los individuos de la zona circundante con un historial de violencia sexual. Pero quiero volver a dejarlo muy claro: no tenemos ninguna prueba que relacione a nadie en concreto con la desaparición de Rachel.

Bird otra vez.

—¿Se siente ahora más inclinado a establecer una conexión con la desaparición de Kerry McGrath, un caso en el que tampoco parece haber ningún sospechoso?

—No hemos establecido ninguna relación entre ambos sucesos. Tampoco lo descartamos, pero de momento no existen pruebas de que las dos desapariciones estén relacionadas.

—Este giro que ha tomado el caso ¿le ha hecho confiar en la posibilidad de averiguar lo que le sucedió a Rachel?

Stride ni siquiera veía a la mujer que había formulado la pregunta, tan sólo podía ver su brazo en alto. Dudó, eligiendo las palabras mentalmente.

—Sí, confío en ello. Ahora tenemos un vínculo, un lugar, que tal vez acabe por aportarnos respuestas. También quiero hacer un llamamiento a todos los espectadores: si se encontraban en algún lugar cerca de esta zona la noche en que Rachel desapareció, y vieron u oyeron algo, no duden en llamarnos, por favor. Sabemos que Rachel estuvo aquí y queremos saber cómo llegó. Queremos saber qué sucedió.

Señaló hacia otro brazo en alto.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar aquí? —preguntó una mujer del diario de Saint Paul.

—Probablemente toda la noche —dijo Stride.

En efecto.

A medida que la policía peinaba cada metro cuadrado, las bolsas con pruebas iban llegando a la furgoneta, donde Stride y Maggie examinaban cada una de ellas antes de clasificarlas en cajas. Stride no vio nada que pareciera guardar relación con Rachel, aunque era posible que lo tuviera delante de las narices sin saberlo. El laboratorio les revelaría más datos.

Stride miró su reloj y vio que eran casi las cuatro de la madrugada. Una caja de pizza yacía en el suelo de la caravana y sólo quedaban dos pedazos del borde que nadie se había comido. Stride no entendía cómo Guppo no había dado cuenta de ellos. Maggie, sentada frente a Stride, cabeceaba mientras se le cerraban los ojos. Apoyó los codos en las rodillas y se cubrió el rostro con las manos.

Stride, helado y agotado, dejaba que sus pensamientos volaran hasta Andrea. Se había mostrado comprensiva cuando le había telefonado para cancelar su cita; sin embargo, estaba contento de haber notado cierta desilusión en su voz. También él estaba desilusionado. No estaba seguro de si se trataba del sexo, o de la posibilidad de volver a estar cerca del cuerpo de una mujer, pero estaba ansioso por verla. Andrea era muy atractiva. No era como con Cindy, por supuesto, pero nada podía serlo. Andrea era diferente, y él no esperaba que sustituyera a un fantasma.

Stride dio un salto cuando sonó el altavoz de la furgoneta. Se preguntaba si no se habría quedado dormido unos segundos.

—Está empezando a nevar —informó uno de los agentes del exterior.

—Vaya, eso es jodidamente estupendo —dijo Stride.

Se puso en pie dentro de la estrecha furgoneta. Le dolían los músculos y sintió un pinchazo en la espalda. Normalmente solía realizar ejercicios de estiramiento antes de acostarse para mantener la espalda flexible, pero llevaba varias noches saltándoselos y ahora pagaba el precio. También le dolía el brazo, donde había recibido el impacto de bala varios años atrás. Siempre empeoraba con el frío.

Escudriñó a través de la helada ventana trasera de la furgoneta. A la luz de los focos que habían instalado para la búsqueda, grandes copos de nieve flotaban pacíficamente hacia el suelo. Cada uno de ellos parecía pequeño e indefenso, pero sabía que, todos juntos, enterrarían muy pronto la escena del crimen.

—¿Qué tal? —preguntó Maggie con suavidad.

—Bastante mal —dijo Stride.

Luego miró hacia las sombras del bosque. Intentó imaginar otra vez la escena tal como debía de haber ocurrido aquella noche. Rachel en el asiento del copiloto. Alguien conduciendo un coche hacia la parte trasera del establo. Cuestión de suerte que no hubiera nadie más aquella noche. ¿Cómo se cayó el brazalete? No habrían mantenido relaciones sexuales en el exterior con una noche tan fría. Tal vez sólo salieran para contemplar el bosque, como hacía él ahora. Y entonces el chico trató de



hacerla volver al coche y el brazalete resbaló, ellos forcejearon, y entonces... ¿qué?

O quizá las cosas ya se hubieran puesto feas en el vehículo y ella hubiera intentado escapar. Él la siguió. El brazalete se cayó durante el forcejeo. Él la golpeó. Luego la estranguló. Entonces, ¿qué iba a hacer con el cuerpo? ¿Llevarse a las profundidades del bosque? ¿Subir al coche y marcharse a otro sitio donde esconderlo?

Stride oyó que el altavoz volvía de nuevo a la vida.

—Chicos, ¿alguno de vosotros recuerda lo que llevaba puesto Rachel esa noche?  
—preguntó por radio uno de los agentes.

Stride y Maggie se miraron el uno al otro. Maggie recitó de memoria:

—Vaqueros negros y jersey de cuello de cisne blanco.

El altavoz quedó en silencio. Y unos segundos después:

—¿Cuello de cisne?

Stride tomó la palabra:

—Eso hemos dicho.

Otra pausa, esta vez más larga.

—Muy bien, chicos, creo que tenemos algo.

La pieza de tela triangular era pequeña e irregular, de unos quince centímetros de longitud, con los bordes deshilachados. A pesar de la suciedad que la cubría, sin duda era blanca. En uno de los lados, donde el trozo se había desprendido del resto de la prenda, había una mancha de un marrón rojizo incrustada entre las fibras.

## Capítulo 14

Emily creyó volverse loca. Nunca, desde aquella noche terrible en que había pegado a Rachel, se había sentido tan fuera de sí. Le parecía ir a la deriva, sola, en un mar donde no había esperanza de salvación.

Caminaba frenéticamente arriba y abajo, dejando un rastro en la alfombra. Se sostenía la frente con una mano, con los dedos extendidos, y se la frotaba como si fuese un torno. El cabello sucio se desparramaba por su rostro. Tenía los ojos muy abiertos y respiraba pesadamente. Estaba hiperventilando. El dolor en el pecho se volvió más punzante, como si un tumor estuviera creciendo en su interior.

«Quiero enseñarle este brazalete», había dicho el detective. Ella echó un vistazo y gritó.

En el fondo, Emily nunca había creído que fuese a llegar ese día. Recordaba lo que la otra madre, Barbara McGrath, le había dicho durante el programa: el temor a que un día la policía se presentara en su casa con una expresión fúnebre en el rostro. Pero Emily no lo creía. Estaba convencida de que Rachel estaba viva. Un día, sonaría el teléfono y al otro lado se oiría su risa burlona y familiar.

Lo había creído hasta el preciso instante en que vio el brazalete. Ahora lo sabía: Rachel estaba muerta. Alguien la había matado.

Era como si la policía le hubiera quitado a Emily el suelo que pisaban sus pies. Unas horas más tarde, seguía dominada por la desesperación.

Los sonidos sigilosos del porche resonaban en su cabeza. La calefacción zumbaba al expulsar aire caliente en la habitación. Las ramas rígidas de los arbustos del exterior chirriaban al rozar las ventanas. El suelo de madera crujía como si cediera bajo el peso de un fantasma invisible.

Y el ruido más terrible era el «tap, tap, tap» que hacía Graeme mientras trabajaba en su portátil unos metros más allá, ajeno a su agonía.

«Tap, tap, tap».

Nunca habría creído que pudieran llegar a ese punto. Y lo que era peor, sabía que ella se lo había buscado.

*—Estoy embarazada —dijo Emily.*

*Nerviosa, esperó a que él respondiera. Estaba sentada en el sofá de su pequeña sala de estar, juntando torpemente las manos en su regazo. Graeme estaba en la silla tapizada que había frente a ella y sostenía una copa con la mano. Era la segunda que tomaba desde la cena, y ella le había servido champán en abundancia para acompañar las exquisitas costillas que había cocinado al horno.*

*Ahora que los dos estaban más relajados, lo había soltado.*

—Dijiste que tomabas precauciones —dijo Graeme.

Emily se estremeció. No era eso lo que deseaba oír: nada de amor ni de ilusión; sólo vagas recriminaciones.

—Tomo la píldora —le explicó Emily—, pero nada es infalible. Ha sido un accidente. Dios lo ha querido así.

—No estoy seguro de que estemos preparados —dijo él.

—No creo que nadie lo esté nunca —replicó Emily.

—Quiero decir que no estoy seguro de que debamos tenerlo.

Emily sintió que las lágrimas brotaban en su interior. Le costaba respirar. Habló con voz queda.

—No mataré a mi hijo —dijo Emily.

Graeme no dijo nada.

—No lo haré —repitió Emily—. ¿Cómo puedes pedírmelo? También es tuyo.

Emily se levantó del sofá. Rodeó la mesita de café, se arrodilló ante él y cogió sus manos entre las de ella.

—¿No quieres que le demos juntos un hogar a nuestro hijo? —le preguntó.

Durante unos segundos interminables pareció afligido, con la mirada fija por encima de los hombros de ella. Pero entonces asintió, con un escueto movimiento de cabeza. Emily sintió que una enorme sonrisa de alivio y alegría se dibujaba en su propio rostro. Se lanzó al cuello de Graeme y le abrazó con fuerza. Le cubrió la cara de besos.

—Casémonos enseguida —dijo—. Ahora mismo. Este fin de semana.

Graeme sonrió.

—Está bien. Este fin de semana cogeremos el coche y seguiremos la costa hasta que encontremos una iglesia en algún pueblecito. Podemos llevar también a Rachel.

Una nube se cernió fugazmente sobre su mente. Con la excitación del momento, casi se había olvidado de su hija. Pero también lo pasó por alto enseguida: se sentía fuerte y segura. Iban a hacer lo mejor. Para ella, para Graeme e incluso para Rachel. Quizá por fin volvieran a ser una familia. Una familia que nunca tendría que preocuparse por el dinero.

—Sí, hagámoslo —le dijo Emily.

Aún de cuclillas, se inclinó hacia atrás y comenzó a desabrocharse la blusa, mientras observaba cómo los ojos de él seguían el movimiento de sus dedos. Cuando la tela se aflojó a los lados, él introdujo sus manos y le apretó los senos.

El busca de Graeme llenó la habitación con su pitido agudo y los dos se sobresaltaron. Emily aterrizó sobre sus nalgas y los pechos se le salieron de la camisa. Graeme se levantó de la silla y buscó el aparato, lo desenganchó del cinturón y lo miró.

—Tengo que irme.

*Emily se enderezó, se arregló el pelo y rápidamente se abotonó la blusa abierta. Se encogió de hombros y le sonrió.*

*—Está bien.*

*Le acompañó a la puerta y se quedó allí, a la intemperie, de noche, mientras él salía con el coche del camino de entrada de su casa. Lo contempló hasta que ya no pudo seguir viéndolo y aun entonces continuó allí, disfrutando de la brisa en su rostro.*

*Emily cerró la puerta silenciosamente. Se dirigió a la cocina, canturreando para sí misma.*

*—Estabas muy graciosa con las tetas al aire —oyó que decía alguien.*

*Rachel estaba sentada en el último peldaño de la escalera que llevaba al segundo piso. Sus largas piernas desnudas colgaban por encima de los escalones. Llevaba unos pantalones muy cortos y un top negro con la espalda descubierta que se ajustaba perfectamente a sus pechos generosos. Su pelo oscuro estaba húmedo, como si acabara de salir de la ducha. La piel le resplandecía.*

*—¿Nos estabas espiando?*

*Rachel se encogió de hombros.*

*—Graeme me ha visto. No he querido interrumpir tu gran momento.*

*Emily no quería entrar en el juego de Rachel aquella noche. Se dirigió a la cocina sin dirigirle una mirada de más a su hija. Pero Rachel gritó a sus espaldas:*

*—Otra vez con tus viejos trucos, ¿eh?*

*Emily se detuvo.*

*—¿Y eso qué significa?*

*Rachel hizo una mueca e imitó la voz de su madre.*

*—Estoy tomando la píldora, querido. Ha sido un accidente. Dios lo ha querido así.*

*—¿Y? —replicó Emily.*

*—¿Y qué me dices de esto? —dijo Rachel. Levantó un monedero y lo abrió para mostrarle un blíster sin empezar de pequeñas píldoras verdes—. A mi me parece que son anticonceptivos. ¿Qué ha pasado, mamá? ¿Te has retrasado un poco?*

*Emily se llevó las manos a la boca y palideció. Consiguió dominarse, aunque su mente trabajaba frenéticamente.*

*—Tú no lo entiendes.*

*Rachel señaló a su madre con el dedo.*

*—Ah, ¿no? Eres la zorra manipuladora que siempre pensé que eras. Como decía papá.*

*Emily no dijo nada. Rachel tenía razón: había engañado a Graeme. Pero lo hizo por una buena causa, lo hizo por las dos. Para contar por fin con un poco de seguridad. Para no tener que trabajar. No intentaba cazarle, sólo quería que él se*

*diera cuenta de que la amaba.*

*—Supongo que debería darte las gracias —dijo Rachel—. ¿No usaste el mismo truco con papá? ¿No es por eso por lo que estoy aquí? Sabías que nunca podrías conservarle a tu lado.*

*Emily se mordió el labio. Quería gritarle que se equivocaba, pero la prolongada pausa bastó para convencer a Rachel de la verdad.*

*—Te estás volviendo predecible —dijo Rachel.*

*—¿Vas a decírselo a Graeme? —preguntó Emily.*

*Conocía la respuesta: Rachel no dejaría pasar la oportunidad de clavar un cuchillo en el corazón de su madre. Todo su plan, tramado con tanto esmero, quedaría al descubierto. Pero Rachel la sorprendió.*

*—¿Por qué iba a hacer una cosa así? —dijo la muchacha—. Por primera vez en mi vida he pensado que teníamos algo en común.*

*Entonces, se dio la vuelta y entró en su habitación.*

Emily hubiera deseado que la dejaran quedarse con el brazalete. Sólo había podido echarle un vistazo rápido dentro de la bolsa de plástico, lo suficiente para ver la inscripción de Tommy. Luego, el detective lo había apartado de su vista. «Una prueba», dijo.

Lo recuperaría después del juicio. En caso de que llegara a celebrarse uno. Si algún día descubrían qué le había ocurrido realmente.

Continuó paseándose. El dolor de cabeza empeoraba cuando intentaba expulsarlo frotándose la frente con las manos. La realidad era demasiado terrible para soportarla. Necesitaba que alguien la abrazara y le dijera que todo iba bien, o que simplemente la dejara llorar sin parar entre sus brazos. Cuando se detuvo y miró a su marido, sacudió la cabeza con una rabia silenciosa. Trabajaba en su ordenador como si ella ni siquiera estuviera en la misma habitación. Ignoraba sus lamentos, sus llantos, el sonido de sus pasos al arrastrar los pies de un lado a otro de la habitación...

«Tap, tap, tap». Los dedos golpeteando el teclado. Su hija estaba muerta y él se entretenía con hojas de cálculo.

¿Cómo se había podido equivocar? ¿Cómo se había engañado a sí misma hasta llegar a creer que le amaba, o que él podría amarla algún día?

Le perforaba la espalda con la mirada. Se volvió a preguntar cómo habían llegado a ese punto. Rachel no estaba, y lo único que podía pensar era que toda su vida era un gran vacío, empezando por su matrimonio. Todo se había perdido.

Su silencio acabó por llamar la atención de él, que se giró y captó su mirada mientras ella le observaba ferozmente, con ojos salvajes. Emily no sabía qué hacer con todo el dolor que estallaba en su interior. El corcho había salido disparado de la botella. Permanecía de pie, temblando.

—Siéntate, Emily —dijo Graeme—. Relájate.

Resultaba curioso que siempre dijera la frase equivocada. Cuánto odiaba el sonido de su voz en aquel momento. Cuánto odiaba esa tranquilidad y esas palabras pronunciadas sin ninguna emoción. Ya no podía soportarlo más.

—¿Que me relaje? —resopló—. ¿Me estás pidiendo que me relaje, maldita sea?

Se miraron fijamente el uno al otro. Los ojos de él carecían de vida y parecía que mirasen a través de ella. Se mostró paciente y agradable. Como un extraño.

—Sé cómo te sientes —le dijo Graeme, como se le hablaría a un chiquillo histérico.

Emily se llevó las dos manos a la frente y cerró los ojos mientras esbozaba una mueca. Las lágrimas se deslizaron por su rostro.

—¡No sabes cómo me siento, porque eres incapaz de tener un maldito sentimiento! Te limitas a sentarte en tu silla y a sonreírme, y a simular que somos una pareja que se quiere. Y mientras tanto, sé que no sientes nada por mí.

—Te estás comportando de forma irracional.

—¿Irracional? —Abrió y cerró los puños—. ¡Dios! ¿Y por qué? ¿Qué me hace comportarme de forma irracional?

Él no respondió. Emily sacudió la cabeza, incapaz de creerlo.

—Está muerta. ¿Lo entiendes? Está muerta.

—Han encontrado su brazalete. Eso no tiene por qué significar nada.

—Significa mucho —dijo Emily—. No tengo a Rachel. Ni tampoco te tengo a ti, ¿verdad? Nunca te he tenido.

—Emily, por favor.

—Por favor ¿qué, Graeme? ¿Por favor márchate? ¿Por favor no me molestes con tus insignificantes problemas? —Él no respondió—. ¿Por qué te casaste conmigo? —murmuró Emily—. Podrías haberme dado dinero. No le hubiera dicho a nadie que el bebé era tuyo. Habría abandonado la ciudad si tú me lo hubieras pedido. ¿Por qué te casaste conmigo si no sentías nada por mí?

Graeme se encogió de hombros.

—¿Acaso me diste otra opción?

Emily apenas le oyó. Pero estaba en lo cierto: ella tenía la culpa.

—Supongo que debería haber abortado —dijo.

Eso habría sido mucho más sencillo, un simple trámite: eliminar la vida que crecía en su interior. Más fácil que perder al bebé meses más tarde en un río de sangre.

—Eso habría estado muy bien, ¿no es cierto, Graeme? No tener que casarte conmigo. No tener que casarte con nadie. Podrías ser feliz, jugando con tus hojitas de cálculo y llamando a tus amantes telefónicas.

Graeme levantó los ojos bruscamente. Esta vez había dado en el blanco. Al

mirarla, incluso parecía asustado. Bien.

—Te creías que no lo sabía, ¿verdad? Un día te seguí escaleras arriba. Te vi aquí dentro, arrodillado, meneándote la polla y jadeando por teléfono. Te oí decir a esa chica cuánto deseabas follártela. Eso es mejor, ¿verdad? Mucho mejor que tener que simular que disfrutas follándome a mí. —Emily miró al techo—. Todos vosotros habríais estado mejor. Tú, Tommy y Rachel. No he hecho más que joderos la vida a todos, ¿no es así? Si hubiera abortado, si lo hubiera hecho también la primera vez...

Cayó al suelo de rodillas y luego se puso a cuatro patas sobre la moqueta blanca afelpada. Golpeó el suelo con el puño una y otra vez y se tendió de espaldas, llevándose las rodillas hasta el pecho y abrazándose las.

—Dios sabía lo que hacía, ¿no? No quiso que tuviera otro hijo. Mira qué maldito desastre conseguí con el primero.

Vio que Graeme se agachaba junto a ella. Su rostro había adoptado un gesto de preocupación. Pero era falso, como todo lo demás en sus vidas.

—No me toques. ¡No me toques! No disimules, ¿vale? ¡No disimules!

—Emily, ¿por qué no te vas arriba? Tómate una pastilla, te ayudará a dormir. Hoy ha sido un día terrible y estás fuera de tus casillas.

Emily yacía en la moqueta. Se había quedado sin furia y sin ira. Se había quedado sin nada. Habían ganado, todos ellos: Tommy, Rachel y ahora Graeme. Ella había luchado durante mucho tiempo, pero tanto dolor y tanta miseria no valían la pena.

Casi podía verles de pie, por encima de ella.

Tommy, junto a Graeme.

Rachel, en la entrada, otra vez una niña.

Graeme, aún agachado a su lado.

—Tómate una pastilla —repetía.

No era un sueño: realmente lo estaba diciendo.

Emily sonrió. Tenía razón, por supuesto, Graeme siempre la tenía, siempre mantenía un equilibrio perfecto. Era hora de subir arriba, y sabía que él no la seguiría. Era hora de dormir. Dormida, podría olvidarse de todo. Se puso en pie y rozó a Graeme. En su imaginación, Tommy y Rachel todavía estaban allí. Podía oír los ecos de sus risas.

—Muy bien —dijo—. Tú ganas.

«Tómate una pastilla», pensó.

Eso es lo que haría.

## Capítulo 15

—Debes de tener frío —dijo el camarero, al tiempo que echaba una ojeada por encima de la barra a las piernas desnudas de Maggie.

Su falda de piel negra le llegaba a la mitad de los muslos y, cuando se sentó, mantuvo las piernas bien pegadas para no proporcionarle al mundo una panorámica de sus bragas rosa brillante. Su abrigo de lana roja estaba doblado sobre el taburete que tenía al lado. Llevaba una blusa sin mangas de seda color borgoña.

Sí, tenía frío.

—¿Qué quieres tomar? ¿Una humeante taza de té? —preguntó el camarero con una sonrisa.

Maggie también sonrió y pidió una jarra de cerveza de barril. Cuando el camarero volvió, dejó la cerveza delante de ella. En las paredes del vaso había hielo adherido que se deslizaba al interior.

—¿Qué eres? ¿Modelo o algo así? —preguntó el camarero.

Maggie se rió.

—Eso ha estado muy bien. Me ha gustado. Soy policía.

—Sí, claro —dijo el camarero.

Maggie cogió el abrigo rojo que descansaba en el taburete y desdobló la solapa. Su placa, sujeta en el interior, brilló ante los ojos del camarero, que puso los brazos en alto, rendido.

—Muy bien, tú ganas. ¿No había algo sobre los polis y la bebida cuando están de servicio?

—¿Quién dice que estoy de servicio? —preguntó Maggie.

En realidad aún lo estaba, pero necesitaba una copa.

Maggie bebía cerveza a sorbitos. Era lunes por la noche y el bar estaba medio vacío. Durante todo el día, había padecido las miradas lascivas de los adolescentes. Y todo para nada. *Niente*. Cero. No encontró a un solo chico que admitiera que él o algún otro se hubiera tirado alguna vez a Rachel detrás del infame estable. Todos tenían muchas cosas que decir cuando Maggie cruzaba o descruzaba las piernas casualmente, pero en cambio se cerraban en banda ante el nombre de Rachel. Nadie quería dibujarse una diana en el pecho para la policía.

Se dio cuenta de que había un muchacho muy nervioso de pie junto a ella.

—¿Es usted la señorita Bei? —preguntó Kevin Lorry.

Maggie lo miró de reojo. Era un muchacho robusto y fuerte, de pelo rubio rapado casi al cero. Llevaba el sencillo uniforme de los camareros del restaurante: unos vaqueros negros y una camiseta roja que apenas alcanzaba a rodearle el ancho pecho. Como los demás chicos, Kevin saltaba rápidamente con la mirada de un lado a otro del cuerpo de Maggie, tomando nota de sus piernas.



Escogieron una mesa pequeña, en un rincón alejado del humo y el ruido de ambiente. Maggie se llevó su cerveza con ella. Preguntó a Kevin si quería una bebida sin alcohol, pero él negó con la cabeza. Maggie se relajó y se inclinó hacia Kevin con los codos encima de la mesa. Él se sentó, incómodo, delante de ella.

—No muerdo —dijo Maggie con una cálida sonrisa.

Kevin respondió con una sonrisa fugaz que enseguida desapareció.

—¿Cómo está la señora Stoner? —preguntó con discreción.

—En estado crítico. Pero el último informe del hospital dice que se pondrá bien.

—Lo siento mucho. Ha tenido una vida difícil.

—¿A causa de Rachel? —preguntó Maggie.

Kevin se encogió de hombros.

—A veces. Los padres y los hijos siempre tienen sus problemas.

—Por lo que parece, ellas tenían más problemas de lo normal —dijo Maggie.

Esbozó una sonrisa.

—Tal vez.

—¿Por qué crees que se tomó todas esas pastillas?

—Supongo que ya no podía aguantar más —dijo Kevin.

—Aguantar ¿qué? —preguntó Maggie.

—Todo.

Maggie esperó hasta que Kevin levantó la mirada.

—La gente me ha dicho que estabas muy unido a Rachel. Dicen que a ella le hubiera ido mejor contigo, pero que nunca te supo valorar. Debe de ser frustrante.

Kevin suspiró.

—Rachel siempre ha sido una especie de fantasía. Nunca esperé que realmente hubiera nada entre nosotros.

—¿Y qué me dices de la última noche? —preguntó Maggie con brusquedad—. Nos contaste que Rachel coqueteó contigo.

—Eso no fue nada. Sólo estaba siendo cruel.

—¿Es posible que se viera con alguien más aquella noche? ¿Con otro chico?

—Tal vez. Rachel tenía muchas citas. No hablábamos de ello.

Maggie asintió.

—¿Sabes? Es gracioso: hoy he hablado con docenas de chicos en el instituto, pero ninguno ha admitido haber salido con Rachel.

—Vaya sorpresa —dijo Kevin—. Todo el mundo está asustado; saben lo que encontraron en el establo.

—Así que están mintiendo.

—Claro —dijo Kevin—. Apuesto a que salió con todos ellos.

Notó cierta acritud en su voz.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Maggie.

—Ya he dicho que yo no.

—Excepto aquella noche —dijo Maggie—. Es bastante curioso, ¿no te parece? Ella te intenta seducir y esa misma noche desaparece.

Los ojos del chico se inundaron de ansiedad.

—¿Qué quiere decir?

—Dices que Rachel quedó contigo para salir el sábado por la noche. Pero cuando llegaste a su casa, ella no estaba. —Kevin asintió—. ¿Estás seguro de que la cita no era para el viernes por la noche? ¿No planeasteis ir a su casa más tarde?

—¡No! —exclamó Kevin con un tono de voz creciente.

—¿No regresaste?

—No, no lo hice. Me fui a casa. La policía habló con mis padres, usted sabe que eso es lo que pasó.

Maggie sonrió.

—Sé que hay un montón de chicos que son muy buenos escabulléndose de su casa sin que sus padres se den cuenta. Mira, si Rachel hubiera querido desaparecer, tú la habrías ayudado, ¿verdad? Habrías hecho todo lo que ella te pidiera.

Kevin se mordió el labio inferior y no dijo una palabra. Miraba a su alrededor como si buscara una escapatoria.

—¿Lo hiciste? ¿La ayudaste a huir? —dijo Maggie.

—No —insistió Kevin.

—¿Regresaste más tarde, de todos modos? ¿Tenía otra cita? Eso te habría cabreado, ¿no? Puedo entenderlo, Kevin. La has querido durante toda tu vida, ella es tu fantasía. Y entonces empieza a jugar contigo. Eso tuvo que volverte loco. —Kevin sacudió la cabeza con violencia—. ¿No fue así? ¿No volviste y la esperaste? ¿No intentaste convencerla de que estaba perdiendo el tiempo con todos esos tíos? No eran buenos para ella. Pero tú sí. Y en cambio te rechazaba.

Ahora Kevin estaba enfadado.

—No la vi. No fui a su casa.

—Tienes que admitir que tenías un buen motivo.

—Basta ya —dijo Kevin.

—Quizá salisteis los dos a dar una vuelta en coche. Para hablar. Y quizá la llevaste al establo. Quizá la charla se puso fea.

Kevin cerró los puños.

—Eso es mentira.

—Encontramos sangre y condones en la escena del crimen, Kevin. ¿Qué vamos a descubrir cuando analicemos el ADN?

Kevin se levantó, temblando de rabia.

—¡Descubrirán que no es mío! ¡Porque yo no estuve allí!

Maggie también se levantó. Le tocó el brazo suavemente, pero él lo apartó. Ella

intentó que la mirase.

—Siéntate, Kevin. Sé que no estuviste allí. Pero la mayor parte de las veces no lo sé... no hasta que presiono a la gente. Los culpables nunca se apartan de este modo. Siéntate, por favor.

—Rachel es la última persona del mundo a la que yo haría daño —dijo Kevin.

—Lo sé. Pero parece ser que alguien sí se lo hizo. Así que, si tú no fuiste a casa de Rachel, ¿quién fue?

Kevin negó con la cabeza.

—¿No cree que si lo supiera ya se lo habría dicho?

—¿No recuerdas nada que dijera Rachel? ¿No oíste rumores en la escuela? Según tengo entendido, el establo es un sitio muy popular. Es difícil creer que no circulen historias por ahí.

—Claro que sí, todo el mundo sabe lo del establo. Mucha gente habla de ello. Pero, ¿quién sabe qué es cierto y qué son sólo gilipolleces de vestuario? ¿Entiende?

—Pero estás seguro de que ella iba allí —dijo Maggie.

—No lo sé con seguridad, pero me niego a creer que no fuese nunca.

—¿Por qué?

Kevin extendió los brazos, exasperado.

—Hablaba de sexo continuamente.

—¿Sólo hablaba? —preguntó Maggie—. ¿O realmente lo hacía?

—No lo sé. No mencionaba nombres.

Por el rabillo del ojo, Maggie vio a una adolescente rellenita con el cabello castaño que estaba de pie en la puerta del bar. Tenía los brazos apoyados firmemente en las caderas y giraba la cabeza examinando cada mesa como un velociraptor. Cuando divisó a Kevin en la esquina, su rostro se iluminó con una sonrisa. Entonces vio a Maggie, evaluó su indumentaria de un solo vistazo y frunció el ceño. Se puso en marcha hacia ellos.

—Hola, Kevin —saludó la chica.

Kevin levantó la mirada, sorprendido.

—¡Sally!

Se puso en pie de un salto y besó a Sally en los labios.

—He venido a cenar con mis padres —dijo Sally—. Paula me ha dicho que estabas aquí. Estaba un poco cabreada. —Luego añadió sin rodeos—: ¿Quién es ésta?

—Es la señorita Bei —dijo Kevin—. Es de la policía.

—¿La policía? —contestó Sally enarcando las cejas.

Maggie se levantó y le tendió la mano; Sally se la estrechó blandamente.

—Ya hemos hablado con la policía los dos —dijo Sally.

—Lo sé. Kevin me estaba explicando que no conocía a ninguno de los novios de Rachel —dijo Maggie—. Estamos pensando que alguien debió de ir a su casa

después de que ella os dejara a vosotros. ¿Se te ocurre alguien?

—No creo que Rachel sintiera un interés especial por nadie —dijo Sally—. Utilizaba a las personas y luego las dejaba tiradas.

—Eso parece una buena manera de enfurecer a la gente —dijo Maggie—. ¿No hay nadie que pareciera obsesionado con Rachel? ¿Nunca se quejó de alguien que no la dejara en paz?

—¿Quejarse? —dijo Sally—. No era difícil.

—Bien, olvidémonos de Rachel por un momento. ¿Y las demás chicas de la escuela? ¿Han hablado alguna vez de chicos que las molestaran?

Kevin se rascó la barbilla y miró a Sally.

—¿Qué me dices de Tom Nickel? Recuerda que Karin decía que siempre le estaba mandando esas notas repugnantes. Un verdadero capullo.

Sally se encogió de hombros.

—Sí, pero eso fue hace dos años. Se graduó el curso pasado.

—Pero va a la Universidad de Minnesota —dijo Kevin—, todavía está por la zona.

—Supongo.

Maggie anotó el nombre en su libreta.

—¿Alguien más?

—La mayoría de los chicos del instituto son unos memos —dijo Sally—. Por eso yo soy tan afortunada.

Pasó un brazo por la cintura de Kevin y él le besó los cabellos.

—¿Y alguna chica que pasara un mal rato en el establo? —preguntó Maggie.

«Bingo».

Duró sólo medio segundo, pero Maggie lo vio en la mirada de Sally. Su conducta cambió por completo y la fría arrogancia fue sustituida por miedo. Entonces, con la misma rapidez, el instante pasó. Sally se volvió y besó a Kevin, sin mirar a Maggie. Cuando se giró, se había cubierto el rostro con una máscara.

—Yo no voy con chicas que visitan el establo —dijo.

Maggie asintió.

—Entiendo.

—¡Kevin! —Alguien gritó desde la puerta del bar. Una mujer de cincuenta y tantos, con cara de mal humor, agitaba una pila de menús en el aire—. Aquí fuera no podemos más. Te necesito ya, ¿me oyes? ¡Ahora mismo!

Kevin se volvió hacia Maggie.

—¿Algo más? Tengo que irme.

Maggie sacudió la cabeza. Kevin se despidió de Sally con un beso y se marchó del bar a toda prisa. Sally se dispuso a seguirle, pero Maggie tiró suavemente de su brazo.

—¿Puedes concederme otro minuto? —preguntó Maggie.

De mala gana, Sally se sentó en el lugar que había ocupado Kevin. Maggie bebió un sorbo de cerveza con la mirada fija en ella. La chica la observaba nerviosa.

Cuando Maggie dejó la jarra, puso su mano encima de la de Sally, sobre la mesa. Ésta la miró, confusa y asustada. La muchacha celosa y peleona había desaparecido.

—¿Quieres hablarme de ello, Sally? —preguntó Maggie suavemente.

Sally intentó parecer sorprendida.

—No lo entiendo. Hablarle ¿de qué?

—Vamos —dijo Maggie—, Kevin ya no está aquí. Tus padres no están cerca. Sólo estamos nosotras. Puedes contármelo.

—No sé de qué me está hablando.

Esta vez, Maggie le cogió la mano con fuerza.

—Te ocurrió algo. Cuando he mencionado el establo, casi te desmayas. Has estado allí, ¿verdad? Mira, yo no juzgo. Pero si estuviste allí y alguien se aprovechó de ti, tengo que saberlo.

Sally negó con la cabeza.

—No ocurrió de ese modo.

—No hace falta que me des excusas. Soy una mujer, ¿vale? Sé cómo pueden ser los hombres.

—No quiero meter a nadie en un lío —dijo Sally—. Nunca lo consideraré algo importante. Quiero decir que me he olvidado del tema. E incluso cuando dijeron que habían encontrado el brazalete de Rachel en el establo, en fin, no pensé que pudiera haber ninguna relación.

—Cuéntame lo que ocurrió —le pidió Maggie.

Sally suspiró.

—Nunca se lo he contado a Kevin. Ni a nadie.

—Está bien, puedes contármelo a mí. Puedo ayudarte, ¿sabes?

Podía ver la maraña de emociones en el rostro de la chica.

—¿De verdad piensa que puede ser importante? —preguntó Sally—. Es una tontería.

Maggie quería arrancar las palabras de la garganta de la chica, pero acarició la mano de Sally con paciencia y esperó. A la chica le temblaba el labio inferior.

—Hace unos seis meses, salí en bicicleta por el campo hacia el norte de la ciudad. Muchas veces voy allí y aparco el coche para ir en bici por las carreteras secundarias. Siempre está desierto los domingos por la mañana, así que pensé que se estaría bien.

Maggie se inclinó hacia delante. Dios, no se trataba de un novio, sino de un psicópata. Maldita sea. Pensó en Kerry McGrath e intentó transmitir el mensaje con la mirada. «Eso fue una estupidez, pequeña».

—¿Y? —dijo Maggie.

—Se rompió la cadena de mi bici y alguien me recogió.

—¿Alguien?

Sally asintió.

—Es decir, yo le conocía, por eso no tuve miedo.

—¿Te fuiste con él por propia voluntad? —preguntó Maggie.

—Sí. Estaba a kilómetros de mi coche.

—¿Intentó algo contigo?

Sally vaciló.

—Más o menos. Bueno, no; en realidad, no. Pero se detuvo en el establo.

Las alarmas empezaron a sonar en la cabeza de Maggie. Sentía que se le ponía la carne de gallina, como le ocurría siempre que un caso se destapaba. Por fin iban a obtener respuestas.

—¿Qué ocurrió, Sally?

Sally tragó saliva y se miró las manos, cruzadas en su regazo. De repente parecía una niña. Era extraño, pensó Maggie, el modo en que aquellos adolescentes pretendían ser tan adultos y maduros; pero con sólo rascar un poco la superficie, volvían a ser unos críos.

—Sólo estábamos hablando. Me dijo que estaba muy guapa. Que llevaba un conjunto muy bonito y que se notaba que estaba en buena forma. Pero parecía demasiado... serio, supongo. Empezó de forma inofensiva, pero al cabo de un rato se volvió escalofriante.

Maggie asintió.

—Bien, ¿qué ocurrió luego?

—Nos estábamos acercando a la carretera que lleva al establo. Me preguntó si había estado allí alguna vez. Le dije que no, que nunca había estado. Empezó a provocarme, diciendo que iríamos a ver si había alguien enrollándose. Y giró el coche. Se dirigía hacia allí. Yo estaba alucinando.

—¿Dijiste algo?

Sally sacudió la cabeza.

—Estaba demasiado asustada.

—Así que te llevó al establo —dijo Maggie.

—Sí. Aparcó en la parte de atrás. Yo estaba preparada para echar a correr, pero no intentó nada. Sólo seguía hablando, ya sabe, de chorradas. Como si intentara decidir si iba a hacerme algo.

—¿Tenías miedo de que te violara? —preguntó Maggie.

—No sé lo que pensé. Todo era muy raro.

—Pero en realidad no ocurrió nada.

Sally asintió.

—Llegó otro coche y aparcó detrás de nosotros. Así que arrancó. Era como si no

quisiera que le reconocieran, ¿sabe? Casi no dijo una palabra durante el resto del trayecto, sólo me llevó hasta mi coche y me dejó allí. Eso fue todo.

—¿No pasó nada entre vosotros dos?

Sally sacudió la cabeza.

—No. Como ya le he dicho, yo estaba segura de que iba a intentar algo. Pero cuando todo terminó, empecé a pensar que había sido una estúpida.

Maggie le cogió la mano a Sally.

—Necesito que me digas quién era.

—Lo sé —dijo Sally—. Había pensado en venir antes, pero... no sabía si era importante. Supongo que simplemente me había convencido a mí misma de que estaba loca, ¿sabe? De que en realidad él no buscaba nada.

—Ahora no piensas lo mismo.

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

—Está bien —dijo Maggie—. ¿Os vio alguien juntos? ¿Reconociste el coche que aparcó detrás de vosotros?

Sally sacudió la cabeza.

—Salimos de allí muy deprisa.

—Dímelo, Sally; no permitiré que te haga daño. ¿Quién era?

Sally se acercó a Maggie y le susurró un nombre al oído.

Maggie sacó el móvil de su abrigo de inmediato y marcó el número de Stride.

## Capítulo 16

El lunes por la noche, Stride abandonó el ayuntamiento y se detuvo junto al hospital, pero descubrió que a Emily Stoner le habían dado el alta hacía una hora y se había marchado con Dayton Tenby. No le había sorprendido su intento de suicidio. Sabía que el momento más peligroso era cuando los padres averiguaban la verdad, semanas o meses después de esperar un milagro en vano. La realidad daba su golpe de gracia y a veces era demasiado fuerte para soportarlo.

Prefirió no visitar a los Stoner aquella noche. Por el momento no podía decirles nada más, y suponía que los médicos habrían aconsejado a Emily que guardara reposo en cama. Ya le había mencionado a Graeme por teléfono el insignificante descubrimiento en el establo, un trozo de tela ensangrentada que podía estar relacionado con Rachel. Así que se marchó a casa.

En las carreteras había nieve derretida en abundancia. Había nevado durante todo el día y tanto las calles como los bosques que rodeaban la ciudad estaban blancos. La búsqueda en el establo continuaba, pero con una lentitud agónica. A sus agentes les colgaba hielo de los bigotes y se les colaba el frío a través de las botas. Cavaban, rastreaban y maldecían la nieve. También habían iniciado otra búsqueda, más ominosa. Con la ayuda de un grupo de voluntarios de la zona circundante, habían empezado a recorrer los bosques cercanos al establo en busca del cuerpo de Rachel. Penetraban en la nieve con palos de esquí y excavaban allí donde les parecía que había algo raro oculto debajo. A través de sus *walkie-talkies* le comunicaban su avance a Guppo, que estaba en la furgoneta, y éste elegía otra cuadrícula en su ordenador portátil.

Stride tenía pocas esperanzas de encontrar algo. La inmensidad de los bosques del norte jugaba a favor de los asesinos, que disponían de kilómetros cuadrados de espesura donde ocultar un cuerpo. La mayoría de las veces, las víctimas desaparecían y eso era todo. Como Kerry McGrath. Estaban ahí fuera, en alguna parte, enterradas o abandonadas, lejos de la carretera más cercana; blancos fáciles para que los animales profanaran sus cadáveres. Se estremecía al pensar que Rachel podía haber corrido la misma suerte. Pero el alcance del terreno y la aglomeración de nieve le hacían dudar de que llegaran a encontrar nada, aparte de aquel pedacito de ropa blanca, que demostrara que Rachel había muerto.

Stride sacó su teléfono móvil y vio que la batería estaba casi agotada. Se había olvidado la otra en su despacho, pero de todos modos estaba cerca de casa. Marcó el número de su buzón de voz y escuchó los mensajes.

El primero era de Maggie, de las dos de la tarde. Era breve y directo: «Eres un cabrón, jefe».

Se rió al imaginarse cómo le habrían ido los interrogatorios en el instituto.



El segundo mensaje era del laboratorio, de hacía aproximadamente una hora. Habían confirmado que la mancha de la tela era de sangre humana y la habían comparado con el tipo AB, el de Rachel. Las pruebas de ADN aún estaban por llegar.

El último mensaje de su buzón de voz era de las ocho de la noche, hacía sólo cinco minutos. Esperaba oír otra vez a Maggie, dando el parte de última hora. Pero no era ella.

«Hola, Jon —dijo una voz suave y nerviosa—. Soy Andrea. En realidad no esperaba encontrarte, pero supongo que quería escuchar tu voz. Parece estúpido, lo sé. Y quizá sea un poco estúpido decir que te echo de menos. Pero es la verdad. Parece ser que me causaste una gran impresión, ¿eh? De todos modos, la cuestión es que todavía estoy en la escuela. Tengo un montón de exámenes para corregir, así que estoy en el laboratorio, pero he estado pensando mucho en nosotros. Y en el viernes por la noche. Sé que no eres dueño de tu tiempo, pero espero que podamos volver a vernos pronto. Me encantaría, de verdad. Bueno, vale, ya he hecho un poco el ridículo, cosa muy normal en mí. En fin, llámame un día de éstos. Adiós, Jon».

En la siguiente intersección, Stride giró el volante y volvió hacia atrás, camino de la colina donde estaba emplazado el instituto.

Entró en el aparcamiento y a la izquierda la ciudad de Duluth se desplegó en toda su extensión. Después de dejar el coche cerca del edificio, caminó con premura por el suelo de hormigón, en el que se habían acumulado unos centímetros más de nieve desde el paso de las máquinas quitanieves. Andaba con las manos embutidas en los bolsillos del abrigo y pestañeando a medida que la nieve le caía sobre los párpados.

La puerta de la escuela estaba cerrada. Stride golpeó una ventana con los nudillos, pero no había nadie cerca que pudiera oírle. Soltó un improperio y pegó la cara al frío cristal para mirar en el interior. Nada.

Stride volvió a sacar su teléfono móvil; la batería se había agotado por completo. Soltó algunas palabrotas más y se abrió paso con dificultad a través de la hierba nevada que rodeaba la escuela. Cuando estaba cerca de la entrada trasera, vio a Andrea aparecer por la puerta de una clase en el otro extremo del vestíbulo. Llevaba unos pantalones grises que destacaban sus largas piernas, zapatillas de deporte y un jersey azul holgado de cuello en pico. No se dio cuenta de la presencia de Stride y se encaminó hacia una máquina de refrescos situada en el pasillo. Introdujo una moneda y sacó una lata de Coca-Cola Light, la abrió y dio un largo sorbo.

Stride aporreó la puerta.

Andrea se detuvo, se giró y le vio. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. Empezó a correr hacia él por el pasillo, derramando la Coca-Cola y riéndose mientras un manantial de líquido marrón se desparramaba en el suelo. Dejó la lata, se secó las manos en los pantalones y corrió hacia la puerta. La abrió, cogió la mano de Stride y le obligó a entrar. Cuando la puerta se cerró de golpe, dejando el viento fuera, le

rodeó el cuello con sus dedos pegajosos y le dio un profundo beso. Al principio, él se sintió demasiado sorprendido para responder, pero luego la estrechó con fuerza entre sus brazos y se exploraron con los labios el uno al otro.

—Me alegro de que hayas venido —dijo ella—. Casi he acabado. ¿Por qué no entras, hablamos un rato, y luego salimos a cenar?

—Me parece perfecto —dijo Stride.

Ella le rodeó la cintura con el brazo mientras rehacían el camino hacia el laboratorio de química.

—No me llevará más de media hora. Son exámenes tipo test. No tengo que pensar, sólo poner la nota.

—¿Qué tal lo hacen? —preguntó Stride.

—Uf, los he visto mejores —dijo Andrea—. La capacidad de concentración es menor cada año. Es difícil conseguir que les resulte emocionante.

—Bueno, la ciencia tampoco fue nunca mi punto fuerte.

—¿En serio? Hubiera jurado que un detective disfrutaría con los detalles forenses, resolviendo misterios científicos y esa clase de cosas.

Andrea revisaba un test mientras hablaba, blandiendo un bolígrafo rojo para señalar los errores.

—Los análisis científicos los dejo para los técnicos del laboratorio —dijo Stride—. Yo me preocupo de comprender el arte de lo posible.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Andrea.

—La mayor parte de las acciones humanas dejan algún rastro. La gente va de un sitio a otro; come, compra gasolina, va al baño, duerme... y detrás dejan rastros de piel, cabellos, huellas dactilares, fluidos... Rastreas todo eso, cribas las cosas que la gente deja a su paso, y así encuentras a la persona que buscas.

Andrea sonrió.

—Lo quieras o no, Jon, eso se parece mucho a un proceso científico. No debías de dormirte en todas tus clases.

—No me habría dormido en las tuyas —dijo él.

Ella se ruborizó y volvió a fijar la vista en los exámenes. Se quedaron un rato en silencio. Sólo se escuchaba el bolígrafo de Andrea sobre el papel y el crujir de las hojas cuando cambiaba de test. Los ojos de Stride vagaron por la clase, pero luego se encontró contemplando a Andrea, que, con la cabeza baja, se apartaba el pelo rubio detrás de las orejas con sus dedos delgados. La línea de su sonrisa en la comisura de los labios parecían lunas crecientes. Se había arremangado las mangas del jersey, dejando al descubierto sus esbeltos antebrazos, delgados pero fuertes.

Andrea sintió su mirada y levantó la cabeza. Se quedaron mirando a los ojos sin decir nada.

Él se preguntaba qué debía de ver ella cuando lo miraba. Sabía, porque Cindy

siempre se lo había dicho, que las mujeres lo encontraban atractivo, aunque desconocía por qué. Sus rasgos no eran delicados y perfectos, tenía el aspecto de un marinero que se hubiera enfrentado a demasiadas tormentas. Como su padre. Cada vez que iba a cortarse el pelo, veía más mechones grises en el suelo. Le dolían las articulaciones y el pinchazo de su herida de bala era más intenso que ocho años atrás, cuando le dispararon. Se estaba haciendo viejo, de eso no cabía la menor duda. Pero había algo en la mirada sincera de Andrea que barría de su mente los años transcurridos.

Andrea se recostó en la silla y se cubrió la boca con ambas manos, mirándole fijamente.

—Estoy un poco avergonzada —le dijo con voz suave.

Stride se sintió desconcertado.

—¿Por qué?

Andrea se rió y le miró con una media sonrisa.

—Espero que no creas que voy por ahí recogiendo hombres de los casinos y acostándome con ellos.

—Oh —dijo Stride—. Lo siento, no debí dejar que ocurriera. Habías bebido, no era justo.

—Ambos habíamos bebido —reconoció Andrea—. Y ambos lo deseábamos. No tienes por qué sentirte culpable. Pero al día siguiente estaba asustada. Pensé que había cometido un terrible error.

—No es así —dijo Stride.

—¿Quieres oír algo espantoso? —preguntó ella—. Me sentí un poco celosa cuando me dijiste que tu esposa había muerto.

Stride la miró extrañado.

—No lo entiendo.

—Cindy murió y tú no pudiste hacer nada por evitarlo. No se trataba de ti. Al menos todavía puedes sentirte bien contigo mismo. A mí, eso me lo robó mi marido.

Stride sacudió la cabeza.

—No es culpa tuya, sino suya. Por lo que dices, fue un egoísta hijo de puta.

—Lo sé, pero aun así le echo de menos. Debes de pensar que soy una estúpida.

—Bienvenida al club —dijo Stride—. Oye, ¿y si nos vamos a cenar ahora mismo? Tengo un hambre de mil demonios y en Briar Patch hacen unos bistecs de dos dedos que se deshacen en la boca. Y la cerveza está helada.

Andrea asintió.

—Me encantaría. Creo que ya tengo bastante por hoy. Guardo esto en el despacho y nos vamos.

Se dirigieron juntos hacia el vestíbulo vacío de la escuela. Stride oyó ruidos lejanos, una pelota de baloncesto botando, pero no vio nada ni a nadie por allí. Las

luces tenían un aspecto débil y enigmático; desde el exterior, la noche les hacía guiños a través de las ventanas como una enorme criatura negra.

Subieron las escaleras hasta el segundo piso del instituto y se encontraron en otro vestíbulo oscuro y vacío. Andrea abrió la puerta del otro lado de las escaleras y accionó el interruptor. El despacho estaba repleto de mesas metálicas, archivadores y estanterías con libros de texto de ciencias.

Fue al escritorio más próximo a la ventana, abrió el cajón superior y dejó dentro la pila de exámenes. Stride vio la fotografía de un hombre colgada en la pared de detrás de su mesa y supuso que era su ex marido.

—Ya está —dijo ella.

Apagaron la luz y Andrea cerró la puerta detrás de ellos.

Cuando se dirigían a las escaleras, Stride vio un destello de luz procedente de uno de los despachos del otro extremo del pasillo.

Andrea vio que titubeaba.

—¿Qué ocurre?

—Seguramente nada.

Pero de repente se sintió invadido por la ansiedad. Hacía varios años que tenía ese sexto sentido, que le decía cuándo algo iba mal.

—¿Esa luz sale del despacho de Nancy Carver? —preguntó.

Por primera vez, Andrea vio la luz en el vestíbulo.

—Eso parece.

Stride entornó los ojos.

—Sé que parece raro, Andrea, pero espérame aquí, ¿vale? Quiero comprobar una cosa.

—Como quieras.

Andrea se apoyó en la pared, a la espera. Stride atravesó el vestíbulo con pasos sigilosos, hasta acercarse al lugar donde la luz del despacho se reflejaba en el pasillo. Al aproximarse, confirmó lo que ya sospechaba: la puerta de Nancy Carver estaba entornada. Se detuvo a escuchar pero no oyó ningún ruido.

Stride tosió deliberadamente. Esperaba la reacción de quienquiera que estuviera dentro, pero el silencio seguía dominando el vestíbulo.

Avanzó despacio hacia la puerta, hasta acercarse lo bastante para echar un vistazo al interior y ver parte de aquel armario que servía de oficina. Sólo divisaba la esquina de la mesa, pero eso le bastó para ver el hombro y el brazo de una mujer. Parecía que estaba inmóvil, sentada en la silla.

—¿Hola? —llamó él.

Siguió observándola, pero la mujer no se movía. Stride se acercó aún más al despacho y empujó la puerta para abrirla del todo. Ésta chirrió y dio un golpe sordo contra la pared. Stride avanzó y atravesó el umbral.

Nancy Carver estaba sentada a su mesa sin moverse. Cuando él entró, ella le miraba con los ojos vacíos y enrojecidos; la furiosa pasión que viera el otro día en aquellos ojos castaños había desaparecido. Tenía las mejillas hundidas y el cabello rojizo despeinado. Miraba a través de él como si no viera nada.

Stride se quedó tan sorprendido por su aspecto, que durante unos segundos no se dio cuenta de que había un revólver en la mesa, delante de él, a escasos centímetros de sus dedos.

«¿Qué diablos es esto?», se dijo, y fue a por el arma. Esperaba que ella se la arrebatará antes de que pudiera cogerla y que apuntara hacia sí misma o hacia él, pero Nancy Carver no se movió. Tan sólo se lo quedó mirando, mientras él se apoderaba de la pistola y dejaba caer las balas al suelo, donde rodaron sin rumbo.

Stride se apoyó en la pared, respirando pesadamente. El revólver colgaba de su mano.

—¿Quiere explicarme qué diablos ocurre? —preguntó.

Aunque no añadió: «¿Quiere explicarme por qué dos mujeres que conocían a Rachel están intentando acabar con sus vidas?». Porque no tenía ninguna duda de que era eso lo que Nancy Carver pensaba hacer.

Carver sacudió la cabeza con expresión ausente.

—Podría haberla detenido —murmuró.

Stride se inclinó sobre la mesa.

—¿Detener a quién?

Ella levantó la vista y se encontró con su mirada.

—Pensé que se había fugado —dijo. Stride no respondió. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de la mujer—. Y en lugar de eso, resulta que está muerta. Podría haberla detenido. Yo lo sabía todo.

—Tengo que irme —dijo Stride a Andrea.

Estaban sentados en su furgoneta, detrás de la escuela, cerca del coche de ella. La radio estaba encendida con el volumen bajo y sonaba una canción de Patty Loveless.

—¿Te veré mañana?

—No te lo puedo prometer.

—¿Por qué no vienes mañana a pasar la noche? No me importa a qué hora llegues. Me gustó dormir contigo el viernes, me siento mejor cuando te tengo cerca.

—Podría ser muy tarde. No sé cuándo volveré y seguramente no seré una buena compañía.

Ella sonrió.

—Dejaré una luz encendida.

Andrea abrió la puerta de la furgoneta. Al salir, la nieve voló del techo y esparció copos blancos por sus cabellos rubios. Le mandó un beso, cerró la puerta y corrió hacia su vehículo. La observó subirse a él y vio el destello de una cerilla cuando ella

se encendió un cigarrillo. Su coche se puso en marcha a la primera; le dijo adiós con la mano mientras se alejaba.

Stride se dirigió a su casa, recorriendo las calles vacías y soñolientas con menos cuidado del exigido. Dos veces se detuvo ante un semáforo en rojo y continuó ahí, inmóvil, cuando la luz cambió a verde, con la mirada ausente clavada en los cristales empapados. Los limpiaparabrisas chirriaban con un ritmo constante e hipnotizador.

«Yo lo sabía todo».

Pensó otra vez en Nancy Carver e intentó calmar su ira ante el hecho de que aquella mujer podría haber confirmado sus sospechas hacía semanas. Tal vez podrían haber hecho algo más de lo que hicieron. Se habrían acercado más.

¿Y si Emily Stoner hubiera muerto sin saber la verdad? Una vez más, se preguntó si también Emily había tenido la misma sospecha.

Había momentos en que todo parecía un juego, un rompecabezas que tenían que resolver. Y otros en que odiaba saber cuánto ocultaba el lado oscuro del corazón humano.

Stride atravesó el puente que llevaba al Point. Condujo dos manzanas hasta su casa y se adentró en el camino de entrada. El coche de Maggie estaba estacionado en la calle. Vio una luz en el interior de la vivienda y supuso que le estaba esperando. Eso le ahorraría una llamada: aquella noche iba a necesitarla, y les aguardaba una larga sesión en el ayuntamiento.

Entró en la casa. Maggie estaba en la cocina, con los pies apoyados en una silla. Se estaba comiendo un bocadillo caliente de queso y leía el periódico.

—No has contestado al maldito teléfono —le dijo con un tono complaciente.

—No tenía batería. Lo siento.

—Llevo más de una hora esperando.

—Tienes suerte de que haya venido solo —dijo.

Se preguntaba cómo decirle a Maggie que de ahora en adelante debería tener un poco más de cuidado y no utilizar su casa como segundo hogar. No creía que Andrea comprendiera su relación. Dirigió la vista hacia su falda, arremangada hasta la cintura.

—Estás fantástica.

—Estoy congelada —dijo—. Y es culpa tuya.

—Bueno, vale la pena si les has sacado algo a los chicos.

Maggie sonrió.

—Los chicos no me han dicho nada. Pero resulta que apuntábamos en la dirección correcta: la familia.

Stride se sentó frente a Maggie.

—¿Graeme?

Ella asintió.

—Sally le ha delatado. Graeme se la llevó a dar una vueltecita al establo el verano pasado.

—¿La violó?

—No, alguien les interrumpió. Pero es lo que ella pensó que iba a ocurrir.

—Hay algo más —le dijo Stride—. ¿Qué te parece esto? Rachel le dijo a Nancy Carver que se acostaba con Graeme. Dijo que había ocurrido unas cuantas veces y luego ella le había dejado, pero Graeme quería más.

Maggie levantó las cejas hasta casi tocar el cielo.

—¡No jodas! ¿Crees que Emily sospecha algo?

—Apuesto a que sí, pero no quiere admitirlo.

—Graeme tiene una sangre fría impresionante —dijo Maggie—. Todo lo relacionado con él parece impecable, incluido lo del polígrafo. Resultará difícil echarle el guante.

—Ya, pero, ¿él y Emily? En absoluto. Creo que iba detrás de Rachel desde el principio. Y seguramente Rachel pensó que follarse a Graeme sería el castigo perfecto para su madre. Esos dos estaban hechos el uno para el otro.

—Sólo tenemos que demostrarlo —dijo Maggie.

—Tenemos la declaración de Carver. Es un comienzo.

—No son más que rumores —dijo Maggie—. Nunca nos lo aceptarán.

Stride asintió.

—Lo sé. Pero nos proporcionarán una orden de registro.

## Capítulo 17

Stride instó a su equipo a guardar silencio mientras se preparaban para el registro, pero no sirvió de nada. Mientras un ejército de coches patrulla se situaba ante la casa de los Stoner, Bird Finch se adueñó de las ondas y describió a Graeme Stoner como a un Jekyll y Hyde que había seducido a su hijastra adolescente y luego la había matado. Cuando Stride oyó la radio, apagó las noticias, asqueado. Maggie, sentada a su lado, sacudió la cabeza.

—¿De dónde diablos saca la información? Si nadie lo sabe...

Stride se encogió de hombros.

—Vamos allá —le dijo.

Emprendieron el largo camino de entrada que llevaba a la puerta principal de la casa de los Stoner junto a un enjambre de agentes uniformados. Stride se dirigió a uno de los policías y lo llevó aparte.

—Se ha corrido la voz —dijo—. Ya podemos prepararnos, la prensa empezará a llegar en manada. No quiero a nadie por aquí, ¿de acuerdo? Acordonad la zona y mantenedles alejados. Tampoco quiero vecinos chismosos.

El agente asintió y se retiró a uno de los coches patrulla, indicando a otros tres policías que fueran con él.

Stride susurró a Maggie:

—Vamos a andarnos con mucho ojo durante el registro, ¿de acuerdo, Mags? Quiero que todo quede certificado y atestiguado. Nada de cagadas. Si al final presentamos cargos contra ese tipo, ya tiene a Archie Gale para defenderle, y te puedo asegurar que todo lo que hagamos será cuestionado.

—Iremos con cuidado —dijo Maggie—. Cuenta con ello, jefe.

Stride no tuvo que llamar al timbre. Mientras subía las escaleras, Graeme Stoner abrió la puerta de golpe. Stride notó la furia helada en los ojos del hombre.

—Hola, teniente —dijo Graeme—. Veo que se ha traído a unos amigos.

—Señor Stoner, tenemos una orden de registro para buscar pruebas relacionadas con la desaparición y el presunto asesinato de Rachel Deese.

—Eso suponía. ¿Y es una práctica habitual de la policía incurrir en una difamación antes de que existan pruebas? Mi teléfono ya está empezando a sonar, gracias al reportaje de Bird Finch de hace cinco minutos. He llamado a Kyle personalmente para presentar una queja formal.

Stride se encogió de hombros. De poco iban a servirle ahora a Graeme sus contactos.

—Me quedaré con usted mientras mis agentes efectúan el registro.

Graeme dio la vuelta y avanzó por la sala de estar sin mirar atrás. Stride le siguió y Maggie reunió a los agentes en el vestíbulo para dar instrucciones. Guppo dirigiría



al equipo del sótano; ella se encargaría de las habitaciones de arriba; dejarían el primer piso, el exterior y los vehículos para el final.

—Ceñíos a las reglas —les dijo, reiterando la advertencia de Stride—. Manteneos junto a vuestro compañero todo el tiempo. Si encontráis algo, le hacéis una foto, lo metéis en una bolsa y la etiquetáis. ¿Lo habéis entendido?

Los robustos agentes de policía, todos ellos cuarenta centímetros más altos que la pequeña detective asiática, asintieron dócilmente e iniciaron el registro. Sus pasos sonaban como truenos cuando se dispersaron arriba y abajo de las escaleras.

En el porche, Stride notó la frialdad que flotaba en el ambiente y que emanaba de las dos personas que se encontraban allí. Emily Stoner estaba sentada en el mismo sitio que cuando la vio por primera vez, en un sillón junto a la chimenea. Parecía muy frágil y su rostro había perdido el color. Su cuerpo estaba contraído y la piel parecía colgar sin fuerza de sus huesos. Los cabellos le caían lánguidamente por la cara. Estaba mucho más envejecida que semanas atrás.

Emily no se movió ni dijo una palabra, pero siguió a Graeme con la mirada mientras él se sentaba en el sillón situado frente a ella. Hacía tiempo que Stride había advertido cierta tensión entre la pareja, pero aquello era diferente. Emily había oído las noticias, como todo el mundo. Stride sabía lo que pensaba: que el hombre que estaba sentado tranquilamente a unos centímetros de distancia, y que había compartido su cama durante cinco años, tal vez fuese un monstruo.

Pero lo que más le sorprendía era el comportamiento de Graeme. Stride había tratado muchas veces con criminales en el momento en que la verdad salía a la luz. La mayoría se ponían furiosos y se declaraban inocentes, negando lo evidente. Otros se derrumbaban y confesaban, quitándose de encima el peso de la culpa que habían estado soportando. Pero nunca había visto a ninguno que pareciera tan tranquilo y confiado como Graeme Stoner. El hombre estaba furioso, pero mantenía el control. Y continuaba con aquel aire distante y divertido, como si todo este proceso no fuese más que una atracción de feria.

Stride no sabía cómo interpretarlo. En general, creía poder decir si un hombre era culpable o inocente leyendo la verdad que llevaba escrita en los ojos y en el rostro. Pero el de Graeme era una máscara.

—¿Se da cuenta de que ha destruido mi reputación en esta ciudad? —le dijo Graeme con una mirada resuelta—. Espero que el alcalde pueda permitirse pagar los daños cuando interponga una demanda.

Stride ignoró sus palabras y se dirigió a Emily.

—Le pido que acepte mis disculpas, señora Stoner. Si existiera el modo de facilitarle las cosas, lo habría hecho. Sé por lo que está pasando.

Emily asintió, pero no dijo nada. Continuó mirando a su marido, haciendo lo

mismo que intentaba hacer Stride: ver la verdad. Pero el rostro de Graeme no revelaba nada.

—Señor Stoner, tengo que leerle sus derechos —dijo Stride.

Graeme levantó una ceja.

—¿Me va a arrestar?

—No, pero es usted sospechoso en esta investigación. Quiero asegurarme de que comprende sus derechos antes de seguir adelante.

Stride recitó los derechos constitucionales de un tirón mientras observaba a Graeme poner la misma cara de disgusto que él.

—A pesar de que le ampara el derecho de guardar silencio, ¿quiere contestar algunas preguntas, incluso sin la presencia del señor Gale?

También él se encogió de hombros.

—No tengo nada que ocultar —dijo Graeme.

Stride se sorprendió. Los sospechosos adinerados jamás hablaban. Pero Stride no pensaba cuestionar su buena suerte.

—Es lamentable que se haya filtrado información sobre el caso, señor Stoner. Le pido disculpas, no sé cómo ha ocurrido.

Stride no quería pasar directamente a las preguntas difíciles y permitir que aquel hombre se diera cuenta de que estaría mejor callado. De este modo, pretendía abordar poco a poco los detalles desagradables. Pero algo en la mirada de su interlocutor le convenció de que Graeme era muy consciente de su estrategia.

—Le sugiero que averigüe cómo ha ocurrido, teniente.

Stride asintió.

—Sin embargo, comprenderá que algunos de los detalles que hemos descubierto nos plantean nuevas preguntas. Nos gustaría conocer su versión de la historia; por eso estoy aquí.

—Estoy seguro de ello.

—¿Se acostaba usted con Rachel? —preguntó Stride.

La habitación se sumió en un silencio denso. Emily parecía contener la respiración, a la espera de que Graeme respondiese. Stride observó al hombre apretar las mandíbulas y vio un rostro iracundo. Su expresión no delataba culpabilidad, tan sólo desprecio. Su convicción hizo que Stride se preguntara si no estarían cometiendo un error. ¿O acaso aquel hombre era un actor consumado?

—Qué pregunta tan ofensiva. Pero la respuesta es no, nunca. Nunca me habría acostado con mi hijastra, teniente. No ocurrió tal cosa.

—Rachel dijo que sí —insistió Stride.

—No me lo creo —replicó Graeme—. Puede que esa chica no tuviera la mejor relación del mundo con nosotros, pero me niego a creer que inventara una mentira tan injuriosa.

—Le contó a una orientadora de la escuela, Nancy Carver, que empezaron a tener relaciones sexuales poco después de que usted y Emily se casaran.

Stride oyó que Emily se estremecía y cogía aire. Graeme echó un vistazo a su esposa y luego volvió a mirar a Stride.

—¿Carver? No me extraña. Esa pequeña zorra entrometida. ¿Sabe que me llamó para interrogarme? Pero nunca me salió con acusaciones de ese calibre. Creo que es a ella a quien deberían investigar, Stride: es evidente que esa mujer es lesbiana. Recuerdo que incluso llamé, a la escuela para quejarme.

Stride apuntó algo en su bloc de notas. Quería comprobar si realmente se había presentado una queja contra Nancy Carver.

—¿Por qué iba a inventarse Rachel una historia como ésta?

—Yo no creo que lo hiciera. Seguramente Carver se lo inventó todo.

—Rachel también se lo contó a otra persona —mintió Stride.

Esta vez captó un atisbo de duda en los ojos de Graeme, pero se desvaneció enseguida.

—Me cuesta creerlo. Pero si Rachel lo hizo, lo único que se me ocurre es que la chica tenía problemas. A lo mejor tenía fantasías sobre mí. O tal vez intentase abrir una brecha entre Emily y yo. ¿Quién sabe?

—¿Nunca se acostó con ella?

—Ya le he dicho que no.

—¿Nunca la tocó ni mantuvo ninguna clase de contacto sexual con ella?

—Por supuesto que no —dijo Graeme bruscamente.

—Y ella tampoco le tocó a usted.

—No soy Bill Clinton, teniente. Nada de sexo significa nada de sexo.

Stride asintió. Una negación rotunda resultaría de gran ayuda en un juicio, si encontraban alguna prueba que respaldara la teoría de una relación entre Rachel y Graeme. Pero sabía que eso era mucho suponer. Dudaba de que Graeme fuese tan categórico en su negativa si existía algún modo de demostrar que había habido algo entre ellos dos. ¿O acaso decía la verdad?

—¿Conoce a una amiga de Rachel llamada Sally Lindner? —preguntó Stride.

Graeme frunció el ceño.

—Creo que sí. Sale con ese chico, Kevin, según recuerdo. ¿Por qué?

—¿Se la ha llevado alguna vez a dar una vuelta en su coche?

—La verdad es que no me acuerdo —dijo Graeme—. Tal vez.

—¿Tal vez?

Graeme se frotó la barbilla.

—Creo que la llevé un día hasta su coche. Se le había roto la cadena de la bicicleta. Hace muchos meses y, sinceramente, no recuerdo si era ella.

—¿Dónde la recogió?

—Pues en algún lugar al norte de la ciudad, creo recordar. Yo volvía de visitar una de nuestras sucursales.

—¿Y adónde la llevó? —preguntó Stride.

—Como ya he dicho, la llevé hasta su coche.

—¿Se detuvo en algún sitio?

—No, que yo recuerde —dijo Graeme.

—Ella dice que la llevó al establo.

—¿Al establo? No, seguro que no. La recogí y la dejé en su coche. Eso es todo, teniente.

—¿Entonces no es cierto? —preguntó Stride—. ¿Nunca fue allí con ella?

—No, no es cierto —dijo Graeme con firmeza.

—En ese caso, ¿por qué iba Sally a decir lo contrario?

Graeme suspiró.

—¿Cómo diablos voy a saberlo, teniente? Quizá Rachel le dio la idea.

—¿Rachel? —dijo Stride—. ¿Por qué iba Rachel a hacer eso?

—Es una chica complicada —dijo Graeme.

Maggie señaló un archivador de madera de roble con tres cajones.

—Empieza por ahí, yo miraré en el escritorio.

El otro agente, un joven desgarbado de veinticinco años que aún no había dejado atrás la etapa del acné, asintió y mascó chicle ruidosamente. Se llamaba Pete y era un novato que había trabajado varios años en una empresa privada de seguridad antes de unirse al cuerpo, hacía unos meses. A Maggie le gustaba su seguridad un poco chulesca, aunque aún tenía mucho que aprender. Pete había cometido el error de hacer un globo con el chicle y explotarlo con las manos enguantadas. Maggie casi le arranca la cabeza mientras le cantaba las cuarenta sobre la contaminación de la escena de un crimen. Y además, el ruido la sacaba de quicio.

Pete dejó de hacer globos pero continuó mascando chicle, sólo para molestarla. Eso era exactamente lo que ella habría hecho, así que le gustó.

Estaban en el despacho de Graeme, en el piso de arriba, ordenado de forma impecable. Había un monitor y un teclado sobre el gran escritorio de roble hecho a medida, una pequeña selección de libros clasificados por temas y dos columnas de discos compactos. Maggie les echó un vistazo. Una parte de ellos reflejaba los gustos musicales de Graeme, que incluían las enérgicas sinfonías de Mahler. La otra parte contenía discos etiquetados como confidenciales, que llevaban el sello del banco de Graeme.

—Tendremos que decir a Guppo que eche un vistazo a todo esto y el disco duro —dijo ella—. Asegúrate de clasificarlos y de llevármelos.

Pete gruñó y metió las manos enguantadas en el primer cajón del archivador.

Maggie miró a su alrededor, absorbiendo las preferencias del hombre. Las paredes estaban empapeladas con un dibujo azul oscuro moteado en oro, a juego con el suntuoso dorado de las alfombras. Tenía colgadas varias acuarelas originales, la mayoría de paisajes, que, a los ojos poco versados de Maggie, parecían auténticas y caras. El escritorio y su elaborada silla de piel constituían el mobiliario principal, complementado con el archivador, toda una pared de estanterías empotradas y una silla con demasiado relleno bajo su tapiz y una otomana a juego. En una de las esquinas del escritorio descansaba una esbelta lámpara de metal con una pantalla de globo.

Era una estancia lujosa y estéril, rebosante de dinero y desprovista de carácter. Lo mismo habían encontrado en el dormitorio principal: la clase de lugar elegante en el que resultaba difícil creer que realmente viviera alguien. Ella y Pete habían dedicado unas dos horas al dormitorio y el cuarto de baño, revisando cajones y buscando secretos. Encontraron poca cosa. Las habitaciones resultaban tan interesantes por lo que había en ellas como por lo que no había. Ni anticonceptivos, ni juguetes sexuales, ni vídeos para adultos. Se preguntaba cuándo Graeme y Emily habrían mantenido relaciones sexuales por última vez.

Aunque, en realidad, eso poco importaba. La cuestión era si Graeme y Rachel habían mantenido relaciones sexuales. Pero aún no habían descubierto nada en la casa que probase la acusación de Nancy Carver, y sabía, desde su primer registro en el dormitorio de Rachel después de su desaparición, que ésta no había dejado ninguna prueba física de una relación incestuosa.

Maggie se estremeció. Intentaba imaginarse a Rachel a solas con Graeme en aquella casa. ¿Lo hacían en el dormitorio? ¿En el de ella? ¿En el suelo del cuarto de baño? ¿Se ponía él encima o la hacía sentarse a horcajadas sobre él? ¿La embestía desde atrás? ¿La obligaba a arrodillarse y practicar sexo oral?

Pruebas. Eso era lo más difícil. Graeme estaba a salvo si negaba la relación, siempre que Rachel no apareciera, ya que nada demostraba que dos personas hubieran practicado el sexo allí. Sólo tenían lo que Rachel había dicho, y eso no tenía ningún valor en un tribunal.

—¿Qué hay en el archivador, Pete? —preguntó Maggie.

El policía se encogió de hombros.

—Facturas, garantías... este tío lo guarda todo.

—Comprueba cada carpeta y mete las facturas en las bolsas. Necesitamos hacer copias.

Maggie se concentró en el escritorio. Cogió cada uno de los libros, los hojeó y los volvió a dejar. Abrió los cajones uno a uno, examinándolos hasta el fondo, y luego se agachó y comprobó la parte de abajo para asegurarse de que no hubiera nada pegado.

Encendió el ordenador. No tenía tiempo para examinar el disco duro bit a bit —

eso era trabajo de Guppo—, pero al menos quería buscar correos electrónicos y revisar las páginas que Graeme había visitado en internet. Para no alterar las pruebas accidentalmente, primero imprimió una copia de la lista completa de los archivos, tomando nota de los detalles de cada carpeta del disco duro. Luego conectó un disco externo a la salida USB del aparato y efectuó una copia del disco duro de Graeme. Cuando terminó, lo conectó al portátil que había traído ella y pasó un duplicado del ordenador de Graeme al suyo.

Al iniciar el navegador de internet, se sorprendió al ver que el historial de páginas visitadas había sido borrado. No quedaba nada registrado y en la lista de Favoritos no figuraba nada.

—Esto es muy interesante —dijo Maggie en voz alta—. Parece ser que Graeme se ha estado lavando la cara.

—¿Eh? —dijo Pete.

—No hay constancia de ninguna página web en el historial. Sin embargo, este hombre es jefe de operaciones electrónicas en su banco. ¿Acaso tiene sentido? No quiere que nadie vea por dónde ha estado navegando.

Maggie abrió el Outlook. El *software* del correo electrónico estaba igual de limpio: nada en la bandeja de entrada, nada en mensajes enviados... nada grabado. Era como si ese hombre jamás hubiera mandado un mensaje electrónico con su ordenador, aunque Maggie sabía que eso era absurdo.

Aquello no encajaba. Se preguntaba si el tipo tendría una cuenta de correo en Yahoo o Hotmail, a través de la cual podía enviar y recibir mensajes personales sin dejar rastro en su ordenador. Pero eso iba a ser mucho más difícil de encontrar.

Su *walkie-talkie* crujió y Maggie habló.

—¿Sí?

Era Guppo.

—Hemos acabado con el sótano.

—¿Nada?

—Limpio como una patena. Hasta las herramientas de jardinería brillan como recién compradas. No creo que pasen mucho tiempo aquí abajo.

—Maldita sea —dijo Maggie.

Tenía la esperanza de encontrar pruebas del asesinato, aunque no pudieran demostrar que Graeme y Rachel mantenían relaciones sexuales. Pero por la prueba del establo, era consciente de las escasas, por no decir nulas, posibilidades de que la hubiese matado en la casa. Parecía más lógico que hubiesen ido al establo y allí hubiese ocurrido algo entre ellos... algo que acabó con la vida de Rachel.

—Bien, Guppo, tú y Terry id al coche y dadle un buen repaso. Revisad cada centímetro, levantad la moqueta, pasad el aparato de rayos ultravioleta para encontrar restos de sangre, pelos, fibras, semen, huellas... cualquier cosa. Quiero saber si

Rachel estuvo en el vehículo.

—De acuerdo.

La siguiente voz que se oyó a través del *walkie-talkie* pertenecía a Terry.

—Diablos, Maggie, ¿vas a encerrarme en una camioneta con Guppo? Ya he tenido bastante con meterme en un sótano con él.

Maggie se rió.

—Oye, Terry, ya tuve lo mío en el establo, así que no conseguirás darme lástima. Corto y cierro. —Volvió a colgarse el *walkie-talkie* en el cinturón—. Voy a empezar con las estanterías —dijo al tiempo que observaba con desagrado la pared cubierta de libros.

—¿El ordenador está limpio? —preguntó Pete.

—Sí, al menos en lo básico. Al parecer, Graeme es muy pulcro. Tendremos que pedir a Guppo que realice una búsqueda más completa.

—¿Y fotos? —dijo Pete—. Ya sabes, *gif*, *jpg*, cosas así. A lo mejor tenía por ahí fotos o material pornográfico.

Maggie asintió y se dispuso a buscar en el disco externo. Primero escribió «Rachel» y realizó una búsqueda global de cualquier carpeta que pudiera incluir el nombre de la chica. Imaginaba que eso sería demasiado sencillo, y tenía razón: la búsqueda no obtuvo ningún resultado. Volvió a intentarlo con carpetas que empezaran por «R», pero había en demasiadas. Buscó por «SEXO», «FOLLAR» y «PORNO», pero no halló nada.

Entonces tuvo otra idea. Limitó la búsqueda para identificar cualquier archivo que hubiera sido creado o modificado en el período de las dos semanas anteriores a la desaparición de Rachel e inmediatamente después.

Aparecieron tan sólo unas cuantas entradas. Las repasó despacio, descartando los archivos del sistema y comprobando solamente los que parecían un documento de texto o una hoja de cálculo. Todo parecía ser material relacionado con el trabajo, con profusión de detalles sobre transacciones inmobiliarias e informes de pérdidas y beneficios. Saltó de archivo en archivo, tachándolos mentalmente de la lista, mientras dudaba de que esa búsqueda fuese a dar mejores resultados que las demás. Graeme era demasiado listo.

Y entonces lo vio: *Fargo4qtr.gif*. El archivo contenía una fotografía y había sido creado dos días antes de la desaparición de Rachel.

El nombre hacía pensar en algo relacionado con los negocios, pero estaba en el directorio equivocado. Y no había visto ningún otro *gif* entre el material de trabajo de Graeme. Desplazó el cursor para colocarse encima del archivo y dudó antes de presionar el ratón. Contuvo el aliento. Con un movimiento de dedo hizo clic y vio que la pantalla se ponía en blanco. Tuvo la sensación de que la imagen tardaba una eternidad en descargarse, aunque sabía que sólo llevaba un segundo o dos escuchando

el ronroneo del disco duro del portátil. Entonces, el monitor volvió en sí y una fotografía a todo color apareció en la pantalla.

Maggie susurró:

—¡Oh, Dios mío!

Oyó a Pete darse la vuelta movido por la curiosidad. Al ver la pantalla por encima de su hombro, también exclamó:

—¡Joder!

Era una de las fotografías más increíbles que Maggie había visto. Se consideraba a sí misma una heterosexual acérrima, pero incluso ella se encontró humedeciéndose los labios con la lengua. Los ojos de Rachel atraían los suyos como un imán.

En la imagen, Rachel estaba desnuda. Se encontraba en algún lugar, en plena naturaleza, con árboles desenfocados detrás de ella. La lluvia caía sobre su piel y se deslizaba por su cuerpo formando surcos plateados. La foto había capturado las gotas de agua en sus pechos, con pequeños riachuelos que bajaban hasta su húmeda entrepierna y caían al suelo. Rachel estaba de rodillas. Tenía una mano entre los muslos, con dos dedos que desaparecían en su hendidura. Con la otra mano se agarraba el pecho derecho, extendiendo los dedos hasta rozar el pezón. La boca abierta de Rachel expresaba placer, pero sus brillantes ojos verdes estaban abiertos, fijos en la cámara.

Maggie se dio cuenta de que Pete, detrás de ella, prácticamente estaba jadeando.

—Dios, espero que esa chica no esté muerta —dijo él—. Lo que daría por echarle un buen polvo.

—Cállate —dijo Maggie con acritud.

Cargó la foto en la impresora, que trabajó despacio, línea a línea, para escupir la imagen de aquella adolescente masturbándose en el bosque.

—Menudo hijo de puta —murmuró.

En el porche reinaba el silencio. Emily y Graeme estaban sentados en sillones opuestos. Ella miraba al horizonte con aire ausente, inmóvil y con las manos en el regazo. Graeme examinaba un documento con sus anteojos, ignorando a Stride deliberadamente. Cuando el detective se quedó sin preguntas, Graeme se limitó a volver al trabajo, como si no tuviera de qué preocuparse.

Stride sabía que parte de la actitud calmada de Graeme era una pose, porque la mera insinuación que se levantaba contra él bastaba para destruir su reputación. Le gustara o no, Graeme Stoner estaba acabado en Duluth, y él lo sabía. La única pregunta era si sería libre de marcharse a cualquier otra parte, o si encontrarían lo que necesitaban para encerrarle una larga temporada.

El juegucito de la espera se iba agotando a medida que pasaban las horas. Oía a Guppo y a Terry peinando el piso de abajo y luego les oyó desaparecer por la puerta



principal. Supuso que Maggie les habría ordenado registrar el coche, aunque no podía oír su conversación. Había apagado el *walkie-talkie* para que los Stoner no escucharan lo que se decía.

Miró fijamente a Graeme, escrutando sus rasgos. Sabía que el banquero podía sentir su mirada mientras pasaba las páginas de su documento, aunque ni siquiera rechistaba. Sería interesante observar a Dan Erickson batallando en el juicio para poner a ese hombre a la sombra... eso, si llegaba a celebrarse el juicio.

El tiempo seguía avanzando.

Stride oyó los pasos de Maggie, que entró en la habitación agitando una hoja de papel. Esta vez, Graeme levantó la mirada con curiosidad y nerviosismo.

Maggie susurró al oído de Stride:

—Echa un vistazo.

Stride miró la foto y pestañeó ante la imagen de la muchacha desnuda. Tuvo que recordarse a sí mismo que se trataba de una adolescente desaparecida y presuntamente muerta.

Levantó la vista de la hoja y se encontró con los ojos de Graeme fijos en él. De repente, Stride se sintió con ventaja respecto a aquel bastardo arrogante.

—Dígame, señor Stoner, ¿posee una cámara digital? —preguntó Stride.

Graeme asintió.

—Por supuesto.

—Tendremos que llevárnosla —dijo Stride—. ¿Reconoce esta fotografía?

Le tendió el papel a Graeme. Su fortaleza se tambaleó, y Stride vio que le temblaba la mano mientras intentaba sostener la hoja con firmeza. Emily vio lo que había en la fotografía y se llevó la mano a la boca para ahogar un grito.

—¿Dónde lo han encontrado? —preguntó Graeme, intentando que su voz no sonase alterada.

—En el ordenador de su despacho —le explicó Stride.

—No tengo ni idea de cómo ha llegado allí. Nunca la había visto.

—¿De veras? —preguntó Stride—. ¿No tomó usted la fotografía?

—No, por supuesto que no. Ya le he dicho que no tenía ni idea de que estuviera en mi ordenador. Rachel debió de ponerla ahí. Para gastar una broma.

—¿Una broma? —preguntó Stride, alzando las cejas—. Pues menuda broma.

—¿Quién sabe por qué lo hizo? —dijo Graeme.

Stride asintió.

—¿No tiene idea de dónde o cuándo fue tomada?

—En absoluto.

Maggie escudriñó al hombre con mirada glacial.

—El archivo llegó a su ordenador dos días antes de la desaparición de Rachel.

—¿Dos días? —preguntó Graeme.

—Es mucha coincidencia —añadió Stride.

—Bueno, como ya he dicho, Rachel debió de introducirla. Tal vez fue su extraña forma de despedirse antes de escaparse.

Stride avanzó unos pasos hacia el hombre.

—Pero no se escapó, ¿verdad, señor Stoner? Aquella noche, usted fue al establo con ella. Usted quería mantener relaciones sexuales, como había hecho durante años. ¿Acaso en esa ocasión ella se negó? ¿Tal vez intentó huir? ¿Amenazó con contárselo a su esposa?

—Graeme —suplicó Emily con un hilo de voz—. Por favor, dime que nada de todo esto es cierto.

Él suspiró y la miró.

—Por supuesto que no.

—Sabemos que Rachel estuvo en el establo esa noche, señor Stoner. Sabemos que había vuelto a casa y que usted estaba aquí solo. ¿Le gustaría contarnos lo que ocurrió luego?

Graeme sacudió la cabeza.

—En ningún momento la oí entrar. No tengo nada más que decir hasta que no llegue el señor Gale.

Parecía aturdido. Stride se alegraba de ver que aquel hombre era susceptible de incurrir en errores humanos, después de todo; de que era capaz de cometer equivocaciones, dejar pistas y no saber cómo reaccionar cuando se descubrían sus mentiras.

—Seguid buscando, Mags —le dijo Stride.

Maggie estaba a punto de volver a subir las escaleras cuando su *walkie-talkie* graznó. Todos los presentes en la habitación oyeron la voz de Guppo.

—Maggie, Stride, os necesitamos aquí fuera. Hay restos de sangre en el suelo, bajo la moqueta de la parte de atrás y en un cuchillo guardado en la caja de herramientas.

Maggie desconectó rápidamente el auricular, pero ya era demasiado tarde.

Emily gritó. Stride y Maggie la miraron, y sintieron el dolor atroz que rasgaba su voz. Saltó de su sillón con la cara lívida. Se volvió y miró horrorizada a Graeme, que permanecía sentado con una extraña sonrisita congelada en el rostro, como un gato que acabara de tragarse un canario. Emily se cayó de rodillas.

Stride se acercó de un salto, preparado para sostenerla si se desmayaba. Pero en lugar de eso, Emily comenzó a gemir, luego se puso a cuatro patas y vomitó sobre la alfombra blanca.

## TERCERA PARTE

## Capítulo 18

El Kitch, como se solía llamar al Kitchi Gammi Club, era un intento de reproducir en Duluth la elegancia de los clubes de Nueva Inglaterra. Era un edificio de ladrillo rojo de cinco plantas, con jardines pulcros y bien cuidados que florecían con el calor de la primavera, techos altos y un majestuoso porche. El club se enorgullecía de sus acogedoras bibliotecas del piso superior, con muebles antiguos de madera de cerezo, elegantes sillones y las noticias del día acaecidas en Minneapolis y Nueva York cuidadosamente depositadas en las mesitas de café con patas de león. En ese lugar, políticos e inversores disfrutaban de sus copas de brandy mientras dirigían los negocios más importantes de la ciudad.

Al portero del Kitch, un noruego arrugado de ochenta y pocos años llamado Per que llevaba trabajando allí desde antes que nacieran muchos de sus clientes, le llamó la atención un hombre alto y corpulento que se aproximaba a las escaleras del club. El individuo silbaba una canción de Sinatra, como había hecho durante los treinta años que hacía que Per le conocía. Tenía poco menos de sesenta años y era casi tan ancho como alto, pero su forma de caminar era muy enérgica. Llevaba el rizado pelo gris recortado y peinado hacia atrás. Su rostro era amplio y rubicundo, con unos agudos ojos azules, pequeñas gafas de sabelotodo y una afilada perilla. Vestía un traje de tres piezas de color gris marengo con raya diplomática, una camisa blanca y gemelos de oro que asomaban por debajo de las mangas. Se había puesto una flor en el ojal de la solapa y dejaba una fresca fragancia a su paso.

—Buenas tardes, señor Gale —dijo Per mientras, abría la puerta.

—Per, es un placer volver a verle, como siempre —repuso Archibald Gale con una voz poderosa—. Qué fantástico día de primavera, ¿verdad?

—Oh, así es, señor Gale. Seguro que ya tiene otro gran caso entre manos, ¿cierto?

—Lo tengo, Per, lo tengo.

—Bueno, yo siempre digo que no hay otro mejor que usted.

—Eso díselo al jurado, Per —replicó Gale.

Dio unas afectuosas palmaditas en el hombro del anciano y entró en el sombrío vestíbulo del club. La puerta, con pesadas láminas de roble y cristal tintado, se cerró suavemente detrás de él. Comprobó su reloj y vio que eran las cinco menos cuarto, así que llegaba con quince minutos de adelanto a su cita con Dan Erickson, el fiscal del condado. A Gale le gustaba llegar temprano, instalarse en una de las bibliotecas con un *whisky* de malta y esperar a su presa.

Aunque Gale era uno de los mejores abogados criminalistas del estado, corría el rumor de que ganaba la mayor parte de sus casos en el Kitch, desmoralizando a su contrincante en una reunión cordial. Sus indirectas inocentes y sus oscuras insinuaciones desconcertaban hasta tal punto a los fiscales, que éstos comenzaban a

dudar de su propia estrategia y se mostraban torpes durante su intervención en el juicio. La fama de la guerra psicológica de Gale se había extendido de tal forma que los fiscales declinaban su tradicional oferta de charlar en el club la noche antes del juicio.

Pero Daniel era demasiado engreído para rechazarle. Así sería más divertido. Gale había tratado a muchos fiscales con ambiciones políticas a lo largo de los años y disfrutaba echando por tierra su arrogancia. Daniel era más implacable que la mayoría. Al principio, cuando Trygg Stengard, el anterior fiscal del condado, contrató a Daniel, Gale le había hecho un par de advertencias a su viejo amigo y adversario sobre el hombre que había elegido como mano derecha. Pero Stengard, al contrario de Gale, era un político que sentía debilidad por la ambición en estado puro.

—Espero que me suavices un poco al chico, Archie —le había dicho Stengard—. Patéale el culo unas cuantas veces. Eso le irá bien.

Y Gale se había limitado a obedecer. No le había sorprendido descubrir que Daniel era eficaz e impecable ante el tribunal y que había hecho un buen trabajo como fiscal tras la muerte de Stengard.

Pero Daniel había perdido dos casos importantes, ambos teniendo como contrincante a Archibald Gale. El juicio de Graeme Stoner representaría la revancha de Daniel... o su humillante fracaso.

Gale sabía que Daniel se sentía seguro y era consciente de que el fiscal tenía razones para ello. Aunque no había ningún cadáver, las pruebas forenses por sí solas bastarían para enfrentar al jurado a un cliente que parecía aún más arrogante que el fiscal. Y si Daniel podía convencerles de que aquel tipo realmente se había estado tirando a su hijastra, a Gale no le resultaría fácil evitar que Stoner fuese a la cárcel para el resto de su vida.

Pero a Gale le gustaban los desafíos. Y tenía algunos ases en la manga. Saltó al interior del viejo ascensor y lo sintió ceder bajo su peso. Solía usar las escaleras para mantenerse en forma, pero para sus reuniones previas a un juicio no quería arriesgarse a quedarse sin aliento. Cuando por fin el ascensor se detuvo con un crujido, salió y se dirigió por el pasillo a la amplia biblioteca Ojibwe, cuyas tres ventanas con cristaleras dominaban el lago. Margaret apareció por la cocina y él se inclinó alegremente para pellizcarle la mejilla. La anciana se ruborizó y se rió como una niña.

—Le he preparado su vaso de Oban, lo tiene en la mesita de café, señor Gale.

—Oh, Margaret, es usted demasiado buena conmigo. Escapémonos juntos, ¿le parece?

Margaret volvió a reír.

—¿Sabe lo que querrá beber el señor Erickson?

—Asegúrese de tener preparado un vaso de ginebra Bombay con mucho hielo

cuando él llegue. Póngalo en mi cuenta. Y me imagino que enseguida querrá otro.

Margaret sonrió, como si compartieran un pequeño secreto, y volvió a retirarse a la cocina.

Gale se puso cómodo. Dedicó unos momentos a reflexionar mientras contemplaba la ventana, echó un vistazo a los titulares del *Star Tribune*, que ya había leído, y se instaló en un sofá de la década de los años veinte, donde dejó que su Oban se calentara entre sus manos. Estaba tranquilo. Siempre lo estaba antes de un juicio. Otros abogados se activaban y se ponían inquietos; Gale se concentraba. Podía sentir el ritmo sosegado de su pulso y el modo en que su cerebro se centraba poco a poco en la gran escena que le esperaba.

Cinco minutos después, Dan Erickson irrumpió en la biblioteca con un vaso doble de ginebra que removía con la mano haciendo tintinear los cubitos de hielo. Por los bordes saltaban gotas de ginebra que caían sobre la alfombra.

—Hola, Daniel —dijo Gale—. Vaya, vaya; pareces nervioso.

Dan se detuvo y sonrió.

—Al contrario; no veo el momento de empezar. La última vez me ganaste, Archie.

—Y la vez anterior, si no me equivoco —le recordó Gale muy risueño.

—Pues en esta ocasión no será así.

Dan no se sentó. Se quedó entre las ventanas y la chimenea. Llevaba un traje azul marino y relucientes zapatos negros. Su cabello rubio estaba cuidadosamente peinado. Aunque de escasa estatura, Dan era un hombre atractivo y saludable, y Gale sospechaba que se había bronceado durante las últimas semanas para causar buena impresión al jurado.

—Ya, pero la jueza Kassel se ha puesto de mi parte en lo que concierne a Nancy Carver —dijo Gale.

Dan se encogió de hombros. Cogió una figurita de porcelana de la repisa de la chimenea, se la pasó de una mano a otra y volvió a dejarla en su sitio.

—La declaración de Carver no era más que un rumor. Sabía que no iban a aceptarlo.

—Si tú lo dices; pero eso hace que resulte más difícil meter a Rachel y a Graeme en la misma cama, ¿verdad?

—Oh, tenemos material suficiente para demostrar eso —dijo Dan—. Tu cliente es un enfermo, Archie. No te estás ganando muchos amigos en la comunidad al aceptar un caso como éste.

Gale enterró su nariz en el vaso de *whisky* y luego bebió un sorbo imperceptible.

—Sí, ya he recibido las habituales condenas y amenazas de muerte. Resulta irónico, ¿no te parece? Hay gente que dice que quiere matarme porque defiendo a un presunto asesino.

—No estás del lado de los buenos —dijo Dan.

Se había desplazado junto a la ventana, para observar el tráfico del lunes por la tarde en London Road. Luego volvió a colocarse en el centro de la habitación.

—Siéntate, me estás mareando.

Dan sonrió y movió los dedos en los bolsillos.

—Tú espera, Archie. Sólo espera.

—Pareces muy confiado —le dijo Gale.

—Porque tengo a Stoner en un puño. Lo sé. Y tú también lo sabes.

—Yo en tu lugar prestaría atención a algunos de mis testigos. Tal vez descubras que tienen más historias que contar.

Una débil sombra de preocupación cruzó el rostro de Dan, pero enseguida fue reemplazada por una amplia sonrisa.

—Maldita sea, eres un viejo zorro. Mientes casi tan bien como yo.

Gale se rió entre dientes.

—Eso es un elogio viniendo de ti. Pero no miento; considéralo una cortesía profesional.

—Claro, claro. Mira, por más que intentes escabullirte, esta vez no podrás escapar. Tu única oportunidad era conseguir que el caso se trasladase a otra jurisdicción, y has perdido. Diablos, no necesito llamar a Carver al estrado para que cuente que Rachel le confesó que se beneficiaba a su padre. El jurado lo sabe. Aunque no voy a admitirlo fuera de esta habitación.

—Sí —reconoció Gale, suspirando—, me decepcionó lo del cambio de jurisdicción. Sospecho que la jueza era consciente de que había que transferir el caso, pero lo quería para ella. Es como tú.

Dan se inclinó y hundió los dedos en un bol de cristal, del que extrajo un puñado de frutos secos. Después de rebuscar entre ellos, eligió un pedazo blanco de castaña de Brasil y se lo llevó a la boca.

—En eso tienes razón —dijo, mientras aplastaba la castaña entre sus dientes—. De hecho, deberías saber que me acosté con Catharine.

Gale arqueó las cejas, sorprendido. Extendió el brazo y cogió su Oban del extremo de la mesa.

—¿Te acostaste con la jueza? ¿No crees que eso es ir demasiado lejos para ganar el caso?

—Ocurrió hace muchos años. Ni ella era jueza ni yo fiscal.

—Pero ella ya estaba casada, según recuerdo —dijo Gale.

Dan se encogió de hombros y encontró un anacardo en el montoncito de su mano. Se lo comió ruidosamente sin responder.

—Podría pedir otro juez —continuó Gale.

—Podrías, pero no lo harás —dijo Dan.

—¿Tan seguro estás?

Dan asintió.

—Éste no será tu último caso ante Catharine, y me imagino que no querrás ser tú quien airee sus trapos sucios en público. Además, sabes que podrías empeorar las cosas. Stoner recibirá un trato justo por su parte. Más de lo que merece.

—Y por lo que sé sobre tu reputación, Daniel, tu asunto con ella podría jugar a mi favor —replicó Gale secamente.

—¡Oh!, yo no diría tanto.

—Bueno, y entonces, ¿por qué me lo cuentas? —preguntó Gale con tono inocente.

—Lo sabes perfectamente, Archie, no te hagas el ignorante. Te he dado un motivo para sustituirla y lo has rechazado. Si lo hubieras descubierto una vez condenado Stoner, habrías tenido una razón para pedir otro juicio.

—Cierto —dijo Gale—. Pero Stoner nunca será condenado.

—Vamos, Archie. Yo en tu lugar le diría que se declarase culpable. Tenemos la sangre de Rachel en su coche, en su cuchillo y en la escena del crimen... el ADN se corresponde. No le ganarás al doctor Yee la batalla de las pruebas científicas. Nadie lo hace.

Gale se encogió de hombros. Había compartido juicio muchas veces con Yee.

—Así es. Cuando el Doctor Imperturbable dice que la sangre es de la chica, es que la sangre es de la chica.

—Y a la prueba de la sangre hay que añadirle la de una relación incestuosa —continuó Dan—. Además, no tiene coartada y es un rico y engreído hijo de puta. El jurado lo detestará.

Gale sacudió la cabeza. Terminó su bebida, se levantó del asiento con un gruñido y se atusó la perilla.

—Créeme, Daniel, has elegido un mal caso para convertirlo en un espectáculo público.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa que, por mucho que tú, Bird Finch y la prensa ya hayáis declarado culpable a mi cliente, no es ese veredicto el que cuenta. Cuando haya terminado con el jurado, le absolverán en menos de una hora.

A Dan se le encendieron las mejillas.

—¿Porque su defensor es el gran Archibald Gale?

—Porque no tienes ningún caso —dijo Gale—. Ni siquiera tienes un cadáver. Sabes que es un hecho excepcional que se condene a un asesino si no hay un cadáver.

—Eso no representó un obstáculo en la vista preliminar —señaló Dan.

Gale resopló.

—Estamos hablando del auténtico jurado, Daniel.



—Correré el riesgo —dijo Dan—. El jurado no va a perdonar a Graeme sólo porque esto esté lleno de rincones donde esconder un cadáver. Ya puedes correr una cortina de humo, Archie; Dios sabe que lo haces muy bien. Pero el jurado emitirá un veredicto justo cuando les demuestre la clase de hombre que es Stoner.

Gale se aproximó a Dan, alzando su silueta por encima de la de su oponente, y puso una de sus rollizas manos en el hombro del otro hombre, al que también superaba en edad.

—Oye, no quiero humillarte en la sala del tribunal. ¿Por qué no lo arreglamos ahora entre nosotros dos? Retira los cargos. Di que por ahora no hay pruebas suficientes y que prefieres esperar hasta tener algo concluyente, para asegurarte de no tenerte que preocupar por un doble riesgo. Stoner abandonará la ciudad. Su vida aquí está acabada, pase lo que pase. Y luego todo el mundo se olvidará de esto.

Dan se comió la última castaña de Brasil y se sacudió la sal de las manos. Su mirada era fría y furiosa. Miró a Gale y le señaló con el dedo.

—No creas que me vas a intimidar. La vida de Stoner está acabada, en eso estoy de acuerdo. Pasará el resto de sus días en la cárcel. Es un asesino y me voy a encargar de que lo encierren.

—¿Tan seguro estás de que es culpable?

Dan refunfuñó.

—Vamos, Archie. Entre tú y yo: no me digas que crees que es inocente. —Gale se encogió de hombros sin responder—. Bueno, supongo que no tengo nada más que añadir —le dijo Dan—. Nos veremos en el juicio.

—Así es —dijo Gale, que seguía con su astuta sonrisa—. Pero no digas que no te avisé.

## Capítulo 19

Gale se dirigía hacia el sur por una callejuela, quería evitar las aglomeraciones de última hora de la tarde en Superior. Para ser un hombre alto, caminaba con brío y con aire atlético. Cuando vio la esquina del Hotel Radisson, un par de edificios a su derecha, giró por esa calle, echando un vistazo a la gente que había a su alrededor mientras se aproximaba al hotel. Entró despreocupadamente en el vestíbulo y se dirigió hacia los ascensores.

Ésta siempre era la parte más arriesgada. Gale era un personaje público y le preocupaba que los periodistas del diario de Duluth, cuya sede se encontraba tan sólo unos edificios más allá, pudieran estar en el bar del hotel. Salió del ascensor en el séptimo piso y luego retrocedió hacia las escaleras. Volvió a bajar tres pisos, cogió de nuevo el ascensor y esta vez se bajó en el undécimo piso. Escudriñó el pasillo con cuidado, se dirigió hacia el fondo y llamó cinco veces a la puerta de una de las suites del hotel.

Vio pasar una sombra a través de la mirilla. Graeme Stoner abrió la puerta.

—Abogado —dijo Graeme—. Es un placer, como siempre.

Graeme se hizo a un lado para dejar pasar a Gale y luego cerró la puerta con llave detrás de él.

—Bird Finch está convencido de que usted aún sigue en Minneapolis —le dijo Gale.

—Eso es bueno. De lo contrario, el hotel estaría asediado.

Gale había conseguido obtener la libertad bajo fianza de Stoner, pero éste no podía ir a su casa. La publicidad que rodeaba a su arresto le ponía en peligro, y aun en el caso de que hubiera estado seguro, ya no era bienvenido en su hogar. Emily había pedido el divorcio. Su banco también le había despedido, aunque Gale había ayudado a Graeme a conseguir un lucrativo acuerdo a cambio de que se marchara discretamente sin poner impedimentos legales.

—¿Qué ha dicho Danny Erickson? —preguntó Graeme.

Gale rió entre dientes.

—Está tan seguro como siempre. Quiere acabar con usted, Graeme.

Graeme se encogió de hombros.

—Así es Danny. Hubo un tiempo en que salíamos juntos de vez en cuando, ¿sabe? Yo le consideraba un amigo. Pero para Danny, la amistad sólo es importante mientras pueda resultar útil. ¿Puedo ofrecerle una copa? —Gale negó con la cabeza—. En fin, espero que no le importe que yo me sirva una.

Buscó en la parte inferior del bar, se sirvió un vaso de brandy y luego se instaló en una confortable silla junto a la ventana. Con el crepúsculo, el cielo se había teñido de un azul profundo. Graeme llevaba un polo granate y unos pantalones de pinzas de

color tostado. Su portátil estaba encendido en un escritorio cercano. Una vez, Gale le había preguntado qué hacía para matar el tiempo, y Graeme le contestó que había incrementado su participación en el mercado de valores en un 20% durante los cinco últimos meses. Se tomaba aquello como un descanso.

Gale, que continuaba de pie, estudiaba a su cliente. Incluso cuando le llamó el mismo día del registro, Graeme se había mostrado indiferente, proclamando tranquilamente su inocencia y disculpándose ante Gale por haber hablado con la policía sin su asesoramiento legal. Pero según afirmaba, él era inocente y por eso no tenía nada que ocultar.

Gale dudaba. Eso no representaba ninguna diferencia para la defensa, por supuesto, pero una mórbida curiosidad le llevaba a hacer conjeturas sobre la verdad. Había escuchado a muchos mentirosos en su carrera y normalmente era capaz de descubrirles de inmediato. Graeme era distinto. O el hombre era sincero o uno de los mentirosos mejor dotados con que Gale se había topado a lo largo de su dilatada trayectoria profesional. Por desgracia, siempre había comprobado que, cuanto mejor mentía su cliente, más probabilidades había de que le hallasen culpable. Y no es que no se sintiera capaz de convencer a un jurado de otra cosa.

Pero, ¿de qué?

Gale tenía que admitir que el fiscal tenía un caso circunstancial muy convincente. Las pruebas del coche y el establo apuntaban directamente a Graeme, aunque no hubiera nada concreto que le ligara a ningún escenario. Y a pesar de que el fiscal no tenía nada (por lo que él sabía) para demostrar una relación sexual entre Graeme y Rachel, los indicios eran tentadores, quizá lo bastante como para influir en un jurado de escandinavos impasibles que no aprobaban el sexo telefónico ni la adolescencia promiscua. ¿La verdad? Simplemente, no la conocía. Podía echar por tierra los argumentos del fiscal, y disponía de otros sospechosos a quienes el jurado estaría dispuesto a creer por su presunta participación en la desaparición de Rachel. Pero nada de eso le era suficiente para aclararle las ideas.

No podía dar nada por cierto y eso le hacía sentirse vagamente incómodo. No le importaba defender a clientes culpables, y le complacía defender a los inocentes. Pero encontrarse en tierra de nadie era una nueva experiencia para él.

Graeme le sonreía. Era como si pudiera leer sus pensamientos:

—¿Se siente como si estuviera bailando con el diablo, abogado?

Gale tomó asiento frente a Graeme.

—Su alma la juzgará un tribunal muy diferente, Graeme. Preocupémonos del que nos espera mañana en la sala.

—*Touché* —dijo Graeme—. Bueno, ¿y qué sacó de Danny? ¿Consiguió poner nervioso al pobre muchacho?

Gale se encogió de hombros.

—Es un caso bastante bueno para no tener un cadáver. Y Daniel es bueno ante un jurado.

—Pero no tan bueno como usted —dijo Graeme.

—No —admitió Gale tranquilamente—. No tan bueno.

—Bien, porque por eso le pago. Pero sinceramente, ¿cuáles son las perspectivas? Y no tema herir mis sentimientos...

—De acuerdo —dijo Gale—. Las pruebas físicas representan el núcleo del caso y son sólidas. Y la opinión pública se ha cebado tanto en usted que, seguramente, la mayor parte del jurado estará condicionado, con independencia de lo que se diga en la vista preliminar. Me temo que la mayoría se presentará con la idea de que es usted un pervertido hijo de puta.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Daniel sabe que las pruebas no le llevan más allá del borde del precipicio, y él quiere que el jurado cruce el puente para llegar al otro lado. Yo aspiro a que miren hacia abajo y lleguen a la conclusión de que el puente no es lo bastante resistente.

—Bonita metáfora —dijo Graeme—. Supongo que hay algo más.

Gale asintió.

—Luego está la teoría del culpable fantasma.

—Ésa siempre me ha gustado.

—Mejor. No es suficiente con sembrar la duda sobre si lo hizo usted. Tengo que asegurarme de que el jurado comprenda que existen alternativas plausibles. Si usted es el único candidato de la ciudad le condenarán, por débiles que sean las pruebas.

Graeme se terminó el brandy y se sirvió otro.

—Pero usted me aseguró que existían alternativas.

Gale asintió.

—Eso creo.

De hecho, Gale sospechaba en un grado mayor de lo acostumbrado que cualquiera de las personas a las que pensaba presentar como inculpadas realmente podía ser culpable. Pero había algo en la fría sonrisa de Graeme que le molestaba. No le gustaba ese tipo.

—Sin embargo, no piensa explicarme lo que ha descubierto —continuó Graeme—. No me parece justo.

—A veces, cuanto menos sepa, y cuanto menos me diga, mejor —aseguró Gale.

—Bueno, pues dígamelo directamente. ¿Cree que voy a poder mudarme a Colorado dentro de unas semanas, o tendré que pasar el resto de mis días en un hotel menos confortable que éste?

Gale observó a su cliente.

—No soy corredor de apuestas, Graeme. No sé si es usted inocente o culpable y, francamente, no me importa. Pero el hecho es que resulta muy difícil demostrar un

asesinato si no existe un cadáver. Y en este caso, no creo que las pruebas circunstanciales sean suficientes. Creo que se librará.

—¿Aunque el jurado crea que soy un pervertido hijo de puta? —replicó Graeme, sonriendo.

—Eso se puede superar —dijo Gale.

Graeme asintió, satisfecho.

—Me encanta oír eso. Pero puedo imaginar al menos una persona que quedará tremendamente decepcionada.

A Gale se le ocurría mucha gente.

—¿Quién?

—Rachel.

Gale fijó la mirada en Graeme.

—Así que piensa que está viva.

—Estoy seguro de ello.

—¿Y las pruebas de su coche? ¿Y el establo?

—Una trampa.

—¿Para incriminarle a usted?

—Exacto.

Gale entornó los ojos.

—¿Y por qué querría Rachel hacer eso?

—Es una chica complicada.

Gale se dio cuenta una vez más de lo mucho que le desagradaba la sonrisa de su defendido. Cada vez que empezaba a convencerse de que su cliente era realmente inocente, se dibujaba esa sonrisita en su rostro y un brillo diabólico cruzaba su mirada fugazmente.

—¿Por qué está tan seguro? ¿No podría haberla matado otra persona y luego incriminarle a usted?

—Parece una explicación razonable, así que contestaré que sí.

—Pero no lo cree —dijo Gale.

Graeme negó con la cabeza.

—¿Fue un plan elaborado por Rachel? —preguntó Gale—. ¿Falsificó todas esas pruebas para meterle a usted en la cárcel?

—Eso es lo que creo —dijo Graeme.

—¿Sabe? Sólo hay una cosa que podría hundirnos y llevarle a prisión.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata, abogado?

—Que Daniel consiguiera hacer creer al jurado que usted realmente se follaba a esa chica.

—Es difícil demostrar lo que nunca ha ocurrido —dijo Graeme.

El rostro de Graeme se había oscurecido bajo las sombras de la habitación. Gale

sólo podía ver sus ojos, que no pestañeaban. La voz de Graeme expresaba la misma sinceridad calmada de siempre y su lenguaje corporal era perfecto. No había ninguna señal que revelase falsedad, ninguno de los síntomas habituales que había aprendido a detectar y explotar. Pero Gale se daba cuenta de que esta vez no se creía ni una palabra. Ni una sola. Su cliente era culpable.

Casi se sintió aliviado. Ahora podía defenderle.

—Espero que eso sea cierto —dijo Gale—. Si tuvo relaciones sexuales con ella y Daniel puede demostrarlo, tendrá un grave problema.

Graeme sonrió.

## Capítulo 20

El puerto de Two Harbors apenas se divisaba como una mancha alargada y estrecha que interrumpía la línea de los árboles. Detrás y por encima de ellos, el cielo era claro y azul. Pero Stride veía oscuras nubes que se agrupaban en el horizonte, y que crecían como un cáncer en el cielo mientras se cernían sobre la embarcación. El viento azotaba el lago y levantaba su blanco oleaje de espuma, arrastrando el barco de un lado a otro como un juguete en una bañera. Puso el motor a la máxima potencia y éste se batió con las olas, pero la velocidad apenas aumentó. La borrasca iba a alcanzarles mucho antes de que llegaran a casa.

Se sentía como un idiota por dejarse atrapar de ese modo. Aquella hermosa mañana de domingo les había parecido demasiado tentadora y Guppo les había ofrecido su lancha de ocho metros, una belleza que había heredado de su tío. Stride le había rogado a Andrea que le acompañase. Normalmente salían juntos por la ciudad: iban al teatro, a un concierto o a cenar con otros profesores del instituto. A Andrea le encantaba presumir de Stride ante las mujeres que habían sido tan simpáticas con ella cuando se divorció. Pero nunca hacían la clase de actividades tranquilas que eran las preferidas de Stride, como navegar en el lago. Quería que esas cosas volvieran a formar parte de su vida.

Pero la tarde había resultado un desastre. A pesar del cálido sol primaveral, en el lago soplaban un viento gélido que atravesaba sus abrigos de entretiempo. Stride había echado la caña, pero lo único que consiguió fue que el viento se la partiera en dos. Andrea había vomitado, mareada por las interminables subidas y bajadas del barco al cabalgar sobre las crestas. Se pasaron dos horas abajo, en la cabina, acurrucados bajo las mantas y sin decir una palabra, un silencio roto excepcionalmente por las ocasionales disculpas de Stride y las débiles sonrisas de Andrea. Tenían una botella de vino sin abrir en la nevera y un elaborado *picnic* que apenas habían tocado.

Cuando él propuso marcharse a casa, por primera vez en todo el día vio un atisbo de entusiasmo reflejado en el rostro de ella.

Ahora navegaban hacia el centro de la tormenta. No podía ser mucho peor. Él esperaba que Andrea se quedara abajo y no viera la fea penumbra que se aproximaba hacia ellos cruzando el cielo.

Stride intentó sacarle más partido al motor, pero éste ya daba de sí todo lo que podía en su lucha contra el lago. Tal como iban las cosas, pronto tendría que aminorar para mantener el control. Hizo virar la embarcación en el sentido de las olas y el viento, pero las ráfagas no dejaban de cambiar su dirección. Frunció el ceño al ver que las nubes alcanzaban el sol, que declinaba por el oeste, y proyectaban sombras sobre las azules aguas. La atmósfera pareció enfriarse al instante. Llevaba guantes y una chaqueta de piel, además de una gorra de béisbol de los Twins calada hasta las

cejas. Pero las orejas le quedaban al descubierto y tenía las mejillas rosadas y entumecidas.

Sintió unas manos alrededor de su cintura y, luego, la cabeza de Andrea apoyada contra su espalda. Ella se deslizó hasta quedar a su lado y él se inclinó para besarla. Ella le sonrió, pero su piel estaba pálida y sus labios helados. Cuando miró hacia tierra y vio que se avecinaba la tormenta, abrió unos ojos como platos. Luego miró a Stride, quien simuló que todo iba bien.

—¿Cuánto falta para llegar?

Él se encogió de hombros.

—Una hora, tal vez.

Andrea observó la tormenta con recelo.

—No tiene buena pinta —dijo.

—No te preocupes, sólo nos mojaremos un poco. ¿Por qué no esperas abajo?

Andrea no quería saber la verdad. Quería que la confortaran y la tranquilizaran. Cindy le habría mirado directamente a los ojos y habría leído en ellos la realidad, y luego se la habría sonsacado hasta dejar su corazón al descubierto.

La verdad era que estaba nervioso. La preocupación se había asentado en su estómago como si fuese una pelota, y por varios motivos. Le preocupaba la tormenta, porque llevaba un año sin navegar y estaba un poco anquilosado. Además, se sentía ansioso por el juicio, que comenzaría al día siguiente, después de que ya se hubiera confeccionado la lista del jurado tras dos semanas de prolongadas vistas.

También le preocupaba Andrea. No sabía si andaban a tientas hacia el amor, o si sólo estaban paliando su dolor.

Su vida sexual se había enfriado. Durante las primeras semanas se habían mostrado audaces, después de meses de pasión reprimida. Andrea le había dicho que era un amante maravilloso y tierno, así como cuánto le gustaba sentirle en su interior. Pero ahora ya sólo hacían el amor de vez en cuando. Andrea le dejaba a él la iniciativa y mostraba una extraña indiferencia, le besaba y se dejaba querer, e incluso alcanzaba el orgasmo, pero no se soltaba como había hecho antes. Stride empezaba a entender, aunque nunca lo habría dicho en voz alta, por qué Robin decía que ella era fría en la cama. Parecía asustada de dejarse llevar. O simplemente asustada.

Él se seguía interrogando sobre sus propios sentimientos, sobre si sentía lo que se suponía que debía sentir. Qué preguntas tan absurdas. Lo que realmente importaba era que, ahora, el dolor se había convertido en algo con lo que podía vivir. Y que ahora había algo bueno en su vida. Le gustaba sentir el cuerpo de Andrea junto al suyo. Disfrutaba de lo bien que se sentía a su lado y quería estar con ella.

Miró hacia abajo y la vio; observó la inquietud en sus ojos, pero también la avidez afectiva que sentía por él. Estaba ahí siempre que ella lo miraba y anhelaba sumergirse en ella.



—Estás pensando en el juicio, ¿verdad? —preguntó Andrea. No lo estaba, pero resultaba conveniente contestar que sí—. ¿Qué opina Dan del jurado? —volvió a preguntar.

—Es lo mejor que podíamos esperar —dijo Stride—. Dan confía en sus posibilidades.

—Tú no pareces convencido.

Stride se encogió de hombros.

—Me gustaría que tuviéramos más pruebas incriminatorias. Pero Stoner es listo.

—No lo entiendo. Encontrasteis la sangre de la chica en su coche y en la escena del crimen. ¿No bastará con eso?

—Con ciertos abogados podría bastar. Pero ya me he batido con Archie Gale en otras ocasiones. Sería capaz de convencer al jurado de que yo soy el asesino.

Stride se rió.

—¿Alegará que fue una trampa y que amañaste las pruebas?

Stride sacudió la cabeza.

—No, nada de eso; en este caso no funcionaría. Ni siquiera creo que cuestione la prueba del ADN. El doctor Yee es demasiado bueno. Pero no tenemos el cuerpo, ni a nadie que viera juntos a Rachel y a Graeme la noche de la desaparición. Tampoco hay nadie que pueda demostrar que mantuvieran relaciones sexuales, ya que el testimonio de Carver se ha ido al traste.

—¿Estás seguro de que es culpable? —preguntó Andrea.

—Ya me he equivocado otras veces, pero todo apunta hacia Graeme. Sin embargo, no estoy seguro de que podamos demostrarlo. Y detesto la idea de que ese bastardo pueda salir indemne con un asesinato a sus espaldas por ser más listo y más rico que nosotros. Tengo un mal presentimiento, como si olvidásemos una pieza del rompecabezas. Y si yo soy de esta opinión, Dios sabe que Gale también lo será. Hasta es posible que él la encuentre.

—¿Qué estáis olvidando?

—No lo sé —dijo Stride—. El caso me parece sólido, pero no puedo evitar pensar que hay una parte de la historia que ignoramos.

Escudriñó el cielo. Las nubes casi estaban encima de ellos, y el cielo azul se había oscurecido a su alrededor hasta tal punto que parecía de noche. El oleaje rugía e iba a romper contra la proa, empapándoles con frías salpicaduras. La lancha daba bandazos, elevándose por encima del agua y volviendo a caer con una sacudida. Andrea perdió el equilibrio y se aferró al brazo de Stride. Éste redujo la marcha, pero la embarcación a duras penas lograba resistir.

La tempestad descargó sobre ellos con una furia mucho mayor de lo que Stride había esperado. Se vieron sacudidos por una cortina de agua que caía en horizontal a causa del viento, y que acribillaba su piel con tanta fuerza que las gotas parecían mil

aguijones de abeja. Stride apenas veía. Lo intentó con los ojos entornados, pero aun entreabriendo los ojos era incapaz de ver nada. El horizonte había desaparecido. Su única realidad eran aquella masa negra que los engullía y la tortuosa cortina de lluvia.

Pulsó el botón del panel de control que soltaba el ancla en algún lugar por debajo de ellos. Quería asegurarse de no volcar. La embarcación giraba en círculos y bailaba en la cresta de las olas. Incluso con el ancla echada, el barco escoraba tanto que Stride creía que acabaría por volcar, mientras se agarraban al resbaladizo pasamanos de aluminio para evitar caerse por la borda. Logró enderezar la embarcación, pero ésta giraba, ingobernable. Intentó mantener la lancha en ángulo con las olas, pero sus esfuerzos fueron en vano. Ahora, su única preocupación residía en no caer al agua. Y si el barco llegara a hundirse, esperaba ahogarse... porque de lo contrario, Guppo le mataría.

Pero no se estaban hundiendo.

El fuerte oleaje había disminuido. La lluvia aminoró y les permitió entrever el cielo, que ahora brillaba con más claridad. La lancha se balanceaba al vaivén de las olas, pero el motor volvía a luchar y conseguía mantener el rumbo. Unos segundos más tarde, la lluvia cesó. Las nubes empezaron a dispersarse, dejando paso a un pedazo de cielo azul. El viento se calmó, como si la tormenta hubiese succionado toda la energía que había en la atmósfera.

Volvía a ver tierra. Echó un vistazo al reloj y vio que sólo habían transcurrido veinte minutos desde el embate de la tormenta.

—Ya ha pasado —dijo—. Vamos, mira.

Aún vacilante, Andrea miró a su alrededor. Contempló el plácido cielo y la tormenta que, a sus espaldas, desaparecía sobre el lago. Despegó los dedos del cinturón de él, resbaló y se le doblaron las rodillas. Stride la sostuvo.

—¿Por qué no te vas abajo? —le sugirió él—. Túmbate y descansa. Enseguida estaremos en casa.

Ella le dedicó una lánguida sonrisa.

—Tú sí que sabes cómo hacer que una chica pase un buen rato, Jon.

—No repetiremos —dijo él.

Andrea se estiró con aire felino para destensar sus músculos.

—Me duele todo. —Escudriñó el rostro de él y extendió la mano para acariciarle la mejilla—. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente.

—Pareces preocupado —dijo Andrea.

Él se encogió de hombros.

—Es por lo del juicio. Siempre me pongo así.

Andrea no parecía convencida.

—¿Es por mí?

Él se apartó del timón y le rodeó la cara con las manos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Era verdad.

—No lo sé, Jon. ¿Pueden dos personas heridas salir juntas adelante?

—¿Y cómo podríamos estar mejor? —dijo él.

Andrea le cogió las manos y lo miró fijamente.

—Te quiero, Jon.

Stride esperó un poco más de la cuenta y luego le dijo:

—Yo también te quiero.

## Capítulo 21

Cuando al fin regresaron a Duluth, Stride se quedó a dormir en casa de Andrea, lo que acostumbraba hacer varias noches a la semana. Nunca se quedaban en el Point. Tenía que admitir que el colchón de última generación de Andrea era más cómodo que el destartalado modelo de hacía doce años que él tenía en casa, y que el café de su cafetera al menos se podía beber. Aun así, a veces echaba de menos la tosca soledad de su hogar. En ocasiones anhelaba el frío tacto de los suelos de madera bajo sus pies por la mañana, en lugar de la mullida moqueta. Añoraba escuchar y oler el lago, que ahora, visto desde la ventana del dormitorio de Andrea, no era más que una gran extensión en la distancia.

Aquella noche se durmió enseguida, con la cabeza de Andrea apoyada en su hombro. Sin embargo, en mitad de la noche tuvo una pesadilla en la que volvía a encontrarse en el barco, con Andrea aferrada a él. Esta vez, se veía incapaz de sujetarla y ella se deslizaba hacia el agua. Sólo pudo oír su voz, que gritaba su nombre antes de desaparecer engullida por el lago. Se despertó jadeando y asustado. Se sintió aliviado al ver que Andrea dormía tranquilamente a su lado, pero el sueño había sido demasiado intenso para volverse a dormir enseguida. Desvelado, se puso a pensar en el juicio.

Dan rebosaba confianza. Pero Stride llevaba demasiados años viendo cómo Archibald Gale se sacaba conejos de la chistera. Y había algo que le inquietaba, como si pasara por alto algún detalle que pudiera calmar todos sus miedos. Quería que condenasen a Graeme. Si había algo ahí fuera, cualquier dato que pudiera sentenciar el caso, quería encontrarlo. En muchas ocasiones se había sentido acosado por la misma sensación. Siempre quería más. Pero tal como le había recordado Maggie, sólo algunas piezas del rompecabezas quedaban a la vista después de que se hubiera cometido un crimen. Ellos debían encontrar las que pudieran, y luego era tarea del fiscal y del jurado reunirías y relacionarlas.

Dan estaba satisfecho con el jurado. Había consultado a un especialista y creían haber elegido lo que este último había descrito como la combinación perfecta, un jurado receptivo al historial circunstancial de la culpabilidad de Graeme, incluida la hipótesis de su relación con Rachel. Ocho mujeres y cuatro hombres. Cuatro mujeres estaban casadas y tenían hijos de edades comprendidas entre los cuatro y los veinte años. Dos estaban divorciadas y otras dos eran jóvenes solteras. Uno de los hombres era abuelo y viudo; otro, soltero y gay; otro, casado y sin hijos, y el último era un universitario.

Habían logrado evitar, por consejo del especialista, que formara parte un hombre de mediana edad, casado y con hijos adolescentes; en otras palabras, alguien muy parecido a Graeme.

El viernes, al terminar la selección del jurado, Dan invitó a Stride a tomar una cerveza para celebrarlo. Se pasó dos horas alardeando de su victoria sobre Gale, que, sorprendentemente, se había mostrado poco combativo en la vista previa. La única victoria del abogado de la defensa consistía en haber convencido a la jueza Kassel para que el jurado permaneciese aislado, y protegerlo así de la presión de la cobertura informativa que inevitablemente acompañaría al juicio.

Stride bebió junto a Dan, pero estaba preocupado. Si el jurado era tan idóneo para el fiscal, ¿por qué Gale se había mostrado de acuerdo? Gale, que no era famoso por escatimar en nada, ni siquiera había consultado a un especialista en jurados.

—¿Por qué?

Dan desestimó sus preocupaciones.

—Ha logrado que te creas sus juegos psicológicos —dijo Dan—. Gale no camina sobre las aguas, Jon. Simplemente, metió la pata. Creyó que podría arreglárselas él solo con la selección, y le salió el tiro por la culata. Fin de la historia.

Pero Stride no estaba convencido.

Se levantó de la cama con cuidado para no despertar a Andrea. Desnudo, se plantó ante la ventana. La ciudad estaba iluminada por miles de luces titilantes, con la penumbra del lago como fondo. En silencio, abrió la ventana. A Andrea no le gustaba dormir con las ventanas abiertas, y a Stride, que lo prefería incluso en invierno, le costaba acostumbrarse.

El aire de la noche era frío y agradable.

No había sido sincero consigo mismo sobre lo mucho que aquel caso significaba para él. Por eso quería, necesitaba aún más pruebas: para estar completamente seguro de que Graeme no se escurriría por entre los dedos de la justicia. Era como si, después de fallar a Cindy y a Kerry, no pudiera soportar la idea de fallar también a Rachel. Esta vez, una de las mujeres de su vida podría confiar en que cumpliría.

Stride permaneció allí aproximadamente media hora, con la mirada fija en el horizonte mientras dejaba que la suave brisa se arremolinase sobre su piel desnuda. Luego, cuando oyó que Andrea se empezaba a mover entre las sábanas, cerró la ventana y volvió a meterse en la cama. Dio varias vueltas hasta que por fin se sumió otra vez en el sueño.

Era una mañana magnífica, uno de los días más hermosos que se habían visto en Duluth últimamente, con un sol deslumbrante, un cielo de color azul pálido y una suave brisa procedente del lago. Stride se sacó las gafas de sol del bolsillo mientras se acercaba al juzgado. Se las puso con la esperanza de confundirse entre la multitud y entrar en el edificio sin ser asaltado por la prensa.

El juzgado estaba cerca de la Primera Avenida, en una calle sin salida llamada Priley Drive. Un camino circular rodeaba una zona ajardinada, con el juzgado en el

centro, el ayuntamiento a la derecha y el edificio del tribunal federal a la izquierda. Normalmente era un lugar tranquilo donde comer, lejos de su oficina del sótano, en un banco junto al borboteo de una fuente y un jardín de tulipanes, con la bandera americana ondeando en lo alto, al final de una gigantesca asta.

Pero no aquel día.

La multitud colmaba el camino adoquinado y se extendía por la calle, obstruida por las furgonetas de la televisión. Los cámaras filmaban a los reporteros desde diferentes ángulos y todos ellos capturaban el edificio de cinco plantas de piedra rojiza que ocupaba el juzgado, invadido por curiosos y fisgones, manifestantes y más periodistas. El tráfico estaba paralizado y la cola se extendía hasta varios edificios más allá. Stride vio a algunos agentes en lo alto de las escaleras del juzgado, batallando para impedir que la multitud entrase en el edificio. Un grupo de periodistas estaba apiñado en las escaleras, abriéndose paso con los micrófonos y las cámaras hacia Dan Erickson, que gritaba las respuestas a sus preguntas.

El ruido era ensordecedor. Los conductores, furiosos, hacían sonar sus cláxones. Stride oía el bullicio de radios y televisores. Varias docenas de mujeres lanzaban proclamas en voz alta y sostenían pancartas contra la pornografía. Las preferencias de Graeme Stoner por las diversiones para adultos habían ocupado las primeras páginas de la prensa, y los detractores de la pornografía habían encontrado en su relación con Rachel, y la subsiguiente violencia, un útil reclamo para sus protestas.

Caos. El juicio de Stoner era el mayor acontecimiento legal que sacudía Duluth desde hacía años y nadie se lo quería perder.

Stride se sumergió en la muchedumbre como si nada, disculpándose educadamente a medida que se adentraba entre el río de gente. Cuando veía a un periodista miraba hacia otro lado, como si no fuese más que un rostro anónimo entre otros miles. Los que le conocían raramente le veían vestido con traje, así que aquel día podría muy bien pasar por un ejecutivo que se dirigía a pagar el aparcamiento. Dejó la multitud detrás de sí y continuó indemne hacia las escaleras del juzgado. Entró en el vestíbulo y subió los peldaños de mármol de dos en dos. Un tráfico constante subía y bajaba las escaleras a su alrededor. Llegó al cuarto piso, con el aliento entrecortado, y siguió por el pasillo hasta la sala del tribunal. Se detuvo el tiempo suficiente para echar un vistazo a través de las ventanas a la masa que bullía a sus pies.

Archibald Gale acababa de llegar. La prensa se abalanzó sobre él.

Las macizas puertas de roble de la sala del tribunal estaban custodiadas por dos agentes, que reconocieron a Stride y le dejaron pasar. En cuanto a los demás, o bien tenían un pase del juzgado o bien poseían uno de los codiciados pases de visitante que se habían sorteado. También se había permitido la entrada de unos cuantos miembros de la prensa, aunque sin cámaras. La jueza Kassel no quería que su sala se

convirtiera en un circo más fabuloso de lo que ya era.

La sala en sí era una estancia imponente y de estilo antiguo, con largos bancos para los espectadores y celosías de madera oscura con elaboradas tallas. Las filas de los visitantes estaban en su mayor parte ocupadas. Vio a Emily Stoner, sentada en la primera hilera, detrás de la mesa del fiscal. Miraba el espacio vacío que debía ocupar la defensa, como si Graeme ya se encontrara allí. En sus ojos era patente el rastro de las lágrimas y de la amargura.

Stride se sentó en la misma fila, a su lado. Emily bajó la mirada y se quedó mirando su regazo en silencio.

Dan Erickson estaba justo delante de él y le susurraba algo a su ayudante, una atractiva rubia llamada Jodie. Stride suponía que Dan se acostaba con ella, aunque éste nunca lo había admitido formalmente. Se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el hombro de Dan. El fiscal se calló, miró hacia atrás y saludó a Stride con el pulgar levantado. Stride vio que el dedo de Dan palpitaba como si tuviera un tic y que la parte inferior de su cuerpo se agitaba por debajo de la mesa. Estaba histérico.

—Pareces en plena forma, Dan —le dijo Stride.

Dan se rió.

—Estoy listo para el ataque.

Volvió a su conversación con Jodie. Stride miró cómo rozaba el hombro de su ayudante con la mano derecha. Luego descendió por un instante y le apretó el muslo. Sí, se acostaba con ella.

Stride oyó susurrar a alguien:

—Ese tío es un cerdo.

Se dio cuenta de que Maggie se había sentado sigilosamente a su lado. Ésta observó la espalda de Dan con mirada glacial. Poco después de su fallido intento con Stride el año anterior, había tenido una breve relación con Dan. El asunto terminó mal, pues resultó que Dan se acostaba con otras dos mujeres. La mirada de Maggie no evidenciaba signo alguno de perdón.

—Pero es mono —dijo Stride.

Sabía que estaba echando leña al fuego, pero aun así no pudo evitarlo. Maggie frunció el ceño.

—Tú también eres un cerdo.

—¡Oink! —exclamó.

—¿Qué tal la maestra?

—Faltó poco para que ayer por la tarde nos matáramos en el lago. Aparte de eso, bien.

—¿Se subió a un barco contigo por propia voluntad? —preguntó Maggie con ironía.

—Muy graciosa. No se lo digas a Guppo: estuvo a punto de perder a su jefe y a su barco en una misma ola.

—El jefe no sería una gran pérdida. Se quedaría con tu casa a cambio del barco.

Una avalancha de ruido recorrió la sala. Los espectadores estiraron el cuello y, al volverse, vieron a Archibald Gale haciendo su entrada triunfal con el desenfado de una estrella de cine. Gale llevaba un traje de tres piezas azul marino que le quedaba como un guante, como de costumbre, con un pañuelo en forma de triángulo asomando por el bolsillo superior. Sus pequeñas gafas doradas emitían destellos.

A Stride no dejaba de sorprenderle lo ligero que parecía Gale a pesar de ser un hombre tan alto e imponente. Parecía como si flotara. Se detuvo para estrechar algunas manos camino del banquillo y luego atravesó ruidosamente la puerta oscilante. Depositó su delgado maletín color borgoña en la mesa de la defensa e interrumpió a Dan el tiempo suficiente para inclinarse hacia él y susurrarle algo al oído. Stride observó los labios de Gale y pudo entender lo que el abogado decía.

—No digas que no te avisé, Daniel.

Al ver a Gale, el alguacil abrió una puerta lateral y un guarda escoltó a Graeme Stoner, vestido de forma tan impecable como su abogado, hasta la sala. Graeme mantenía la misma postura impasible que Stride había visto en él desde el principio: frío, seguro y con una mirada ligeramente divertida. No pestañeó ni se estremeció al ver a su mujer, que pronto sería su ex mujer. Graeme se limitó a sonreírle, luego se sentó e inició una discreta conversación con Archibald Gale.

Emily, por el contrario, no podía apartar los ojos de Graeme. Era como si hubiese visto un fantasma al que odiaba con toda su alma.

A las nueve en punto, el alguacil pidió a la concurrencia que se pusiera en pie. La jueza Catharine Kassel, de cuarenta años de edad, con un atuendo negro que ocultaba su delgada figura, entró en la sala. Designada como jueza hacía dos años, la revista *Law & Politics* la había declarado la jueza más sexy de Minnesota. Con su cabello rubio impecablemente peinado y sus rasgos elegantes y afilados, no defraudó a los asistentes. Con todo, la mayor parte de los abogados la temían. Dentro de la sala, sus fríos ojos grises podían volverse glaciales en un instante. Una vez sentada, la jueza Kassel miró a los presentes en la sala con recelo.

—Permítanme recordarles a todos —anunció con firmeza— que no quiero manifestaciones de ninguna clase durante todo el proceso. Considérenlo una política de tolerancia cero. Cualquiera que la viole será expulsado inmediatamente de la sala para no volver a entrar. Espero estar siendo muy clara respecto a este punto. —En la sala reinaba un silencio absoluto. Luego, la jueza Kassel sonrió, radiante—. Me alegro de que nos entendamos.

Hizo una señal al alguacil.

Los miembros del jurado entraron y ocuparon sus puestos, inquietos, observando



con ansiedad el océano de rostros que inundaba la sala. La jueza Kassel les dio la bienvenida, adoptando un tono más amistoso para que el jurado se sintiera a gusto. Iban a pasar los próximos días en el Holiday Inn del centro de la ciudad, separados de sus parientes y amigos, y Stride podía leer en sus rostros que estaban ansiosos por que el juicio empezase y terminase.

La jueza concedió al jurado un momento para que se acomodara y dio paso a los preliminares habituales. Luego, concedió la palabra a Dan Erickson para que expusiera su discurso inicial.

Dan se tomó su tiempo. Estableció contacto visual con cada uno de los miembros del jurado.

Mostró la ampliación de una fotografía de Rachel de la escuela, con su brillante y largo cabello negro y una críptica sonrisa en su rostro. La miró y luego la sostuvo delicadamente en sus manos, de cara al jurado. Dejó que aquella imagen penetrase en sus mentes.

—Ésta es Rachel Deese —les dijo—. Es hermosa. Una bonita muchacha de diecisiete años con toda la vida por delante. Desgraciadamente, un mes después de que se tomara esta foto, Rachel desapareció. Las pruebas que se encontraron en las semanas posteriores nos conducen a una desafortunada conclusión: esta hermosa muchacha fue asesinada.

Dan se miró los pies, sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Ojalá pudiera ponerles las cosas más fáciles. Ojalá hubiese habido alguien allí la noche de aquel viernes de octubre, además de Rachel y el hombre que la mató, para sentarse en el estrado y contarles cómo ocurrió todo. Pero creo que ya saben que la mayoría de los asesinatos no se cometen en público. El asesinato es un asunto desagradable y privado.

Se volvió y observó a Graeme Stoner, dejando que el jurado siguiera el mismo camino que su mirada. Luego continuó:

—Pero si los asesinos guardan su secreto, ¿cómo les condenamos? A menudo, como en este caso, recurrimos a las llamadas pruebas circunstanciales. Son distintos hechos que, una vez reunidos, conducen a una conclusión inevitable sobre los actos de un acusado y su culpabilidad. Voy a ponerles un ejemplo. Un hombre es encontrado apuñalado en su casa. Nadie ha sido testigo del crimen. Nadie ha visto quién lo mató. No hay ninguna prueba directa. Sin embargo, descubrimos las huellas de otro hombre en el arma asesina. Descubrimos que ese hombre tenía algo contra la víctima. Descubrimos que no tiene ninguna coartada para la noche del asesinato. Encontramos en sus zapatos restos de sangre que coinciden con la de la víctima. Todas estas pruebas circunstanciales nos cuentan la verdad respecto al crimen.

Dan esperó, absorbiendo las miradas de los miembros del jurado para asegurarse

de que lo comprendían.

—Y en este juicio, se les presentarán abrumadoras pruebas circunstanciales sobre el asesinato de Rachel Deese. Se convencerán, más allá de toda duda razonable, de que el hombre que se sienta en el banquillo de los acusados, Graeme Stoner, mató a esta hermosa muchacha y se deshizo del cadáver.

»¿Quién es este hombre? —interrogó Erickson, señalando con su dedo huesudo a Stoner—. Durante este juicio, arrancaremos la máscara que esta persona muestra al mundo. Les enseñaremos a alguien muy distinto. Alguien que guarda una foto de su hijastra desnuda en el ordenador. Alguien cuya fantasía es tener relaciones sexuales con adolescentes. Alguien con un oscuro secreto sobre su relación con Rachel: mantenía relaciones sexuales con ella.

Hizo una pausa para dejar que el jurado reflexionara sobre sus conclusiones. Dejó que mirasen a Graeme y se preguntasen qué había detrás de aquella expresión impasible. No importaba que Graeme vistiese un traje elegante, como los que llevaba para acudir a su trabajo en el banco. Dan quería que el jurado considerase su ropa como la tapadera de una mente enferma.

—¿Y qué hay de Rachel? —preguntó Dan—. Voy a serles sincero: no sé dónde está su cuerpo. Sólo una persona lo sabe, y está sentada ahí delante, en el banquillo de los acusados. Quizá se pregunten cómo sabemos que se ha cometido un asesinato, si no podemos mostrarles un cadáver. Oirán a la defensa intentando decirles que, puesto que no tenemos el cadáver, es posible creer que Rachel sigue viva.

Dan sacudió la cabeza.

—¿Es eso posible? Bueno, supongo que es posible que Elvis siga vivo. Pero ustedes no están aquí para determinar qué es posible. Están aquí para determinar los hechos más allá de toda duda razonable. Así que recuerden esto: cuando vean las pruebas físicas que hemos reunido, se darán cuenta de que la única conclusión razonable a la que pueden llegar es que Rachel fue asesinada, y que su cuerpo permanece oculto en algún lugar de los extensos bosques del norte de Minnesota. Por desgracia, es posible que nadie la encuentre nunca. Es una realidad trágica y terrible. Pero el hecho de ignorar dónde se deshizo de su cuerpo el asesino no modifica la verdad. Rachel está muerta. Y se convencerán de ello.

»Vamos a rastrear sus pasos para ustedes. Les mostraremos una cinta de la chica conduciendo hacia su casa el viernes por la noche. Está bien. Está sonriendo. Acaba de quedar con un chico para la noche siguiente. Y luego, nadie la vuelve a ver nunca más. En lugar de eso, encontramos un trozo del jersey que llevaba, y que se había comprado hacía sólo unos días, manchado con su sangre, en una zona boscosa a pocos kilómetros al norte de la ciudad. Encontramos un brazalete que significaba mucho para ella tirado en el suelo. Eso es lo último que sabemos de Rachel.

Erickson dedicó una mirada fulminante a Graeme Stoner y luego se volvió

bruscamente hacia el jurado.

—¿Y qué conexión hay entre esos dos escenarios? ¿Entre la chica en el coche, viva y feliz, y el pedazo de tela sangriento encontrado unos kilómetros más allá? Pues bien, Rachel se dirigía a su casa aquella noche, donde Graeme Stoner se encontraba solo. La madre de Rachel estaba fuera de la ciudad. Y en el camino de entrada de la casa estaba el coche de Graeme Stoner, cerrado con llave. En ese vehículo encontrarán la prueba que relaciona ambos escenarios. Más sangre de Rachel. Las huellas dactilares ensangrentadas de Rachel en el filo de un cuchillo. Más fibras del cuello de cisne que llevaba. Y las huellas de Graeme Stoner en el mismo cuchillo.

»Eso es lo que voy a mostrarles en este juicio. Hechos. Pruebas. Sangre y fibras que no mienten. Mi trabajo consiste en exponerles a ustedes estos hechos, en mostrarles lo que hemos encontrado.

»En este caso, la tarea de la defensa es muy distinta —le dijo Erickson al jurado—. Necesita que ustedes obvien los hechos, o que encuentren peregrinas e improbables las explicaciones para ellos. El señor Gale, aquí presente, es todo un espectáculo, un poco como esos magos que actúan en Las Vegas. Los magos son personas con talento. Son capaces de encandilar a la audiencia y simular que logran que una hermosa muchacha levite ante sus ojos. De hecho, un buen mago puede ser tan convincente, que es posible que ustedes se sientan tentados de creer que realmente la chica está flotando por encima del escenario. Pero ustedes saben, igual que yo, que no es más que un truco. Una ilusión.

Sostuvo la mirada de cada uno de los miembros del jurado y adquirió una expresión seria.

—No se dejen engañar. No se dejen convencer ni abandonen su sentido común. El señor Gale intentará utilizar su magia con ustedes, pero quiero que estudien las pruebas físicas de este caso. Y verán que las pruebas les conducen a una sola explicación: que aquella terrible noche en que Rachel desapareció, la relación obsesiva de Graeme Stoner con su hijastra acabó por cruzar la línea de la violencia y el asesinato. Puede que nunca sepamos exactamente qué ocurrió entre ellos, o por qué. Pero una relación incestuosa es tan propicia a la maldad, que literalmente puede estallar en cualquier momento. Puede que aquella noche no hubiera nadie allí para ver cómo irrumpió la violencia. Pero ocurrió. Eso es lo que les mostrarán las pruebas. Que ocurrió.

Archibald Gale se levantó, se quitó las gafas y las dejó cuidadosamente sobre la mesa de la defensa. Miró a Graeme Stoner, sonrió y luego centró su atención en los miembros del jurado. Gale se aproximó mientras se palpaba los bolsillos, como si buscara algo.

—¿Saben? Esperaba sorprenderles sacando un conejo del bolsillo, pero al parecer

me he olvidado mis trucos de magia en el Caesars Palace de Las Vegas.

Los asistentes rieron con disimulo, así como varios de los miembros del jurado. A Gale le brillaron los ojos.

Se frotó la perilla y, muy despacio, paseó la mirada por toda la sala. Gale sabía cómo crear suspense. En realidad, los hechos no importaban. Lo importante era quién le contaría al jurado la historia más convincente. Con su talle imponente y sus dotes para el drama, Gale tenía un talento innato.

—Durante las últimas décadas he pisado esta sala muchas, muchísimas veces —comenzó suavemente—. Aquí han tenido lugar varios juicios que han despertado el interés de la opinión pública. Pero antes de hoy no recuerdo haber visto nunca tal multitud, ni una atención tan intensa, en un juicio. ¿Por qué debo suponer que es todo esto?

Dejó que el jurado pensara un momento.

—Porque lo que tenemos entre manos es un misterio. Todo el mundo quiere saber cómo acaba el último capítulo. Una chica ha desaparecido. ¿Qué le ocurrió? ¿Alguien ejerció la violencia sobre ella o bien se escapó, como hacen cada año decenas de miles de adolescentes infelices? Si le ocurrió algo, ¿qué fue? ¿Y por qué? ¿Realmente fue culpa del padrastro, como sostiene el fiscal? ¿O alguna otra persona de la vida de Rachel, con motivos para sentirse celosa y enfadada con ella, dejó que sus emociones desembocaran en violencia? ¿O acaso fue una víctima más del brutal asesino en serie que aún anda suelto por nuestras calles?

Gale asintió, pensativo.

—Me gustaría prometerles que, cuando terminemos, sabrán qué le ocurrió a Rachel. Pero no es así. Porque nosotros no lo sabemos. Graeme Stoner no lo sabe. Ni tampoco el señor Erickson. Lo único que conseguirán son dudas y preguntas. Pero no pasa nada. Puede que ustedes quieran hallar la verdad, pero su trabajo en esta sala no consiste en encontrar un final para esta misteriosa historia.

Ladeó la cabeza.

—Sí, sé lo que deben de estar pensando. Ahí está otra vez. El mago. ¿No les advirtió el fiscal que tuvieran cuidado con eso? ¿Que yo tergiversaría sus bonitas pruebas para hacerles pensar en alguna extraña fantasía? Pues no, no les pido que me crean. La diferencia estriba en que el señor Erickson está dispuesto a mostrarles algunos de los hechos, mientras que yo quiero asegurarme de que ustedes vean todos los hechos. Cuando lo hagan, se darán cuenta de que Graeme Stoner es inocente y que no cometió un asesinato, y transmitirán un mensaje a la policía para que vuelvan a investigar y descubran qué le ocurrió realmente a esa extraña e infeliz muchacha.

Gale se inclinó hacia delante y se agarró a la barandilla de la tribuna del jurado.

—El señor Erickson dice que deben prestar atención a las pruebas. Estoy de acuerdo. Quiero que estudien esas pruebas de cerca, para que vean lo que el fiscal no

les puede decir.

»No les puede decir que Graeme estuvo en su coche con Rachel la noche en que desapareció. Porque no hay pruebas de ello.

»No les puede decir que el coche de los Stoner estuvo en el establo la noche en que Rachel desapareció. Porque no hay pruebas de ello.

»No les puede decir que saben que Rachel está muerta. Porque no lo saben.

»No les puede decir que pueden demostrar que Graeme practicaba el sexo con su hijastra. Porque no pueden.

»En lugar de eso, les pide que den un salto. Van a proporcionarles unos hechos sin conexión que ligarán entre ellos para intentar hacerles creer lo que no pueden demostrar. Eso no son pruebas, ni circunstanciales ni de ninguna clase. Eso es ficción. Eso son conjeturas.

Stride sintió que se ablandaba por dentro. Bang, bang, bang; Gale estaba apuntando al punto flaco de su caso. Por supuesto, tenía razón. Realmente no podían demostrar nada de todo eso. Lo único que podían hacer era exponer las piezas del rompecabezas y esperar que el jurado fuese lo bastante listo para encajarlas.

—Pero hay más —continuó Gale—. También verán que la fiscalía, en su afán por rematar el misterio con un buen final, ha ignorado muchas otras soluciones posibles. Me temo que el señor Erickson es de la clase de hombres que, después de montar un motor, se encontraría con varias piezas sobrantes y decidirían que no deben de ser importantes.

Hizo un guiño al jurado y luego dedicó a Dan una sonrisa burlona.

—Echemos un vistazo a algunas de esas piezas sobrantes —dijo Gale—. Otra adolescente, llamada Kerry McGrath, que vivía a unos tres kilómetros de Rachel y que iba a la misma escuela, desapareció un año antes de que lo hiciera Rachel. Tampoco a ella la encontraron nunca. Las circunstancias de su desaparición son notablemente similares a las de Rachel. La policía sabe que Graeme Stoner no tuvo nada que ver con la desaparición de Kerry McGrath. Y, sin embargo, ha ignorado la nefasta posibilidad de que un asesino en serie pueda estar atacando a las jóvenes de esta ciudad.

»Piezas sobrantes. En la noche de su desaparición, Rachel tuvo un extraño comportamiento. ¿Por qué? ¿Sabía algo? ¿Iba a encontrarse con alguien? ¿Estaba planeando escaparse?

»Piezas sobrantes. ¿Quién más estuvo con Rachel la noche de su desaparición? ¿Quién más tenía motivos para alegrarse si ella desaparecía para siempre?

»Piezas sobrantes. ¿Cuál era el verdadero origen de la infelicidad de Rachel? ¿Era su relación con su padrastro? No. Era la espantosa, amarga y violenta relación que tenía con su madre. Recuerden esta palabra: violenta.

Stride miró a Emily y vio que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Tenía los

ojos fijos en su regazo y lloraba en silencio.

Gale continuó.

—Preguntas y dudas. Tendrán muchas al final del juicio. Pero no quedará ninguna pregunta ni ninguna duda en su mente sobre cuál es la decisión que deben tomar. Y no es otra que declarar a mi cliente no culpable del crimen del que ha sido acusado injustamente.

Gale sostuvo las miradas de los miembros del jurado durante unos segundos eternos. Luego regresó a la mesa de la defensa y se sentó.

Stride examinó los rostros del jurado. Imaginó que se trataba de la primera manga de un partido de béisbol.

Primer tiempo.

## Capítulo 22

Stride tomó asiento en el estrado. Lo había hecho cientos de veces, hasta el punto de que aquella silla ya le resultaba familiar, como si hubiera dejado en ella una huella que se ajustaba a su cuerpo. Estableció contacto visual con los miembros del jurado.

El jurado de Duluth creía en la policía. Lo veía en sus ojos. No era como uno de esos grupos de las grandes urbes, donde a veces los ciudadanos ven a la policía como a un enemigo. Vio cómo estudiaban sus marcadas facciones, los mechones grises de su cabello oscuro y su complexión robusta, y cómo llegaban a la conclusión de que podían confiar en él.

Dan les puso en antecedentes y dejó que Stride hablase sobre su historial en el cuerpo, sus años de experiencia y su pericia en la escena de un crimen para resolver los casos. Sólo después de que el jurado supiese todo eso, Dan comenzó a sacar el tema de Rachel. Stride explicó cómo se había enterado de la desaparición de la muchacha y luego, paso a paso, guió al jurado a través de la reconstrucción de las pruebas de la última noche de Rachel.

Describió el vídeo del banco, que mostraba el paso del coche de Rachel poco después de las diez de la noche. Dan proyectó la cinta para el jurado. Luego mostró una foto ampliada, con mucho grano, donde se veía el rostro de la muchacha detrás del volante. A pesar de que la imagen era borrosa, todo el mundo vio que se trataba de Rachel. Sonreía. Parecía contenta.

Dan recordó al jurado que se trataba de la última imagen que se había visto de Rachel Deese.

—Teniente, ¿qué lleva Rachel en esta fotografía?

—Un jersey de cuello de cisne blanco —dijo Stride.

Dan regresó a la mesa del fiscal y cogió un objeto: un recibo cuidadosamente catalogado en una bolsa de plástico.

—¿Puede identificar esto?

Stride asintió.

—Es un recibo encontrado en una bolsa de la marca Gap en el suelo del dormitorio de Rachel. Lo descubrimos durante nuestra investigación inicial.

—¿De qué es el recibo?

—De una prenda de vestir comprada el domingo anterior a la desaparición de Rachel. Un jersey blanco de cuello de cisne de la marca Gap.

—¿Encontraron algún jersey blanco de cuello de cisne cuando registraron el dormitorio de Rachel?

—No.

Dan asintió, pensativo.

—Teniente, díganos, por favor, cómo llevaron a cabo usted y sus agentes la

búsqueda de Rachel.

—Pusimos en marcha una investigación inmediata y exhaustiva que abarcaba el estado y la región. Mis agentes interrogaron a todos los vecinos en un área de doce edificios alrededor de la casa de los Stoner. Comprobamos la estación de autobuses, el aeropuerto, la estación de trenes y todas las compañías de taxis tanto de Duluth como de Superior. La policía comprobó las estaciones de servicio del estado y los puestos de comida rápida de las autopistas principales, distribuyendo la fotografía de Rachel e interrogando a los empleados. Colgamos un aviso en nuestra página web y enviamos la información a la policía del país. Esta campaña originó centenares de pistas, que fueron metódicamente investigadas por nuestros agentes y compañeros de otros estados. Disponíamos de excelentes fotografías de Rachel que mostrarles a los testigos. Llevamos a cabo, literalmente, miles de interrogatorios. Sin embargo, no obtuvimos ni una sola verificación de que alguien hubiese visto a Rachel después de la cinta del banco. Ni una. En ningún sitio.

—¿A qué conclusión llegaron entonces? —preguntó Dan.

—Comenzamos a descartar la posibilidad de que Rachel se hubiese escapado. Nadie la había visto con vida desde el viernes por la noche. Además, desde el principio dudábamos de que Rachel hubiese huido dejando su automóvil en casa. Nos parecía extremadamente inusual que una adolescente que tuviera coche dejara tras de sí su único medio de transporte. Y, como ya he dicho, cubrimos todos los posibles transportes públicos y no encontramos ninguna prueba de que utilizase ninguno de ellos.

—¿Consideraron la posibilidad de que la hubiese raptado un extraño?

Stride asintió.

—Interrogamos a todos los delincuentes sexuales conocidos en un radio de ciento cincuenta kilómetros alrededor de la ciudad. Investigamos a varios que no tenían una coartada para el viernes por la noche. No había ninguna prueba de que se hubiesen acercado a Duluth. Nadie reconoció sus fotografías ni sus vehículos en la zona circundante a la casa de Rachel.

—¿Existen otros elementos de la investigación que, según su experiencia, sean incompatibles con un rapto por parte de un extraño? —preguntó Dan.

—Sí. Prácticamente todos los raptos de ese tipo suceden en zonas rurales o aisladas. En carreteras comarcales, por ejemplo. Es extremadamente inusual que se lleven a una chica de una ciudad y cerca de su casa. La mayoría de los acosadores sexuales prefieren no arriesgarse a ser identificados por acechar una zona concurrida o por raptar a alguien cuyos gritos y resistencia podrían llamar la atención de los vecinos. Sólo cometen sus crímenes si encuentran la oportunidad. Un camino solitario, una víctima desafortunada... Puesto que sabemos que Rachel se dirigió a su casa aquella noche, su coche estaba aparcado en la entrada, sabemos que se



encontraba en un vecindario concurrido.

Dan regresó a la mesa del fiscal el tiempo suficiente para beber un sorbo de agua. No quería presionar al jurado. Stride estaba mostrando un panorama complejo y era importante que el jurado siguiese la cadena de pruebas y conclusiones.

—Finalmente, ¿encontraron otras pruebas de lo que le ocurrió a Rachel? —preguntó.

—Así es.

Stride habló del aviso de Heather Hubble que condujo al descubrimiento del brazalete de Rachel y describió la búsqueda en el establo, donde se había encontrado.

—Como resultado de la búsqueda, ¿encontraron otras pruebas de que Rachel hubiese estado en aquel lugar?

—Sí. Descubrimos un pedazo de tela blanca con manchas oscuras. Las manchas parecían ser de sangre.

Una vez más, Dan mostró la prueba y la presentó.

—¿Por qué fue significativo este descubrimiento? —preguntó Dan.

—Creíamos que Rachel llevaba un jersey blanco de cuello de cisne, que se había comprado el fin de semana anterior a la noche de su desaparición. La prenda encajaba con las características generales del jersey. Lo enviamos al departamento criminal de Minneapolis para que lo analizaran.

Dan terminó con sus preguntas sobre el jersey. Inmediatamente después de Stride, el doctor Yee —o Doctor Imperturbable, como le conocían en los círculos legales y criminalistas de Minnesota— subió al estrado para encajar las pruebas forenses en el rompecabezas. Yee comparó la tela con otro jersey de cuello de cisne del mismo fabricante y concluyó que concordaba con la marca y el patrón del cuello de cisne que llevaba Rachel. Y las pruebas de ADN de las manchas de sangre conducían hasta Rachel.

—A esas alturas, teniente, ¿modificaron el rumbo de su investigación? —preguntó Dan.

—Sí. Llegamos a la conclusión de que Rachel había muerto y empezamos a buscar un cadáver.

—Pero no lo encontraron, ¿es cierto?

Stride negó con la cabeza.

—Comprobamos kilómetros y kilómetros del bosque que rodea el establo. Entre la policía y los voluntarios, se cubrió cada metro con un esquema muy preciso. Por desgracia, allí hay demasiados lugares donde ocultar un cadáver.

—Sin embargo, ¿está firmemente convencido de la muerte de Rachel? —preguntó Dan.

—¡Protesto! —exclamó Gale—. El testigo no tiene conocimiento directo de si la chica está viva o muerta.

Dan sacudió la cabeza.

—Estoy solicitando una conclusión basada en la amplia experiencia del teniente en la investigación de homicidios. Es un experto.

La jueza Kassel frunció los labios.

—Se acepta. El testigo debe contestar.

—Sí, creo que Rachel está muerta —dijo Stride—. Es la única explicación razonable a las pruebas.

—Retrocedamos un instante, teniente. Además del pedazo de tela ensangrentado, ¿hallaron alguna otra prueba en la escena del crimen?

Gale se volvió a levantar.

—Su señoría, el fiscal ha calificado el lugar de escena del crimen sin tener pruebas definitivas de que se haya cometido uno.

La jueza Kassel asintió.

—Tiene razón, señor Erickson.

Dan se mostró imperturbable.

—¿Encontraron algo más cerca de donde habían hallado el pedazo de tela?

—Así es —dijo Stride—. Había muchas huellas dactilares que se solapaban en el suelo de tierra detrás del establo, donde suelen aparcar los coches. Allí no pudimos encontrar nada que nos sirviera. Pero a menos de cien metros de distancia de donde descubrimos el pedazo de tela, encontramos varias huellas parciales de una zapatilla deportiva del cuarenta y cuatro. También encontramos huellas de otra zapatilla deportiva, ésta del número treinta y ocho.

Dan presentó fotografías de las huellas, seguidas de la reconstrucción de los rastros de las pisadas.

—¿Pudieron identificar la marca de zapatillas asociada con el número cuarenta y cuatro de las huellas?

—Sí, el diseño es muy particular, con un gran óvalo rojo en el centro de la suela. Procede de unas zapatillas Adidas, modelo 954300. Se vende en tres locales del área de Duluth.

Dan cogió un papel de la mesa del fiscal y volvió a mostrarlo como prueba. Se volvió hacia Stride.

—¿Puede decirnos qué es este papel, teniente?

—Es la copia de un cheque firmado por Graeme Stoner y datado cuatro meses antes de la desaparición de Rachel. Fue entregado a una tienda llamada Sports Feet por una compra de ochenta y cinco dólares.

—¿Cuántas sucursales tiene esta tienda en Duluth?

—Una, en los almacenes Miller Hill.

—Esta tienda ¿vende el modelo de zapatillas Adidas que corresponde a las huellas?

—Así es. Su precio de venta al público en el momento de entregarse este cheque era de ochenta y cinco dólares.

Dan asintió con gravedad.

—Dígame, teniente, ¿encontraron un par de zapatillas Adidas cuando registraron la residencia del señor Stoner?

—No, no las encontramos.

—¿Ninguna zapatilla deportiva?

—Encontramos unas Nike que habían sido compradas hacía poco. Apenas se habían utilizado.

Dan mostró la copia de otro cheque firmado por Graeme Stoner.

—Háblenos de este otro cheque, por favor.

—Este cheque también fue entregado a Sports Feet, esta vez por un valor de setenta y ocho dólares. El cheque data del fin de semana posterior a la desaparición de Rachel. Setenta y ocho dólares es el precio de venta al público del modelo de Nike que encontramos en el dormitorio del señor Stoner.

—¿Se compró un par de zapatillas deportivas tan sólo cuatro meses después de comprarse el primero?

—Así es —dijo Stride.

—¿Y de qué número eran las Nike que encontraron? —preguntó Dan.

—Del número cuarenta y cuatro. El mismo que las huellas que había cerca del establo.

—Otra pregunta sobre esta cuestión, teniente, ¿establecieron qué número tenía el pie de Rachel?

—El número treinta y ocho. Eso encaja con el tamaño de la otra huella hallada junto al establo.

Dan se tomó un momento para observar las miradas de los miembros del jurado, para asegurarse de que comprendían el significado de todo lo que Stride estaba describiendo. Stride vio en aquellos ojos el impacto de su testimonio. Esas coincidencias les gustaban tan poco como a él.

—Durante la investigación, teniente, ¿obtuvo una orden para registrar la residencia de los Stoner? —preguntó Dan.

—Sí, la obtuvimos —dijo Stride.

—Díganos qué encontraron durante ese registro.

—La primera prueba significativa que descubrimos estaba en el disco duro del ordenador que el señor Stoner tenía en su despacho. Era una fotografía de Rachel.

Dan cogió una copia ampliada de la fotografía. La presentó como prueba y luego se la mostró a Stride sin que la viese el jurado.

—¿Es ésta la fotografía?

Stride asintió.

—Sí, es ésta.

Dan se acercó a la tribuna del jurado. Muy despacio, giró la fotografía para que todos los miembros pudieran verla. Varios de ellos ahogaron una exclamación. Stride apreció que, de forma involuntaria, los cuatro hombres del jurado se inclinaban hacia delante. Era imposible no reaccionar sexualmente ante la imagen de aquella chica.

—En el transcurso de su registro, ¿encontraron posteriormente alguna otra prueba de carácter sexual?

—Así es. En el fondo del cajón de un archivador, en el mismo despacho, encontramos varias revistas pornográficas, que incluían títulos como *Pequeñas perversas*, *Lolitas ardientes* y *Carne tierna*.

Sin mirar a Stride, estudiando los rostros del jurado, Dan preguntó:

—¿Qué clase de revistas eran?

—Incluían fotos explícitas de modelos caracterizadas para parecer adolescentes.

Dan regresó a la mesa del fiscal, llevándose la foto de Rachel. Él y Stride habían hablado sobre la posibilidad de dejar la fotografía expuesta en un caballete delante del jurado durante el resto de su declaración, pero ambos habían decidido que la imagen podía distraer demasiado a los miembros masculinos, e incluso quizás a los femeninos.

Dan sacó unas copias de las revistas descubiertas en casa de Graeme y se las pasó una por una a los miembros del jurado, que hojearon algunas de sus páginas. Sus rostros expresaron indignación. Dan les dejó unos minutos para examinar aquellas imágenes altamente explícitas; el tiempo necesario para hacerse una idea de su naturaleza perversa, pero no el suficiente para insensibilizarse. Recogió las revistas y luego extrajo otra página de su montón de objetos para exponer.

Se la tendió a Stride.

—¿Puede decirnos qué es esto?

—Es un listado de las llamadas telefónicas realizadas desde el hogar de los Stoner.

—¿Y qué vemos en él?

—Hay llamadas regulares a un número erótico. La media es de dos o tres llamadas al mes durante más de un año. Todas ellas a teléfonos especializados en servicios sexuales con adolescentes. La idea es que las personas que telefoneen se imaginen que están manteniendo relaciones sexuales con chicas jóvenes.

—Gracias, teniente. Volvamos a su registro del hogar de los Stoner, ¿le parece? ¿Incluía su registro el coche propiedad del señor Stoner?

—Sí. El automóvil estaba aparcado en el garaje, apartado de la casa. Estuvo en el mismo lugar durante todas las visitas que realizamos a casa de los Stoner.

—Cuando registraron el vehículo, ¿estaba cerrado?

—Sí, el señor Stoner nos proporcionó una llave.

—¿Qué resultados dio el registro del vehículo?

—Analizamos detenidamente la moqueta de la parte de atrás y encontramos varias manchas pequeñas que parecían sangre. También hallamos fibras blancas que concordaban con la tela del jersey de cuello de cisne de Rachel. Enviamos todo el material al departamento criminalista.

A continuación, el doctor Yee estableció la siguiente conexión para el jurado: las fibras pertenecían a un jersey del mismo tipo que el que llevaba Rachel la noche de su desaparición, así como a la tela hallada en el establo. Las manchas del vehículo también se correspondían con la sangre de Rachel.

—¿Encontraron las manchas de sangre y las fibras en la parte de atrás del coche cerrado con llave de Graeme Stoner? —repitió Dan.

—Así es —dijo Stride.

—¿Encontraron algo más en el vehículo?

Stride asintió.

—En una caja de herramientas había un cuchillo de caza de quince centímetros.

Dan regresó a la mesa y, cuando se volvió hacia Stride, lo hizo blandiendo el cuchillo con gesto amenazador.

—¿Es éste el cuchillo que encontraron?

—Sí.

Dan acercó el cuchillo al jurado un poco más, mientras le daba vueltas una y otra vez entre sus manos dejando que las luces se reflejasen en su hoja.

—¿Encontraron alguna prueba en el cuchillo? —preguntó.

—Encontramos restos de sangre en la hoja del cuchillo. También encontramos dos huellas dactilares que correspondían al pulgar y al dedo corazón de Rachel.

—¿Estaban esas huellas en el mango?

—No, estaban en el filo.

Dan miró hacia atrás con aspecto confundido.

—¿En el filo?

—Sí. Las huellas de Rachel estaban en el filo del cuchillo, mirando hacia arriba, lo que indica una postura defensiva.

—Protesto —interrumpió Gale.

—Se acepta —dictaminó la jueza Kassel.

—Bien; ¿puede mostrarnos cómo estaban dispuestas las huellas y la sangre en el cuchillo, teniente? —preguntó Dan.

Se aproximó al estrado y entregó a Stride el cuchillo. Con cuidado, el teniente le dio la vuelta para que la hoja quedase de cara a su palma. Luego dobló los dedos alrededor del filo.

—Así —dijo Stride.

Le entregó el cuchillo a Dan.

En un instante, Dan se abalanzó sobre la tribuna y la hoja resplandeció sobre el rostro de Stride. Inmediatamente, éste reaccionó intentando detener el cuchillo con la mano. Su palma y sus dedos acabaron en la misma posición que había reproducido para el jurado. Gale se puso en pie, furioso:

—Esto estaba preparado, su señoría. Rachel podría haberse limitado a recoger el cuchillo cuando se cayó al suelo. La escenificación del señor Erickson es engañosa e irrelevante.

La jueza Kassel asintió y miró a Dan con expresión severa.

—Aceptada. Pido al jurado que no tenga en cuenta la demostración del fiscal y su testigo. Y señor Erickson, no quiero más estupideces de este tipo en mi sala, ¿está claro?

—Por supuesto —dijo Dan.

Pero el jurado ya había recibido el mensaje.

—De acuerdo, teniente, sólo una cosa más. ¿Encontraron otras huellas dactilares en el cuchillo?

—Sí, en el mango encontramos unas huellas que corresponden al acusado.

—¿No había ninguna otra?

—No —dijo Stride.

—Gracias, teniente. No tengo más preguntas.

## Capítulo 23

—Hola, teniente —comenzó Gale.

Se puso en pie y se quedó detrás de la mesa de la defensa. El abogado contempló a Stride con una mirada triste.

—Creo que nuestros caminos no se habían cruzado desde el fallecimiento de su esposa. Lo siento mucho.

Stride no dijo una palabra. Gale era un sinvergüenza. Aquel comentario tan comprensivo ocultaba un mensaje para el jurado: quizás el dolor empañara el discernimiento del teniente. Quizás hubiera pasado algunas cosas por alto.

—Rachel no es la primera adolescente que desaparece en esta zona, ¿verdad? —preguntó Gale.

—No —dijo Stride.

El abogado de la defensa se quitó las gafas y, con aire despreocupado, apoyó la montura en sus labios. Entornó los ojos.

—Otra adolescente, una chica llamada Kerry McGrath, desapareció poco más de un año antes que Rachel, ¿es cierto?

—Cierto —dijo Stride.

—Tenía la misma edad que Rachel —dijo Gale.

—Sí.

—¿Iban a la misma escuela?

—Sí.

—¿Vivía a un par de kilómetros de Rachel?

—Sí.

Gale sacudió la cabeza.

—Resulta asombroso, ¿no cree, teniente? ¿Lo considera usted una coincidencia?

Miró al jurado con cara de sorpresa, como diciendo: ¿Pueden creerlo? ¿Acaso este tipo está ciego?

—No encontramos ninguna prueba que relacionase ambos casos —dijo Stride.

—En cambio, consideró que eran unos casos lo bastante similares como para intentar hallar pruebas que pudieran implicar al señor Stoner en la desaparición de Kerry. ¿Me equivoco?

Stride se encogió de hombros.

—Comprobamos tanto con Kerry como con Rachel todas las pruebas físicas que encontramos. Es el procedimiento habitual.

—Y lo cierto es que no encontraron ninguna clase de prueba que pudiera indicar que mi cliente estaba involucrado en la desaparición de Kerry.

—Así es —reconoció Stride.

Gale asintió.

—¿Ni sangre?

—No.

—¿Ni fibras?

—No.

—De hecho, la desaparición de Kerry McGrath continúa sin resolver, ¿verdad? —preguntó Gale.

—Sí.

Gale extendió los brazos, con las gafas balanceándose entre los dedos de su mano izquierda.

—Así que tenemos a dos adolescentes desaparecidas en circunstancias similares. ¿Y no es más que probable, teniente, que algún maníaco perturbado, un extraño, uno de los muchos delincuentes sexuales con condenas a sus espaldas que viven en el norte de Minnesota, raptara tanto a Kerry McGrath como a Rachel Deese? ¿Que ambas muchachas fuesen víctimas de un asesino en serie? ¿No es ésta una teoría igualmente plausible?

Stride negó con la cabeza.

—No. No es eso lo que nos dicen las pruebas.

—Ah, las pruebas... —dijo Gale, sonriéndole al jurado—. Sí, hablaremos de eso dentro de un momento. Pero enfoquemos el asunto desde un nuevo ángulo, teniente. No tiene la seguridad de que Kerry McGrath esté muerta, ¿verdad?

—No.

—En cambio, está seguro de que Rachel está muerta.

Stride asintió.

—Encontramos pruebas adicionales en este caso.

—Una gota o dos de sangre. Un pedazo de tela.

—Eran la sangre de Rachel y el jersey de Rachel.

Gale se frotó la perilla con aire pensativo.

—¿Había sangre suficiente como para sugerir que alguien se desangró hasta morir?

—No.

—Ni siquiera había bastante sangre para demostrar que se había producido un asesinato, ¿no es así?

Stride miró a Gale con serenidad.

—No creo que Rachel se cortase afeitándose.

—Pero desconoce la verdad, ¿no? Podría haber estado buscando en la caja de herramientas, cortarse con el cuchillo y sangrar sobre la moqueta y su propia ropa. ¿No es eso posible?

—Sólo si se sacan las pruebas de contexto. También encontramos sangre y fibras en el establo.



—Sin embargo, siguen sin ser pruebas suficientes para sugerir que alguien muriera.

—Al contrario. Creo que ésa es precisamente la conclusión a la que apuntan las pruebas.

Gale levantó una de sus pobladas cejas grises.

—Así que eso cree. Dígame, teniente, ¿sabe cuántas adolescentes se escapan de sus hogares cada año?

—Miles.

—Decenas de miles, en realidad —dijo Gale—. Rachel no se encontraba a gusto en su casa, ¿verdad?

—No.

—De hecho, Rachel encaja con el típico perfil de la mayoría de las fugitivas, ¿no? —preguntó Gale.

—Debo decir que no. Las chicas que se escapan de casa no dejan tras de sí el tipo de pruebas que hemos encontrado, como sangre o las fibras del jersey que llevaba aquella noche.

—Pero, ¿y si no quería que la gente la buscase? —preguntó Gale.

Stride vaciló, perdiendo su sangre fría por un instante.

—¿Cómo dice?

—Bueno, si se hubiese llevado su coche, como usted propone, todo el mundo habría sabido que se había escapado, ¿verdad? La estarían buscando por todo el país. Pero supongamos que Rachel quería desaparecer, y que no deseaba que ni su odiada familia ni la entrometida policía le siguieran el rastro. ¿No podría haber estampado sus huellas y dejar tras de sí algunas pistas y pruebas físicas de que había tenido un trágico final?

Stride sacudió la cabeza.

—Eso no tiene sentido. De haber fingido su muerte, habría preparado unas pruebas más obvias. Por los datos que teníamos, decidimos buscarla por todo el país y llevamos a cabo una investigación exhaustiva. Rachel no tenía ningún modo de saber que llegaríamos a tropezarnos con las pruebas del coche... por no hablar del establo.

—Ahí es adonde quería llegar. —Gale se enderezó; observó a Stride y luego al jurado—. Hablemos del establo, teniente. Es el lugar adonde van los chicos del instituto para hacer todas las cosas que sus padres no les permiten hacer en casa, ¿verdad?

—Más o menos.

—¿Tiene idea de cuántos adolescentes pasan por allí un fin de semana cualquiera? —preguntó Gale.

—No.

—Está bien. ¿Sabe, pues, cuántas llamadas relacionadas con el establo recibió la policía el año pasado?

Stride sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—¿Se sorprendería si le dijera que fueron treinta y siete?

—No, no me sorprendería.

—¿Y se sorprendería si le dijera que ha habido ocho denuncias por violación relacionadas con el establo en los últimos cinco años? —preguntó Gale.

Su voz suave adquirió un tono severo. Sus ojos eran dos duros cristales azul celeste.

—Es posible.

—Es más que posible: es cierto, teniente. Se trata de un lugar peligroso, ¿no cree?

—Tal vez —reconoció Stride.

—Hay adolescentes violando a otros adolescentes, pero la policía no parece hacer nada al respecto.

—Se efectúan redadas periódicas en el establo —dijo Stride—. Los chicos no dejan de ir.

—Tiene razón, teniente: los chicos. Es un lugar donde los chicos hacen cosas ilícitas. El hecho de que las pruebas de Rachel se encontrasen en el establo, ¿no sugiere que podría estar implicado otro adolescente?

—Investigamos esa posibilidad, pero la descartamos —dijo Stride.

—De hecho, fue lo primero que pensaron, ¿verdad? Mandaron a gente al instituto para interrogar a los muchachos inmediatamente después de que se encontrase el brazalete. ¿No es así, teniente?

—Sí, así es —dijo Stride.

Gale asintió. Volvió a mordisquear sus gafas y luego bebió un largo sorbo de Coca-Cola. Se secó los labios con un pañuelo que se sacó del bolsillo y que también se pasó por la frente.

—¿Qué número calza usted, teniente? —preguntó Gale.

«El tipo es bueno», pensó Stride para sí mismo. Se preguntaba cómo lo habría descubierto.

—El cuarenta y cuatro.

—Ya veo. Así que podría haber sido usted quien dejó esas huellas en el establo, ¿no?

—Protesto —interrumpió Dan Erickson.

La jueza Kassel negó con la cabeza.

—Denegada.

—Yo no tengo un par de zapatillas que encajen con el dibujo de las pisadas que encontramos en el establo. En cambio, Graeme Stoner se compró unas cuatro meses

antes de la desaparición de Rachel. Y ahora, esas zapatillas también han desaparecido.

—Pero, ¿sabe cuántas zapatillas de esa marca y del número cuarenta y cuatro se vendieron en Minnesota el año pasado?

—No lo sé —admitió Stride.

—Más de doscientas. ¿Podría alguna de esas personas haber dejado aquellas huellas?

—Sí. Pero ninguna de ellas es el padrastro de Rachel. Ni posee un automóvil en el que encontráramos sangre de Rachel.

—Pero aparte de esas huellas, que podrían ser de usted o de varios centenares de hombres, no tienen ninguna otra prueba que sitúe a mi cliente en el establo el viernes por la noche, ¿no?

—No.

—De hecho, no saben de cuándo datan esas pisadas, ¿no?

—No.

Gale hizo una pausa para que el jurado se concentrara en aquel diálogo.

—¿Y qué hay del coche, teniente? Usted le da mucha importancia al hecho de haber encontrado las huellas dactilares de mi cliente en el cuchillo de la caja de herramientas.

—Así es.

Gale se encogió de hombros.

—Pero se trata de su vehículo y su caja de herramientas. ¿No esperaban encontrar sus huellas dactilares en ellos?

—Si otra persona hubiese utilizado el cuchillo y después lo hubiese limpiado, no habríamos encontrado ninguna huella —señaló Stride.

—A menos que la persona que lo utilizó llevase guantes —dijo Gale—. ¿No es cierto?

—Es posible —reconoció Stride—. Pero es muy probable que eso hubiese desdibujado las otras huellas, cosa que no sucedió.

—¿Cabe la posibilidad de que Rachel hubiera dejado la prueba del cuchillo deliberadamente, sabiendo que las huellas de Graeme también estarían allí?

Stride sacudió la cabeza.

—No hay ninguna prueba que lo demuestre.

—Tampoco hay ninguna prueba de que no lo hiciera, ¿no es así? Pero detengámonos en el establo. Ningún testigo vio a Graeme Stoner conduciendo el coche el viernes por la noche, ¿cierto?

—Cierto.

—Así que no tenemos constancia de que el automóvil fuese a ningún lugar esa noche, ¿cierto? —preguntó Gale.

—Discrepo. Las fibras encontradas en el vehículo concuerdan con las que se encontraron junto al establo, y el brazalete de Rachel también fue hallado allí. El viernes por la noche, Rachel llevaba el brazalete y el jersey de cuello de cisne. Hilvane todo eso, señor Gale.

Gale sonrió. Stride vio un destello fugaz en los ojos del abogado, como una señal de reconocimiento. Un punto para los buenos.

Pero Gale no había terminado.

—Si alguien se llevó a Rachel en el coche, teniente, ¿cómo sabe que fue Graeme Stoner?

—Era su vehículo. Y estaba cerrado.

—Ah, estaba cerrado. Ya veo. Nadie más podría haberlo cogido.

Stride asintió.

—No sin hacer un puente. Además, si está sugiriendo que alguna otra persona se llevó el coche, ese alguien tendría que haber llegado con su propio vehículo a la casa de Rachel. La idea de que un asesino pudiese aparcar su propio coche en la calle, secuestrar a una chica, robar otro automóvil, conducir hasta el establo y luego volver para recoger otra vez su vehículo resulta ridícula.

—A no ser que el asesino fuese caminando —dijo Gale.

—O volando, tal vez —replicó Stride.

El jurado rió. La jueza Kassel frunció el ceño y miró a Stride con dureza. Gale esperó hasta que se sofocaron las risas.

—Tomaron fotografías en la casa de los Stoner cuando Rachel desapareció, ¿no es así? —preguntó con calma.

—Es el procedimiento habitual —dijo Stride.

Se preguntaba adónde quería ir a parar Gale.

Éste se dirigió a la mesa de la defensa y cogió una fotografía. La colocó en un caballete junto a Stride, en el campo visual del jurado.

—¿Es ésta la ampliación de un detalle de una de esas fotografías?

Stride estudió la foto brevemente.

—Sí, lo es.

—La ampliación muestra una mesa del pasillo de la casa de los Stoner, justo al lado de la entrada principal, ¿correcto?

—Correcto.

Gale buscó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un bolígrafo de oro Arrow, con el que señaló un objeto que había sobre la mesa.

—¿Puede decirnos qué es esto, teniente?

Stride lo reconoció.

—Es un cenicero de cristal.

Ya sabía adónde quería ir a parar Gale.

—¿Y qué hay dentro del cenicero, teniente?

—Un juego de llaves.

—De hecho, son las llaves de casa y del coche del señor Stoner, ¿no es cierto?

—Eso creo.

—Las llaves del coche. En un cenicero de la mesa que está junto a la entrada principal.

—Sí —dijo Stride.

—Así que cualquiera que llegara hasta esa puerta podía, sencillamente, cogerlas y llevárselas. Llevarse el coche y llevarse a Rachel.

Stride sacudió la cabeza.

—No, no es una conclusión razonable según las pruebas. De acuerdo con su guión, el asesino tendría que ser alguien que supiera que Rachel estaba en casa; alguien que fuese caminando hasta la vivienda, llevase guantes, supiera que las llaves estarían allí y usase precisamente el mismo número y las mismas zapatillas que el señor Stoner. Parece uno de sus números de magia, señor Gale.

—Basta, teniente —interrumpió la jueza Kassel.

Stride asintió y se disculpó. Pero por el momento, había desbaratado las teorías de Gale. Sólo esperaba que los miembros del jurado no se estuvieran perdiendo en aquella maraña de extravagantes posibilidades que el abogado arrojaba constantemente ante ellos.

Gale ofreció a la jueza Kassel una cálida sonrisa. Luego, se atusó con cuidado los cabellos grises de la parte superior de la cabeza y se volvió hacia Stride.

—Muy bien, teniente, hablemos de la supuesta relación que el señor Stoner mantenía con su hijastra. No dispone de ninguna evidencia física que demuestre tan peregrina idea, ¿verdad? ¿Ni muestras de semen, ni fluidos vaginales?

—Estoy seguro de que hicieron la colada —dijo Stride.

—¿Ningún testigo?

—No es la clase de cosa que harían en público —dijo Stride con una leve sonrisa.

Gale no le devolvió la sonrisa.

—Tomaré su respuesta por un no, teniente. También dedicó mucho tiempo a preocuparse por las fantasías del señor Stoner. Se permite algo de pornografía de gusto más bien dudoso —suspiró Gale—. En otras palabras, es un hombre. Pero nada del material que encontró es ilegal, ¿verdad?

—No —dijo Stride.

—Se pueden comprar esas revistas en la calle principal de Duluth, ¿no?

—Eso creo.

Gale cogió la lista de llamadas que Dan había presentado como prueba y la agitó en el aire.

—Y en cuanto a estas llamadas eróticas... En fin, no se ofenda, teniente, pero si

un hombre mantuviera realmente relaciones sexuales con adolescentes, ¿tendría la necesidad de pagar cinco dólares por minuto para simularlas por teléfono?

—Eso demuestra su atracción por las menores —dijo Stride.

—Estos números a los que el señor Stoner llamaba de vez en cuando... ¿sabe cuántos hombres más en Duluth han llamado a los mismos números en los últimos seis meses? —preguntó Gale.

—No.

—Yo sí: cerca de doscientos. Incluidos un par que creo que trabajan en la policía, teniente. ¿Los investigaron a todos como sospechosos?

—No, no lo hicimos.

Gale asintió.

—Por supuesto que no. Porque usted y yo sabemos que esas llamadas son fantasías que nada tienen que ver con el modo en que se comporta una persona en la vida real. ¿Cierto?

—Eso depende del contexto. Y de la persona.

—Sin embargo, usted no conoce el contexto de esa gente, ¿verdad? —preguntó Gale.

—No.

—No, claro que no. De hecho, si nos fijamos bien, la única evidencia física que sugiere cualquier tipo de relación sexual entre Rachel Deese y mi cliente es la asombrosa fotografía que encontraron en el ordenador de su casa. ¿Correcto?

—La fotografía es extremadamente sugerente —dijo Stride.

—En más de un sentido —replicó Gale—. Pero no existe ninguna prueba de que el señor Stoner hubiera visto nunca esa fotografía, ¿verdad?

—Estaba en su ordenador.

—Sí, es cierto, pero la misma Rachel tenía acceso a ese ordenador, ¿no es verdad? ¿No podría haber introducido la fotografía en el disco duro del señor Stoner en cualquier momento?

—Una vez más, no tenemos pruebas que lo indiquen.

Gale agitó su enorme mano con desdén.

—Pero no tienen ninguna prueba que indique que no lo hizo, ¿no es cierto? ¿Quién sabe lo que impulsa a los adolescentes? Podría haber querido gastar una broma. Tal vez intentara ponerle en una situación embarazosa. O quizá pretendiera provocar una pelea entre su madre y su padrastro. Lo cierto es que lo ignora, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Stride.

—Dígame, teniente, ¿cuándo se grabó esa foto en el ordenador del señor Stoner?

—Según el directorio de archivos, se grabó el sábado anterior a la desaparición de Rachel.

—¿Y cuándo se accedió a la fotografía por última vez? —inquirió Gale.

—El mismo día.

Gale se irguió con gesto de incredulidad. Se quedó mirando a Stride, atónito. Sabía perfectamente cuál era la fecha, ya que había visto todas las pruebas que se habían descubierto. Pero para el jurado era como si Gale se enterase por primera vez de ese dato sorprendente.

Cogió la foto ampliada y se la mostró otra vez a los miembros del jurado, dejando que tuvieran el tiempo suficiente para que todos pudieran sentir la erótica atracción de Rachel.

—¿El mismo día? Usted sostiene que este hombre estaba obsesionado con su hijastra, teniente. Que vivían una relación tórrida e ilícita. Y él copia esta increíble fotografía en el disco duro del ordenador... ¿y ya no la vuelve a mirar? —Gale agitó la mano delante de su rostro como si intentase refrescarse—. Por Dios, teniente; si yo tuviera esta foto en el ordenador, no creo que pudiera terminar mi trabajo.

Dan Erickson se puso en pie de un salto.

—Protesto.

Gale agitó las manos en un gesto de rendición.

—Lo retiro, lo retiro.

Entonces, miró a Stride con picardía.

—Ahora, teniente, seamos realistas. Esta impresionante foto está archivada en el ordenador del señor Stoner y, durante las semanas posteriores, ni siquiera se molesta en mirarla. Tal vez la pusiera él allí. Tal vez tenga una increíble fuerza de voluntad. Pero, ¿no sería más lógico pensar que no tenía ni idea de que la fotografía estuviera en su ordenador?

## Capítulo 24

Dan llamó a Emily Stoner como primer testigo el segundo día de juicio.

Su melena corta y oscura estaba peinada con esmero. Su piel, cubierta de maquillaje, parecía suave y rosada. Llevaba los labios pintados de un color pálido, un collar de perlas y pendientes a juego. Su vestido, azul marino y con el cuello ribeteado en blanco, se ajustaba bien a su cuerpo y se notaba que era nuevo. Al mirarla, Stride vislumbró cómo había sido Emily años atrás. El único signo que delataba la edad actual de Emily residía en su mirada, que, como siempre, no podía ocultar su abatimiento y su desesperación.

Emily avanzó por el pasillo. Sus tacones golpearon el suelo de mármol a medida que se aproximaba al estrado, donde prestó juramento. No miró a Graeme, y Stride se dio cuenta de que éste la ignoró. Gale también lo advirtió y Stride vio cómo le daba un discreto codazo a su cliente. Graeme había perdido a su esposa a causa de unas acusaciones falsas y tenía que mostrar su dolor.

Emily se instaló en la silla. Echó un vistazo rápido al jurado y luego apartó la vista con gesto nervioso. Tenía las manos cruzadas en su regazo. Su aspecto era atractivo y amable, pero a los ojos de Stride, parecía inestable. Los acontecimientos de los últimos meses habían agrandado la herida de su corazón. Stride comenzaba a preguntarse si el único motivo por el que no había cometido otro intento de suicidio era para tener la oportunidad de testificar contra Graeme y verle entre rejas. Stride esperaba que lo consiguiera.

—Señora Stoner, sé que esto es muy duro para usted —comenzó Dan.

El pecho de Emily se hinchó cuando respiró hondo y cerró un instante los ojos. Se irguió, armándose de valor para contar la historia. Su expresión era dura y resuelta.

—Estoy bien —dijo.

—¿Cómo conoció a Graeme Stoner? —preguntó Dan.

—Yo era cajera en el Range Bank. Él procedía de Nueva York y se incorporó al banco como ejecutivo. Era soltero, rico y atractivo y todas las mujeres de la oficina estaban locas por él. Incluida yo.

—¿Mostró interés por usted?

—No, al principio no. Pasaba por mi lado sin mirarme, como si no existiera. Hacía lo mismo con todas las mujeres: las ignoraba.

—¿Y entonces? —preguntó Dan.

—Un día, Rachel vino al banco. Llevaba la espalda descubierta y pantalones muy cortos. Yo la regañé por ese motivo y nos pusimos a discutir en el vestíbulo. Graeme nos vio juntas, pero no dijo nada. Sin embargo, más tarde, ese mismo día, me pidió una cita.

Dan remarcó lo que había dicho Emily, elevando la voz.



—¿El día en que Graeme se acercó a usted fue el mismo en que la vio con Rachel en el banco?

—Sí.

—¿Después de ignorarla durante meses?

—Sí.

—¿La había visto él antes con Rachel? —preguntó Dan.

—No lo creo. Rachel casi nunca venía al banco.

—Bien. Así que ustedes dos empezaron a verse. ¿Cómo reaccionó Rachel ante el hecho de que un hombre volviese a entrar en la vida de su madre?

—Era simpática con Graeme. Flirteaba con él.

—Finalmente, usted y Graeme se casaron. ¿Qué observó en la relación entre Rachel y Graeme después de eso?

Emily volvió a respirar hondo.

—Hacían cosas juntos, ellos dos solos. Se iban al bosque a hacer fotos y tardaban horas en volver. Graeme le hacía regalos: ropa, discos... esas cosas.

—¿Qué le parecía a usted?

—Al principio, me pareció muy bien. Estaba contenta de volver a tener una familia. Pero empecé a preocuparme porque Graeme pasaba cada vez más tiempo con Rachel y cada vez menos conmigo. Se volvió muy frío y distante. Era como si estuviera terminando con nuestra relación, y yo no sabía por qué.

Dan miró largamente al jurado y luego dijo, con voz calmada:

—Señora Stoner, ¿alguna vez tuvo motivos para pensar que su marido estaba manteniendo relaciones sexuales con su hija?

La mirada de Emily se llenó de ira.

—Las señales estaban allí, pero yo no las veía. No quería creerlo. Pero ahora, al mirar atrás, me doy cuenta de que ciertas cosas tendrían que haber disparado la alarma en mi cabeza.

—¿Por ejemplo?

—Pues una vez, cuando estaba cargando la compra en la parte de atrás del coche, me encontré unas bragas de Rachel. Era un lunes, y Graeme y Rachel habían salido juntos de excursión el día antes.

—¿Qué hizo? —preguntó Dan.

—Se lo comenté a Graeme. Dijo que Rachel había resbalado al cruzar un arroyo, que se había caído y se había mojado.

—¿Habló también con Rachel?

—No. Me limité a lavarlas y me olvidé de ellas.

—¿Qué más observó? —preguntó Dan.

—En otra ocasión, les vi besarse. Yo estaba en la cama y oí a Rachel y a Graeme que subían las escaleras. Rachel se reía. Las luces del pasillo estaban encendidas y oí

que ella le daba las buenas noches, y luego vi que le rodeaba el cuello con los brazos y le besaba. En los labios. No era un beso inocente.

—¿Habló de ello con Graeme o con Rachel?

—No. Me hice la dormida. No fui capaz de afrontarlo.

Dan esperó, para que el relato de Emily calase hondo.

—Esa relación tan estrecha entre Graeme y Rachel, ¿continuó durante mucho tiempo?

Emily negó con la cabeza.

—No, algo cambió. Hace dos veranos la relación de Rachel con Graeme se deterioró. Ella se volvió fría e indiferente. Y yo no había visto discusiones ni peleas que provocasen tal cambio de actitud. Simplemente perdió el interés, como si hubiese desconectado un interruptor. Graeme intentó volvérsela a ganar. Era algo casi patético. Le compró un coche nuevo, pero nada cambió. Desde entonces, Rachel le trató de un modo muy parecido a como me trataba a mí: como a un enemigo.

—Protesto —interrumpió Gale.

—Se acepta —dijo la jueza Kassel.

—Señora Stoner, ¿por qué no le contó a la policía nada de todo esto al principio, cuando Rachel desapareció? —preguntó Dan.

—Intenté convencerme de que era imposible que Graeme estuviese implicado. Me engañaba a mí misma, como si las cosas que había visto no significasen nada. Y supongo que era demasiado humillante pensar que algo tan horrible estaba ocurriendo delante de mis narices sin que yo me enterase nunca.

Gale volvió a protestar y otra vez se aceptó su protesta. Pero Dan había alcanzado su objetivo. Estaba listo para concluir.

—Sabemos que vivió momentos muy difíciles con su hija. Después de todo lo que ocurrió entre ustedes, ¿todavía la quería?

La pasión afloró al rostro de Emily. Era la primera vez que Stride recordaba haber visto un atisbo de vida en aquellos ojos cansados.

—¡Por supuesto! La quería con toda mi alma. Y la sigo queriendo. Sé lo mucho que sufrió y habría hecho cualquier cosa por llegar a ella. Pero nunca lo conseguí y eso me destrozaba por dentro. Siempre será lo que más me reprocharé en la vida: no haber encontrado el modo de salvar el abismo que nos separaba.

Dan sonrió.

—Gracias, señora Stoner.

## Capítulo 25

Stride suponía que Gale trataría a la madre de la víctima con guantes de seda. Se equivocaba: no había ni la más mínima compasión en la actitud de Gale.

—Lo cierto es, señora Stoner, que su relación con su hija era espantosa, ¿verdad?  
—comenzó Gale.

—No era muy buena. Ya lo he dicho antes.

Gale bufó de nuevo.

—¿Que no era muy buena? Rachel le decía con frecuencia que la odiaba, ¿no es así?

—Bueno... lo dijo algunas veces.

—A menudo la llamaba zorra —dijo Gale.

—A veces.

—Destrozaba objetos que le pertenecían a usted, objetos personales, sólo por diversión.

—A veces.

—¿Cometía actos infames con el único propósito de herirla?

Emily asintió.

—Es cierto. —Entonces lanzó un misil cargado de ira—. Como acostarse con mi marido.

—¿O como escaparse y dejar su vida y su matrimonio arruinados? —inquirió Gale.

—No hizo tal cosa.

Gale extendió sus fornidos brazos en el aire.

—¿Cómo lo sabe? ¿No era lo bastante inteligente y lo bastante retorcida como para haber preparado un plan semejante?

—Protesto —dijo Dan.

Gale se encogió de hombros.

—Retiro la pregunta. Señora Stoner, según ha admitido usted misma, no le habló a nadie de sus supuestos celos hasta que la policía le dijo que su esposo era sospechoso, ¿es eso cierto?

—No quería admitirlo —dijo Emily.

—¿No quería admitirlo? Lo cierto es que usted no pensaba realmente que mantuvieran una relación, ¿no?

—No; entonces, no.

—Y la única razón por la que ahora lo piensa es porque parece encajar con esta historieta de misterio del señor Erickson, ¿no es verdad?

—No, no es verdad.

—¿No lo es? —preguntó Gale, con una voz que resumaba incredulidad—. Todo

lo que nos ha contado es sobre Rachel y usted, ¿verdad? No sobre Graeme. Sobre cómo jugaba Rachel con usted, cómo la atormentaba, cómo intentaba herirla.

—Era difícil —dijo Emily.

—Tan difícil que una vez le dio una paliza a su propia hija, ¿no es cierto?

Emily se encogió. Comenzó a retraerse mientras se miraba el regazo.

—Sí —murmuró.

—¡Hable más alto! Usted estaba furiosa y la golpeó de lo lindo, ¿no es así?

—Fue sólo una vez.

Gale sacudió la cabeza.

—Oh, así que abusó de su hija sólo una vez. No pasa nada, ¿no?

—¡No! ¡Lo siento mucho!

—Su hija la provocó hasta que usted se abalanzó ferozmente sobre ella, ¿verdad?

Dan se levantó.

—El señor Gale está presionando a la testigo, señoría.

La jueza asintió.

—Tranquilícese, señor Gale.

Gale cambió de táctica.

—Si la volviese a provocar hasta ese punto, usted lo volvería a hacer, ¿no es cierto?

—No.

Gale bajó el tono de su voz y continuó con una calma perversa.

—De hecho, ¿no es usted quien tenía un motivo para matar a Rachel?

Emily abrió los ojos como platos.

—¡No!

—¿No? ¿Aunque llevase años humillándola?

—Nunca le haría daño.

—Acaba de decir que se lo hizo.

—Eso fue hace mucho tiempo —alegó Emily—. Ocurrió una vez y no se volvió a repetir.

—Ah, ¿no? —preguntó Gale—. ¿No le dejó las cosas claras a Rachel de una vez por todas ese último fin de semana?

—¡No... no, por supuesto que no! ¡Yo ni siquiera estaba allí!

Gale era paciente.

—¿Dónde estaba?

—Con mi hermana, en Saint Louis.

—¿El viernes por la noche? —preguntó Gale—. ¿La noche en que desapareció Rachel?

—Sí.

Las alarmas se dispararon en la cabeza de Stride.

—Pero no el sábado —dijo Gale—. No estaba en Saint Louis el sábado por la noche, ¿verdad?

Emily negó con la cabeza.

—No. Me quedé en un hotel en la ciudad. Estaba cansada. Llevaba todo el día conduciendo.

—¿Dónde se alojó? —preguntó Gale.

—No me acuerdo. En algún lugar cerca de Bloomington.

—¿Podría ser el hotel del aeropuerto Lakes?

—Es posible. La verdad es que no me acuerdo.

Gale cogió un trozo de papel de la mesa de la defensa.

—De hecho, ¿no es esto una copia de su factura, emitida por el aeropuerto Lakes de Bloomington aquel fin de semana?

Emily palideció.

—Sí.

—Pues entonces —dijo Gale, frunciendo el ceño—, tenemos un problema, ¿no cree? —Emily guardó silencio. Gale levantó el papel—. Porque esta factura indica que usted se registró el viernes por la noche, y no el sábado, ¿no es así?

Stride murmuró:

—Hijo de puta.

Maggie se inclinó y susurró:

—Maldita sea, la hermana la encubrió. Juró que Emily estuvo en su casa el viernes por la noche.

En la tribuna, Emily seguía sin hablar. Gale extendió los brazos, sosteniendo la factura con la mano izquierda.

—¿Y bien, señora Stoner?

—Debe de ser un error —dijo Emily con una voz fantasmal.

—¿Un error? —Gale se mostró desdeñoso—. ¿Le cobraron dos noches y usted no se dio cuenta? ¿Quiere que llamemos al recepcionista que registró su entrada?

Los ojos de Emily buscaban refugio desesperadamente. Por lo que Stride dedujo, parecía mirar repetidamente al mismo lugar, unas filas más atrás, donde estaba sentado un hombre: Dayton Tenby.

Stride miró al sacerdote y vio que también los ojos de Dayton expresaban pánico. Emily se desmoronó.

—Lo admito. Sí, estuve allí el viernes por la noche. Hice algunas compras en los almacenes Mall of America el sábado. A Graeme no le habría gustado y por eso mentí. No parecía nada importante.

—Muy oportuno —dijo Gale—. Pero el hecho es que usted podría fácilmente haber conducido hasta Duluth y volver aquel viernes por la noche, ¿no es así?

—No lo hice —insistió Emily.

—Se registra y continúa hacia el norte. Habría llegado poco después de las diez, ¿no? Justo cuando Rachel llegaba a casa.

—No. No es eso lo que ocurrió.

Gale sonrió.

—¿No? Díganos, señora Stoner, ¿qué hizo Rachel aquella noche? ¿Qué dijo? ¿Se pasó de la raya?

—No, no, no.

Dayton Tenby se inclinó hacia delante y Stride vio que murmuraba algo a Dan, furioso.

—Sabía lo del establo, ¿verdad? —persistió Gale.

Emily no contestó.

—Necesito un sí o un no. ¿Sabía lo que era el establo y dónde estaba?

—Sí.

—Usted había estado allí, ¿no es cierto?

—Hacía años que no iba.

—Pero, ¿estuvo alguna vez? ¿Conocía el sitio?

—Sí.

Su voz era un eco apagado.

—Usted tenía el motivo y la oportunidad para matar a Rachel, ¿es cierto? Tenía un historial de violencia respecto a ella y la trataba a usted como si fuera basura.

Emily le miró.

—Yo no maté a mi hija.

—Mintió a la policía. Mintió a su marido. Ha mentido al jurado. ¿Cómo sabemos que no está mintiendo ahora?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Emily.

—No estoy mintiendo.

Gale se encogió de hombros.

—Eso es todo, señora Stoner. No tengo nada más que añadir.

Dan tomó un nuevo rumbo.

—Señora Stoner, díganos otra vez qué estaba haciendo el viernes por la noche, cuando aseguraba estar en casa de su hermana.

—Estaba de compras —repitió Emily.

Dan miró a los ojos esquivos de Emily. Su voz se suavizó.

—No puede seguir ocultándolo. Es hora de que la verdad salga a la luz. Y ahora, por favor, cuéntenoslo. ¿Dónde estuvo el viernes por la noche?

Stride vio que Emily miraba a Dayton, afligida. Vio que el sacerdote asentía con delicadeza. Emily respiró hondo y se volvió hacia el jurado. Parecía haber recuperado la serenidad.

—Estaba en el hotel de Bloomington, tal como dice la factura. Tenía una aventura. No quería que mi marido ni nadie de la comunidad lo descubriera.

Dan asintió.

—¿Con quién se vio en Minneapolis?

—Era..., es decir, me vi... con Dayton. Dayton Tenby. Ha sido mi párroco durante años. —Las palabras salían desbocadas de sus labios—. No nos encontramos con la intención de tener una aventura. Él estaba en Minneapolis porque debía asistir a una conferencia. Yo quería hablar con él, así que regresé pronto. Cenamos juntos y luego, en fin, una cosa llevó a la otra. Acabamos pasando el fin de semana juntos. Fue bonito. Pero me sentí culpable y avergonzada y no quería poner en peligro la carrera de Dayton. Aunque fue culpa mía. Sabía que podía salir malparado.

—¿Estuvo con él todo el tiempo? —preguntó Dan.

—Sí.

—¿Tuvo oportunidad de acercarse a Duluth?

Emily negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Eso es ridículo. Sólo había una persona en casa con Rachel aquella noche. Graeme.

## Capítulo 26

—He visto las noticias de esta noche —dijo Andrea mientras tomaba un prolongado sorbo de un vaso de Chardonnay, que se bebían como si fuese cerveza fría—. Ya sabes cómo son: todos los expertos evaluando quién va a ganar y quién va a perder. Pero esta vez no parecían saberlo. Ni siquiera Bird se ha aventurado en un sentido u otro.

—Resulta agradable saber que Bird se puede quedar sin palabras —dijo Stride.

—¿Qué opina Dan? —preguntó Andrea.

—Cree que vamos a ganar.

—¿Y qué crees que piensa Gale?

—Que va a ganar.

—Entonces, ¿quién va a ganar?

Stride se rió.

—Yo creo que nosotros. Como siempre, soy optimista.

Andrea, que ya estaba bastante achispada, sacudió la cabeza.

—¿Optimista? ¿Tú? No me lo creo.

—Mejor aún. En ese caso, debemos de estar ganando, seguro.

—¿Piensa Maggie lo mismo?

—¿Maggie? —preguntó Stride—. Maggie odia tanto a Dan que me parece que se alegraría de que absolvieran a Stoner sólo para ver cómo patean el culo de Dan. De todos modos, por ahora le parece que estamos empatados, y probablemente tenga razón.

Andrea guardó silencio. Entonces dijo:

—Me parece que no le gusto mucho a Maggie.

Stride se encogió de hombros.

—Ya te he hablado de Maggie. Creo que todavía siente algo por mí y no quiere admitirlo. Puede que esté un poco celosa, pero es un problema suyo, no tuyo.

—No cree que yo sea buena para ti.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No —dijo Andrea—. Pero las mujeres notamos esas cosas.

—Bueno, preocupémonos de nosotros mismos, y que Maggie se preocupe de Maggie, ¿de acuerdo?

Andrea asintió. Se terminó la bebida y llenó ambos vasos de vino, apurando la botella y salpicando con algunas gotas la mesita de cristal. Lo limpió con un dedo y luego se pasó la lengua por la yema.

Stride estaba sentado a su lado en la sala de estar. La ventana, enfrente del sofá, mostraba una panorámica de la ciudad a sus pies y del lago, que ya recibía las sombras del crepúsculo. Se había cambiado y se había puesto un polo verde de manga



corta y unos vaqueros viejos. Andrea extendió la mano y tocó la gruesa cicatriz de su brazo.

—Nunca me has contado lo de la bala —dijo.

—Fue hace muchos años.

—Cuéntamelo —le instó Andrea.

—Un intento de suicidio —dijo él—. Tuve mala puntería.

—Jo-na-than —dijo ella, alargando cada sílaba con exasperación—. ¿Nunca le das un respiro a tu morboso sentido del humor?

Él sonrió.

—Está bien; fue un accidente de caza.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Estaba cazando y algo me cazó a mí.

—Eres imposible. Vamos, de veras, quiero saberlo. Cuéntamelo, por favor.

Stride suspiró. Era una parte de su vida que no le gustaba sacar a la luz, porque había tardado un año en superarlo con la ayuda de Cindy y de un terapeuta.

—Hace varios años, me vi metido en medio de una disputa doméstica. Nosotros teníamos una casita al oeste de Ely, y cerca vivía una pareja que... Bueno, el marido se volvió majara. Era muy buen amigo mío, estábamos muy unidos. Pero era un tipo frágil, un veterano, y perdió el trabajo y el juicio al mismo tiempo. Su mujer me llamó una noche y me dijo que estaba empuñando una pistola y que amenazaba con matarla a ella y a los niños. Sabía que hablaba en serio. Pero no pedí refuerzos porque pensé que en muchos casos, incluido el suyo, ésa podía ser la mejor opción de acabar muerto. Así que preferí ir a hablar con él.

—¿Qué ocurrió?

—Entré y él me apuntó con el cañón de quince centímetros de un revólver. La maldita pistola más grande que había visto en mi vida, justo delante de mi cara. Al parecer, no tenía ganas de hablar. Pero bueno, yo hablé de todos modos. Estaba logrando hacerle entrar en razón, o eso pensé. Conseguí que dejara salir a los niños de la casa. Unos minutos después, conseguí que dejara salir a su esposa, aunque ella no quería marcharse. Así que sólo quedábamos él y yo. Me creía a salvo, por lo que mi único objetivo era asegurarme de que no se pegara un tiro. Pero supongo que lo subestimé. Se apuntó a la cabeza y grité. Avancé con las manos en alto, intentando detenerle y hacerle bajar el arma. Pero en lugar de eso, me apuntó al pecho y apretó el gatillo; así de fácil, sin avisar. Me desplomé. La bala me atravesó el hombro, me hizo dar media vuelta y me arrojó al suelo. Después, una vez resuelta aquella pequeña interrupción, se puso el revólver en la boca y se voló la tapa de los sesos mientras yo gritaba.

Andrea le acarició la mejilla.

—No sé qué decir.

—¿Ves lo que puede pasar si me emborrachas? —dijo Stride—. Que me ponga a explicar cosas tristes.

—Es culpa mía, te he presionado. Pero me alegro de que me lo hayas contado.

—Bueno, basta de eso, ¿vale? ¿Quieres abrir otra botella?

Andrea sacudió la cabeza.

—Mañana tengo que ir a la escuela, ¿recuerdas? No creo que a los chicos les gustara verme con resaca.

—¿Y cómo es que no salimos juntos cuando íbamos al instituto? —preguntó él. Era la clase de pregunta que surgía tras unos cuantos vasos de vino.

—Porque tú ya te habías graduado cuando yo aún era una novata —dijo Andrea.

—Sí, claro, sería eso. Apuesto a que tú no me habrías mirado dos veces.

Andrea negó con la cabeza.

—Te habría mirado incluso tres.

—No, no lo creo —dijo Stride—. Yo era uno de esos solitarios profundos y taciturnos. Y tú... tú eras animadora, seguro, y estabas en todos los clubes y tenías un montón de novios.

Andrea sonrió.

—Animadora, sí. Club de ciencias, sí. Novios, no.

—Vamos...

—¡En serio! Siempre me pedían citas, pero la cosa nunca iba más allá de la primera. —Se cogió los pechos—. Una vez intuían que no pondrían sus zarpas aquí, perdían el interés.

—Bueno, es que eso es como soplar las velas de un cumpleaños y no comerse el pastel —dijo Stride.

—Oh, no me vengas con esa típica mierda machista. Estoy segura de que eras todo un caballero en el instituto.

A Stride le hizo gracia.

—Los caballeros de dieciséis años no existen.

—Sea como sea, tuviste suerte en la escuela —dijo Andrea—. Encontraste a tu alma gemela. Conociste a Cindy en el último curso, ¿no?

—Sí.

—Y fue para siempre, ¿verdad? —preguntó ella.

Stride sonrió con nostalgia.

—Sí, fue para siempre. Me cautivó. Amor a primera vista. Realmente fue así de rápido.

Ella se acurrucó contra él y le cogió el brazo. Su gato, que dormía en el regazo de Stride, levantó la mirada, molesto por la interrupción.

—¿Qué tenía Cindy? —preguntó Andrea en voz baja.

Stride miró al infinito, recreando la imagen de Cindy en su mente. Con el tiempo,

se había vuelto un poco borrosa. Ya no era un primer plano, sino un retrato que se iba alejando.

—No me dejé seguir siendo un solitario —dijo él—. No paró hasta echar por tierra todas mis defensas. Y era la persona más espiritual que he conocido nunca. No muy religiosa, sino espiritual. Me ayudó a ver las cosas que yo amaba, como el lago y los bosques, bajo una nueva luz. Y en cuanto lo vi a través de ella, ya nada era lo mismo. Era mejor.

Miró al gato, que volvía a estar dormido, impasible ante sus recuerdos. Observó a Andrea, que seguía acurrucada contra su hombro. Estaba llorando.

A la mañana siguiente, Dan llamó a Kevin Lorry al estrado.

Kevin era el testigo perfecto, un adolescente robusto y aseado que parecía ligeramente incómodo con su camisa blanca y su corbata. Se agitó y se removió hasta encajar su cuerpo grandote en el asiento. Al recorrer la sala con la mirada, estudió al jurado con nerviosismo y estableció contacto visual con Emily Stoner. Le ofreció una leve sonrisa de apoyo, pero Emily no reaccionó.

Dan repasó con rapidez los inicios de la relación de Kevin y Rachel y luego se centró en Graeme.

—Kevin, se ha declarado que la relación de Rachel con Graeme cambió de forma brusca. Estaban muy unidos y de repente dejaron de estarlo. ¿También tú pudiste apreciarlo?

Kevin asintió.

—Oh, sí. Hará unos dos años, Rachel dio un giro. Ya no se acercó más al señor Stoner. Me contó que le odiaba.

—¿Dijo por qué?

—No. Una vez se lo pregunté, y ella contestó... bueno, le llamó algo bastante fuerte.

—¿Qué le llamó, Kevin?

Kevin parecía incómodo.

—Dijo que era un jodido perverso.

—¿Observaste el comportamiento del señor Stoner durante ese tiempo? —preguntó Dan.

—Cuando les veía juntos, él era muy amable con ella. Como siempre. Pero, no sé, era como si se esforzase demasiado. A principios de curso, el señor Stoner le compró a Rachel un coche nuevo.

Stride frunció el ceño. Había algo en ese automóvil que le preocupaba, recordaba haber tenido esa misma sensación desde el principio. Pero lo habían registrado de arriba abajo y no habían encontrado nada.

—¿Rachel se puso contenta?

Kevin negó con la cabeza.

—No. O sea, el coche le gustaba. Siempre odió conducir esa carraca que le había dado su madre. Pero se mostraba un tanto sarcástica respecto al coche. Decía que Stoner se lo había tenido que comprar, que no tenía otra opción.

—¿Aclaró qué quería decir con eso?

—No.

—¿Y era ese automóvil el mismo que conducía la última noche que la viste?

—Sí.

—Bien. Kevin, hablemos de aquella noche. Cuéntenos lo que ocurrió.

Kevin describió los acontecimientos de Canal Park con Rachel y Sally tal como se los había contado a Stride.

—Por favor, describe el estado emocional de Rachel. ¿Qué impresión te dio?

—Normal. Contenta. No estaba triste ni nada por el estilo.

—¿Era simplemente una noche más?

—Exacto.

—Bien. ¿Y al día siguiente, Kevin? —preguntó Dan.

—Pues Rachel me preguntó si quería salir el sábado por la noche. Pero cuando me pasé por su casa, había desaparecido.

—¿Hablaste con el acusado?

—Sí. Le dije que había quedado con Rachel. Él aseguró que no sabía dónde estaba, que aquel día no la había visto.

—¿Y dónde estaba el coche de Rachel?

—Aparcado en la entrada. Yo no entendía dónde podía estar Rachel si no se había llevado el coche.

Dan asintió.

—¿Se lo dijiste al señor Stoner?

—Claro. Le dije que era muy extraño, no era habitual en Rachel. Le pregunté si debíamos llamar a alguien.

—¿Qué dijo él?

Kevin miró a Graeme con ira.

—Dijo que no, que no había razón para preocuparse. Afirmó que seguramente Rachel me estaba tomando el pelo, como hacía con todo el mundo.

—Cuando Rachel quedó contigo el viernes, ¿parecía que te estuviera tomando el pelo?

—No, lo dijo en serio. Pensábamos salir.

—¿Qué te dijo Rachel aquella noche, cuando te dejó?

—Que se iba a casa porque estaba cansada.

—¿Mencionó si iba a otro sitio o a encontrarse con alguien?

—No.

—¿Parecía triste, nerviosa o angustiada?

—No.

—Así que, según te pareció a ti, era una noche normal y corriente.

Kevin asintió.

—Eso es.

—Gracias, Kevin.

Gale se levantó.

—Kevin, dices que era una noche normal y corriente. ¿No es cierto? —preguntó Gale con un ligero tono de incredulidad en su voz.

—Sí.

—Bien. Vamos a ver, has dicho que cuando viste a Rachel por primera vez, estaba en la barandilla del puente.

—Sí.

—Hacía viento y llovía.

Kevin asintió.

—Hacía una noche horrible.

—Así que Rachel estaba subida en una barandilla, con el agua gélida a sus pies y un viento impresionante. ¿Es ésta la imagen?

—Exacto.

—Podría haberse matado, ¿no es así?

—Supongo.

Gale enarcó las cejas.

—¿Supones? Kevin, estabas aterrorizado, ¿no es cierto? Corriste a salvarla.

—Sí, así es.

—¿Se había subido alguna otra vez al puente, que tú sepas? —preguntó Gale.

—No.

—¿Por qué, aquella precisa noche, se habría arriesgado a morir?

—No lo sé —dijo Kevin.

Gale continuó.

—¿Has dicho que Rachel se te insinuó sexualmente aquella noche?

—Sí.

—¿Delante de tu novia?

Kevin frunció el ceño.

—Bueno, Sally estaba abajo. Nosotros estábamos subidos al puente.

—Pero podía verte, ¿no?

—Supongo.

—¿Rachel se había comportado de ese modo contigo antes?

Kevin sacudió la cabeza.

—No.

—Así que, aquella precisa noche, se insinuó sexualmente a su mejor amigo, alguien a quien conocía de toda la vida, por primera y única vez.

—Sí.

La voz de Kevin era casi inaudible.

—Ya veo. Y ahora, la cita. ¿Era la primera vez que Rachel te pedía que salierais? Kevin asintió.

—Sí.

—¿La primera vez en su vida?

—Sí.

—Así que, aquella precisa noche, Rachel decide por primera y única vez pedirte una cita.

—Exacto.

Gale sonrió.

—Por lo tanto, nada era normal y corriente aquella noche, ¿no es cierto?

Kevin vaciló.

—Supongo que no.

—¿Por qué tenía Rachel un comportamiento tan extraño?

—No lo sé.

—De acuerdo, Kevin, hablemos de otra cosa. Conocías a Kerry McGrath, ¿verdad? La otra chica que desapareció, hace dos años.

—¡Protesto! —casi gritó Dan—. La pregunta del defensor es irrelevante y se aleja de la cuestión que nos ocupa.

La jueza Kassel dio un golpe con su martillo y a Stride le pareció que se alegraba de tener la oportunidad de hacerlo. Miró a Dan con impaciencia.

—Tranquilícese, señor Erickson.

Luego, la jueza miró a Gale. Aunque sus atractivas mandíbulas estaban apretadas, su mirada parecía intrigada.

—Ahora, señor Gale, haga el favor de decirme qué interés tiene esta pregunta. Porque, a pesar del arrebato del fiscal, me siento inclinada a admitir su protesta.

Gale sabía que le había picado la curiosidad. Y también al jurado.

—Espero que el tribunal tenga paciencia conmigo en este aspecto, señoría. Quiero investigar algunos hechos que desempeñarán un papel esencial en mi defensa. Los testigos del fiscal han declarado que no existe ninguna relación entre la desaparición de Kerry y la de Rachel. Deseo rebatir esa conclusión, lo que sin duda es algo muy relevante. Es más, el señor Erickson ha abierto la puerta al ahondar en la relación personal del testigo con Rachel. Estoy en mi derecho a averiguar si el chico tenía una relación personal con otra muchacha desaparecida en circunstancias parecidas.

Los labios de Kassel dibujaron una sonrisa casi imperceptible. Stride no sabía si estaba disfrutando con el espectáculo, o bien saboreaba la posibilidad de que Gale se

sacara un as de la manga y pusiera a Dan en evidencia.

—Tenemos poca paciencia, señor Gale. Muy poca.

—Gracias, su señoría —dijo Gale.

Sumida en el silencio, la sala centró su fría atención en Kevin, que se agitaba en el estrado. Gale repitió la pregunta.

—Claro que la conocía. Íbamos a la misma clase.

—¿Alguna vez tuvisteis una cita?

—No —dijo Kevin.

—¿Le pediste que saliera contigo y te respondió que no?

—No.

Su voz era un murmullo.

—Su señoría... —suplicó Dan.

—¿Señor Gale? —exhortó la jueza Kassel—. Se nos agota la paciencia.

Gale disparó su siguiente pregunta rápidamente.

—¿Té pidió ella que salierais juntos?

Dan se levantó para protestar de nuevo, pero antes de que pudiese abrir la boca, Kevin soltó un hondo suspiro y dijo:

—Sí.

Dan se volvió a sentar despacio. El jurado y el resto de la sala se quedaron petrificados. La jueza Kassel golpeó con su martillo y se recostó en su asiento.

—¿Cuándo te pidió Kerry que salierais? —preguntó Gale.

—Fue la semana antes de su desaparición.

Un murmullo recorrió toda la sala.

Stride miró a Maggie. Ella le devolvió la mirada, confundida. Habían estudiado el caso McGrath del derecho y del revés y nunca había surgido el nombre de Kevin. Nada probaba que ambos hubiesen estado juntos alguna vez. Un segundo más tarde, lo comprendieron.

—¿Dijiste que sí? —preguntó Gale.

Kevin negó con la cabeza.

—No. Le dije que salía con Sally.

—¿Así que, realmente, nunca salisteis juntos?

—Nunca.

—¿Cómo se tomó Kerry tu rechazo? —preguntó Gale.

—Bastante bien. Dijo que tal vez en otra ocasión.

Gale asintió.

—¿Y Sally? ¿Qué le parecía la idea de que otra chica te pidiera una cita? Como hizo Rachel aquella noche.

—Estaba bastante cabreada. Le dije que no era nada. No volvimos a hablar de eso.

—Y una semana después, Kerry desapareció, como lo hizo Rachel.

Kevin tragó saliva.

—Sí.

—No tienes mucha suerte con las chicas que te piden una cita, ¿verdad, Kevin?

Dan vociferó otra protesta y, esta vez, Kassel volcó su furia en Gale, admitiendo la protesta y ordenando al jurado que no tuviese en cuenta la pregunta. Gale levantó los brazos como si se rindiera.

—No tengo más preguntas para ti, Kevin —dijo Gale con calma.

Antes de que Kevin pudiese levantarse, Dan se le adelantó rápidamente.

—Pido su permiso, señoría.

La jueza Kassel asintió.

—Adelante.

—Por favor, Kevin, explica al tribunal dónde estabas la noche en que desapareció Kerry McGrath.

—En Florida. Estaba en Disney World, con mis padres.

—Y la noche en que desapareció Rachel, ¿qué hiciste después de que te dejara en Canal Park?

—Me fui a casa.

—¿Viste a tus padres?

Kevin asintió.

—Vimos una película de televisión en la sala de estar, hasta pasada la medianoche.

—Gracias, Kevin.

—¿De qué diablos iba todo eso? —preguntó Dan mientras daba un mordisco a su sándwich de champiñones—. ¿Una parte esencial de su defensa?

Stride jugueteaba con un clip sujetapapeles, doblándolo y desdoblándolo.

—Es evidente, ¿no? Intentará que Sally parezca una celosa asesina en serie. Cualquiera que vaya detrás de mi chico desaparece.

—Pero asegurasteis que no era una posibilidad —dijo Dan—. Que tiene una coartada.

Stride asintió.

—La tiene. No sé adónde cree ese hombre que irá a parar con esto. Pero es evidente que piensa que puede funcionar con el jurado.

—En fin, si tacho a Sally de nuestra lista, nos será imposible situar a Graeme en el establo. Además, Gale la llamaría él mismo y parecería que estamos intentando ocultar algo. Lo que significa que, dentro de media hora, la chica subirá al estrado. Así que, decidme: ¿podría haberlo hecho ella? ¿Debo preocuparme?

Maggie negó con la cabeza.



—De ningún modo. He hablado con la chica. Puede que sea una celosa rematada cuando se trata de Kevin, pero no me la imagino asaltando a chicas por la calle y asesinandolas. Y no fingía cuando me habló de lo de Graeme en el establo. Hablé con ella; la chica decía la verdad.

—Entonces, ¿por qué diablos Gale parece creer que ésta es su carta para evitar la cárcel? —preguntó Dan—. ¿Sabemos dónde estaba Sally cuando Kerry desapareció?

—No —dijo Stride—. Nunca surgió su nombre.

—Sabemos que no estaba con Kevin —señaló Maggie, provocadora—. Tú lo has dejado muy claro cuando le has vuelto a interrogar: estaba en Florida.

Stride intervino antes de que Dan estallara.

—Ella no lo hizo, Dan. Pero puedes apostar a que Gale ya ha comprobado que Sally no tiene coartada para esa noche. O que no recuerda dónde estuvo. Maldita sea, han transcurrido dos años. No es más que una cortina de humo, una coincidencia. Dale una oportunidad a la chica; si convenció a Maggie, también puede convencer al jurado.

Dan cerró su maletín de golpe y miró a Maggie con malevolencia.

—Está bien, no cambiaremos nuestra estrategia. Obviaremos el tema de Kerry McGrath. En mi opinión, todavía vamos en cabeza. Si el jurado se retirase ahora a deliberar, tal vez pensara en ello durante un rato, pero le condenarían. Pero si Gale logra que se hagan más líos con falsos sospechosos, puede conducirlo a la duda razonable. Y voy a dejar una cosa muy clara: si perdemos este caso, vosotros dos os pasaréis los próximos diez años rascando la mierda de pájaro de los monumentos públicos. Así que ya podéis rezar por que me hayáis dado material suficiente para meter a ese bastardo entre rejas.

Stride y Maggie se miraron entre sí. Ambos pensaban lo mismo: ¿qué estaba tramando Gale? O, peor aún, ¿qué habían pasado por alto?

## Capítulo 27

Jerry Gull ya no podía más. Necesitaba ir al baño. Desesperadamente. Y aún le quedaba un largo trecho de carretera antes de llegar a Duluth.

Había estado bebiendo café durante las cuatro horas de duración del seminario de Hibbing, y luego había salido corriendo del hotel sin hacer una visita al cuarto de baño. Jerry sentía fobia por los lavabos públicos y nunca iba al baño si no estaba en casa o en la oficina. Normalmente, habría llegado a casa desde Hibbing con tiempo suficiente, pero se había retrasado una hora porque en el viaje de vuelta había tenido que ir a recoger a *Brunswick*.

*Brunswick* era el perro de su novia, Arlene; un terranova que pesaba más que Jerry. Y si se erguía sobre las patas traseras, seguramente también era más alto que él.

Arlene había estado casada durante un tiempo y, después de divorciarse, su ex marido, que vivía en una pequeña granja de las afueras de Hibbing, había obtenido la custodia del perro. Jerry no conocía a *Brunswick*, pero cometió un terrible error de cálculo al hablarle a Arlene sobre el seminario, pues ella, por su parte, le engatusó hasta hacerle prometer que se detendría en la granja de su ex marido y le traería a *Brunswick*. Iba a pasar un largo fin de semana en casa de su hermana, al sur de la ciudad, y quería llevarse al perro con ella.

Así pues, embutida en el asiento de atrás de su Toyota Corolla, había una bestia negra del tamaño de Canadá.

Casi de inmediato, el café comenzó a surtir efecto. Jerry intentó no pensar en ello y aceleró la marcha. No le habría costado detenerse en un establecimiento de comida rápida por el camino, pero no estaba preparado para enfrentarse a su fobia, y no estaba seguro de poder salir de su coche sin que *Brunswick* se escapara.

Cuando comenzó a bailar en su asiento, retorciéndose y juntando las piernas, ya estaba en el bosque, a gran distancia de cualquier población. Además, las características del perro empeoraban aún más el momento. Podía olerle y sentir cómo resoplaba en su nuca, con un aliento cálido y hediondo. Soltaba litros de baba, que en su mayor parte caía sobre el hombro de Jerry y en su traje de color azul. Aquel rostro baboso le rozaba cariñosamente la mejilla y se negaba a dejarle en paz.

Simplemente, no había suficiente espacio en el coche para él, para su vejiga y para *Brunswick*.

Jerry miró el arcén de la carretera y, como un milagro, cincuenta metros más adelante vio exactamente lo que necesitaba: un camino de tierra que serpenteaba hacia el bosque, en mitad de ninguna parte. Al parecer, en aquella pequeña carretera no había tráfico, excepto algún granjero o cazador ocasionales que pudieran dirigirse hacia la carretera principal.

Se adentró en el camino y el Corolla empezó a dar botes y sacudidas. Los

mofletes de *Brunswick* saltaban a un ritmo asombroso, rociando el coche de baba. Parte de ella salpicó las gafas de Jerry, que se las limpió con la mano mientras gruñía con repugnancia. Jerry siguió por el camino de tierra durante más de un kilómetro y medio, hasta encontrar una zona de densos abedules y libre de cualquier indicio humano.

Su cuerpo estaba a punto de estallar y derramar torrentes, ríos, cascadas y toda clase de masas de agua en movimiento. No estaba seguro de conseguirlo.

Jerry abrió la puerta del conductor y salió corriendo. Se apresuró hacia el lado derecho del arcén, se metió por entre los árboles y comenzó a buscarse la bragueta. Con dedos torpes se cogió el pene, pero se le escapó y puso los ojos en blanco mientras intentaba liberarlo de los calzoncillos. Finalmente, y con gran felicidad, se lo sacó, y comenzó a empapar de inmediato el suelo mullido. Ni siquiera tenía que sostenerlo o apuntar; él sólo regaba la maleza como una manguera contra incendios.

El alivio fue tan grande que casi se le saltaron las lágrimas.

Entonces, cuando estaba a punto de terminar, algo enorme y pesado le golpeó por detrás y le dio un empujón que le hizo perder el equilibrio. Jerry dio una vuelta antes de caer de espaldas al húmedo suelo —suelo que había humedecido él—, mientras su pene seguía ocupado con su trabajo, rociando sus pantalones, su camisa, su corbata y su cara como un aspersor atascado. Jerry gritó, tan sorprendido por aquel espantoso instante que apenas se dio cuenta de que el culpable del ataque era *Brunswick*, que salió disparado hacia el bosque como una bala.

—¡BRUNSWICK! —rugió Jerry, desatando parte de su cólera.

Se levantó y se miró la ropa empapada. No podía creerlo, era una pesadilla. Y lo peor de todo era que probablemente había perdido al perro para siempre. Arlene nunca se lo perdonaría. Por un instante se le pasó por la cabeza la idea de meterse en el coche, arrancar y no volver a casa.

¡Guau!

Oyó un ronco ladrido en la distancia. *Brunswick* no había desaparecido, pero tampoco estaba muy cerca. A juzgar por la lejanía del sonido, al menos se había adentrado doscientos metros en el bosque. Jerry volvió a llamar al perro y escuchó, con la esperanza de oír sus atronadores pasos (que más bien parecían los de una manada) aplastando el suelo mientras volvía corriendo. Pero no tuvo suerte.

¡Guau!

Jerry suspiró y empezó a caminar. Continuó llamando a *Brunswick* y el perro respondía periódicamente, lo que ayudaba a Jerry a acercarse a él. Jerry estaba sucio y mojado, y olía mal. El suelo estaba empapado y las ramas de los árboles le arañaban la ropa y la piel. Tenía los zapatos cubiertos de barro. Y para colmo de su desgracia, estaba empezando a llover.

—¡Brunswick! —gritó Jerry.

Se le estaba acabando la paciencia.

¡Guau!

Jerry se volvió hacia el último ladrido, entornando los ojos para poder ver entre los abedules. Esta vez, alcanzó a vislumbrar una bestia negra, con la nariz pegada al suelo y escarbando frenéticamente en la tierra blanda.

—Por fin —farfulló.

Se acercó suavemente al perro, pues no quería asustarle y que se echara a correr otra vez. Sin embargo, *Brunswick* estaba muy concentrado en su tarea y no pareció advertir la presencia de Jerry. El animal había encontrado algo muy interesante, y estaba entusiasmado levantando la tierra de un pequeño claro. De vez en cuando, metía su enorme cabeza en el agujero que estaba haciendo.

Jerry se agachó tímidamente y cogió con la mano el collar del perro.

—Eres un perro malo —dijo, acariciándole el enmarañado pelaje negro.

*Brunswick*, finalmente consciente de la presencia de Jerry a su lado, le miró contento y babeando. El terranova tenía en la boca una cosa blanca y larga.

—¿Qué es lo que valía tanto la pena, *Brunswick*? —le preguntó Jerry.

Se agachó para coger el objeto de la boca del perro y *Brunswick*, después de forcejear un poco, lo soltó. Jerry tardó un minuto, mientras observaba lo que tenía en la mano, en adivinar lo que era.

Entonces, a medida que le invadía el miedo, miró en el agujero para ver qué más había encontrado el perro.

—¡Santo Dios! —exclamó.

## Capítulo 28

En el estrado, Sally parecía muy joven. Iba recatadamente ataviada con un jersey blanco de algodón con cuello redondo y una falda azul. El suéter era lo bastante holgado para no atraer la atención sobre sus pechos.

Llevaba el pelo peinado hacia atrás y recogido en la nuca. Su rostro era rosado, pero sin maquillaje. No llevaba joyas, sólo un sencillo reloj de oro.

Stride la miró. ¿Estaba equivocado? Una sombra de duda pasó por su mente, mientras consideraba la terrible posibilidad de que hubieran enfocado mal el caso. Sally era celosa y posesiva. ¿Podría haber cruzado la línea y cometido un asesinato?

¿Dos veces? Sencillamente, no lo creía.

—Sally, quiero que le cuentes al jurado lo que te ocurrió el pasado verano. ¿Nos lo puedes explicar?

Sally asintió. Su expresión era grave y serena.

—Era un domingo por la mañana de julio. Fui con el coche al norte de la ciudad y me metí por una de las carreteras rurales. Aparqué allí y seguí con la bicicleta.

—¿Durante cuánto tiempo montaste en bici? —preguntó Dan.

—Cerca de media hora, creo. Iba escuchando música y no me fijé mucho en el tiempo. Pero entonces se rompió la cadena de mi bici. Debía de estar a unos cinco o diez kilómetros de mi coche, así que di media vuelta y me dispuse a volver, con la bicicleta a rastras.

—¿Hiciste todo el camino hasta tu automóvil?

Sally negó con la cabeza.

—No. Un coche pasó por la carretera. El conductor paró y me pitó; era el padrastro de Rachel, Graeme Stoner.

—¿Conocías bien al señor Stoner?

Sally se encogió de hombros.

—Bueno, nos conocíamos lo bastante como para hablar. Estuve varias veces en casa de Rachel con mi novio, Kevin.

—Continúa, Sally.

—Se ofreció a acercarme con la bici hasta el coche.

—¿Aceptaste?

—Sí. Estaba cansada y me pareció bien que me llevara de vuelta a mi coche. Así que me subí a su vehículo, pero nos quedamos ahí unos minutos. No parecía tener intención de encender el motor. Era un poco raro. Lo único que hacía era preguntarme cosas, cosas personales.

—Dinos qué te preguntó.

Sally vaciló.

—Dijo que me había visto mucho con Kevin. Me preguntó si era mi novio.

—¿Qué respondiste?

—Que sí, que lo era. Entonces me preguntó, con una especie de sonrisita, si tomábamos precauciones.

—¿Qué creíste que quería decir?

Gale se puso en pie.

—Protesto, su señoría. Suponiendo que esta conversación tuviera lugar, la testigo no está en posición de hacer de adivina.

—Aceptada, pero la próxima vez prescinda de ese tono, señor Gale —le conminó la jueza Kassel.

Gale se sentó al tiempo que esbozaba una tímida sonrisa.

—¿Estabas incómoda?

—Bueno, al principio no. Pero la cosa se empezó a alargar. Debimos de quedarnos cinco minutos ahí sentados, más o menos, mientras él me soltaba todas esas preguntas. Empecé a lanzar indirectas, ¿sabe? Le sugerí que nos fuéramos de allí. Le expliqué que tenía que volver a la ciudad. Al final, encendió el motor y nos pusimos en marcha. Pero me di cuenta de que iba muy despacio. Eché un vistazo y vi que sólo iba a sesenta. La gente suele ir a cien o ciento diez por esas carreteras.

—¿Continuó hablando el señor Stoner mientras conducía?

—Sí. Me dijo que era muy guapa. Que le gustaba mi pelo. Que tenía una piel muy bonita. Y no dejaba de mirarme, y no precisamente a la cara, ¿sabe?

—Dinos dónde miraba, Sally.

Observó al jurado con nerviosismo.

—Me miraba los pechos. Me iba echando miraditas disimuladamente. Intenté cruzar los brazos, pero parecía inútil. Así que cambié de postura para que no pudiese ver gran cosa.

—¿Cómo te sentías?

—Incómoda.

—¿Dijiste algo?

Sally sacudió la cabeza.

—No, sólo quería llegar a mi coche y marcharme de allí.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó Dan.

—Me preguntó si había estado alguna vez en el establo.

Un murmullo llenó toda la sala y la jueza Kassel golpeó con el martillo para restablecer el orden. Stride vio que los miembros del jurado estaban absortos en el relato de Sally.

—Continúa, Sally —dijo Dan.

—Me dijo que había oído que todo el mundo iba a enrollarse allí, y se preguntaba si yo había estado con Kevin —continuó.

—¿Qué respondiste?

—Que no. Se sorprendió mucho, creyó que bromeaba. Pero era la verdad, yo nunca había estado.

—¿Dónde os encontrabais en aquel momento?

—En un cruce. Yo sabía que el establo estaba en aquella dirección, todo el mundo sabe dónde está. Paró el coche en la intersección.

Dan se inclinó hacia delante.

—Sólo para dejarlo claro, Sally, ¿se trata del mismo establo donde se descubrieron las pruebas del brazalete y la sangre de Rachel?

—Sí, es el mismo sitio.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me preguntó si el establo estaba siguiendo esa carretera. Le dije que me parecía que sí. Le brillaron los ojos, como si intentara flirtear conmigo, y me preguntó si creía que habría alguien enrollándose.

—¿Qué dijiste?

—Dije que no lo sabía. Le dije que tenía que irme.

—¿Te hizo caso?

—No —dijo Sally con cara de asco—. Dijo que teníamos que ir a comprobarlo. Insistió mucho y giró para dirigirse al establo. Yo estaba muy asustada.

—¿Qué creíste que iba a ocurrir?

—Protesto —interrumpió Gale—. Eso son especulaciones.

—Le estoy pidiendo a la testigo que nos diga cuál era su percepción de la situación, su señoría, y no lo que pasaba por la cabeza del acusado —rebató Dan.

La jueza Kassel hizo una pausa.

—Aceptaré la pregunta. Puede contestar.

—La verdad es que no sé lo que pensé. Simplemente, estaba aterrada. Por el modo en que me hablaba, creo que pensé que se me iba a echar encima. Que iba a intentar algo.

—¿Te llevó al establo?

Sally asintió.

—Sí. Se metió por la parte de atrás del establo y aparcó. Yo estaba preparada para salir corriendo, ¿sabe? Es decir, me estaba asustando. No había nadie alrededor y él continuaba mirándome y diciendo que era muy guapa.

—¿Te tocó?

—No. Bueno, tampoco tuvo oportunidad. Apenas llevábamos allí un par de minutos cuando llegó otro coche y se puso detrás de nosotros. Jamás me había alegrado tanto en toda mi vida.

—¿Qué hizo el señor Stoner?

—Sacó su culo de allí. —Sally vaciló—. Lo siento, pero es lo que hizo. En cuanto apareció ese otro coche, pisó el acelerador y nos largamos.

—¿Te dijo algo más?

Sally sacudió la cabeza.

—No, ni una palabra. Se limitó a conducir hacia la carretera principal, y esta vez iba casi a cien. Llegamos a mi coche en un par de minutos. Me dejó allí y eso fue. Me alegré de poderme marchar.

—¿Le hablaste a alguien del incidente? —preguntó Dan.

—No. No entonces, en cualquier caso. Me sentía avergonzada y un poco estúpida. Intenté convencerme de que solamente había malinterpretado lo ocurrido. Pero todo sucedió tal como lo he contado.

—Eso es todo, Sally. Gracias.

Dan se volvió hacia Gale.

—Su testigo.

Ahora, pensó Stride, comenzaban los fuegos artificiales. Se inclinó para susurrarle algo a Maggie, y entonces se dio cuenta de que ésta se había marchado.



## Capítulo 29

Gale se quitó las gafas graduadas, se las guardó en el bolsillo superior de la chaqueta y miró a Sally con una sonrisa paternal.

—No nos llevará mucho tiempo, Sally —le dijo—. Sólo quiero hacerte unas cuantas preguntas.

«Y una mierda», pensó Stride.

—Saliste a pasear en bicicleta por carreteras comarcales a varios kilómetros de distancia de la ciudad, ¿verdad? —preguntó Gale—. ¿No tenías miedo?

—No —dijo Sally—. Lo hago al menos una vez al mes.

Gale frunció el ceño.

—Sin embargo, unos meses antes, otra chica de tu instituto había desaparecido mientras hacía *jogging* por carreteras secundarias. ¿Te preocupaba?

—Protesto —interrumpió Dan—. En qué pensaba o dejaba de pensar la testigo es irrelevante.

—Su señoría, si el jurado tiene que decidir si este incidente tuvo lugar, debe conocer el contexto —dijo Gale.

La jueza Kassel asintió.

—Protesta denegada. La testigo puede responder a la pregunta.

Sally se encogió de hombros.

—Supongo que debería haberme preocupado, pero la verdad es que no pensé en ello.

—¿Así que no te inquietaba que la persona que atacó a Kerry te pudiese atacar también a ti?

—Protesto: pregunta y respuesta —interrumpió Dan.

—Se acepta.

—Está bien, Sally, aseguras que el señor Stoner te recogió mientras ibas arrastrando la bicicleta, ¿es correcto? —preguntó Gale.

—Sí.

—Y el episodio fue muy traumático para ti.

—Sí.

Gale hizo una pausa.

—¿Pero no se la contaste a nadie?

—No, no lo hice. No entonces.

—¿No se lo contaste a nadie? —preguntó Gale—. ¿Ni a tus padres o a Kevin? ¿Ni a una profesora?

—No. Estaba asustada. Y pensé que a lo mejor exageraba.

—Que exagerabas. En otras palabras, empezaste a darte cuenta de que habías sacado conclusiones equivocadas, ¿no?

Sally vaciló.

—No sabía qué pensar. O sea, yo sólo me alegraba de que hubiese terminado. No quería causarle problemas.

—La primera vez que hablaste con alguien de este supuesto incidente fue cuando te interrogó la policía, ¿verdad?

—Así es.

—Pero no era la primera vez que te interrogaban, ¿no es así? —preguntó Gale.

—No.

—De hecho, la policía ya había hablado varias veces contigo antes de que salieras de repente con esta historia. ¿Correcto?

—Ya le he dicho que estaba asustada —dijo Sally.

—Sí o no, Sally, por favor.

—Sí. —Se aceleró antes de que Gale pudiera detenerla—. Hasta que me enteré de las pruebas que había encontrado la policía en el establo no me di cuenta de que era importante.

—¿Nunca antes se te ocurrió sacarlo a relucir?

—No, la verdad es que no.

Gale cambió de rumbo.

—Estás enamorada del testigo anterior, Kevin, ¿verdad?

Dan se levantó.

—Eso es irrelevante y se aleja de la cuestión que nos ocupa, su señoría.

La jueza Kassel se mordió el labio.

—No, acepto la pregunta.

Sally estaba encantada de poder responder.

—Sí, estamos muy unidos —dijo con firmeza.

—Es un chico muy atractivo. Seguro que de vez en cuando hay otras chicas que van detrás de él —dijo Gale.

—Kevin me quiere a mí.

—¿Nunca mira a otras chicas?

—No.

—¿No? Pero otras chicas se fijan en él, ¿verdad? ¿No lo hizo Kerry McGrath?

Dan volvió a ponerse en pie de inmediato.

—La misma protesta, su señoría.

—¿Señor Gale? —le interpeló la jueza Kassel.

—Su señoría, mi interrogatorio tiene por objeto determinar la credibilidad de la testigo.

—Muy bien, denegada. Pero espero ver muy pronto su relevancia, señor Gale.

La jueza Kassel miró al abogado de la defensa con expresión impaciente.

—¿No le pidió Kerry a Kevin que saliera con ella? —repitió Gale.

—Kevin dijo que lo había hecho una vez, sí.

—¿Y eso te molestó?

—Kevin rechazó la propuesta —dijo Sally—. Me habría molestado si la hubiera aceptado.

—¿No estabas furiosa porque Kerry se había metido en tu terreno? —preguntó Gale con una sonrisa.

—No.

—¿No lo estabas? ¿No hablaste con ella sobre el tema?

Sally vaciló.

—No.

—No parece muy segura, Sally.

—Bueno, puede que le mencionara que Kevin no estaba disponible. Tampoco fue gran cosa.

—¿Se lo mencionaste? ¿Fue una advertencia con buena voluntad, o más bien algo del tipo «apártate de mi novio o te arranco la cabeza»?

Sally puso los ojos como platos. Empezaba a comprender. Stride casi podía ver cómo el mensaje penetraba en el cerebro de la chica: «Este hombre intenta cargármelas a mí».

—Protesto —gritó Dan—. Su señoría, no entiendo nada. ¿A quién estamos juzgando y de qué crimen se trata?

La jueza Kassel suspiró.

—Señor Gale, yo tampoco entiendo nada. ¿Le importaría aclararnos la relevancia de todo esto? Hasta ahora he sido más que paciente.

Dan se acercó a la mesa de la defensa y habló antes de que Gale pudiera abrir la boca.

—Su señoría, ¿podemos discutirlo en su despacho? Con el debido respeto al abogado de la defensa, no quiero que intente colar por la puerta de atrás lo que ya se ha desestimado abiertamente.

—Su señoría, esto es ofensivo —replicó Gale.

La jueza miró largamente a ambos hombres y luego asintió.

—Un receso de diez minutos. A mi despacho, caballeros.

Sentada tras su pulcro y ordenado escritorio de nogal, la jueza Kassel estaba inclinada hacia delante, con los codos encima de la mesa. Gale estaba cómodamente sentado delante de ella y Dan paseaba por la estancia.

—¿Y bien, Archie? —preguntó la jueza con amabilidad—. Hablemos de la relevancia de este asunto.

Gale abrió los brazos, como si la explicación fuese evidente.

—Su señoría, estoy intentando demostrar que existe una alternativa y una teoría

razonable de la desaparición de Rachel, y mi línea de interrogatorio aumentará la credibilidad de esa teoría. Además, proporcionará al jurado motivos razonables para creer que la testigo se inventó toda la historia sobre el señor Stoner y la excursión al establo. No existe ninguna corroboración imparcial, así que el jurado puede creer en su palabra. Tengo derecho a refutarla.

Dan respondió con ira.

—Su señoría, lo que esta testigo dijera o no a Kerry McGrath no tiene nada que ver con su credibilidad. Lo único que intenta hacer el señor Gale es lanzar indirectas para desprestigiar a la testigo y sugerir la absurda idea de que está involucrada en la desaparición de la otra chica. No dispone de la más mínima prueba que respalde esta teoría, porque no existe ninguna. Sencillamente, quiere confundir al jurado. Es vergonzoso.

Gale sacudió la cabeza.

—Ya he establecido una relación circunstancial entre las dos desapariciones, es decir, que ambas chicas pidieron una cita al mismo muchacho poco antes de volatilizarse. Y tenemos a una novia celosa en medio. Tengo derecho a profundizar en esta conexión, porque contribuye a establecer una duda razonable sobre la implicación de mi cliente en la segunda desaparición y pone en tela de juicio la credibilidad de la testigo.

—No pone nada de nada en tela de juicio —insistió Dan—. Para dar a entender que Sally tiene razones para mentir sobre el incidente del establo, sólo se puede insinuar que asesinó a dos chicas. Es una locura. La llamada relación circunstancial no es más que una coincidencia. ¿Cuántos estudiantes y profesores más tuvieron alguna disputa con ambas chicas poco antes de que desaparecieran? ¿Piensa el señor Gale traerlos a todos? El hecho es que no tenemos nada en absoluto que relacione a esta testigo con la desaparición de Kerry o la de Rachel. Nada. Es una cortina de humo.

—¿Señor Gale? —preguntó con frialdad la jueza Kassel—. ¿Tiene alguna prueba, además de casualidades y la voluntad de tenerla?

Gale asintió.

—Creo que la tengo, su señoría, con respecto a la desaparición de Rachel.

La jueza frunció el ceño mientras le daba vueltas a un bolígrafo.

—Eso es muy amable por su parte, teniendo en cuenta que este juicio versa sobre la desaparición de Rachel. Pero, ¿qué hay de Kerry McGrath?

Gale vaciló.

—Nada directo, su señoría.

La jueza Kassel lo fulminó con la mirada.

—Entonces, su línea de investigación sobre este asunto ha terminado. Céntrese en el auténtico motivo del juicio, señor Gale. Daré órdenes precisas al jurado para que

ignore todas las referencias a Kerry McGrath de sus dos interrogatorios de hoy y espero no volver a oír su nombre. ¿Queda claro? No me gusta que mi sala se convierta en un concurso de pesca.

—No creo que lo sea, su señoría.

—He emitido mi fallo, señor Gale. Ahora, continuemos.

Mientras tanto, Sally seguía sufriendo en la sala. Su determinación había desaparecido para dar paso a la incomodidad y la confusión de una adolescente asustada que no sabía por dónde le caería el siguiente golpe. Stride se preguntaba si ése era el objetivo de la táctica de Gale al utilizar a Kerry McGrath: debilitar a Sally para lo que iba a venir.

Gale abandonó su actitud amable. Su voz era cortante como una navaja. Apuntó directamente a Sally, pero esperó unos segundos agónicos antes de formularle otra pregunta.

Stride, que observaba el desarrollo del melodrama, se distrajo un momento al ver que Maggie volvía a ocupar su asiento junto a él. Se sentó y sus piernas se tocaron. Stride se acercó y puso una mano alrededor del oído de ella.

—¿Ocurre algo? —susurró.

Maggie asintió. Miró a sus espaldas para asegurarse de que no hubiera nadie de la prensa por allí.

—Me ha llamado Guppo. Anda detrás de algo al norte de la ciudad, dice que podría ser importante.

Desde la mesa de la defensa, Gale empezó otra vez con un tono de voz gélido.

—Sally, ¿dónde vives?

Sally, sorprendida, le dio la dirección.

—¿Dónde está eso respecto a la casa de Rachel? —preguntó Gale.

—A un kilómetro y medio más o menos, creo.

—¿Se puede ir caminando?

—Claro.

—¿Alguna vez has ido caminando desde tu casa a la de Rachel?

Sally asintió.

—Un par de veces, sí.

—¿Y has estado en el interior de la vivienda?

—Sí, un par de veces. Con Kevin.

—¿Qué coche tienen tus padres? —preguntó él.

Dan se levantó.

—Protesto; irrelevante.

La jueza Kassel suspiró.

—Protesta denegada. El tiempo corre, señor Gale.

—Por favor, contesta —dijo Gale a Sally.

—Un monovolumen Chevy.

—¿Parecido al que tienen los Stoner? —preguntó Gale.

—Supongo.

—¿Has conducido alguna vez el coche de tus padres?

Sally asintió.

—Sí.

—Así pues, ¿estás familiarizada con su funcionamiento?

—Protesto —dijo Dan—. Pregunta y respuesta.

—Se acepta. Continúe, señor Gale.

—Está bien, Sally, hablemos de la última noche que tú y Kevin visteis a Rachel.

¿Estuvisteis los tres en Canal Park?

—Así es.

—¿Puedes decirme qué llevabas puesto esa noche? —preguntó Gale.

Sally dudó. Miró nerviosa a Dan, que se enderezó y dirigió a Stride una mirada confusa.

—¿Qué llevaba? No me acuerdo.

Gale asintió.

—Tal vez pueda refrescarte la memoria. —Se sacó las gafas del bolsillo y se las puso en la punta de la nariz. Pasó algunas páginas de su bloc de notas—. ¿Podría ser una camisa de cuadros rojos, vaqueros y un anorak rojo? ¿Te suena?

—Tal vez —dijo Sally—. No estoy muy segura.

—Pero tienes unas prendas como ésas, ¿verdad?

Sally asintió.

—Sí.

Gale se cruzó de brazos y observó a la muchacha.

—Tú no te quedaste en Canal Park todo el tiempo que Rachel y Kevin estuvieron allí, ¿es cierto?

—No, me fui hacia las nueve y media o algo así.

—¿Qué hiciste luego? —preguntó Gale.

—Me fui a mi casa.

—¿Te detuviste en algún sitio?

Sally negó con la cabeza.

—No, fui directamente a casa.

Gale volvió a pasar las páginas de su bloc.

—¿Volviste a salir después de eso?

—No.

Gale sonrió con frialdad.

—¿Estás completamente segura de ello?

—Sí —dijo Sally.

—Está bien. Dime, Sally, ¿por qué te fuiste pronto a casa? ¿Por qué no te quedaste con Kevin? Es tu novio, ¿no?

—Sí, lo es.

—¿Pero le dejaste a solas con Rachel? —preguntó Gale.

Sally sonrió débilmente.

—Estaba cansada.

—Oh, vamos, Sally. Sabes lo que ha declarado Kevin, ¿verdad? Nos ha dicho que Rachel se le había insinuado en el puente.

Sally no dijo nada. Se mordió el labio inferior y evitó la mirada de Gale.

—El hecho es que les viste juntos, ¿no es así? ¿Viste lo que estaban haciendo?

—No, no lo vi.

Gale arqueó las cejas.

—¿No estabas vigilando? ¿Tu novio estaba subido al puente con una chica guapa y no prestaste atención? ¿Te fuiste, sin más?

—Ya le he dicho que estaba cansada —repitió Sally.

—En realidad estabas furiosa, ¿no es cierto? Tu novio te estaba engañando delante de tus narices. Esa zorra despiadada le estaba besando y acariciando allí mismo para que tú pudieras verlo. —Gale hizo una pausa—. Te marchaste como un huracán, ¿no es así, Sally? Sentías rabia y humillación, ¿verdad?

Sally pestañeó. Una lágrima se deslizó por su mejilla y se la enjugó.

—Me sentía herida —dijo suavemente.

—Así que los viste. —Sally asintió—. Estabas enfadada con los dos —dijo Gale.

—No, con Kevin no —espetó Sally.

—Estabas furiosa con Rachel —dijo Gale.

Sally frunció el ceño.

—Era como si lo hubiera hechizado. Hacía lo mismo con todos los chicos. Pero no le importaba ninguno de ellos, sólo los utilizaba.

—Y eso te sacaba de quicio, ¿no es así? —preguntó Gale.

—Era cruel —dijo Sally—. Yo sabía que sólo estaba jugando con Kevin. Sabía que en el fondo no estaba interesada en él.

—Pero, ¿qué sentía Kevin por Rachel? ¿No estaba loco por ella?

Sally enrojeció.

—No era nada serio, sólo se trataba de un capricho. Él me quiere a mí.

—Y sin embargo, Sally, ¿no te dejaría plantada al instante si tuviera la oportunidad de estar con Rachel?

—¡No! —gritó Sally.

—Pero, ¿no hizo eso mismo aquella noche?

—¡No es eso lo que ocurrió!

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Gale—. ¿Qué hizo Rachel aquella noche?

Sally miró al suelo.

—Le besó.

—¿Y qué más?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Acabas de decir que les viste. ¿Qué hizo Rachel con tu novio delante de tus narices?

Sally vaciló.

—Le metió la mano en los pantalones.

—¿Estaba ahí arriba montándose con tu chico mientras tú te quedabas sola en la acera?

—Sí.

—¿Y crees que sólo estaba jugando con él? ¿Que no iba en serio? —preguntó Gale.

—¡Sí! ¡Así era ella! Él no le interesaba en absoluto.

—Pero a Kevin sí le interesaba ella. Siempre estuvo secretamente enamorado de Rachel, ¿no es así? Y tú lo sabías. Y ahí estaba la chica de sus sueños, echándose encima. Te dio miedo que él te dejara, ¿verdad?

—Kevin nunca haría eso.

—Sabemos que quedó para salir con Rachel la noche siguiente. Canceló una cita contigo, ¿no es cierto?

Sally se mordió el labio. Parecía querer escapar.

—Llamó y canceló nuestra cita.

—¿Y sólo era culpa de Rachel?

—¡Sí!

—Por lo tanto, después de verles a los dos en el puente, ¿te marchaste a casa?

—Así es.

—¿Eso fue todo? ¿Te marchaste a casa?

—Sí, me marché a casa. Estaba disgustada.

—¿No quisiste enfrentarte a ellos?

—No, no entonces. No podía. No podía mirarles.

—Vuelve a decirnos qué hora era.

—Hacia las nueve y media.

Gale se sacó las gafas y agitó las hojas de su bloc al cerrarlo. Sally le seguía con la mirada. Se dispuso a levantarse, como si Gale hubiese terminado. Pero en cuanto estuvo de pie, Gale se volvió. Sally tragó saliva y se sentó de nuevo. Gale se tiró de la perilla y contempló a la muchacha, pensativo.

—¿Qué hiciste al llegar a casa?

—Charlé un rato con mis padres y luego me metí en la cama.

Gale asintió.



—¿Telefoneaste a Kevin?

—No.

—¿Telefoneaste a Rachel?

—No.

—Debió de costarte conciliar el sueño, estando tan enfadada.

—No me acuerdo —dijo Sally.

Su labio inferior sobresalía de su boca. Estaba adoptando una actitud agresiva.

—¿Tu dormitorio está en el primer piso? —preguntó Gale.

—Sí.

—Así que, si querías, ¿podías escabullirte sin que tus padres se enterasen?

—No hice tal cosa —dijo Sally.

—¿No fuiste caminando a casa de Rachel para enfrentarte a ella? ¿Para dejarle las cosas claras?

—Protesto, pregunta y respuesta —interrumpió Dan.

—Se acepta la protesta.

Gale probó con un acercamiento distinto.

—Está bien, seamos muy claros con esta cuestión. Sally, ¿viste a Rachel aquella noche después de marcharte a tu casa?

Antes de que Dan pudiese protestar, Sally abrió los ojos como platos.

—¡No!

Varios miembros del jurado se inclinaron hacia delante. Dan contempló a Sally con desconfianza y luego volvió a mirar a Stride, con expresión inquisitiva y hostil. Stride se acercó a Maggie y le susurró:

—¿De qué diablos va todo esto? ¿Adónde quiere ir a parar?

La piel de color miel de Maggie parecía varios tonos más pálida.

—Creo que vas a matarme, jefe.

—Qué pasa —dijo Stride.

Maggie susurró:

—Su ropa.

Gale esperó hasta que volvió a hacerse el silencio en la sala. Entonces, con voz tranquila, dijo:

—Sally, explícanos una cosa. Si no fuiste a ver a Rachel, si no abandonaste tu casa aquella noche, ¿por qué te vieron en la calle a sólo unos metros de distancia de la casa de Rachel cuando pasaban unos minutos de las diez?

La jueza Kassel golpeó de nuevo con el martillo cuando el nivel de ruido se elevó en el interior de la sala. Sally parecía encogerse ante los ojos de la concurrencia.

—Eso es imposible. Yo no estaba allí.

Gale suspiró. Extrajo un trozo de papel blanco de entre sus notas y se acercó al estrado.

—Sally, esto es un informe policial de la noche de la desaparición de Rachel. Se trata del interrogatorio a una tal señora Carla Duke, que vive cuatro casas más allá de la de los Stoner. ¿Harías el favor de leernos el fragmento subrayado, Sally?

Sally cogió el papel como si ardiera, sosteniéndolo por la esquina con la yema de los dedos. Su voz era casi inaudible.

—«Vi a una chica caminando poco después de las diez. La vi a la luz de la farola. Pero no se parecía en nada a esa chica que están buscando. Su cabello era espeso y castaño y llevaba vaqueros y un anorak rojo».

Gale cogió el papel de la mano de la muchacha.

—Sin duda se parece a ti, Sally.

—No era yo —murmuró—. No era yo.

Stride también murmuró:

—Hijo de puta. ¿Por qué se nos pasó por alto?

—Buscábamos a alguien que hubiese visto a Rachel —dijo Maggie—. No a otras chicas.

Gale sacudió la cabeza con incredulidad.

—Alguien que llevaba la misma ropa que tú, con el mismo pelo que tú, cerca de la casa de Rachel la noche de su desaparición, tan sólo unos minutos después de que Rachel te humillase en Canal Park. Pero no eras tú.

Sally empezaba a desmoronarse.

—No.

—Pues yo digo que mientes, Sally —soltó Gale.

—¡Protesto! —dijo Dan.

La jueza Kassel asintió.

—Se acepta la protesta.

Gale no se inmutó.

—Si la señora Duke testifica, ¿crees que te identificará?

—Protesto, eso son especulaciones.

—Se acepta la protesta.

Pero el mensaje ya se había enviado.

—¿Qué le dijiste a Rachel? —preguntó Gale—. ¿Le advertiste que se mantuviera alejada de Kevin?

—No la vi.

—¿Abrió ella la puerta? ¿Estaban las llaves del coche junto a la entrada? ¿Salisteis las dos a dar una vuelta?

—¡No!

—Alguien te vio, Sally. Kevin sabrá que eras tú. Ya es hora de que nos cuentes toda la verdad, tanto a él como a nosotros. Y ahora, por última vez, ¿fuiste a casa de Rachel aquella noche?

—Protesto —repitió Dan—. Está presionando a la testigo, su señoría.

Pero la jueza Kassel miraba de hito en hito a Sally, al igual que los demás. Sacudió la cabeza despacio.

—Protesta denegada. Por favor, responde a la pregunta, jovencita.

Sally miró a la jueza, luego a Gale y después al jurado. Tragó saliva y se pasó la mano por el pelo con nerviosismo. Se retorció un tirabuzón con los dedos y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Y entonces, con un suspiro, confesó:

—Sí, lo hice.

La sala estalló y la jueza intentó acallar a la multitud. Las siguientes palabras de Sally casi quedaron ahogadas cuando gritó:

—¡Pero yo no la maté! ¡No fui yo! ¡No fui yo!

Gale esperó a que los presentes guardaran silencio.

—Nos has estado mintiendo, Sally. ¿Por qué íbamos a creerte ahora?

—Solicito volver a interrogar a la testigo, su señoría.

Dan no tenía otra opción. No podía dejar al jurado preguntándose qué vendría luego; tenía que sacarle la verdad.

—Cuéntanos lo que hiciste aquella noche, Sally —dijo Dan con calma.

Sally parecía ansiosa por hablar.

—Me escapé de mi dormitorio. Estaba tan furiosa con Rachel... Estaba siendo muy cruel; jugaba con Kevin, y yo sabía que no le importaba. Así que me fui caminando hasta su casa. Quería cantarle las cuarenta, decirle que su actitud hacia él era mezquina.

—¿Y entonces? —preguntó Dan.

—Su coche estaba aparcado fuera cuando llegué. Así que supuse que estaba en casa.

—¿Qué hiciste?

—Me dirigí hacia la puerta. Quería hablar con ella.

—¿Y lo hiciste?

Sally negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no? ¿No estaba en casa?

—No, no es eso. Estuve a punto de llamar al timbre, pero no lo hice.

—¿Por qué no?

Sally contempló a Archie Gale con mirada triunfante.

—Oí voces en el interior. Gente que gritaba. Oí los chillidos de Rachel. Parecía muy alterada. Y escuché... oí al señor Stoner. Reconocí su voz. Le gritaba a Rachel. Parecían discutir acaloradamente, así que me marché.

Graeme Stoner se inclinó hacia delante y empezó a susurrar con furia. Incluso

Dan parecía sorprendido. Miró a Sally y luego se limitó a decir:

—Eso es todo, no hay más preguntas.

Stride sacudió la cabeza. Aquello era un jodido lío.

Gale se levantó otra vez. Si estaba inquieto por la repentina revelación de Sally, un grano en el culo de Graeme Stoner si el jurado la creía, no lo demostraba.

—Sally, Sally, Sally... —murmuró, amable—. Con tantas mentiras, ¿qué importa una más?

—Protesto.

—Se acepta.

Gale se encogió de hombros.

—¿Pides que nos creamos que tenías información crucial sobre este caso y que elegiste no revelar nada hasta el día de hoy?

—Estaba asustada —replicó Sally.

—¿De qué, Sally? —preguntó Gale con aire perplejo.

—De él. Del señor Stoner.

—¿Incluso después de que le arrestaran?

Sally tartamudeó.

—Pues sí.

—Sin embargo, no estabas tan asustada como para guardar silencio sobre la historia del establo. Si le hablaste de eso a la policía, ¿por qué no le contaste el resto, Sally?

—No estaba segura de que me creyeran.

—Así que mentiste. Buena estrategia.

—No quería que mis padres supieran que había salido otra vez —dijo Sally—. O Kevin. Tenía miedo de lo que pudieran pensar.

—De que pudieran pensar que habías asesinado a Rachel.

—¡No! —gritó Sally—. No se trata de eso, de ningún modo.

—El hecho es que no le hablaste a nadie de esa discusión fantasma entre Rachel y Graeme porque nunca existió, ¿no es cierto? Te lo acabas de inventar aquí y ahora.

—¡No, no es verdad!

—¿No? Vamos, Sally. Acabas de admitir que fuiste a casa de Rachel, después de negarlo durante meses. ¿Qué ocurrió realmente?

—Protesto, pregunta y respuesta —intervino Dan.

—Protesta denegada —dijo la jueza Kassel con resolución.

Aquello era un desastre. Ni siquiera la jueza la creía.

—Ocurrió tal como lo cuento —insistió Sally—. Les oí.

Gale suspiró.

—¿De veras? ¿Y qué decían?

—No pude comprender las palabras —dijo Sally.

—Ya veo. Sólo oíste voces.

—Sí.

—Así que, furiosa y humillada, después de recorrer un kilómetro y medio a pie para enfrentarte a ella, te marchaste sin verla. Porque oíste voces.

Sally asintió.

—Sí, así es.

—¿Y nunca se te ocurrió mencionarle esto a nadie? Puede que tengas una prueba clave para la investigación de un asesinato, ¿y no dices nada porque piensas que tus padres te castigarán por haberte escapado?

—No, no era... quiero decir que no fue por eso.

Gale no le daba tregua.

—Sally, ¿puedes darnos una sola razón por la que debemos creernos esta historia?

Sally abrió la boca y volvió a cerrarla, se humedeció los labios con la lengua y no dijo ni una palabra.

—He terminado, su señoría —dijo Gale.

## Capítulo 30

Stride no quería salir. Tampoco Maggie. Pero mientras se mezclaban en el tumulto después de que la jueza Kassel diera por finalizada la sesión, Guppo llamó otra vez y ella salió disparada hacia la puerta. Stride y Dan se quedaron atrás. Sabía que los periodistas estarían al acecho esperando cebarse con ellos dos. Gale ya estaba fuera, dándole la vuelta a la declaración de Sally e insistiendo en que se había abierto una puerta hacia la absolución. Pero los periodistas también querían ver a Dan y a Stride y escuchar sus explicaciones.

«¿Han perdido?», preguntaría Bird.

Ambos lo sabían: sí, habían perdido. Aunque el juicio no había terminado.

Emily Stoner se quedó rezagada en la sala, detrás de ellos, con aspecto confundido y trastornado. Estaba sola. Dayton Tenby había permanecido a su lado todo el día, pero se había ido a buscar el coche para llevarlo a la parte de atrás del juzgado. Los guardas la harían desaparecer por la retaguardia, lejos de las hordas de la prensa.

Todavía no había pronunciado una palabra y Dan no la había saludado. No obstante, Stride sabía que ella era la única razón por la que el fiscal no había montado en cólera.

—Dijiste que ella tenía una coartada —afirmó Dan.

Sus labios, apretados, formaban una fría y delgada línea.

—La tenía.

—Y en cambio, aparece una testigo de tus propios hombres y echa su coartada por tierra. Y nadie sabía nada.

Stride soltó un hondo suspiro.

—Mira, Dan, ¿de qué sirve dar excusas? La hemos cagado, así de sencillo. Deberíamos haberlo sabido y se nos pasó por alto.

—No me sigas la corriente —dijo Dan entre dientes—. Explícame el motivo.

—Interrogamos a cientos de testigos esos dos primeros días. Buscábamos a gente que hubiera visto a Rachel. El hecho de que alguien viera a otra adolescente que no encajaba con la descripción de Rachel a unos metros de distancia no entraba dentro de nuestras prioridades.

—¿Y por qué no, maldita sea?

Stride sacudió la cabeza.

—Sally nunca fue considerada sospechosa. Diablos, ni siquiera ahora lo es. Ni por un segundo voy a creer que tuvo algo que ver con el asesinato de Rachel. No existe ninguna evidencia en absoluto que la relacione con su desaparición.

—Tal vez sea demasiado lista para ti —dijo Dan.

—De ningún modo. Si realmente se tratase de un crimen pasional, habría dejado

pruebas en la escena del crimen. Vuelve a llamarme mañana al estrado. Puedo asegurar que no había huellas sin identificar, ni fibras, ni cabellos, nada que sitúe a Sally en el vehículo o en el establo. No fue ella.

—No hay nuevas pruebas —dijo Dan—. No puedo volverte a llamar para repetir lo que ya le has contado al jurado.

Emily se aclaró la garganta. Los dos hombres dejaron de hablar, mirándola como si la vieran por primera vez. Su rostro estaba pálido.

—No lo entiendo —dijo Emily—. Hablan como si esto fuese malo para el caso. ¿No debería ser al contrario? Es decir, ella ha establecido la conexión que ustedes necesitaban. Oyó a Graeme y a Rachel discutir aquella noche. Eso les relaciona.

Dan asintió. Su ira se disipó y sus ojos se suavizaron.

—Me temo que no es tan sencillo.

—Pero, ¿por qué? —le preguntó Emily—. Debería garantizar la condena.

Dan le cogió una mano y la miró a los ojos.

—La pregunta es: ¿la creerá el jurado? El señor Gale ha puesto en duda la credibilidad de Sally. Sabemos que mintió cuando dijo que no fue a ver a Rachel esa noche, así que el jurado tenderá a pensar que miente otra vez para ocultar algo.

—¿Lo cree así?

Dan suspiró.

—La verdad es que no lo sé, Emily. Me gustaría creer a Sally. Tiene sentido, vistas las pruebas. Si hubiera mencionado todo esto desde el principio, ahora obtendríamos la condena, de eso no hay ninguna duda. Pero dadas las circunstancias, me temo que esto no mejora las cosas, sólo las empeora.

—Pero, ¿por qué?

Su voz era lastimera.

—Porque es posible que una duda razonable se haya abierto camino en la mente del jurado. Puede que estén tan preocupados con la declaración de Sally que ya no puedan estar completamente seguros de la culpabilidad de Graeme.

—Es culpable —dijo Emily con pasión—. Él lo hizo. Lo sé.

—Puede que muchos miembros del jurado también lo piensen. La pregunta es: ¿están lo bastante convencidos para condenarle?

Era como si la realidad la aplastara.

—¿Me está diciendo que ese hijo de puta podría ser absuelto? ¿Que podría librarse de ésta?

—Me temo que es una posibilidad —dijo Dan.

Su voz sonaba grave e irritada, como si por fin la realidad también lo aplastara a él.

Stride levantó la mirada al oír el ruido sordo procedente de la puerta de la sala. Maggie volvía a estar en el interior y corría por el pasillo haciéndole señas. Vio que

su rostro tenía una expresión imperiosa. Sin decir una palabra, Stride dejó a Dan y Emily, cruzó la puerta oscilante y se reunió con Maggie a mitad de pasillo.

—Hemos encontrado un cadáver —dijo Maggie sin aliento—. Guppo está en el lugar, al norte de la ciudad.

—¿Rachel?

—No hay forma de saberlo: se trata de un esqueleto. El hijo de puta trató de quemarla. Podría ser Rachel, podría ser Kerry... O cualquiera.

Stride cerró los ojos. Hacía un mes, aquello hubiera sido una noticia devastadora. Y hubiera sido aún mejor hacía tres meses. Se podría haber desmantelado una de las principales teorías de Gale: que Rachel, en realidad, aún estaba viva.

—¿Dónde lo han encontrado? —preguntó Stride.

—Al norte, varios kilómetros al norte del establo. Si nuestro radio de acción hubiera abarcado un kilómetro más, quizá lo hubiéramos encontrado.

—¿Guppo ha acordonado la zona?

—Sí. El médico forense ya está allí.

—¿Y qué dice? —preguntó Stride.

—De momento, poca cosa. Lo único que asegura es que la estructura ósea encaja con la de una adolescente. Por lo demás, tendremos que esperar las pruebas de ADN, las muestras dentales o confiar en que aparezca algún indicio cuando registremos el área circundante.

—Ni una palabra a la prensa —dijo Stride—. Como si no ocurriera nada. Se lo diré a Dan y luego tú y yo iremos allí.

Stride miró por encima del hombro a donde estaban Emily y Dan, y se preguntó cómo irrumpir con una noticia como ésa en presencia de la madre de la chica. Respiró hondo y pidió a Maggie que le esperase. Mientras regresaba a la sala, vio que Dan y Emily lo observaban. No existía ninguna forma de decirlo con suavidad.

—Hemos hallado un cadáver en el bosque, al norte de la ciudad —les explicó.

Emily abrió los ojos y se llevó una mano a la boca abierta.

—¡Oh, no!

—Mierda —dijo Dan, y lo repitió varias veces.

Emily se sentó hecha un ovillo. Se quedó en silencio, como una pieza de porcelana rota, y miró a Stride con los ojos inyectados en sangre.

—¿Es... es ella? ¿Rachel?

—Todavía no lo sabemos —dijo Stride—. Lo siento mucho. Sólo tenemos los restos del esqueleto, así que tardaremos en identificarla.

—¿Cuánto? —preguntó Dan.

—Seguramente tendremos que esperar al resultado de las pruebas de ADN, a no ser que podamos hacer algo con los moldes dentales. En cualquier caso, transcurrirán semanas.



Dan negó con la cabeza.

—No podemos esperar tanto tiempo. Ni siquiera podemos esperar unos días.

Stride asintió.

—Lo sé.

—¿Qué quieren decir? —preguntó Emily.

—El juicio casi ha terminado —le explicó Dan—. Sin una identificación positiva, no podemos sacar el tema ante el jurado. Nuestras sospechas no son pruebas.

—Pero ahora tenemos su cuerpo —alegó Emily—. No pueden dejar que ese hombre siga diciendo que quizás esté viva.

—Por desgracia, aún no sabemos si se trata del cadáver de Rachel —le recordó Stride con amabilidad.

—Esto es una locura —dijo Emily, sacudiendo la cabeza—. No puedo creerlo. Dios mío, no pueden dejarle ir ahora. Tienen que posponer el final del juicio. Tienen que darles tiempo para poder demostrar que se trata de Rachel.

Dan suspiró y Stride supo lo que estaba pensando: que era muy poca cosa y que llegaba demasiado tarde.

—Eso depende de la jueza —dijo Dan.

## Capítulo 31

—¿Un aplazamiento?

Las cejas de la jueza Kassel se arquearon y su voz subió una octava.

—Señor Erickson, por favor, dígame que esto es una muestra de su encantador sentido del humor.

Dan desplegó las manos con gesto lastimero.

—Comprendo que esto es muy inusual, su señoría.

—¿Inusual? —gruñó Gale—. Más bien vergonzoso.

Los dos hombres de acercaron a la tribuna de la jueza. A sus espaldas, la sala volvía a estar abarrotada y los murmullos de los asistentes al juicio llenaban el espacio. La jueza Kassel dio un golpe de martillo que apenas contribuyó a acallarlos.

Graeme Stoner estaba solo, sentado a la mesa, con expresión estoica. Aquel día, Emily se había sentado detrás de él, como si quisiera que Graeme sintiera su presencia, y miraba con ojos ardientes la nuca de su marido. Graeme, al entrar y verla sentada allí, no había mirado atrás ni una sola vez. Aunque era evidente que podía sentirla a sus espaldas, lo bastante cerca como para oler su aroma.

El jurado estaba aislado en la sala de deliberaciones, mientras Dan suplicaba más tiempo. Eran las únicas personas del estado de Minnesota que no habían leído el titular en la primera página del periódico:

### ¿EL CUERPO DE RACHEL?

—Nadie podía adivinar algo así —dijo Dan—. Pero en interés de la justicia, debemos tomarnos el tiempo necesario para analizar los restos.

—Hasta ahora no se había preocupado de la inexistencia de un cadáver, su señoría —dijo Gale.

La jueza Kassel bajó la mirada y la fijó en Dan.

—Eso es cierto.

—Se sentía lo bastante seguro como para llevar adelante su caso sin pruebas que confirmasen que la chica estuviera muerta —continuó Gale—. Ya ha tenido su oportunidad.

—No he dado por terminado mi caso —señaló Dan.

—No, pero no tiene nada más que añadir, su señoría. No veo ninguna prueba, ni veo ningún testigo.

Dan sacudió la cabeza.

—La mayor parte de la defensa del señor Gale se basaba en dar al jurado la

impresión de que Rachel seguía con vida. Ha utilizado esas alusiones para intentar establecer la duda razonable. Si podemos demostrar de forma concluyente que las insinuaciones del señor Gale eran falsas, el jurado merece saberlo.

La jueza se cruzó de brazos y se recostó en su asiento.

—¿Señor Gale?

—Esta situación es perjudicial —argumentó Gale—. El jurado ha escuchado todas las pruebas y ahora están frescas en su memoria. Proporcionar tiempo al fiscal para que las impresiones del jurado se desvanezcan es injusto y poco razonable. Podría resultar que el cadáver no estuviera relacionado con este caso y entonces sería demasiado tarde para reparar el daño. Además, no tenemos ni idea de cuánto tiempo llevará realizar una identificación concluyente, suponiendo que pueda llegar a hacerse.

—Archie, deberías secundar el aplazamiento —dijo Dan—. Su señoría, aunque estén aislados, los miembros del jurado se habrán enterado del hallazgo de un cadáver. Con frecuencia, las noticias acaban por filtrarse. Llegarán a la conclusión de que se trata de Rachel y eso influirá en su decisión. Deberíamos dejarles decidir sobre los hechos, no sobre suposiciones.

La jueza Kassel le obsequió con una débil sonrisa.

—Eso es muy considerado de su parte, señor Erickson. Pero el hecho es que el jurado no oirá nada sobre ningún cadáver si el juicio no se aplaza. En cuanto me telefoneó anoche, paralicé todas las llamadas telefónicas, entrantes y salientes. Eso fue antes de la emisión del señor Finch, gracias a Dios. En las habitaciones de los miembros del jurado no hay radios ni televisores y esta mañana se ha supervisado su medio de transporte. Por ahora no saben nada, ni lo sabrán cuando empiecen a deliberar, dentro de un día aproximadamente, si tomamos las debidas precauciones. Desalojaré la sala si es preciso.

—Podría declarar el juicio nulo —sugirió Dan—. Podríamos empezar de nuevo.

Gale abrió la boca, pero Kassel le hizo una seña para que guardara silencio.

—Voy por delante de usted, señor Gale. Nada de anulaciones. Señor Erickson: no hay ningún error en este juicio que lo justifique.

—Su señoría, no deberíamos castigar al pueblo sólo porque el acusado hizo tan bien su trabajo ocultando el crimen que hasta ahora no hemos podido encontrar el cadáver.

Gale le corrigió.

—Han encontrado un cadáver, no el cadáver. E incluso si es el de Rachel, no hay pruebas adicionales que relacionen al señor Stoner con el cuerpo o la localización. No añada nada de valor a las actas.

—Eso aún no lo sabemos —dijo Dan acaloradamente—. No hemos acabado de analizar la escena del crimen.

—Sí, no nos dejemos llevar, señor Gale —dijo la jueza Kassel—. El señor Erickson tiene razón. Le ha sacado usted mucho partido al hecho de que la acusación no hubiera conseguido encontrar un cadáver; no puede alegar que es un asunto sin importancia ahora que lo han encontrado.

—Eligieron proceder sin tener un cadáver —repitió Gale—. Si este descubrimiento se hubiera realizado dentro de una semana, el señor Stoner estaría absuelto.

—Eso es irrelevante, su señoría —dijo Dan.

—Es posible, pero usted parecía muy ansioso por que Graeme Stoner compareciera ante el jurado. Y ahora no lo parece tanto por que decidan su destino. —La jueza Kassel frunció la boca y volvió a levantar la mano antes de que los letrados pudiesen continuar—. Me gustaría saber más cosas sobre este descubrimiento y cuánto tiempo puede llevar obtener una respuesta.

Sus ojos encontraron a Jonathan Stride en la tercera fila de la sala del tribunal y dobló un dedo para indicarle que se acercara al estrado.

De pie, Stride sentía sobre él todas las miradas de la sala. No estaba preparado. No había dormido y llevaba la ropa manchada de barro. Desde primera hora de la tarde del día anterior hasta hacía dos horas, cuando regresó a la ciudad a toda prisa, había pateado el mullido terreno, bajo la deslumbrante luz de los reflectores y junto a otros veinte agentes, a la caza de pruebas adicionales. Sabía que era un esfuerzo condenado al fracaso, aunque seguirían removiendo el suelo durante los siguientes días. Después de seis meses de lluvia, nieve y hielo, no quedaba nada que situara a Graeme Stoner en aquel lugar: ni huellas, ni fibras, ni sangre; nada, excepto un cadáver que ya no era más que un montón de huesos. Pero tenían un cuerpo. La cuestión era: ¿a quién pertenecía?

Stride cruzó la puerta oscilante y se unió a Dan y a Gale en su discusión con la jueza Kassel. Ésta le miró la ropa y las profundas ojeras que tenía bajo los ojos.

—Deduzco que esta noche ha sido larga, teniente.

—Mucho, su señoría —dijo Stride.

—Espero que pueda mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para responder a unas cuantas preguntas.

Stride sonrió.

—Haré lo que pueda.

—Gracias. Ante todo, ¿quién mencionó al señor Finch y a sus amigos de la prensa la existencia de un cadáver? —solicitó la jueza Kassel—. Ya es bastante negativo encontrarse con una cosa así en pleno juicio, pero aún es peor que se hable de ello en todo el estado. Tenemos suerte de que el jurado no haya oído nada al respecto.

—Lo siento mucho, su señoría —dijo Stride—. Ojalá pudiera explicarle de dónde saca Bird la información. No tengo ni idea.

—En fin, supongo que es su trabajo. Ahora, dígame qué han encontrado. ¿Son restos humanos? —preguntó la jueza Kassel.

—Sí. Lo hemos confirmado con el médico forense.

—¿Sexo?

—Según el dictamen médico, mujer —dijo Stride. La jueza asintió.

—¿Y no hay ningún dato para su identificación? ¿Podría ser Rachel o Kerry o alguna otra chica?

—No quedaba nada que identificar: ni ropa, ni efectos personales. El cuerpo estaba parcialmente quemado. Se están llevando a cabo las pertinentes pruebas de ADN con los huesos recuperados.

—¿Cuánto tiempo llevará todo esto?

Stride sacudió la cabeza.

—Me gustaría poder darle una respuesta concreta, su señoría. Podrían ser un par de días o unas semanas.

—¿Y no han encontrado ninguna otra prueba de interés cerca del cadáver?

—No. Seguiremos buscando, pero no soy optimista, teniendo en cuenta el tiempo que ha transcurrido.

Dan interrumpió:

—Pero la auténtica clave es la identidad del cuerpo, su señoría. Si resulta ser Rachel, será de una importancia capital para este juicio.

—Si, si, si... —dijo Gale—. Si esto, si lo otro. No hay pruebas, pero seguiremos buscando. Puede que unos días, puede que unas semanas o puede que nunca. El señor Stoner no puede quedarse ahí sentado mientras la policía y el fiscal nos entretienen con vagas promesas de pruebas que todavía no tienen. Ni tampoco el jurado. En realidad no hay nada, su señoría, nada más que humo.

La jueza Kassel suspiró.

—Me siento inclinada a admitirlo.

Dan se aferró al estrado con ambas manos.

—Sólo unos días, su señoría. Denos hasta finales de semana para confirmar la identificación. Si para entonces no tenemos nada, terminaremos el juicio.

—Y mientras tanto, las declaraciones de los testigos se convertirán en recuerdos lejanos —dijo Gale en tono mordaz—. Ahora o nunca.

—Se les puede volver a leer la declaración que ellos deseen —dijo Dan.

—Oh, por favor... —protestó Gale.

Kassel interrumpió a ambos letrados.

—Ya basta, caballeros. Señor Erickson, simpatizo con su posición. Detesto tener que proceder estando tan cerca de la tentadora posibilidad de una prueba nueva y

crucial. Pero ahora mismo no tiene nada más que esperanzas y teorías. Comenzó este caso sin un cadáver, convencido de poder obtener una condena. Deberá atenerse a esa decisión.

La jueza se agachó, dio unos pequeños toques en su micrófono y volvió a golpear con el martillo para tranquilizar a la sala. Se dirigió a los asistentes y anunció:

—Se ha denegado la solicitud de aplazamiento. Procedamos con el juicio.

—Su señoría, renuevo mi solicitud de que los rumores sobre una relación sexual entre el acusado y Rachel Deese, tal como se cita en la declaración de la doctora Nancy Carver, sean admitidos como prueba, ya que ésta no puede actuar como testigo.

—Denegada. ¿Algo más, señor Erickson?

Dan apretó los puños, frustrado.

—No, su señoría.

—Bien. Alguacil, por favor, haga entrar al jurado.

Stride volvió a su sitio. Vio que Dan le dirigía una mirada llena de furia, de una frialdad que no había sentido en su vida. Era como si el futuro de Dan hubiese sido enterrado en el hoyo poco profundo del que habían sacado el cadáver y sólo pudiera hallar un culpable.

Dan murmuró:

—Me has jodido este caso desde el primer día.

Stride no respondió. No tenía tiempo.

Algo estaba ocurriendo. El murmullo del gentío era distinto, el ruido y los susurros que siguieron a la decisión de la jueza se habían convertido en algo diferente. La gente, consternada, señalaba con el dedo y se levantaba. Alguien estaba gritando. Era Maggie, desde la tercera fila, que llamaba a Stride y se abría paso entre la gente para llegar hasta el pasillo.

Muy cerca, otras personas también se pusieron a gritar.

Stride vio a Graeme Stoner saltar de repente de su asiento junto a la mesa de la defensa, como si una corriente eléctrica sacudiera su cuerpo. Se apoyaba con las palmas sobre la mesa y sus ojos, muy abiertos, mostraban perplejidad.

Graeme abrió la boca, como si estuviera a punto de reírse. Entonces, sin embargo, su pecho se hinchó y un hilo de sangre asomó entre sus labios. Graeme pestañeó. Miró hacia abajo y vio el goteo que manchaba su camisa blanca, como cerezas cayendo sobre la nieve. Sonrió. Luego su pecho se hinchó de nuevo y el hilo de sangre se convirtió en un torrente.

El líquido rojo y brillante brotaba de la boca de Graeme y de su nariz. El torrente se desbordó sobre su traje, sus hombros y su pecho, y a continuación se propagó por la mesa, empapando la pila de papeles esparcidos. Era como una cascada carmesí que

iba a morir en los charcos que se formaban en el suelo.

Los ojos de Graeme se volvieron grises y vidriosos antes de ponerse en blanco. Durante unos segundos más, se quedó en posición de firmes. Luego, su cuerpo pareció marchitarse. Los hombros se doblaron hacia dentro y se desplomó como un saco sobre la mesa, y su cara, colgando por un extremo, seguía escupiendo un río de sangre que rociaba el suelo de la sala formando un lago cada vez más grande. No había forma de cerrar el grifo e incluso Dan Erickson y Archie Gale gritaron y se echaron hacia atrás, mientras el rojo caudal avanzaba hacia sus zapatos.

Mientras tanto, Graeme yacía boca abajo, apurando los últimos latidos de su corazón.

Stride intentó correr, pero resbaló con la sangre. Recuperó el equilibrio y se precipitó hacia delante. Maggie llegó primero. Apartó a las pocas personas que se interponían en su camino y que estaban paralizadas por el horror del que eran testigos y saltó por encima de los que se habían tirado al suelo, gritando, en su intento de escapar de aquel caos.

Emily Stoner estaba de pie en la primera fila, tan petrificada como quienes la rodeaban y mirando el cuerpo teñido de rojo de su marido, delante de ella. Tenía el brazo derecho en alto. Con manos pequeñas pero férreas, Maggie apretó el brazo extendido de Emily y lo mantuvo en el aire, aunque ella no lo notó. No se movió ni se soltó.

Stride llegó de inmediato. Pasó por el lado del desvencijado cadáver y le quitó a Emily el cuchillo de carnicero manchado de rojo que sostenía firmemente en la mano.

Aquello era una locura.

## Capítulo 32

Las ventanas acristaladas del piso superior del Kitch estaban cerradas y recibían los embates de una tormenta matinal. Gale bebía café de una taza de porcelana, apoyado en el marco de la ventana. Miraba a Dan Erickson, sentado en el sofá frente a un plato de huevos y salchichas y un zumo de naranja.

—Sabes que le habrían absuelto —dijo Gale a Dan.

Sus labios dibujaron una sonrisa y sus ojos brillaron.

El cuchillo y el tenedor de Dan tintinearón contra el plato mientras cortaba los huevos y las yemas rezumaban.

—No estés tan seguro. Ya oíste las entrevistas que hizo Bird a los miembros del jurado. No creían que Sally estuviera implicada; creían que lo hizo Graeme.

—Pero tengo entendido que dijeron «probablemente», y eso sería una duda razonable si estuviéramos en la sala del tribunal. Además, todos ellos tuvieron la oportunidad de ver tu conferencia de prensa de la semana pasada: el fiscal, furioso, denunciando las acusaciones infundadas contra una muchacha inocente, ya que, según él, no hay más pruebas que las que señalan al señor Stoner. —El rostro de Gale se vio iluminado por un fugaz resplandor—. Olvidan el hecho de que no pudiste demostrarlo en la sala.

—Eso es lo que tú dices —replicó Dan con amabilidad.

Gale negó con la cabeza.

—No puedo creer que Emily entrase en la sala con un cuchillo.

—Hay detectores de metales, pero la prensa la estaba acosando y pidió entrar por la puerta de atrás. ¿Quién podía adivinar que actuaría como lo hizo?

—¿Me estás diciendo que te sorprendió? Por favor... Creo que deseabas que ocurriera algo parecido, Daniel. —Gale dio un sorbo a su café—. ¿Has conseguido algún acuerdo?

—Homicidio sin premeditación. Tres años de cárcel.

—Un tirón de orejas —dijo Gale.

—Oh, vamos, el tipo mató a su hija. Archie, no estamos en el tribunal. No es posible que realmente creas que Graeme era inocente.

—Yo no sé si era inocente, ni sé si era culpable. Y tú tampoco.

Dan se dio unos toques en los labios con la servilleta y se levantó, alisándose el traje. Cogió la cafetera y se sirvió una taza.

—En fin, fue brillante lo de situar a Sally en casa de Rachel. ¿Cómo te enteraste?

—Es obvio que nunca has tenido hijos adolescentes —dijo Gale, riéndose—. ¿Ve a otra chica seduciendo a su novio y se va a su casa a dormir? Ni en broma. Se estaba gestando una bronca.

—¿Y lo de Kerry McGrath?



—Estuve buscando conexiones en cuanto supe que Sally había ido a ver a Rachel aquella noche. Cuando Kevin admitió que Kerry le había pedido una cita, parecía demasiado bueno para ser verdad.

Dan se encogió de hombros.

—El padre de Sally volvió a comprobar su agenda. La familia entera se había marchado el fin de semana para ver una obra de teatro, *Les Miz*. Se confirmó la compra de las entradas.

—Es la clase de pruebas que un padre puede improvisar cuando su hija tiene problemas —dijo Gale.

—Ella no lo hizo, Archie.

—Lo que tú digas. Pero en esta historia hay más cosas de las que aparecieron en el juicio.

La habitación se estremeció cuando un rayo impactó en el edificio. Gale, pensativo, observó el cielo oscuro.

—Con Graeme muerto, puede que ahora nunca lo sepamos —dijo Dan.

Gale se acarició la perilla.

—Quién sabe. Quizá Rachel regrese y nos cuente lo ocurrido. Como un fantasma.

Stride escuchaba el violento golpeteo del aguacero en las ventanas y con cada destello de luz veía un resplandor detrás de sus párpados. Las vigas de roble del porche gemían bajo el vendaval. Podía oler el aire fresco y dulce, con el áspero toque del moho de la madera.

Un rayo lo había despertado a las cuatro de la madrugada. Cogió una manta y se instaló en el porche. Con la estufa encendida, dormitó mientras la tormenta procedente del este desplegaba su fuerza en lo alto. Hacía dos horas que su despertador había sonado en el dormitorio. Le daba igual. Ahí fuera, el cielo estaba lo bastante oscuro como para parecer de noche.

No podía dejar de pensar en el juicio y en la investigación. Stride no tenía la sensación de que el caso estuviera cerrado. Se negaba a creer que Stoner era inocente; eso no había cambiado. Pero tal vez se engañaba a sí mismo al intentar convencer a su mente racional de que no estuviera equivocado desde el principio. Y aunque espantaba sus dudas como si fueran mosquitos, unos minutos más tarde volvían a zumbar en sus oídos. Y cada vez lo hacían con más fuerza.

Se acordó de la postal que le esperaba en el buzón la noche anterior, al llegar a casa. Se quedó mirándola varios minutos. Y mientras, oía los mosquitos.

El suelo crujió bajo el peso de unas pisadas. Stride abrió los ojos. Estiró el cuello y vio a Maggie, de pie en la entrada del porche. Su cabello negro estaba empapado y el agua le goteaba por el rostro y los brazos. Parecía pequeña y vulnerable.

—He visto que has puesto la casa en venta —dijo ella.

Había colocado el cartel hacía unos días. Volvió a cerrar los ojos y sacudió la

cabeza, enfadado consigo mismo.

—Iba a decírtelo. De veras, Mags.

—Os vais a casar, ¿verdad? La maestra y tú.

Stride asintió. Había ocurrido hacía una semana, durante la cena. Cuando pensaba en ello, ni siquiera estaba seguro de quién se lo había propuesto a quién. Habían empezado sobrios y tristes y, unas horas más tarde, acabaron borrachos y comprometidos. Andrea se había aferrado a él y no le dejaría escapar. Era una sensación agradable.

—Lo siento, Mags —dijo.

Sacó una mano del bolsillo y le apuntó con el dedo índice como si tuviera una pistola.

—¿Has perdido la cabeza, jefe? Estás cometiendo un grave error.

—Sé que estás disgustada —dijo él.

—¡Maldita sea, claro que sí! Estoy viendo cómo un amigo se jode la vida. Te advertí que no fueras en serio, ¿o no? Ambos os estáis recuperando de una desgracia. Cindy siempre decía que emocionalmente eras la persona más torpe de este planeta, y supongo que tenía razón.

—No metas a Cindy en esto —repuso Stride con brusquedad.

—¿Qué? Como si tú no la tuvieras en mente. Te lo diré otra vez, jefe, estás cometiendo un error. No lo hagas.

Stride sacudió la cabeza.

—Tú y yo... no hubiera sido posible. Nunca hubiera funcionado. Tú misma me lo dijiste.

—¿Crees que se trata de mí? —preguntó Maggie. Miró hacia el techo, como si implorase consejo divino—. Increíble.

Se hizo un incómodo silencio entre ellos. Los únicos sonidos que se escuchaban eran el rugir de la tormenta y el goteo del abrigo de Maggie sobre el suelo del porche.

—¿Tan malo es que dos personas necesiten estar juntas? —preguntó Stride.

—Sí —dijo Maggie—. Estás equivocado. Deberíais ser dos personas que se quieren.

—Oh, vamos, no me vengas con juegos de palabras.

—Nada de eso. O estás enamorado o no lo estás. O estáis hechos el uno para el otro o no tiene sentido que te cases.

—Pensé que te alegrarías por mí —dijo Stride.

—¿Quieres que sonría y te dé un golpecito en la espalda y te diga que es maravilloso? —Maggie, enojada, hablaba con un tono de voz cada vez más agudo—. Pues jódete, porque no voy a hacerlo. No puedo creer que le propusieras matrimonio.

Stride no dijo nada, se limitó a escuchar la agitada respiración de su amiga. Maggie sacudió la cabeza y suspiró, haciendo acopio de sus emociones como si

fueran canicas desparramadas por el suelo.

—Mira, si es eso lo que tienes que hacer, hazlo. Pero no podría volver a mirarme en el espejo si no te hubiera dado mi opinión.

Él asintió.

—Está bien, Mags. Ya lo has dicho.

Se quedaron mirando largo rato el uno al otro y fue como una despedida sin palabras. No un adiós para siempre, sino el final de la relación que habían mantenido hasta ahora.

—He venido para decirte que el cadáver que encontramos no es el de Rachel —dijo Maggie, con el tono formal de policía que utilizaba en su trabajo—. Hemos recibido el resultado de las pruebas de ADN. Se trata de Kerry.

Stride maldijo entre dientes. Pensó en aquella chica dulce e inocente... en su pérdida y en la pérdida de Cindy. Volvía a sentirse furioso. Furioso porque un asesino había salido airoso de un crimen.

Y luego pensó: no era Rachel. Los mosquitos volvieron a zumbar en sus oídos.

—Ayer encontré algo en el buzón —dijo Stride con calma.

Señaló con la cabeza la postal que descansaba sobre la mesita de café.

Maggie miró la fotografía, que mostraba a un animal gris, de extrañas proporciones y largas orejas, en el desierto.

—¿Qué diablos es eso?

—Un conélope —dijo Stride—. Mitad conejo y mitad antílope.

Maggie arrugó la nariz.

—¿Eh?

—Es una broma —dijo Stride—. Una leyenda. En realidad no existe, pero la gente manda postales de conélopes para comprobar lo crédulo que eres.

Maggie se agachó para coger la postal.

—Sólo por los extremos, por favor —le dijo Stride.

Maggie se detuvo y se quedó con la mano congelada en el aire. Dirigió a Stride una curiosa mirada, como si hubiera sentido algo horrible. Entonces, con cuidado, cogió la postal por un extremo y le dio la vuelta. Leyó el mensaje, garabateado con tinta roja y cuyas letras se diluían por las gotas de lluvia que habían mojado la postal:

*Merecía estar muerto.*

—¡Maldita sea! —exclamó Maggie. Miró a Stride y sacudió la cabeza con fuerza—. No puede ser de ella. No puede ser de Rachel. La chica está muerta.

—No lo sé, Mags. ¿No seremos unos crédulos?

Maggie observó el matasellos.

—Las Vegas.

Stride asintió.

—La ciudad de las almas perdidas.

## CUARTA PARTE

*Tres años después*

## Capítulo 33

Jerky Bob vivía en una caravana aparcada a la salida de una pequeña carretera, varios kilómetros al sur de Las Vegas. Había surgido de la nada, como ocurre con muchos vagabundos de aquel valle. Un año antes, la caravana llegó peligrosamente arrastrada por un remolque que apenas esperó el tiempo suficiente para desengancharla antes de volver a desaparecer camino de la ciudad. Un día después de que la caravana se instalase de forma permanente en aquel camino polvoriento, cerca de la carretera a California apareció un cartel garabateado a mano en lo alto de un poste de madera.

*Jerky Bob*

Y más abajo:

*Regalos New Age*

*Poesía Psíquica*

*Cecina*

Bob protegió con una cortina uno de los extremos de la caravana, donde se encontraba la entrada trasera; colocó una mesa destartalada y una caja para el dinero y abrió su negocio. Colgó docenas de cristales de colores que repiqueteaban al viento y pegó imanes con forma de pirámide en una placa metálica clavada en la pared; llenó las estanterías de incienso y velas de sándalo y escribió a mano poesías épicas que copió en una vieja multicopista y las ató en rollos con cintas de color violeta.

No obstante, los clientes no acudían por los cristales de colores ni por la poesía. Lo hacían por la carne: cecina de ternera, de pollo o de pavo, con sabor a *teriyaki* o a *cajún*, que guardaba en cajas de zapatos en el interior del viejo frigorífico. La mayor parte de la gente que se detenía ante el improvisado chiringuito eran camioneros. Bastaba con que un par de ellos se detuviera por curiosidad para que se iniciara un desfile camino de la red de carreteras del sudoeste. La noticia corrió de boca en boca: si vas a Las Vegas, para en Jerky Bob. Llegaban las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, que era cuando ellos trabajaban. Si se presentaban mientras Bob dormía, lo despertaban y él les vendía cecina. Cada mes ganaba el dinero suficiente —siempre que lo hubiera conservado en su bolsillo— para mudarse a la ciudad y abrir una tienda de verdad, que cumpliera con las leyes sanitarias y los impuestos correspondientes, en lugar de actuar a espaldas de la ley.

Pero a Bob el dinero no le duraba mucho. La mitad se escurría por las rendijas de

las máquinas tragaperras. La otra mitad acababa convertida en botellas vacías de ginebra, lanzadas desde la parte de atrás de su caravana hacia el desierto, donde resplandecían como un campo de diamantes. Se había suicidado hacía un año, pero su cuerpo aún no se había dado cuenta.

Los camioneros hablaban de ello. Bob parecía bastante normal, un año atrás, para ser un hombre abandonado en el desierto. Desde entonces, había envejecido mes a mes. Nunca se afeitaba; se limitaba a recortar algunos enredos de su barba larga y canosa. El pelo le colgaba por encima de los hombros en descuidados mechones. Su piel estaba reseca y cetrina y sus ojos se le hundían en las cuencas. Apenas comía, aparte de su propia cecina, y fue adelgazando hasta pesar poco más de cincuenta y cinco kilos. Nunca se lavaba la ropa, unos vaqueros y una camiseta de Las Vegas colgando de su enclenque figura. El hedor llegó hasta tal punto que algunos clientes se negaron a entrar, y le dijeron que incluso la cecina empezaba a oler mal. Bob se limitó a abrir una ventana y dejar que el aire seco y polvoriento entrase en la caravana.

Ya no podía entrar en los casinos; le echaban antes de entrar. Así que, de vez en cuando, mataba el tiempo en un bar de carretera, a un kilómetro de su caravana, donde jugaba al videopóquer hasta que el camarero se cansaba del hedor. Entonces se compraba otra botella de ginebra, se iba a casa y bebía hasta perder el conocimiento. Por la mañana, o cuando un camionero llamaba lo bastante fuerte como para despertarlo, lanzaba la botella por la parte de atrás.

La noche anterior había comprado dos botellas. O tal vez hubiera sido hacía dos noches, o incluso tres. No lo sabía.

No recordaba gran cosa. En la televisión decían que era miércoles, pero le resultaba imposible recordar cuándo había empezado la juerga. Su última visita había llegado por la tarde, y aquella noche, fuese cual fuese, había empezado a vaciar un vaso tras otro de ginebra. Y ese día era miércoles.

Bob suspiró. Tenía que orinar.

Se levantó, apoyándose en la pared para mantener el equilibrio. La caravana dio vueltas en su cabeza antes de asentarse. Al pasar los pies del colchón al suelo, vio algunos bichos que se alejaban de él. Las dos botellas de ginebra descansaban, vacías, unos palmos más allá. Se puso en cuclillas, las recogió y miró en su interior. Había un culo de ginebra en cada una de ellas que le bastó para humedecerse la lengua cuando se las volcó boca abajo en la boca. Su cuerpo estaba tan intoxicado que el estómago le dio un vuelco y tuvo que tragar saliva para sofocar las arcadas.

Bob sostenía las dos botellas por el cuello. Echó un vistazo en busca de sus sandalias, las vio debajo de una silla y enfundó los pies en ellas. Las sandalias golpeaban el suelo mientras caminaba hacia la puerta central de la caravana. Hacía tiempo que el pestillo estaba roto. La empujó suavemente con la rodilla y la luz de día



irrumpió en el interior. Todavía desnudo, Bob arrastró los pies por los oxidados peldaños que conducían al desierto de la parte de atrás de la caravana.

El sol era despiadado, como una bola de fuego ardiendo sin control más allá de las colinas. Entornó los ojos, que apenas era capaz de abrir, y su piel se tensó al entrar en contacto con el calor del sol. Con cada penosa bocanada de aire, un auténtico horno parecía abrasarle los pulmones.

Su pene temblaba, listo para aliviarse. Comenzó a derramar en el suelo una orina casi transparente. El líquido levantó una nube de polvo y luego se acumuló en forma de pequeño charco en una hendidura del terreno. Continuó apuntando al centro, salpicándose los dedos de los pies. Miró el fluido con atención, como si se le estuviera escapando la sangre que lo mantenía vivo. La orina era espumosa y apestaba a ginebra. En unos segundos, el charco habría desaparecido, evaporado por el sol.

El torrente disminuyó hasta convertirse en un hilo.

Echó una mano hacia atrás, lanzó una de las botellas al aire y la observó brillar bajo el sol, formando un arco poco elevado antes de estrellarse contra el suelo. Oyó cómo el cristal se hacía pedazos y vio fragmentos que saltaban en todas direcciones. Con cuidado, repitió el ritual con la segunda botella, disfrutando del sonido al zumbar en el aire y chocar contra el terreno.

Aquello estaba lleno de botellas hechas añicos. Era su pequeño campo de minas privado. La mayor parte de los pedazos se cubrían de polvo enseguida, pero los recientes lucían al sol, reflejando la luz como rayos láser.

Parpadeó con la vista fija en el desierto. Sólo llevaba fuera unos minutos, pero ya era hora de volver dentro, donde, aunque el calor no disminuiría, al menos su cuerpo no se marchitaría bajo la luz directa del sol. Su piel arrugada había ardido tan a menudo que tenía pequeñas heridas supurantes sin cicatrizar. Le escocían al entrar en contacto con el sol.

Aun así, Bob se entretuvo. No sabía lo que era, pero algo llamó su atención. Vio los pequeños arbustos de creosota, resistentes al soplo del viento, y las yucas, parecidas a palmeras enanas. Estaban justo donde tenían que estar. Lo mismo sucedía con las colinas, donde siempre, en la distancia. También las botellas rotas resplandecían como siempre. Como diamantes.

Excepto que... no, no era verdad.

Algo estaba fuera de lugar. Vio el sol brillar y centellear, pero no en el campo de minas adonde siempre lanzaba las botellas. Los reflejos que herían sus ojos estaban más apartados y hacia un lado, lejos de cualquier fragmento de vidrio que pudiera ver. Pero titilaban bajo el sol ardiente, como diamantes haciendo guiños desde debajo de uno de los arbustos de creosota. ¿Qué era aquello?

Bob frunció el ceño. Sin saber por qué, se encontró arrastrando los pies a través

del desierto, deseoso de saber qué era lo que veía. Y cuanto más se acercaba, más deprisa caminaba, casi corría. No estaba en buena forma y enseguida se quedaba sin aliento, pero corrió desnudo los últimos veinte metros hasta llegar al lugar exacto donde se ocultaban los diamantes. Entonces se detuvo y miró a sus pies.

Los diamantes eran en realidad el brillo de la purpurina esparcida sobre la piel de una mujer cuyo cuerpo destellaba sobre la tierra.

Yacía boca arriba, parcialmente cubierta por un arbusto inclinado. El cuerpo estaba tan desnudo como el suyo, pero carecía de vida y movimiento; un cadáver encogido cuya piel chamuscada se replegaba sobre sí misma, cuyos ojos estaban abiertos pero reducidos a dos pequeñas bolas, el cabello rubio estaba blanqueado por el polvo, la boca abierta en un grito silencioso mientras los escarabajos del desierto avanzaban en procesión para ingerir su carne desde el interior del cadáver.

Resultaba casi imposible pensar que aquello había sido humano y hermoso.

Bob cayó de rodillas.

Ella lo estaba mirando, y sus labios, despojados de cualquier color, dibujaban una sonrisa. Extendió la mano para tocar su piel tímidamente, como si temiera que la mujer despertara de repente y se aferrase a él. Pero no se movió. Su piel tenía el tacto del papel de lija.

De repente vio que su cara se movía. Era como una pesadilla. ¡No podía estar viva! Bob la miró con horror, abrió la boca y un grito silencioso se elevó desde sus entrañas, mientras una enorme cucaracha se abría camino por la nariz del cadáver y meneaba las antenas ante sus ojos. Caminó hacia atrás dando traspiés y se echó a correr. No se dirigió a su caravana, sino que dio media vuelta y se apresuró torpemente hacia la carretera. Se le cayeron las sandalias. El suelo rocoso del desierto le arañaba y le cortaba los pies, por lo que a cada paso dejaba un rastro de sangre. Pero siguió corriendo, sin reducir la marcha ni mirar atrás, como si el fantasma de la chica le pisara los talones.

## Capítulo 34

Serena Dial, de la oficina del sheriff del condado de Clark, se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz y observó el cadáver.

—Precioso.

No se lo decía a nadie en particular. En realidad, no había nada en la escena que pudiera calificarse de precioso. Odiaba los cadáveres del desierto. Todos parecían tener un millón de años y, a veces, si llegabas después de la visita de los pájaros y las alimañas, los encontrabas mordisqueados, sin ojos, les faltaban trozos de carne... visiones que reaparecían en las pesadillas. Normalmente veía gente muerta con cuchillos clavados en la espalda o con heridas de bala, que, una vez superado el impacto de la sangre, no eran tan duros para el estómago. Al menos, el cadáver seguía pareciendo un cuerpo. No como eso.

Una mujer, sin duda. Era bastante fácil de determinar. El sol causaba estragos en quienes tenían la mala fortuna de yacer sin vida en el desierto, pero no se tenía noticia de que hiciera desaparecer los pechos. Los pechos, por su parte, se deshinchaban por completo. Sin embargo, ese cadáver los conservaba en buen estado, lo cual era un aspecto a considerar. Además, el cuerpo parecía brillar bajo el sol, titilando ante ella. Eso también era interesante.

Serena se apoyó en las rodillas y las manos y se acercó al cuerpo, observándolo desde un dedo o dos de distancia, sin tocarlo. Observó los pies de la chica, subió hacia las piernas, se detuvo durante más tiempo del deseado en su entrepierna, luego el estómago, los pechos y, finalmente, el rostro y los labios, que parecían preparados para darle un macabro beso.

Serena se levantó, sacó una grabadora digital de su bolsillo y dictó varias notas.

El viento alborotaba sus cabellos negros, suntuosos y largos hasta los hombros. Tenía una figura escultural, como una bailarina de *striptease*, que era por lo que la tomaban la mayoría de los forasteros en Las Vegas cuando la conocían. Había optado por llevar la placa a la vista, lo que tendía a truncar los indeseados intentos de las ratas de convenciones con unas copas de más. Serena medía metro ochenta de altura, era ágil y estaba bien proporcionada. Su intensa rutina de trabajo había moldeado un cuerpo fuerte y musculoso y su piel lucía un tono dorado, ya que pasaba la mayor parte de la jornada laboral bajo un sol de justicia. Aquel día llevaba una camiseta blanca sin mangas, metida por dentro de unos vaqueros ajustados y desteñidos.

Serena tenía treinta y cinco años. Sus ojos, normalmente ocultos tras los vidrios color albaricoque de unas gafas de sol, eran verde esmeralda. Su boca era pequeña; los labios, pálidos, y una suave curva daba forma a su barbilla. No parecía una jovencita y nunca lo había parecido. Desde su adolescencia, siempre había tenido el mismo aspecto que ahora: el de una mujer adulta y hermosa. Recientemente, su edad

comenzaba a ponerse a la altura de la imagen que había transmitido toda su vida. Y, a ratos perdidos, se preguntaba qué aspecto tendría cuando los años se le comenzaran a adelantar.

Probablemente, la chica que estaba a sus pies se había preguntado lo mismo. Pero ella ya no lo averiguaría. Porque aquella chica ya no podía verse.

—Edad —dijo Serena a la grabadora—: Tendremos que esperar al médico forense para dictaminarla, pero creo que poco más de veinte. La causa de la muerte parece ser un fuerte golpe en la cabeza. Tiene sangre apelmazada en el pelo, en la parte trasera del cráneo. Aunque no he movido el cuerpo, parece que el cráneo puede estar hundido. Cabello: originalmente negro, teñido de rubio.

Serena escudriñó el suelo del desierto donde yacía el cadáver.

—No la mataron aquí: no hay suficiente sangre en el suelo. El autor o autores materiales trasladaron el cuerpo hasta aquí. El cadáver está desnudo, pero sin signos evidentes de agresión sexual: sin marcas en la zona pélvica, ni uñas rotas, arañazos u otras heridas. Comprobaremos si ha sido violada. Hora de la muerte: imposible establecerla. Me pregunto si el forense podrá llegar a averiguarlo. Al menos un par de días, creo. No está rígido. Tenemos suerte de que no haya sido pasto de los buitres.

Se le ocurrió una idea. Con cautela, apretó con un dedo el pecho arrugado de la chica muerta.

—Naturalmente —se dijo a sí misma, levantándose de nuevo.

Serena continuó tomando notas.

Orificios en las orejas pero ningún pendiente. Ni reloj, ni anillos. Uñas de las manos y de los pies pintadas de rojo. Restos de maquillaje en el rostro. Purpurina en la mayor parte del cuerpo.

Oyó unos pasos que se acercaban y luego una voz que la llamaba.

—*Hola*<sup>[1]</sup>.

—Vigila dónde pisas, Cordy —dijo Serena sin darse la vuelta.

Tampoco importaba mucho. Había llevado a cabo otras investigaciones en el desierto y rara vez ofrecían pistas. No era de extrañar que a los gánsteres de Las Vegas les gustase dejar a sus víctimas en el Mojave, donde acababan pudriéndose. Cordy fingió ofenderse.

—¿Por quién me tomas? ¿Por un novato?

Cordero Elías Ángel era su compañero desde hacía seis meses. Serena cambiaba de compañero constantemente y su fama de persona difícil había llegado hasta los oídos de su teniente. Pero Cordy parecía tener mucho aguante. Daba de sí todo cuanto podía, hacía lo que le ordenaban y no había realizado un solo gesto de acercamiento a ella. Cordy prefería a las chicas bajitas, rubias y jóvenes, y ella no era ninguna de esas tres cosas. Además, él era quince centímetros más bajo y tenía seis años menos que Serena. Su relación carecía de romanticismo.

Gracias a su físico, a Serena no le faltaban las proposiciones. Pero cuando bajaba la guardia y accedía a tener una cita, ésta solía terminar muy pronto. Su estilo directo espantaba a los posibles pretendientes. Hacía años que no tenía relaciones sexuales, y se decía a sí misma que no lo echaba de menos.

Por el contrario, Cordy disfrutaba de una vida social muy activa. En el poco tiempo que llevaban juntos, le había visto con seis mujeres distintas, todas ellas de entre veinte y veintitrés años. Ninguna duraba más allá de los primeros ejercicios de gimnasia en la cama. Para al menos dos de ellas habían sido su primera experiencia sexual, o eso afirmaba Cordy. Serena lo encontraba repugnante y se lo hizo saber. Cordy se limitó a sonreír y ella prefirió zanjar la cuestión a remover viejos fantasmas.

Aunque tenía un físico muy compacto, en conjunto era atractivo y siempre vestía de forma impecable. Aquel día llevaba una camisa floreada de Tommy Bahama y pantalones negros de seda. Cordy tenía el pelo negro azabache y se lo peinaba hacia atrás con gomina. Su piel era de un tono oscuro, del color del aceite de oliva virgen. Sus dientes blancos contrastaban con su piel hispana y sus rapaces ojos castaños.

Serena señaló la caravana con el pulgar.

—¿Quién es?

—¡Ah!, un viejo patético. No es tan mayor como aparenta, pero está de capa caída, ¿sabes? Se pasa las noches colgado de una botella de ginebra. ¿Ves todos esos cristales rotos? Arroja ahí las botellas cuando se las acaba.

Serena tomó nota del amplio terreno sembrado de trozos de cristal que había detrás de la caravana.

—Asegúrate de que el equipo de forenses examine con cuidado los fragmentos de vidrio. Si nuestro repartidor se cortó cuando desplazaba el cadáver, tal vez consigamos un poco de sangre.

—Ajá... —contestó Cordy.

—Es posible que dentro de unos meses encontremos a Jerky Bob pudriéndose en la caravana —dijo Serena—. ¿Ha llamado él?

Cordy negó con la cabeza.

—Al ver el cadáver, le ha dado un ataque. Se echó a correr hacia la carretera, desnudo. Un motorista lo vio y telefoneó. Cuando el coche patrulla llegó empezó a farfullar cosas ininteligibles sobre un cadáver viviente.

—¿Conoce a la chica?

Cordy negó con la cabeza.

—No, asegura que no la conocía. Vio el cadáver al salir de la caravana para echar una meada. Sorpresa.

—¿Y el tiempo? ¿Tiene alguna idea de cuándo pueden haber dejado el paquetito? ¿Oyó o vio algo?

—El tío no oyó nada. *Nada*. Llevaba al menos dos días sin conocimiento, quizá

tres. Así que podría haber sido en cualquier momento.

Serena suspiró.

—Fantástico.

—En fin, no hay gran cosa para continuar, me parece a mí.

—Supongo que habrás buscado restos de sangre en la caravana —dijo ella.

—Por supuesto. Le sangraban los pies porque iba descalzo, pero no había bastante sangre como para que a alguien le hubieran dado un porrazo en la cabeza. Y créeme: nadie ha limpiado ese antro desde hace tiempo. A menos que se asfixiara por el hedor, la chica no murió allí dentro. Aunque deberías echarle un vistazo a la cecina. Me ha dado un trozo: pavo *cajún*, creo que era. Está bueno, si puedes soportar el olor.

—De regreso a la ciudad, cuando tengas que parar en el arcén para vomitar en pleno desierto, desearás no haberla probado.

—Soy mexicano, y tengo un estómago de hierro. Chiles, mamita.

Cordy se golpeó el pecho.

Serena sacudió la cabeza.

—Salmonela, cariño. Y no es sólo para los gringos.

—Olvídalo. Quería ver si escondía algo en el frigorífico pero no tenemos una orden. Así que, a partir de un trozo de cecina, sé que en esas cajas de zapatos no hay más que carne seca.

—Me impresionas, cariño. De verdad.

Serena echó otro vistazo al cuerpo, y deseó poder cubrirlo y proporcionar a la chica un poco de dignidad. Las Vegas ofrecía una buena ración de crímenes extraños y hacía tiempo que no le sorprendía nada de cuanto encontraba en esa ciudad. Una vez hizo desnudar a una sospechosa para registrarla y descubrió, después de que le mostrara sus impresionantes pechos, que la chica era un travestido con un equipamiento descomunal. Había investigado la muerte de un enano al que dos adolescentes sedientos de emociones fuertes habían puesto en un potro de fabricación casera y habían tironeado de sus extremidades hasta matarlo. Había arrestado a un hombre por pasearse desnudo por el centro arrastrando dos cabras. Había estado aquí y allá ocupándose de cosas raras, gente estúpida y mentes enfermas. Pero muy de vez en cuando se veía envuelta en un caso en que su instinto le aseguraba haber tropezado con algo profundo, oscuro y misterioso. Y eso era exactamente lo que su sexto sentido le comunicaba ahora.

Pero había algo más. Sentía un dolor especial cuando trabajaba en un caso relacionado con el asesinato de una joven. Le recordaba demasiado los años de su propia adolescencia en Phoenix y se daba cuenta de que, si algo en su pasado hubiera ocurrido de otra forma, aquel cuerpo desnudo que yacía en el desierto podría muy bien haber sido el de ella misma.

—¿Cómo te llamas, encanto? —murmuró Serena entre dientes mientras contemplaba el cuerpo de la chica.

—Parece que ha llegado la caballería —dijo Cordy. Señaló la carretera, por la que comenzaba a llegar un torrente de vehículos médicos y policiales—. Dime que no nos quedaremos aquí fuera tostándonos cinco horas mientras escarban entre las piedras.

Serena negó con la cabeza.

—Acordonaremos la zona y pasaremos el caso a Neuss. Le irá bien una tarde bajo el sol. Hablaremos con el forense por si encuentra algo en el cadáver que se nos haya pasado por alto. Y luego nos marcharemos de aquí e intentaremos identificar a esta chica.

—¿Quieres decirme cómo piensas identificar un cuerpo que nadie va a reconocer?

—Bueno, primero pedirás al departamento que nos mande por fax las denuncias locales de personas desaparecidas en las dos últimas semanas; mujeres blancas de entre trece y treinta años.

—Ajá. ¿Lo quieres encuadrado o en CD-ROM?

—He dicho dos semanas, Cordy; no dos años. De todas maneras, me sorprendería encontrar algo.

—¿Por qué?

—Sospecho que se movía por círculos en los que una desaparición no se considera algo inhabitual —dijo Serena.

—Ajá. Entonces, ¿qué hacemos?

—Pues visitar algunos clubes de *striptease*.

Cordy aulló.

—Hoy es mi día, mamita. ¿Crees que la chavala era bailarina de *striptease*? Espero que tuviera mejor aspecto que ahora. Si vas a un club y ves a eso desnudándose, seguro que vuelves a casa para siempre con tu mujer, ¿no crees?

—Cállate, Cordy.

—Está bien, pero, ¿qué me he perdido? ¿Has encontrado un carné del sindicato de bailarinas o algo así? ¿Por qué estás tan segura de que practicaba danzas eróticas?

Serena se encogió de hombros.

—Lleva implantes en los pechos, por eso no están hundidos. La zona púbica está bien afeitada y sólo hay una franja vertical de vello. Hay restos de purpurina en sus pechos y muslos y lleva un pequeño corazón tatuado en el pecho izquierdo. Si reunimos todos estos datos, yo diría que la chica es de las que dan vueltas alrededor de una barra metálica.

—Ajá.

—Eso nos limita a unos cuatrocientos garitos. Sin mencionar los servicios a domicilio.

—He dicho bailarina, no prostituta. Las prostitutas no se preocupan de ponerse

purpurina, cariño. O implantes. Eso es para los espectáculos. Empezaremos por los sitios más conocidos, espero que la chica fuese lo bastante buena meneando la pelvis como para trabajar en uno de ellos.

Cordy sonrió.

—Tú eres la jefa. Si tengo que pasarme el día hablando con mujeres que se dedican a desnudarse en los clubes, así sea.



## Capítulo 35

Los ojos de Serena se adaptaron poco a poco a la oscuridad del club. El ambiente estaba lleno de humo y vagamente perfumado. La música *rock* rugía a través de unos altavoces ocultos con un ritmo aplastante que hacía vibrar el suelo. Las paredes del apretado vestíbulo estaban cubiertas por un panel de madera oscura. Una puerta tapizada de rojo los separaba del interior del club y junto a la puerta había una plataforma con un cuadro erótico chino colgado en la parte de atrás, en el muro. Al entrar, un hombre descomunal con traje gris les señaló la puerta roja y se plantó ante ellos con una sonrisa. Tenía el pelo rubio y rizado y lucía un espeso bigote.

Miró a Cordy sin interés y luego sus ojos se detuvieron en Serena, repasándola de los pies a la cabeza.

—Para ti es gratis, preciosa. Para Dudley Moore son 24,95 dólares.

El gorila sonrió a Cordy y a Serena le pareció que las orejas de su compañero echaban humo.

—No somos clientes —dijo Serena al tiempo que mostraba su placa—. Somos del departamento del sheriff del condado de Clark. Estamos investigando un asesinato.

La sonrisa se desvaneció del rostro del gorila y fue reemplazada por una fría indiferencia.

—¿De quién? —preguntó el hombre mientras encogía sus anchos hombros.

—Eso es lo que intentamos averiguar. Se trata de una mujer sin identificar encontrada en el desierto con la parte posterior del cráneo destrozada. Creemos que tal vez trabajaba en un club.

Cordy se sacó una fotografía Polaroid de la chaqueta y se la enseñó a Superman.

—¿Reconoce a esta chica?

Serena observó la reacción del tipo, y vio que su rostro palidecía y que una mueca involuntaria tensaba su rostro.

—¿Cuándo dejó el negocio? ¿En 1940?

—Cuando se quede tirado unos días en el desierto, asegúrese de llevar crema protectora —dijo Serena—. ¿La reconoce?

—No.

—¿Alguna de sus chicas ha desaparecido últimamente?

El hombre se rió con una carcajada atronadora.

—¿Me toma el pelo? Las chicas entran y salen cada semana, todos los días. Esto no es un trabajo para hacer carrera, ¿sabe?

—Hablamos sólo de los últimos días —dijo Serena.

Odiaba a los tipos como ése. Utilizaban a las chicas. Consumían carne fresca y luego la escupían otra vez a la calle cuando había perdido su valor.

—La respuesta es no.

—¿Y los tatuajes? ¿Tiene a alguna chica con un corazón tatuado en el pecho izquierdo?

—¿Tatuajes? Tenemos dragones, gatitos, novios, alambres de espino, girasoles y a Dwight Yoakam, pero ningún corazón.

—¿Está seguro? —preguntó Serena.

El hombre sonrió.

—Los he visto todos.

—Estoy seguro de que no le importará que hablemos con las chicas —dijo Cordy.

—¿Tienen una orden?

—No necesitamos una orden para hablar —contestó Serena—. Por otra parte, si quiere que consigamos una y resulta que encontramos drogas en algún rincón... En fin, eso no sería bueno para el negocio, ¿no es cierto?

—De acuerdo, pero no se entretengan —replicó el hombre con cara de pocos amigos—. Algunas chicas pueden parecerles jóvenes, pero todas han cumplido los dieciocho, ¿vale? He comprobado sus carnés.

—Claro —dijo Serena.

A los dieciséis años, con un carné falso, había entrado en los clubes con suma facilidad. Pero aquello fue en los malos tiempos.

Atravesaron la puerta roja y entraron en el club. Parecía y sonaba idéntico a los otros siete que ya habían visitado aquel día. La música, que ya se oía bastante fuerte en la entrada, era ensordecedora en el interior. En el centro del club sobresalía una gran pasarela elevada, interrumpida por brillantes barras metálicas que llegaban hasta el techo. Mesas estrechas y alargadas rodeaban la pasarela, con taburetes bajos apiñados de lado a lado junto a las mesas. La mayor parte de la acción tenía lugar en la pasarela, pero también había tres escenarios bajos, rodeados por bancos circulares, repartidos por el club. Había cabinas forradas de púrpura pegadas a las paredes. El resto del espacio estaba repleto de mesas para cenar y beber.

El club apestaba a cerveza y feromonas. Había una especie de neblina adherida al techo, donde se arremolinaba el humo de los cigarros.

Serena contó a unos treinta hombres, que incluían desde universitarios cachondos con camiseta hasta viejos trajeados, pasando por una mezcla de tipos raros y borrachos. Algunos estaban completamente absortos, gritando y silbando mientras intentaban acercarse lo máximo posible para manosear a las chicas sin salir escaldados. Otros estaban sobrecogidos, con la boca abierta y cara de estúpidos. Y algunos permanecían sentados mientras bebían y observaban con los ojos entornados. Ésos eran los que más miedo infundían: los que no mostraban emoción alguna.

Serena sintió la misma sensación de claustrofobia que en los otros clubes. Miró hacia abajo sin querer, esperando ver su propio cuerpo expuesto y preguntándose cómo sería intercambiar los papeles con aquellas chicas. Ella era la única mujer del

club, aparte de un par de camareras, que llevaba puesto algo más que las bragas. No resultaba sorprendente que no llamara la atención, excepto a un puñado de hombres que no esperaban ver allí a ninguna mujer que no estuviera desnuda. Los que la miraban lo hacían con la misma expresión que a las chicas del escenario: como si estuvieran calculando su precio. A Serena todo aquello le producía náuseas.

Observó los rostros de las jóvenes que desfilaban por la pasarela, mirando más allá de sus sonrisas de plástico. Sus caras reflejaban la edad que tenían. Cuanto más se maquillaban, más intentaban disimular. En el ambiente oscuro y cargado de humo del club, solía dar resultado, porque la mayor parte de los hombres no se molestaba en mirarlas a la cara. Pero Serena podía adivinarlo. Podía mirarlas a los ojos y leer sus secretos. Era un gremio muy bien pagado, donde las chicas eran muy jóvenes y todavía no estaban devastadas por el alcohol y el abuso de drogas. Aquí, una chica aún podía engañarse y creer que acabaría haciéndose rica, como una nueva Jenna Jameson<sup>[2]</sup>. Pero Serena había visto demasiados rostros gastados durante su carrera profesional, encaramados en lo alto de un cuerpo todavía terso; hasta que, finalmente, el cuerpo también sucumbía y entonces comenzaban a caer en picado.

Se acordaba de cuando llegó a la ciudad, a los dieciséis años, con una amiga; ambas escapaban de sus vidas en Phoenix. Serena consiguió trabajo en uno de los casinos. Su amiga acabó en un club, como bailarina de *striptease*. Intentó convencer a Serena de que también ella lo hiciera; pagaban mejor y resultaba tentador. Pero Serena ya había visto a bastantes hombres ante los que no podía imaginarse desfilando. Mejor para ella. Su amiga se mudó a un apartamento más bonito, trabajó en un par de películas porno de bajo presupuesto y al final contrajo el sida. A los veintidós años tuvo una muerte espantosa.

La chica del desierto estaba muerta. Su amiga estaba muerta. A veces, Serena se sentía culpable por haber sobrevivido.

Una ovación se elevó desde los escenarios adyacentes. Serena y Cordy se acercaron y vieron que se abría un agujero en el centro del más pequeño. Poco a poco, asomando por el hueco, vieron dos brazos negros moviéndose al ritmo de la música con gestos sensuales. La chica hizo su aparición centímetro a centímetro, a medida que la plataforma ascendía de debajo del suelo. Sus largos brazos continuaban moviéndose y Serena vio su cabello negro y su rostro esculpido de ébano. Aquella muchacha era perfecta y asombrosa, apenas debía de tener dieciocho años. Serena vio en su mirada que era una incorporación reciente: la chica todavía se sentía excitada por el hipnótico hechizo que ejercía y por los aullidos guturales de los hombres. También ella disfrutaba, y los tipos lo sabían. No había nada más excitante que una chica que intentaba provocarles en lugar de seguirles el juego, hastiada. Los hombres percibían la diferencia, y en aquella chica la veían.

Alguien gritó:

—¡Lavender!

La chica se volvió hacia el hombre que había gritado su nombre, le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa con sus labios carnosos. No cesó de bailar durante todo el tiempo a medida que su cuerpo iba saliendo a la vista. Llevaba una combinación con tirantes finos de un rojo rubí que contrastaba con su piel azabache. Sus pechos parecían a punto de hacer reventar el encaje. El vaivén de la tela dejaba al descubierto su terso vientre y un tanga. Sus piernas, suaves y esbeltas, desembocaban en unos zapatos rojo sangre con un tacón de siete centímetros.

—Vuelve a meter la lengua en la boca —le dijo Serena a Cordy.

—Muy fuerte, mamita —susurró él.

—¿Te refieres a cómo pega el sol en el sur? —preguntó Serena con una sonrisa cínica.

Cordy no pudo contestar. Estaba paralizado, contemplando a Lavender mientras ésta se desabrochaba los botones uno a uno y se iba abriendo el escote.

—¿Qué pasa, Cordy? Creía que a ti te gustaban las rubias bajitas.

—La mejor salsa se hace con diferentes chiles —dijo Cordy.

—¿Qué es eso, un proverbio mexicano?

—No, es mi nueva filosofía de vida.

Serena vio que, finalmente, Lavender mostraba sus enormes pezones, duros como balas. La chica se apretó los pechos desnudos con las manos y la multitud gritó.

—Vamos, don Juan, tenemos que meternos entre bastidores.

Serena arrastró a Cordy, que torció el cuello para seguir mirando a Lavender, hasta la parte de atrás del club, donde el rótulo de otra puerta tapizada rezaba: «Sólo artistas». Al frente estaba un vigilante negro cachas con cara de «no intentes joderme». Serena le explicó que necesitaban hablar con las chicas y él estudió sus placas antes de hacerse a un lado de mala gana.

Cordy sonrió dulcemente al pasar junto al vigilante.

—¿Les dará vergüenza a las chicas que un hombre entre ahí?

Serena se rió, pero el vigilante no.

Bajaron unos escalones y entraron en el camerino, que parecía un hormiguero en plena actividad, con al menos diez chicas en diferentes grados de desnudez. Algunas se ajustaban los pechos en sus escasos trajes, listas para salir al escenario; otras se sentaban pacientemente ante los espejos iluminados y se aplicaban maquillaje, y las que ya habían acabado su turno se ponían de nuevo la ropa de calle. Prestaron poca atención a Cordy y Serena, aunque un par de chicas obsequiaron a Cordy con una sonrisa insinuante que él les devolvió.

Serena comenzó por las tres muchachas que se preparaban para abandonar el club. Una de ellas ya estaba vestida; la segunda llevaba vaqueros y sujetador negro; la tercera, pelirroja natural, estaba desnuda.

—Chicas, queremos haceros unas preguntas —dijo Serena.

Las jóvenes, que reían y charlaban en voz alta, se callaron de golpe. Una de ellas se encogió de hombros mostrando indiferencia. La pelirroja, al ver a Cordy, se colocó de manera que todo su cuerpo quedara a la vista, incluso el recortado montículo de color caoba que tenía entre las piernas. Le miró fijamente a los ojos y sonrió, animándole a mirar hacia abajo. Cordy se resistió, aunque Serena sabía que aquello lo estaba matando.

Serena les explicó por qué se encontraban allí y describió a la chica muerta en rasgos generales, mencionando el tatuaje del corazón en el pecho. No bien se enteraron de lo del asesinato, la actitud de las chicas cambió. Trabajaban en un mundo que atraía a más de un enfermo, y cuando mataban a una de las suyas todas se preguntaban inmediatamente quién lo habría hecho y si serían las siguientes en la lista del asesino.

—¿Qué me decís? —preguntó Serena—. ¿La conocéis?

Se miraron unas a otras.

—Las chicas vienen y van —dijo la pelirroja, acariciándose un pecho con aire despreocupado—. Quiero decir que esa descripción podría encajar con cientos de chicas que trabajan en varios clubes.

—¿Y el tatuaje? —preguntó Cordy.

Todas negaron con la cabeza. Los dos agentes se habían encontrado con lo mismo durante todo el día: las chicas vienen y van. ¿Quién sabe quién entra hoy y quién se va al día siguiente? Y hay tantas que son jóvenes y medio rubias...

Interrogaron a las otras chicas del vestuario y obtuvieron la misma respuesta de cada una.

Estaban a punto de marcharse y dirigirse al próximo club de la lista cuando Cordy señaló la plataforma elevadora, que ahora regresaba lentamente al suelo con Lavender encima de ella, manteniendo el equilibrio con cuidado para no caerse. La bailarina negra saltó al suelo y la plataforma volvió al escenario circular de la superficie. Estaba desnuda, excepto por el pequeño tanga, rebosante de dinero. Sus pechos se zarandearon al ritmo de sus pasos, mientras los tacones tamborileaban sobre las baldosas. Se detuvo frente a una máquina de refrescos y extrajo un dólar de su cintura. Se compró una Coca-Cola Light, abrió la lata y dio un largo trago. Entonces, sus ojos se posaron en Serena y Cordy.

—¿Y vosotros dos qué queréis? —dijo Lavender.

—Son policías —contestó la pelirroja amablemente. Ahora iba vestida con un ceñido top de espalda descubierta y pantalones de piel—. Buscan a una chica perdida.

—Todas estamos perdidas —dijo Lavender.

Cordy no fingió apartar su mirada del cuerpo de la chica. La miró a los ojos y, lentamente, dejó que su vista recorriera aquella larga extensión de piel desnuda,

deteniéndose en los lugares más interesantes. Lavender tenía una sonrisa divertida en el rostro.

—Los tíos pagan bastante para ver esto —dijo ella—. ¿Qué te hace pensar que los polis pueden mirar gratis?

—Si cenas conmigo, ya no será gratis —repuso Cordy—. ¿Qué contestas?

Serena puso los ojos en blanco. Lavender se rió.

—¿Tienes la polla tan grande como los cojones?

—Sólo hay un modo de saberlo —dijo Cordy.

Lavender miró a Serena.

—¿Quieres decir que no sois pareja? Yo no me meto en rollos de tres.

—Somos compañeros, nada más —dijo Serena mientras le daba un fuerte codazo a Cordy—. Y después de hoy, quizá ni siquiera eso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lavender, mirando a Cordy otra vez.

Serena se daba cuenta de que la chica estaba interesada. Era raro ver el magnetismo de Cordy en acción. Ella no lo sentía, pero muchas chicas sí.

—Puedes llamarme Cordy.

—Soy unos centímetros más alta que tú, Cordy. No me gustaría hacerte daño sin querer.

Sus labios dibujaron una sonrisa burlona.

—No puedes hacer daño a nadie si estás atada —la provocó Cordy.

—Muy bien, ya basta, chicos y chicas —dijo Serena—. *No más*, Cordy, ¿me oyes?

—¿El viernes por la noche? —continuó Cordy, sonriendo a Lavender.

Ésta se encogió de hombros, como dando a entender que aceptaba.

—De acuerdo, espabilado. Tú ganas. Recógeme aquí a las ocho en punto. Tendremos seis horas hasta mi siguiente turno.

Serena suspiró.

—Fantástico, muy romántico. Mientras tanto, tenemos a una chica muerta e intentamos averiguar quién es.

—Las chicas entran y salen sin parar —dijo Lavender.

—Lo sé. Ésta entró y salió. Metro setenta y cinco, cabello negro teñido de rubio, entre diecisiete y veinticinco años, o eso creemos. Probablemente llevaba desaparecida dos o tres días.

—Podría ser cualquiera —dijo Lavender.

Cordy extendió la mano y con el índice rozó a Lavender por debajo de su pezón izquierdo.

—Llevaba un corazón tatuado precisamente por aquí.

Diablos, el tío era bueno. A veces Serena se sentía como un robot; era testigo de todo el sexo que bullía en aquella ciudad, pero nunca la excitaba nada.

Sabía cómo la llamaban los demás policías: Barb. No era un diminutivo de Barbara, sino de Barbed Wire: la muchacha de la valla protectora y el cartel de «No pasar». Y la culpa era sólo suya. Incluso cuando se sentía atraída por un hombre, normalmente encontraba el modo de dejarle sufriendo en el otro lado, en lugar de dejarle entrar. A veces envidiaba a Cordy, hacía que todo pareciera tan fácil...

—¿Un corazón? —preguntó Lavender despacio.

Serena vio algo en los ojos de la muchacha. Por primera vez en todo el día, notó que el pulso se le aceleraba.

—¿La conocías? —preguntó Serena. Lavender se mordió el labio inferior.

—Puede ser. En el último club donde trabajé había una chica con un tatuaje como ése, y encaja con la descripción.

—¿Cómo se llamaba?

—Christi. Christi Katt. O sea, me imagino que era un nombre falso, ¿vale? Igual que yo no me llamo Lavender, en realidad. Y si algún día te digo mi verdadero nombre, es que te conozco demasiado.

—¿Qué club era? —preguntó Cordy.

—El Thrill Palace. En Boulder, Strip.

Serena lo conocía.

—¿Sabes dónde vivía esa chica?

—Tenía un apartamento en un sitio de mala muerte cerca del aeropuerto. Oh, mierda, ¿cómo se llamaba? Trotamundos, creo. Sí, Apartamentos Trotamundos. Adecuado, ¿eh? Seguro que allí casi todo son alquileres semanales. Hasta puede que diarios.

—¿Te acuerdas bien de ella?

—No mucho. No era muy habladora. Llegaba y hacía su trabajo. Todas las chicas nos hicimos amigas, menos ella.

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Serena.

—Cuando dejé el club —dijo Lavender—, hace un mes.

De mala gana, Cordy sacó la foto de su bolsillo.

—¿Podría ser ella?

Lavender miró la fotografía y cerró inmediatamente los ojos, apartando la vista. Volvió a abrirlos y echó otro vistazo rápido.

—¡Joder! Esto es una mierda. Nadie se merece acabar así, nadie.

—¿Podría ser ella?

Lavender pestañeó.

—Podría ser. No lo sé. ¿Quién podría decirlo? Christi era muy guapa, no como esa cosa. Diablos, era casi tan sexy como yo. Si es que es ella... vaya, joder.

Sacudió la cabeza y le dio la vuelta a la foto.

—Gracias, Lavender —le dijo Serena—. Has sido de gran ayuda.

Cordy le guiñó un ojo.

—*Gracias*. Nos vemos el viernes.

—¡Eh!, tú ya me has visto, espabilado —dijo Lavender—. El viernes te veré yo a ti.



## Capítulo 36

Salieron de la I-15 en la avenida Tropicana y esperaron con impaciencia en el semáforo de Las Vegas Boulevard. A la derecha estaba el falso castillo artúrico del Hotel Excalibur y, a la izquierda, el falso perfil de Manhattan del New York New York. Alrededor de una falsa estatua de la Libertad, unos barcos contra incendios en miniatura escupían agua.

Parte de ella rociaba la calle y Serena sintió la humedad en su mejilla. Era agradable notar el agua fresca. Echó un vistazo a las hordas de turistas que pululaban ahí fuera, en la pesada atmósfera de última hora de la tarde, tomándose un respiro antes de perder su dinero en el interior. Parecían tener calor, pues no paraban de secarse la frente y de tirar del cuello de sus camisas. Incluso con el sol oculto tras las montañas, la temperatura era de treinta y dos grados.

El semáforo cambió. Pasaron por MGM Grand y giraron a la izquierda en Koval Lane. Serena giró otra vez a la derecha y, casi de inmediato, salieron del deslumbrante mundo del Strip y se encontraron en un barrio sórdido, ocupado por casas de dos dormitorios con barrotes en las ventanas. Estaba poblado por la mezcla de razas que vivía en Las Vegas: negros, mexicanos, indios e inmigrantes de una docena de países que soportaban trabajos mal pagados en el sector de servicios de los casinos. No era una zona con un alto índice de criminalidad, sobre todo comparada con Naked City, junto a la Stratosphere, donde se cometía la mayor parte de los asesinatos de la ciudad. Todavía había ancianas caminando solas por la calle, empujando carros con la compra hasta su casa. Los niños jugaban en los patios, atormentando escorpiones con un palo.

Un kilómetro más adelante encontraron los Apartamentos Trotamundos, un edificio de dos pisos de estuco blanco agrietado, dispuesto como un motel. Los apartamentos de la planta baja daban al aparcamiento y, un poco más arriba, los del segundo piso daban a un estrecho pasillo con una barandilla oxidada. Todas las ventanas tenían echadas las gruesas cortinas y las puertas desconchadas de color azul marino estaban cerradas a cal y canto.

Por un momento, mientras contemplaba el edificio, Serena volvió a ser la adolescente que vivía en un apartamento de Phoenix. Sintió un escalofrío a pesar del calor sofocante. Las imágenes la asaltaban como flashes. Los ojos mortecinos de su madre, observándola. El tatuaje del lagarto en el pecho del hombre, contoneando su lengua rosa hacia ella. Después, agua marrón goteando por la alcachofa de la ducha.

Serena respiró con dificultad y se sacudió el pasado de encima.

—No sé... —dijo—. Me imaginaba a esa chica en un sitio con más clase. Creo que podría haberse permitido algo mejor que esto si trabajaba en el Thrill Palace.

«A no ser que fuese alcohólica —pensó luego—. O adicta».

—A lo mejor se escondía de alguien —dijo Cordy.

Serena se encogió de hombros.

—Busquemos al encargado.

El apartamento más cercano, en la planta baja, tenía una puerta abierta que conducía a un pequeño vestíbulo lleno de buzones. Pasaron junto a un hombre bajo y calvo de unos cincuenta años, en pantalón corto y sin camisa, que echaba un vistazo a su correo mientras se alejaba tranquilamente de la estancia. Ni siquiera los miró. Serena le vio elegir un *Penthouse* y empezar a hojearlo. Entraron en la oficina de los apartamentos, abarrotada, cuyos buzones se alineaban en una pared y las máquinas de refrescos y chocolatinas en la otra.

Al fondo de la habitación había un mostrador con un timbre y al otro lado había una puerta cerrada decorada con un calendario de desnudos. Encima del mostrador había algunas páginas sueltas del periódico de la mañana; una de ellas mostraba la sección de anuncios clasificados y la otra las tiras cómicas. Un plato de plástico con restos de *donut* descansaba encima del periódico, atrayendo a las moscas. Cordy pulsó el timbre y oyeron su sonido amortiguado al otro lado de la puerta. Nadie salió a recibirlos. Cordy volvió a pulsar el timbre y lo mantuvo apretado, hasta que oyeron unos pasos en el interior. La puerta se abrió de golpe. Un chico de unos veinte años, con pendientes en las dos orejas, pelo largo color ceniza y patillas los miró. Era alto y delgado, de cara angosta y salpicada de granos y pecho prominente. Al igual que el inquilino que habían visto, vestía pantalón corto sin camisa.

—¿Sí?

No parecía muy contento con la interrupción. Serena oyó ruido dentro de la habitación y supuso que el chico no estaba solo.

—Queremos un apartamento, muchacho —dijo Cordy—. ¿Por qué no nos enseñas el jacuzzi y las pistas de tenis?

—¿De qué coño vas? —dijo el chico.

Serena sonrió.

—¿Eres el encargado?

—Sí, ¿qué pasa?

—Somos polis. ¿Vive aquí una mujer llamada Christi Katt?

—Sí, ¿qué pasa? —repitió.

—Pues que vas a abandonar esta actitud y a darnos la llave. ¿De acuerdo?

Cordy sonrió.

—Ya nos enseñarás la piscina luego.

El chico sacudió la cabeza.

—Jodidos policías... Tíos, sois la hostia. Vale, muy bien, apartamento 204. Hace un año que vive aquí. Está buenísima, ¿sabéis? Es mucho más guay que toda la basura que tenemos por aquí.

Miró nervioso por encima de su hombro; era evidente que se preguntaba si su acompañante lo habría oído.

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Serena.

—No sé —dijo el chico—. Hace unos días, creo.

—Pero no los dos últimos días.

—No, hace más, ¿vale?

Cordy paseó la mirada por los buzones y encontró el del apartamento 204.

—Ahí hay mucho correo.

—¿No os lo dije? A lo mejor se ha ido con alguien a vivir a otra parte.

—¿La has visto con alguien últimamente? ¿Amigos, amigas o algo así?

Serena estudió su mirada, intentando reconocer el indicio de una mentira.

—Es muy reservada —dijo el chico.

—¿Nadie ha preguntado por ella? —preguntó Serena.

—Sólo vosotros.

—¿Qué coche conduce?

—Es una vieja batidora. Un Chevy Cavalier rojo.

Serena miró a Cordy, que dio unos pasos hacia el exterior. Volvió al cabo de un momento y asintió.

—Está en el aparcamiento.

—¿Has notado si ha movido el coche últimamente? —preguntó Serena.

—¿Quién sabe? No me fijo en eso.

—Bien, a ver esa llave.

El chico dudó.

—¿No necesitáis una orden o algo así? Christi se pondrá furiosa si os dejo entrar.

«Christi ya no volverá a ponerse furiosa nunca más», pensó Serena. Le sonrió al joven encargado.

—Tú dame la llave.

Él se encogió de hombros y desapareció otra vez en el interior del apartamento. Serena oyó una quejumbrosa voz femenina y luego al chico, que decía entre dientes:

—Cállate.

Volvió a aparecer unos segundos después con una llave atada con una goma elástica a un llavero con la pintura desconchada.

—Aseguraos de devolverla, ¿vale?

El chico los miró con el ceño fruncido, se retiró al interior del apartamento y cerró la puerta de golpe.

—Echemos un vistazo al coche —dijo Serena.

Salieron al exterior, pasaron por delante de los apartamentos de la planta baja y se dirigieron al final del aparcamiento. El Cavalier rojo estaba aparcado en la parte que daba a la calle. Llegaron hasta el vehículo y miraron dentro, colocando las manos

junto a los ojos para eliminar los reflejos. El coche estaba cerrado y vacío. Serena observó los asientos delanteros y traseros en busca de periódicos o desperdicios, pero si el coche pertenecía a Christi Katt, ésta era una chica muy limpia.

Serena vio a una muchacha india, de unos dieciocho años, que se dirigía a la recepción con las manos cruzadas detrás de la espalda. Llevaba un sencillo vestido blanco, con un fleco azul en el cuello, que le llegaba a las pantorrillas. Sus sandalias repiqueteaban en el pavimento como los cascos de un caballo. Su negro cabello liso le caía sobre los hombros. Serena le hizo una seña.

—Hola —le dijo—. ¿Sabes de quién es este coche?

La chica inclinó la cabeza.

—Ah, sí. Una chica muy guapa. Vive arriba.

Cordy sonrió a la muchacha.

—¿Has visto por aquí a esa chica tan guapa últimamente?

—La vi el domingo. Se iba a trabajar. Desde entonces, no he vuelto a verla.

Estaban a miércoles por la noche.

—¿La acompañaba alguien?

La chica se quedó pensando y luego negó con la cabeza.

—¿No la viste regresar?

—No —dijo la joven—. Pero por la noche salí a ver las estrellas y su coche estaba aparcado ahí mismo.

—¿A qué hora fue eso?

La muchacha se encogió de hombros.

—Tarde.

—¿El coche ha seguido ahí desde entonces? —preguntó Serena.

La chica asintió.

—Sí, ahí mismo.

—Gracias, cariño.

Serena y Cordy se dirigieron a las escaleras, esquivando bolsas arrugadas de comida rápida y envoltorios de caramelos tirados por el suelo. Subieron corriendo al segundo piso. Cordy golpeó bruscamente la puerta del apartamento 204 con los nudillos sin esperar respuesta, y no obtuvo ninguna. Miraron a un lado y otro del pasillo para comprobar si habían llamado la atención de alguien más, pero el corredor estaba desierto.

—Guantes —dijo Serena.

Cordy asintió. Se sacó una caja delgada del bolsillo y ambos se pusieron un par de guantes de látex blanco, que se adherían a sus manos como una segunda piel.

—Hay gente que muere por culpa de esto —dijo Cordy.

—¿De los guantes?

—Alergia al látex. Como los cacahuets. Les dan convulsiones.

—A lo mejor es la sal —dijo Serena.

—¿De los guantes?

—No, de los cacahuetes. Abre la maldita puerta, Cordy.

Cordy introdujo la llave maestra en la cerradura. Con delicadeza y empleando la punta de dos dedos, le dio la vuelta al picaporte. El seguro cedió y la puerta se abrió. Un haz de luz irrumpió en el interior, pero el resto del apartamento estaba a oscuras. Cordy avanzó dos pasos, encontró el interruptor y lo subió con cuidado con la punta de la llave. Con la estancia iluminada, inspeccionó el apartamento de un vistazo y dijo:

—Bingo, mamita.

Serena lo siguió. Sus ojos se posaron de inmediato en una mancha reseca y rojiza, de unos sesenta centímetros de diámetro, que había en el centro de la moqueta. En el apartamento, el aire era rancio, pero el olor mineral de la sangre permanecía en el ambiente.

—Esto es para el equipo forense —dijo Cordy mientras se sacaba el teléfono móvil del bolsillo.

Serena asintió.

—Y pide algunos agentes, debemos interrogar a los vecinos. Necesitamos saber cuándo vieron a esa chica por última vez, si había alguien con ella, con quién solía ir... ese tipo de cosas. Cuando terminemos aquí, volveremos al Thrill Palace. ¡Ah!, y que alguien busque a Christi Katt en los archivos. A ver qué encontramos.

—Ajá —dijo Cordy.

Mientras Cordy telefoneaba a la comisaría, Serena se paseó por el apartamento. Era pequeño. Constaba de la sala de estar en la que había tenido lugar el asesinato, una cocina como una caja de zapatos y un dormitorio que se vislumbraba al otro lado de la puerta del fondo.

Los muebles de Christi eran escasos y baratos e incluían lo que parecía un sofá y un sillón de segunda mano, una estantería de saldo para un pequeño televisor y un radiocasete y unas cuantas mesas y sillas desparejadas. La moqueta era gris y desgastada.

Serena encendió la grabadora.

—El apartamento parece estéril... no hay nada personal. Ni fotografías, ni pósteres en las paredes. No hay chucherías ni adornos que puedan sugerir quién era esta chica o qué tenía en la cabeza. Aquí no hay ninguna historia.

Serena entró en la cocina y empezó a explorar con cautela.

—No hay imanes en la nevera. Prácticamente no hay comida, sólo algunas cajas de cereales, pasta y sopa enlatada en los armarios. No es precisamente la cocina de un chef de primera. Parece como si se acabara de mudar, pero según el encargado llevaba aquí cerca de un año.

Miró en el fregadero y encontró un grueso jarrón de vidrio, lavado y puesto a secar. Serena volvió a la sala de estar y comenzó a examinar las estanterías clavadas en la pared, no muy lejos de la mancha de sangre.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Cordy.

—Tal vez. Hay un jarrón en el fregadero. Apuesto a que es el arma del crimen. Mira aquí, en la estantería: hay un círculo más claro en medio del polvo. El tamaño y la forma encajan perfectamente con la base del jarrón. Christi y el asesino están aquí, de pie. Ella le da la espalda, el asesino coge el jarrón y, ¡pam!, le parte el cráneo.

—Ajá —dijo Cordy—. No hay señales de pelea ni de que forzaran la puerta. Creo que, uno, conocía al asesino, y dos, el crimen fue un acto pasional espontáneo y sin premeditación. Ira, celos. No descartaría los celos tratándose de esta chica.

—¿Y en qué te basas para decir eso?

Cordy se señaló con un dedo la nariz.

—Simplemente, lo huelo.

Serena se rió.

—Ya. Pues olfatea el dormitorio. Veamos si la chica dejó alguna pista tras de sí.

El dormitorio era una estancia de tres metros y medio por tres y medio, con un armario y un cuarto de baño en la pared de la derecha. Christi tenía una cama doble, mesilla de noche y un pequeño tocador. Como en el resto del apartamento, las paredes estaban desnudas.

—No hay ninguna manta en la cama —dijo Serena.

—A lo mejor era una chica calurosa.

—O a lo mejor el asesino la utilizó para trasladar su cuerpo.

Serena entró en el cuarto de baño, que incluía un inodoro, un lavabo con pie y un plato de ducha con una cortina de plástico rosa.

Buscó restos de sangre en el lavamanos y en la ducha, pero no vio nada. El equipo forense lo comprobaría con Luminol. En el botiquín encontró una muestra más bien escasa de artículos de perfumería. Para su sorpresa, no encontró anticonceptivos de ninguna clase. O los hombres con los que estaba Christi traían sus propios condones, o la vida sexual de aquella chica era tan excitante como la de Serena.

Regresó al dormitorio, donde Cordy estaba examinando el cajón superior de la mesilla de noche.

—¿Hay algo?

Cordy negó con la cabeza.

—No mucho. Cajas de cerillas de otros dos clubes de *striptease*. Quizá sean de empleos anteriores, así que podemos ir a echar un vistazo. Aparte de eso, ni cartas, ni postales, ni notas de amor, ni recibos, ni facturas, ni comprobantes de tarjetas de crédito. Era una señorita muy reservada.

—Los cajones de mi tocador son un caos —dijo Serena—. Diez años de mierda acumulada. Podrías escribir mi biografía con todo lo que hay.

—Pues no es el caso de Christi Katt. O quienquiera que fuese.

—Bueno, sigamos buscando. ¿No hay condones, por casualidad?

—¿Por qué? ¿Te estás quedando sin?

Serena suspiró.

—¿Cómo te encuentras, Cordy? Estás muy pálido, podría ser alergia al látex. Avísame cuando empieces a tener convulsiones.

—Nada de condones —dijo Cordy riéndose entre dientes.

Serena examinó el armario de la muchacha, lo que no le llevó mucho tiempo. Había unos cuantos pares de zapatos de tacón en el suelo, varias blusas, faldas y vestidos en las perchas y dos montoncitos de camisetas y vaqueros en una estantería metálica. Removió los bolsillos de los vaqueros y sólo encontró unas cuantas monedas y unos chicles. Salió de allí sacudiendo la cabeza.

—Esta chica es un misterio. ¿Y una billetera o unas llaves? ¿Has encontrado algo de eso?

—*Nada* —dijo Cordy.

—Muy interesante. ¿Dónde estarán?

—Tal vez se las llevara el asesino.

Serena reflexionó.

—Puede ser. Supongamos que Christi está en casa, con la billetera y las llaves en el bolsillo. El asesino llama a la puerta. Por alguna razón, ella le deja entrar. O bien le conoce, o no se siente amenazada. Grave error. Hablan, tal vez discuten, Christi se da la vuelta y todo termina para ella. El asesino, un tipo escrupuloso, lava el jarrón, elimina las huellas, a no ser que tengamos mucha suerte, y envuelve el cadáver con la manta. Así no dejará rastros de sangre al salir. Espera a que todo esté oscuro y solitario, transporta el cuerpo hasta su coche, emprende la marcha y se deshace del cadáver en el desierto.

—Ajá —dijo Cordy—. Pero el cuerpo estaba desnudo. Puedo imaginar al tío quitándole la billetera y las llaves, pero, ¿por qué dejarla en cueros? Quién sabe, tal vez bailó un tango horizontal con el cadáver. Podría ser un chalado.

—Sí, no es que escaseen —afirmó Serena—. Los forenses nos dirán si hubo actividad sexual, pero el hecho de que le quitara la ropa presupone pensar en algo así. A no ser que se tratara de su novio y por eso estuviera desnuda.

—Pero no hay condones, ¿no?

—No. Así que no tenemos prácticamente ningún rastro de la vida de esta chica y, sin embargo, alguien se enfadó con ella lo suficiente como para matarla. Perfecto. Espero que hiciera algunas amistades en el Thrill Palace. O en alguno de esos otros clubes.

—No apuestes por ello, mamita —dijo Cordy.

—No lo hago. Comprueba el tocador y asegúrate de no haber pasado nada por alto. Quiero revisar la sala de estar antes de que los chicos pongan sus pezuñas.

Dejó a Cordy en el dormitorio. Despacio, atravesó el apartamento por segunda vez, observando todas las superficies y escrutando el suelo y las paredes. En la cocina, registró la basura que había bajo el fregadero y encontró posos de café, cascaras de naranja y una guía de televisión pasada de fecha.

En la sala de estar, comprobó un puñado de discos compactos que había junto al radiocasete abriéndolos con cuidado, pero no halló nada en su interior. Le pareció bastante interesante que a Christi le gustara el jazz. También Serena se había deleitado con el jazz en los momentos más tristes de su adolescencia, durante los primeros años que estuvo en Las Vegas, antes de madurar y pasarse al *country*. El jazz era para las preocupaciones; el *country*, para la vida.

Cordy emitió un largo y sonoro silbido.

—¿Qué? —gritó.

Cordy no respondió.

Intrigada, Serena regresó al dormitorio. Encontró a Cordy sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Había apartado un poco el colchón de matrimonio. Junto a él había una pequeña pila de periódicos. Cordy había desplegado uno de ellos y lo estaba leyendo, completamente absorto.

—¿Su escondite secreto? —preguntó Serena. Cordy asintió—. Deberías haber esperado al equipo antes de tocar eso —le advirtió Serena. Entonces la invadió la curiosidad—. ¿Qué hay?

Cordy bajó el periódico.

—¿Cuánto dices que supones que llevaba el cuerpo en el desierto?

Serena se encogió de hombros.

—Unos días. ¿Por qué?

—Pues en ese caso, tenemos un problema, mamita.



## Capítulo 37

Stride oyó a Andrea levantarse de la cama a las seis en punto de aquella mañana de jueves para ir al trabajo. Abrió los ojos sin moverse y la vio, en la oscuridad de su dormitorio, mientras se sacaba el camisón blanco por la cabeza y se bajaba las bragas. Su cuerpo desnudo se había vuelto más mullido y generoso en aquellos tres años, pero seguía siendo atractivo.

—Hola —dijo él suavemente.

Andrea no le miró.

—Hola.

—¿Cómo dices que te llamabas?

Ella sacudió la cabeza.

—No tiene gracia, Jon.

—Lo sé. Lo siento.

La noche pasada, él y Maggie habían interrogado a un sospechoso relacionado con las mafias asiáticas del narcotráfico hasta pasada la una de la madrugada. Había habido bastantes noches como aquélla en los últimos meses.

—Estaría bien que llamas de vez en cuando —dijo Andrea—. Llevo tres noches seguidas sin saber a qué hora vas a volver. No te preocupas por mí. Nunca lo haces.

—Este caso... —comenzó Stride.

—No me importa el caso —dijo ella—. Si no fuera éste, sería cualquier otro.

Stride asintió sin replicar: tenía razón. Y cada vez era peor. Era consciente de que se encargaba de aspectos de la investigación que en realidad debería delegar en otros. Hasta K-2 lo había advertido y le había preguntado sin rodeos si buscaba excusas para no irse a casa. Él había contestado que no, pero en el fondo no estaba seguro.

—¿Cómo está Denise? —preguntó él—. Me da la sensación de que no te veo desde entonces.

—Porque es verdad. No me has preguntado nada. ¿Acaso te importa? Ya no sabes nada sobre mí.

Andrea esperó, con las manos en la cintura. Cómo él parecía no tener nada más que decir, se dio la vuelta y se metió en el cuarto de baño, cerrando la puerta con un golpe brusco. Oyó correr el agua de la ducha.

El problema había comenzado hacía un año. Habían pasado dos años de una relativa tranquilidad, evitando los conflictos a base de no hablar de ellos, pero recientemente se había abierto la veda de los problemas entre ellos. Empezó con el tema de los hijos, que Andrea deseaba tener desesperadamente y Stride no. Ya era demasiado mayor, tendría más de sesenta cuando los niños se marcharan de casa.

Pero Andrea insistió. Dieciocho meses después de casarse, dejó de tomar la píldora, con el remiso beneplácito de él. Hacían el amor a cualquier hora del día,

hasta el punto de que ya no había nada romántico en ello. Y a pesar de los esfuerzos, no obtuvieron resultados. Él intentó parecer decepcionado por el hecho de que no pudieran procrear, pero temía que el alivio que sentía se reflejara en su rostro. Sabía lo que Andrea pensaba: que si hubiera tenido un hijo con su primer marido, éste nunca la habría abandonado y su vida seguiría siendo perfecta. Y temía que, si volvía a fallar, también acabaría perdiendo a Stride. Así que tenía que quedarse embarazada.

Pero el niño no llegaba.

Él le aseguró una y otra vez que no le importaba, pero la tristeza se fue apoderando poco a poco de Andrea, y en el último año ésta se agudizó. Sin duda, iban camino de convertirse en unos extraños el uno para el otro.

Stride la oyó cerrar la ducha. La puerta se abrió y Andrea se quedó en el umbral, observándole, desnuda. Vio las gotas de agua deslizarse por su piel, goteando sobre la moqueta. Se mordía el labio inferior y podía vislumbrar su rostro entre las sombras lo bastante bien como para darse cuenta de que había llorado. Se quedaron mirando largo rato, en silencio. Era como si ella le hubiera leído el pensamiento y se hubiera asustado.

—Tenemos que hablar —dijo Andrea.

Lo notó en su tono de voz. Sabía que había llegado el momento. El divorcio. Lo único que quedaba por saber era cuál de los dos pronunciaría primero la palabra.

—Lo siento —dijo ella en un susurro.

—Soy yo quien debería sentirlo —le dijo Stride.

Abrió los brazos y ella avanzó hacia él, que envolvió su cuerpo desnudo con los brazos. Vio la ansiedad reflejada en los ojos azules y enrojecidos de su esposa. Le rodeó las mejillas con las manos y ambos sonrieron débilmente, intentando alejar su dolor. Él notaba aquel cuerpo desnudo encima del suyo y respondió automáticamente. Se movió para penetrarla, pero ella se soltó y rodó hasta quedar de espaldas, tirándole del hombro con suavidad. Él la siguió y se colocó encima. Le pasó las manos por detrás del cuello. Iba a besarla, pero ella apartó la cara. Notó que separaba las piernas para él, doblando las rodillas hacia arriba. No se movió; tan sólo lo sujetó mientras él se deslizaba en su interior. Fue rápido e insatisfactorio. Finalmente, él se liberó encima de ella y permanecieron sin moverse durante varios minutos. Al notar una suave presión de sus manos, supo que debía apartarse. Ella lo besó rozándolo con los labios y luego salió de la cama antes de que él pudiera tocarla.

La oyó limpiarse en el cuarto de baño y la observó mientras se vestía de prisa. No dijo ni una palabra. Cuando acabó de vestirse, se quedó indecisa ante la puerta. Lo miró con expresión vacía, dio media vuelta y se marchó, dejándole solo.

En medio de un sueño inquieto, el teléfono sonó y se despertó sobresaltado. Vio el reloj y gruñó mientras buscaba a tientas el auricular. Eran las nueve y media, así

que hacía una hora que debía estar en una reunión.

—Llego tarde —masculló al teléfono—. Demándame.

Stride esperaba una bronca sarcástica de Maggie. Sin embargo, después de una pausa, oyó una risa grave y burlona que le resultaba desconocida.

—¿Teniente Stride? Parece como si se acabara de despertar.

Volvió a tumbarse en la cama y cerró los ojos.

—Me acabo de despertar. Y no admitiré que soy Stride hasta que me haya tomado un café. Así que ¿qué tal si le digo que se ha equivocado de número?

—Lo siento. Una tal Maggie me ha dicho que es usted muy bueno con el sexo telefónico.

Stride se rió, confundido pero también intrigado.

—Qué va a saber Maggie. ¿Quién diablos es usted?

—Me llamo Serena Dial. Trabajo en el departamento del sheriff del condado de Clark. Y desgraciadamente, tengo noticias sobre un viejo caso que no le van a gustar, teniente.

—¿El condado de Clark? —preguntó Stride.

—Está en Nevada —explicó Serena—. Las Vegas.

«Las Vegas». Stride se despertó de inmediato. No importaba que hubieran pasado tres años: sabía por qué llamaba Serena. Rachel. El nombre de la chica retumbó en su cabeza y otra vez vio su cuerpo en aquella asombrosa fotografía.

El silencio se apoderó de la línea telefónica. Finalmente, Stride dijo:

—¿Está en el calabozo?

—No. En la morgue.

—¿Rachel está muerta?

No lo entendía. En sus locas fantasías, alguien lo llamaba desde Las Vegas para decirle que Rachel seguía viva. A veces hasta imaginaba que era Rachel quien telefoneaba.

—Muerta, asesinada y arrojada al desierto. Sé que esto va a ser un problema para usted.

Stride se preguntaba si no estaría soñando.

—¿Cuándo?

—Hace unos días; es todo lo que sabemos —le dijo Serena.

«Estaba viva», pensó Stride. Hasta entonces.

—¿Sabe lo que ocurrió? ¿Quién la mató?

—Todavía no —dijo Serena—. Pero si puede venir a recogerme al aeropuerto esta noche, tal vez podamos investigarlo juntos.

—¿Va a venir aquí?

—Es a donde nos conduce el rastro. A Duluth.

## Capítulo 38

A cualquiera que se subía con ella, Maggie confesaba que su cuerpo no estaba diseñado para conducir una camioneta. Estaba sentada encima de un listín telefónico para poder ver por encima del volante, y los pedales del freno y el acelerador llevaban unos tacos para que sus pies los alcanzaran. Dos años atrás, antes de casarse con Eric Sorenson, tenía un diminuto Geo Metro. Pero Eric, ex nadador olímpico, no cabía en su cochecito, por lo que su primera adquisición conjunta fue un vehículo mucho más grande, que Eric podía conducir sin tener que pegar las rodillas al pecho.

A Stride no le gustaba ir en coche con Maggie. Para empezar, no era la mejor conductora del mundo, y aquellos apaños provisionales para hacer que su cuerpo fuese compatible con la camioneta no ayudaban en nada. Además, sospechaba que Maggie conducía de forma más temeraria cuando iba con él, por pura maldad. Se pasaba el trayecto intentando no hundir el pie en un freno imaginario o no crispase de forma audible cada vez que se salvaban por los pelos.

Era jueves por la noche. El avión de Serena Dial procedente de Las Vegas, vía Minneapolis, llegaría al cabo de media hora. Mientras dejaban el lago a sus espaldas, camino de Miller Hill hacia el aeropuerto de Duluth, el viento que aullaba a través de las ventanas abiertas se volvía cada vez más cálido.

Maggie sacudió la cabeza. El semáforo que tenían enfrente se puso en rojo y ella tocó la bocina mientras cruzaba, sin aminorar.

—Estaba viva todo este maldito tiempo —dijo Maggie—. A Archie Gale le va a encantar.

Stride asintió, cansado.

—Y Dan no se pondrá muy contento cuando sepa que procesó a un hombre por el asesinato de una chica que no estaba muerta. No creo que eso sea un buen empujón para su campaña.

—¿Se lo has dicho ya? —preguntó Maggie.

—Todavía no. Le pregunté a K-2 si podía dejarlo para mañana. La detective de Las Vegas, Serena, ha estado de acuerdo con mantenerlo en secreto hasta que podamos hablar con Emily.

Maggie frunció el ceño.

—Espero que Emily no se venga abajo. Imagínate matar a tu marido por haber asesinado a tu hija y luego descubrir que era inocente.

Stride se encogió de hombros.

—De su asesinato, tal vez; pero sigo creyendo que Graeme se acostaba con Rachel.

—La pregunta es: ¿qué diablos le ocurrió?

—Alguien tuvo que ayudarla a desaparecer —dijo Stride—. Es imposible que

abandonase la ciudad por su cuenta, habríamos encontrado algún rastro de ella. Tal vez consiguió que alguien la llevara a Minneapolis. Allí se disfrazó y cogió un autobús. El encubridor volvió a Duluth y mantuvo la boca cerrada.

—¿Y las pruebas que encontramos en el establo? ¿El brazalete, la sangre y las huellas?

—Lo sé, ése es el problema. Sabemos que Rachel estuvo en el establo aquel viernes por la noche. —Stride se frotó el labio inferior y miró a través de la ventana cómo pasaban de largo los restaurantes de comida rápida y las licorerías—. Está bien. ¿Qué me dices de esto? Rachel llega a casa esa noche. Graeme quiere un revolcón, ya que Emily está fuera de la ciudad. Rachel y él van hasta el establo, pasan a la parte de atrás del coche y comienzan a empañar los cristales.

Maggie frunció el ceño.

—¿Y para qué quieren ir al establo? No hay nadie en casa, ¿por qué no lo hacen en el dormitorio y ya está?

—¿Quién sabe? A lo mejor el establo era su nido de amor. A lo mejor Graeme no le dijo lo que tenía en mente. En fin, sea como sea, ella sale de allí. Pero algo se pone feo. A lo mejor Rachel se niega, y no es eso lo que Graeme quiere oír. O a lo mejor están jugando a un juego perverso con el cuchillo y se les empieza a ir de las manos. Rachel se las arregla para salir del coche y él la persigue. Luchan, ella pierde el brazalete, se le rompe el jersey. Él la arrastra otra vez adentro.

—¿Y luego qué? —preguntó Maggie—. Recuerda que no la mató.

—Ya lo sé. De repente, Graeme entra en razón. Nunca antes había llegado tan lejos y se asusta, como si le hubieran echado un jarro de agua fría. O a lo mejor es como le ocurrió con Sally: oye que se acerca otro coche y se larga de ahí. Finge que todo ha sido un error, lleva a Rachel a casa y le pide que lo olvide todo.

Maggie frenó en seco cuando otro automóvil se interpuso delante de ellos. Pasó chirriando al carril izquierdo y adelantó al otro coche con un gruñido, lanzando una mirada asesina a través de la ventana.

—Pero cuando llegan a casa, Rachel está cagada de miedo —especuló Maggie.

—Igual que yo —dijo Stride.

—Pobrecito. Tú me enseñaste a conducir así, ¿sabes? ¿Y qué ocurre luego? Rachel está asustada. Está harta.

—Correcto. Llama a un amigo y le dice: «Sácame de aquí». Y se va.

—Muy bien —reconoció Maggie—. Entonces, ¿por qué no se llevó su coche? ¿Por qué no cogió algo de ropa?

Stride se mordió el labio, pensativo.

—Por miedo, tal vez. No quiere que la encuentren y el vehículo es fácil de rastrear. Y se niega a quedarse ahí ni un minuto más, ni siquiera para coger su ropa. A lo mejor cree que Graeme va a intentarlo de nuevo, así que ni siquiera entra en la casa

con él.

Maggie salió de la carretera principal para adentrarse en otra más solitaria que conducía al aeropuerto. Inmediatamente aceleró hasta llegar a ciento veinte y el salpicadero comenzó a temblar.

—Si tenemos razón, eso significa que alguien sabía que Rachel estaba viva. Y sea quien sea no abrió la boca, a pesar de que se juzgó por asesinato a un hombre inocente.

Stride asintió.

—Si Rachel le explicó lo que había ocurrido en el establo, tal vez pensó que Graeme estaba teniendo su merecido.

—¿Y por qué no explicó Graeme lo que ocurrió?

—¿Graeme? ¿Decir la verdad? —se rió Stride—. Ni pensarlo. Si admitía que se acostaba con la chica, estaba acabado, estoy seguro de que Gale se lo advirtió. Nadie creería su historia. Era mejor decir que nada de eso había ocurrido.

—Muy bien, desarrolla un poco más tu teoría: ¿quién es el amigo misterioso?

—No lo sé —dijo Stride—. Nunca me pareció que Rachel tuviera amigos. Al menos, ninguno en el que pudiera confiar.

—Excepto Kevin.

Stride asintió.

—Sí, excepto Kevin. Pero, ¿puedes imaginártelo guardando silencio? No parece la clase de tipo que sabe mentir ante un tribunal.

—Ya, ¿y Sally? Sabemos que ocultaba algo. Diablos, sabemos que fue a casa de Rachel aquella noche. Y me imagino que no le entristecería mucho que Rachel se marchase para siempre. Así dejaría en paz a Kevin.

Stride juntó las piezas en su cabeza.

—Es una hipótesis interesante.

—¿Crees que deberíamos hablar con ella?

—Sin duda —dijo Stride—. Rachel ya no volverá para seducir a Kevin. Y Stoner ya no pinta nada. Puede que esta vez nos diga la verdad.

Maggie cogió la entrada del aeropuerto de Duluth y continuó por el camino de curvas que conducía a la terminal. Ésta era apenas más grande que un campo de fútbol y su forma era triangular, coronada por un abrupto tejado marrón chocolate. Maggie condujo hasta el fondo de la terminal y aparcó, dejando su placa en el salpicadero. Atravesaron la enorme puerta giratoria de la planta baja de la terminal, que estaba casi vacía, y subieron las escaleras mecánicas hasta el segundo piso. Por los altavoces sonaba una suave música *country*. Stride reconoció la agradable voz de Vince Gill.

Aún quedaba un buen rato antes de que llegara el avión. Stride metió un cuarto de dólar en una máquina del millón, un modelo de dos niveles adornado con una chica

de pechos descomunales con una microfalda, que le apuntaba a la cara con una pistola y gritaba: «Méteme». Él había sido bastante bueno en sus tiempos de instituto, pero a diferencia de montar en bici, aquello se olvidaba con los años. La primera bola se escabulló justo por el medio. La segunda dio unas vueltas por arriba, haciéndole ganar unos cuantos miles de puntos, antes de escurrirse por el corredor de la muerte de la izquierda. Para cuando estaba en la tercera, ya había recuperado cierto ritmo y hacía girar las caderas mientras golpeaba las palancas con la base de las manos. Maggie fue a buscar una Coca-Cola a la máquina de bebidas y se la bebió mientras le miraba jugar.

—¿Esa poli de Las Vegas cree que la mató alguien de Duluth?

Stride se encogió de hombros sin apartar los ojos de la máquina.

—No ha dicho nada, sólo que el rastro conducía hasta aquí.

—Serena Dial —dijo Maggie—. Sonaba bastante seca por teléfono. Seguro que está buena.

—¿Por qué lo dices?

—Es de Las Vegas. Todas las chicas de Las Vegas son guapísimas.

—Nunca he estado allí —dijo Stride.

—Tienes que salir más, jefe.

—Bueno, mi idea de unas vacaciones es estar solo en el bosque, no rodeado de miles de personas en Coney Island.

Se distrajo y casi perdió la bola, pero la recuperó en el último segundo con un hábil golpe.

—¿Solo? —preguntó Maggie.

—Ya sabes lo que quiero decir.

El edificio tembló a medida que se oía un estruendo cada vez más cercano. Un motor a reacción rugía mientras el avión aterrizaba en la pista. Stride vio que una azafata emergía de la escalera mecánica mascando chicle, camino de la puerta número uno. Apartó los ojos de la máquina el tiempo suficiente para dejar que la bola plateada se colara por el hueco y el juego finalizara.

Maggie y él se dirigieron a la puerta.

—¿Cómo la reconoceremos? —preguntó Maggie.

—Ya improvisaremos.

No fue ningún problema reconocer a Serena. Todos los pasajeros del vuelo eran típicos habitantes de Minnesota, vestidos con ropa discreta y mezclándose entre los demás sin llamar la atención. Pero Serena Dial no. Destacaba entre todos los pasajeros con tanta fuerza como una pieza de cristal entre una hilera de vasos de plástico de Burger King. Llevaba unos pantalones de cuero de color azul celeste que se ajustaban a sus largas piernas como una segunda piel. Una cadena de plata rodeaba su cintura a modo de cinturón y los extremos le colgaban entre las piernas. Llevaba

una camiseta blanca de una talla pequeña que no alcanzaba para cubrir toda la superficie de su terso estómago. La gabardina de piel negra le llegaba a los tobillos. Su cabello era negro, brillante y seductor.

—Uauh —dijo Maggie.

Stride no recordaba haber visto a una mujer tan atractiva en toda su vida. Y se le ocurrió que si Rachel hubiese podido crecer, tal vez se habría parecido a ella.

Serena se detuvo en la puerta y observó a la gente a través de sus gafas de sol de color miel. Localizó a Stride y a Maggie de inmediato y, con una ligera sonrisa, avanzó majestuosamente hacia ellos. Todos los que la rodeaban seguían cada uno de sus movimientos, pero a ella no parecía afectarle en nada.

—¿Stride? —preguntó.

Con los zapatos de tacón, era tan alta como él y le miraba fijamente.

—Así es. —Se encontró mirándola a los ojos. Flirteando—. Ésta es mi compañera, Maggie Bei, la que miente sobre mis habilidades al teléfono.

—Me llamo Sorenson —dijo Maggie—. Siempre se olvida de que estoy casada. —Tomó nota del modo en que Stride y Serena se miraban el uno al otro y sonrió con complicidad—. Y al parecer, olvida que él también lo está.

Stride dirigió a Maggie una mirada diabólica y ella le sacó la lengua.

—Me encanta tu uniforme —añadió Maggie—. ¿Todas las chicas policía tienen que llevarlo en Las Vegas?

Serena se quitó las gafas de sol y repasó a Maggie de los pies a la cabeza. Su sonrisa se volvió más pícara.

—Sólo las que tenemos tetas, cariño.

Maggie se rió en voz alta y se volvió hacia Stride.

—Me gusta.

Stride echó otro vistazo al cuerpo de Serena y no trató de ocultar su interés.

Sintió una especie de descarga eléctrica cuando ella le devolvió la mirada.

—Ahora estás en Minnesota —le dijo Stride—. Aquí existe un código de vestuario.

—Aburrido, ¿no?

—Exacto.

—Bueno, vosotros dos no parecéis tan aburridos —dijo Serena.

Maggie se rió.

—Espera a conocernos.

Se alejaron de la puerta de llegada. Las cabezas se seguían girando en dirección a Serena cuando pasaba por delante. Maggie y Stride se quedaron unos pasos atrás y Maggie, riéndose, se le acercó y susurró:

—¿Queréis que os deje solos?

—¡Oh, cállate! —replicó Stride.



En la planta baja recogieron una Samsonite que hacía juego con los pantalones de Serena. Ésta levantó la maleta de la cinta y resopló a causa del peso.

—Joder, ¿has traído el cadáver contigo?

Serena se rió.

—Oh, lo siento, ¿es que aquí no es el procedimiento correcto?

Volvieron a atravesar la puerta giratoria. El ambiente seguía siendo cálido, pero una brisa soplaba desde las colinas. Serena se puso las gafas de sol otra vez y respiró hondo.

—Dios mío, esto es fantástico. Aire fresco. Huele a invierno.

—Bueno, en invierno hace un poco más de frío —dijo Stride.

—Unos cuarenta grados menos —dijo Maggie.

Serena asintió.

—Sí, me informé sobre Minnesota en internet y la verdad es que parecía el congelador de América. Pero está bien. En casa estamos a cincuenta grados. Te asas. Pon el horno a calentar y luego mete la cabeza dentro: así es Las Vegas.

—Yo me casé en Reno —le explicó Maggie.

—¿Sí? Me gusta Reno. Me encantan las montañas. Siempre digo que algún día dejaré el desierto de una maldita vez.

—¿Estás casada? —le preguntó Maggie.

Serena negó con la cabeza.

—No.

Llegaron a la camioneta de Maggie. Serena se sentó en el asiento de atrás y se inclinó con naturalidad hacia el de delante para hablar con Stride mientras ellos dos entraban. Éste notó que ella le rozaba el cuello con el hombro y sintió un ligero perfume. Su aliento era dulce. Estaba incómodamente atento a todo lo que tenía que ver con esa mujer.

—¿Estás absolutamente segura de que el cuerpo que encontrasteis en el desierto pertenece a Rachel Deese? —le preguntó Maggie.

Serena asintió.

—Del todo. Sus huellas encajan con las de vuestro archivo. Además, un testigo identificó su foto de un recorte de periódico. Lo siento mucho, sé que eso os pone en una posición incómoda.

—Ya estamos acostumbrados —dijo Maggie, riendo entre dientes.

—¿Lo sabe alguien más? —preguntó Serena.

Stride negó con la cabeza.

—Sólo nosotros y el jefe. No quería que se filtrara, pensé que primero había que informar a la madre. Los periódicos y la televisión se volverán locos en cuanto empecemos a hacer preguntas.

—Sí, me imagino que es una gran noticia. Leí el reportaje del periódico. Un caso

curioso. En vuestro lugar, yo también habría pensado que estaba muerta.

—Gracias —dijo Stride.

—En cualquier caso, después de contárselo a la madre, creo que deberíamos abrir los archivos del caso y empezar a investigar a los amigos de la chica y a todos los que la conocían.

Stride se dio la vuelta en su asiento. Estaba a sólo un par de centímetros de su cara.

—¿Cómo ayudará eso a resolver un asesinato de Las Vegas?

Serena se quitó otra vez las gafas y Stride miró el fondo de aquellos ojos de jade. Al principio, al verla salir del avión, había pensado que era más joven. Pero de cerca se apreciaba con claridad la madurez de su rostro. Las líneas de su sonrisa eran profundas. Tendría unos treinta y cinco, para Stride seguía siendo joven, pero su expresión estaba dotada de una sensibilidad mayor y más sabia. Sonreía a menudo y con facilidad y sus ojos parecían bromear con él. Pero también percibía una cierta distancia, una falta de confianza, que flotaba entre ellos como una delgada película. Se preguntó si sería porque ella notaba la misma química sexual.

Se dio cuenta de que no había contestado a su pregunta.

—¿Y bien, Serena? —preguntó Maggie, mirándolos de reojo.

—Diría que el Range Bank os resulta familiar —dijo Serena.

—Claro —dijo Stride—. Es mi banco y el de media ciudad. ¿Qué importancia tiene?

Serena se acercó aún más.

—La policía criminal encontró parte del recibo de un cajero automático en el apartamento de Rachel. Así que o estuvo aquí recientemente, o alguien le hizo una visita.

## Capítulo 39

Stride recogió a Serena en el motel el viernes por la mañana, poco antes de las nueve. Llamó a la puerta y cuando ella contestó, recién salida de la ducha, tenía el pelo mojado y la piel reluciente. Había moderado su vestuario y llevaba puestos unos vaqueros azules desteñidos, una ajustada camiseta azul marino y botas de *cowboy*. Le recibió con una sonrisa.

—Hola, Stride —dijo—. Entra. Enseguida estoy.

La ducha había dejado la pequeña habitación húmeda y fragante. El espejo que había junto al televisor estaba empañado. Vio su maleta abierta encima de la cómoda, con su ropa doblada dentro. Entre dos paredes, había una cama de matrimonio encajada.

—Siento lo de la habitación —dijo él—. En verano es temporada alta.

Serena se encogió de hombros.

—No pasa nada.

Se sentó en el borde de la cama y se puso unos pequeños pendientes de plata. Parecía acariciarse los lóbulos con los dedos. Stride se dio cuenta de que no podía apartar los ojos de ella. Serena levantó la mirada y lo vio y, tras un prolongado silencio, miró a otra parte, nerviosa.

—He telefoneado a la madre de Rachel desde el móvil mientras venía hacia aquí —dijo él, incómodo—. Por fin he logrado contactar con ella. Podemos ir allí primero.

—¿Le has dado la noticia?

Stride sacudió la cabeza.

—No, sólo le he dicho que quería hablar con ella. Puede que sospeche algo.

Serena se puso en pie. Estaban lo bastante cerca como para besarse y Stride sintió un deseo salvaje de hacerlo.

—Será mejor que nos vayamos —dijo.

Una vez fuera, subieron a la furgoneta de Stride. Los asientos estaban medio desmontados y el salpicadero estaba oculto bajo un montón de notas relacionadas con distintas investigaciones. En el portavasos descansaba un vaso de café del día anterior y parte del periódico de Duluth estaba desparramado por el suelo. Serena vio que él se sentía avergonzado y sonrió.

—No te preocupes, me gustan los coches con vida interior. ¿De cuándo es ese café?

—De hace bastante.

—¿Tenéis algún Starbucks<sup>[3]</sup> por aquí?

—Aún no. Lo máximo que tenemos es un McDonald's. ¿Quieres que vayamos?

—De acuerdo.

Pidieron dos cafés humeantes y Stride tiró el viejo. También pidió unas patatas

con cebolla, que fue mordisqueando mientras conducía. Serena descolgó el brazo por la ventanilla. La brisa que entraba del exterior alborotaba su cabello recién cepillado, mientras se tomaba su café sorbo a sorbo. Stride la miraba de vez en cuando y, en un par de ocasiones, ella le devolvió la mirada. No dijeron gran cosa.

En la carretera había restos de niebla baja y él encendió las luces para entrar y salir de aquellos tramos brumosos. En lo alto de la colina, desde la que dominaban el resto de la ciudad, vio que Serena se asomaba y contemplaba el lago que se vislumbraba entre la neblina.

—Es fantástico —murmuró—. Cuando llevas mucho tiempo viviendo en el desierto, te olvidas del agua y de los árboles.

—Yo nunca he estado en el desierto —dijo Stride.

—¿Nunca? Pues deberías. Es hermoso, a su manera.

—¿Naciste en Las Vegas? —preguntó Stride.

—No, en Phoenix. —Vio que sus ojos verdes se volvían más distantes y supuso que había pisado un terreno delicado—. Me mudé a Las Vegas con una amiga a los dieciséis —añadió.

—Qué joven —dijo él, preguntándose de qué habría huido, aunque Serena no entró en detalles.

Stride continuó por la carretera de curvas hacia la autopista y se dirigió al sur, que era el camino más rápido para llegar al barrio donde vivían Emily y Dayton Tenby. Se habían casado cuando Emily todavía estaba en la cárcel, de donde había salido hacía seis meses bajo libertad condicional.

—Me estoy congelando —dijo Serena, frotándose los brazos.

—Llevo un jersey en el maletero. ¿Quieres que te lo coja?

Serena asintió, arrugando la nariz.

—Huele a tabaco. ¿Fumas?

—Antes sí —admitió Stride—. Lo he dejado, hará cosa de un año. Pero el olor permanece.

—¿Te costó?

Stride asintió.

—Pero el año pasado vi a otro tipo del cuerpo morir de cáncer. Sólo tenía diez años más que yo y eso me asustó.

—Bien por ti —dijo Serena.

Stride encontró la casa de Dayton y Emily sin dificultad, pues sólo estaba dos edificios más allá de la iglesia que él y Maggie habían visitado bajo la nieve, hacía más de tres años. Aparcó y cogió un jersey de lana de color ladrillo del maletero. Serena se lo puso mientras se dirigían hacia la entrada y se lo arremangó, dejando sus antebrazos al descubierto.

—Eres mi salvador —le dijo, y le apretó el brazo.

Emily abrió la puerta a la primera. Stride esperaba que la cárcel la hubiera envejecido, pero en todo caso, parecía más joven que durante los sombríos días del juicio. Estaba bien maquillada y llevaba los labios pintados de rojo claro. Sus ojos azules, antes tristes y sin vida, volvían a brillar, y lucía una bonita melena corta. Vestía unos pantalones marrones y una camiseta blanca y holgada de algodón.

—Hola, teniente —dijo—. Cuánto tiempo.

—Sí, mucho. Tiene buen aspecto, señora Tenby.

—Por favor, llámeme Emily —dijo con amabilidad.

—Por supuesto. Le presento a Serena Dial, del departamento del sheriff del condado de Clark, en Las Vegas, Nevada.

Emily levantó las cejas.

—¿Las Vegas?

Serena asintió. Emily frunció los labios con gesto de preocupación. Abrió la puerta del todo y les invitó a entrar.

—Dayton está en la sala. Siento que no nos encontrara ayer; recibimos su mensaje, pero llegamos a casa muy tarde. Nuestro vuelo se aplazó dos horas y aún nos quedaba un largo trayecto en coche.

—¿Estaban de vacaciones? —preguntó Serena.

—A medias. Fuimos por el trabajo de Dayton. Se celebraba una convención eclesiástica en San Antonio, en Riverwalk. Nos quedamos unos días más hasta completar la semana.

Les condujo hacia la sala. Dayton Tenby estaba sentado en el sofá y se levantó inmediatamente para estrecharles la mano. El párroco tenía el pelo completamente gris, aunque ya le quedaba muy poco, excepto en la coronilla. Había ganado algo de peso, el suficiente para no parecer tan poca cosa como cuando Stride le vio por primera vez. Llevaba pantalones grises de vestir, una camisa blanca almidonada y un chaleco acrílico negro.

Emily y Dayton se sentaron el uno junto al otro en un asiento para dos y se cogieron de la mano. Stride y Serena se sentaron enfrente, en el sofá. Stride pudo constatar que el matrimonio les sentaba bien a los dos. A pesar de que se llevaban más de diez años, se les veía felices.

—Quiero que sepa, teniente, que sigo sin arrepentirme de lo que hice —dijo Emily—. No me importa pagar mi deuda con la sociedad, pero si pudiera volver atrás haría lo mismo.

Stride vaciló.

—Lo comprendo.

Dayton los miró a los dos.

—Suponemos que no han venido sólo de visita. Deben de traer alguna noticia.

—Sí, así es —dijo Stride—. Les quiero advertir que puede afectarles bastante.

—La han encontrado —dijo Emily.

—Sí, la hemos encontrado, pero no bajo las circunstancias que podrían esperar. Hace unos días, la señorita Dial tuvo que acudir al desierto, a las afueras de Las Vegas, donde habían hallado el cuerpo de una joven. Me temo que era Rachel. — Hizo una pausa y continuó—. Llevaba muerta muy poco tiempo, tan sólo unos días. Al parecer, durante estos tres últimos años Rachel estaba viva.

—¿Viva? —murmuró Emily, abriendo los ojos de par en par—. ¿Todo este tiempo?

Vio que Emily apretaba la mano de Dayton con fuerza, cerraba los ojos y apoyaba lentamente la cabeza en su hombro.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Dayton.

—Lo siento —les dijo Serena con suavidad—. La han asesinado.

Dayton sacudió la cabeza.

—¡Oh, no!

Emily se enderezó, frotándose los ojos. Cogió un pañuelo de papel de una caja que había encima de la mesa y se sonó. Pestañeó e intentó mantener la compostura.

—¿Me está diciendo que Graeme no asesinó a mi hija?

—Así es —dijo Stride.

—¡Oh, Dios mío! —Se volvió hacia Dayton—. Yo lo maté. ¡Y no fue él! ¡Estaba viva!

—Tal vez no la asesinó, pero eso no significa que fuese inocente —le dijo Dayton.

—Lo sé, lo sé. Pero ella se habrá estado riendo de mí dondequiera que estuviera. ¡Me tendió una trampa para que lo matara!

—¿Tienen alguna idea de lo que pudo ocurrir? —le preguntó Dayton a Serena—. ¿De quién la mató?

—Todavía estamos investigando —dijo Serena—. Sé que es un momento muy duro para ustedes, pero tengo que hacerles algunas preguntas: ¿tenían algún motivo para creer que su hija aún estaba viva? ¿Intentó ponerse en contacto con ustedes alguna vez?

Dayton y Emily miraron a Stride.

—Sólo la postal que usted nos enseñó —dijo Dayton.

Stride explicó a Serena que había recibido una postal poco después de celebrarse el juicio, con matasellos de Las Vegas.

—¿Seguisteis la pista? —preguntó Serena.

—Hasta donde nos fue posible. No había huellas en la postal ni muestras de ADN en el sello. Di aviso a la policía de Las Vegas y les pregunté si podían investigar, pero no les gustó la idea de utilizar sus recursos para buscar a una fugitiva de dieciocho años que podía o no estar muerta y que podía o no estar en Las Vegas.

—Seguramente, yo en su lugar habría actuado de la misma forma —admitió Serena.

Stride asintió.

—También yo investigué, señorita Dial —anunció Dayton.

Tanto Stride como Serena lo observaron sorprendidos. Dayton hizo una pausa para pedirle permiso a Emily con la mirada. Ella le animó con un gesto.

—A mí, esa postal... En fin, me pareció exactamente la clase de juego al que Rachel jugaría. Para burlarse de nosotros. Me convencí de que estaba viva. Emily estaba en la cárcel, por supuesto, y yo no quería que el rastro se enfriara. Así que fui en su busca.

—¿A Las Vegas? —preguntó Stride.

—Sí, una semana. Cuando me dijo que la policía de allí no le había ayudado, decidí acercarme hasta allí. Por Emily. Merecía saber la verdad.

—¿Y por dónde empezó a investigar? —preguntó Serena.

—Bueno, ya sé que suena un poco a los *Hardy Boys*<sup>[4]</sup> —le dijo Dayton—. Me llevé una foto de Rachel y me dediqué a pasearme por los casinos y a enseñársela a los empleados de seguridad. Ya saben, para ver si alguien la había visto. Allí vigilan muy de cerca a todo el mundo, a juzgar por los programas de televisión. Simplemente supuse que, si se encontraba allí, estaría trabajando en un casino. Al parecer, todo el mundo lo hace. Así que me recorrí el Strip, el Downtown, y luego los de la periferia.

—¿Y la encontró? —preguntó Stride.

Dayton sacudió la cabeza tristemente.

—Ni rastro. Nadie la había visto. Transcurrida una semana, comencé a pensar que todo había sido un error, que la postal no era de Rachel.

—¿Ha vuelto a Las Vegas desde entonces? —preguntó Serena.

—No, nunca.

—¿Han tenido otro motivo desde entonces para creer que Rachel podía estar viva? —preguntó Stride, mirándoles a ambos a los ojos—. ¿Alguna comunicación extraña? ¿Llamadas telefónicas?

—Nada de nada —dijo Emily—. Francamente, yo nunca lo creí, al contrario de Dayton. Nunca pensé que estuviera viva.

—¿No? ¿Por qué? —preguntó Serena.

Una irónica sonrisa se dibujó fugazmente en el rostro de Emily.

—Yo estaba en la cárcel. Estaba segura de que, de haber seguido viva, Rachel hubiera encontrado la forma de reírse de mí, en mi cara.

Stride asintió.

—Ya les hemos robado bastante tiempo —dijo.

Se levantó y Serena lo imitó.

—¿Qué tenemos que hacer para poder disponer del cuerpo de Rachel? —preguntó

Dayton.

—Haré que alguien les telefonee —dijo Serena—. Trasladaremos su cadáver lo antes posible; es una investigación criminal, compéndanlo. Pero quiero advertirles algo, si no les importa: puede que prefieran no ver el cuerpo. La encontramos en el desierto y, en fin, no es un lugar compasivo con los restos humanos.

Emily tragó saliva.

—Entiendo.

Se estrecharon las manos y Dayton les acompañó a la puerta. Serena obsequió al sacerdote con una leve sonrisa.

—Una vez más, lo siento mucho. Espero que al menos disfrutasen de unas buenas vacaciones.

Dayton vaciló.

—Ah, sí, estuvo bien. Gracias.

—Me encanta Riverwalk, en San Antonio —continuó Serena—. ¿Dónde estuvieron?

—La convención fue en el Hyatt.

—¿Tuvieron oportunidad de salir de la ciudad?

—La verdad es que no. Visitamos el Álamo y cosas por el estilo.

—Claro —dijo Serena.

Dayton le tocó el hombro cuando ella se giró para marcharse.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo. Serena asintió—. Estaba pensando si usted sabe lo que hacía Rachel, dónde trabajaba. Se me ocurre que tal vez, si hubiera investigado un poco más...

—Trabajaba en un club de *striptease* —respondió Serena con crudeza.

Dayton se humedeció el labio con la lengua.

—¡Oh! Bueno... No busqué en esa clase de sitios.



## Capítulo 40

—¿Le crees? —preguntó Stride mientras se dirigían de vuelta a la ciudad.

Echó un vistazo a través de la ventana y vio unas nubes negras que se agrupaban en el extremo sudoeste. Se acercaba una tormenta estival.

—Si miente, lo hace muy bien —dijo Serena—. Pero soy muy escéptica cuando se trata de hombres y chicas adolescentes.

—¿Crees que un sacerdote que parece demasiado bueno para ser verdad probablemente lo sea? —preguntó Stride.

—Es más que eso, Jonny.

Igual que antes, no entró en detalles y él no pudo evitar preguntarse qué secretos ocultaba. El hecho de que le hubiera llamado Jonny también revoloteaba en su cabeza. Le salió de forma natural, sin pensarlo, y se preguntaba si se había dado cuenta de que le había llamado así. La familiaridad con que lo dijo le resultaba muy íntima.

No creía que Andrea hubiera pronunciado nunca su nombre de aquel modo. Y recordaba que, con Cindy, también había existido una intimidad parecida desde el principio. Pero esos pensamientos le asustaban, así que los ahuyentó. Se daba cuenta de que había evitado pensar en Andrea desde la llegada de Serena. Su atracción por esa mujer era tan repentina e intrigante que parecía apartar a un lado el resto de las emociones. No era la clase de hombre que tuviera aventuras, pero en aquel momento deseaba tener una. Desesperadamente.

—¿Has estado alguna vez en Riverwalk? —preguntó él.

—Nunca —dijo Serena con una sonrisa traviesa.

Stride se rió.

—Eres fantástica. —Deseó que ella notara el doble sentido en el tono de su voz. No estaba seguro, pero le pareció que se había ruborizado—. Pediré a Maggie que lo compruebe —continuó—. Investigaremos esa conferencia eclesiástica y nos aseguraremos de que asistieron.

—Aunque se registraran, podrían haber ido y vuelto de Las Vegas en un día. Habrían entrado y salido sin que nadie lo supiera.

—Comprobaremos también las líneas aéreas. Y las tarjetas de crédito.

Antes de poder continuar, Stride oyó el timbre de su teléfono móvil. Se lo sacó del bolsillo y se lo llevó al oído.

—Tenemos que hablar —dijo una voz masculina.

Stride reconoció a Dan Erickson.

—Sí, lo sé —dijo Stride—. ¿Has oído mi mensaje?

—Sí, he oído el maldito mensaje. ¿Estás seguro de ello?

—Sí, lo estamos.

—Mierda —masculló Dan. Se hizo el silencio y Stride casi pudo oír cómo rechinaba la maquinaria mental de su interlocutor—. Esto es increíble. No quiero hablar por teléfono.

—¿Quieres que me pase por tu despacho?

—Diablos, no. No quiero ni que te acerques. Reúnete conmigo dentro de una hora en el aparcamiento del instituto.

—¿No necesitaremos alguna clase de código secreto para reconocernos? —preguntó Stride.

—Muy gracioso. Jodidamente gracioso. Límitate a ir allí.

Stride colgó el teléfono. Serena levantó las cejas. Podía reconstruir la mayor parte de la conversación.

—Dan Erickson procesó a Graeme Stoner por el asesinato de Rachel —dijo Stride—. Evidentemente, no está muy contento con la noticia.

—¿Y por qué tanto misterio?

—Dan es el fiscal del condado, pero quiere que el Partido Demócrata lo proponga como fiscal general del estado. Creo que el hecho de haber procesado a alguien por asesinar a una chica que no estaba muerta sería contraproducente para su campaña.

Serena frunció el ceño.

—Vigila tu culo, Jonny. Un político como ése haría que te echaran del cuerpo si con eso evitara cargar con las culpas.

—Sí, puede que sea el estilo de Dan —dijo Stride.

Otra vez oyó «Jonny» de sus labios.

—¿Y no te importa?

Stride miró a través del parabrisas mientras empezaban a caer las primeras gotas de lluvia.

—Es curioso, pero creo que no.

Cuando Stride dejó a Serena en la comisaría y giró hacia la carretera de la ladera que llevaba al aparcamiento del instituto, los limpiaparabrisas empezaron a chirriar en protesta por tener que lidiar arriba y abajo con litros de agua. Stride se inclinó sobre el volante, entornando los ojos para distinguir el pavimento a través de los faros. El sol se alzaba en lo alto de algún lugar de aquel cielo estival, pero la capa de nubes oscuras hacía que pareciera de noche.

Stride no vio el Lexus de Dan Erickson hasta llegar al otro lado del aparcamiento. Lo rodeó y aparcó junto a él. El Lexus era azul marino, con cristales ahumados. Dan había dejado las luces encendidas y el motor en marcha.

La lluvia golpeteaba la furgoneta de Stride. Al abrir la puerta, el agua cayó sobre él, clavándose en su piel como pequeños agujijones. Cerró de golpe y tiró de la puerta del copiloto del Lexus. Estaba cerrada. Empapado, Stride golpeó la ventana con los

nudillos. Oyó un tenue clic y se metió en el coche, llevando algo de lluvia consigo.

—Yo también me alegro de verte, Dan —masculló Stride mientras esparcía unas cuantas gotitas en el interior del coche al sacudirse las mangas.

—Son asientos de piel —dijo Dan con cara de pocos amigos.

El interior del coche olía igual que la esposa de Dan, lo que significaba que olía a dinero. Stride sabía que el Lexus y todo lo demás pertenecía a Lauren, no a Dan, aunque éste se hacía cargo de todo encantado. En su mano izquierda, Stride vio un grueso anillo de boda con un rubí y, en su muñeca, un Rolex de oro. Su traje azul oscuro parecía hecho a medida y se doblaba en suaves pliegues sin arrugarse.

Tenía sintonizada la emisora de radio local. Dan extendió la mano y la apagó. Se quedaron en silencio unos momentos, mientras la lluvia aporreaba el techo.

—Todavía no ha salido en las noticias —dijo Dan—. Que siga así.

Stride sacudió la cabeza.

—Eso es imposible. Será un notición. Todo lo que podemos esperar es que se mantenga silenciado un par de días más, pero hasta eso es ser muy optimista. Basta con una filtración.

—¿Quién está al corriente?

—La policía de Las Vegas y varios miembros del cuerpo de Duluth. Aparte de Emily y su marido, Dayton Tenby.

—Deberías haber hablado conmigo antes de informarles a ellos.

—Por el amor de Dios, Dan, es la madre de la chica —protestó Stride.

Dan suspiró.

—Quiero saber qué ha ocurrido exactamente.

Stride le explicó lo del descubrimiento del cuerpo de Rachel en el desierto de Las Vegas y la posible conexión del asesinato con Duluth.

—Pero todavía no sabemos lo que pasó en Las Vegas —continuó Stride—. Ni lo que ocurrió cuando la chica desapareció la primera vez. Aunque es evidente que Stoner no la mató.

—¿Alguna pista?

—Por el momento, no. Estamos revisando los archivos de la investigación original y volveremos a entrevistar a las personas que tuvieron alguna relación con el caso.

Dan frunció el ceño.

—Cuanta más gente sea interrogada, más probabilidades habrá de que esto salga a la luz.

—Soy consciente de ello. Pero no se trata de agua pasada: es una investigación por asesinato. Alguien mató a Rachel hace menos de una semana y quiero saber quién fue. La única razón por la que no hemos convocado una rueda de prensa es porque quiero contar con el factor sorpresa cuando hable con esa gente.

—Estupendo —dijo Dan—. Esto es fantástico. A los republicanos les va a encantar.

—Confío en ti, Dan. Sabrás qué decir para salir del aprieto.

Dan miró a Stride con acritud.

—¿Me tomas el pelo? Mira, Stride, considero que el responsable directo del fracaso original es el equipo que dirigió la investigación.

Un punto para Serena.

Stride asintió.

—Cometimos algunos errores, eso es indudable. Pero fue decisión tuya ir a juicio sin tener un cadáver, Dan.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me dijo que Stoner era el culpable. Que lo había hecho él.

—Es lo que pensaba. Lo que pensábamos todos. Pero nuestras pruebas eran débiles, te lo dije el primer día.

Dan sacudió la cabeza.

—No vamos a tirarnos los platos a la cabeza en público. Espero que asumas toda la responsabilidad. ¿Me explico? Quiero que te levantes y digas al mundo que fue la policía quien la cagó. Yo actué de buena fe basándome en una información errónea de la policía. Habíais dejado escapar a un asesino, el tipo que mató a Kerry McGrath, y estabais tan desesperados por resolver la desaparición de Rachel que cortasteis por lo sano.

Había algo de verdad en el discurso de Dan: Stride difícilmente podía negar lo obsesionado que estuvo entonces por encontrar a Rachel, o por llevar al asesino ante la justicia. Tal vez había sacrificado parte de su objetividad, porque estaba convencido de que Stoner era culpable. Pero fue Dan en persona quien decidió ir a juicio por asesinato sin tener un cuerpo, y sin valorar las probabilidades.

—Asumiré mi parte de culpa —dijo Stride—. Pero aquí no acaba la historia.

—Por ahora, sí.

—Eso suena a ultimátum.

Dan se encogió de hombros.

—Tómalo como quieras. Pero puedes apostar a que habrá consecuencias si tratas de escabullirte. No dejaré a K-2 ninguna elección.

—Bueno, supongo que tendré que pensar en ello. ¿Alguna otra advertencia?

Dan guardó silencio.

Stride empujó la puerta hacia fuera y salió. La mantuvo abierta, de modo que entrara la lluvia, empapara el asiento del copiloto y salpicara el bonito traje de Dan. Finalmente, la cerró de golpe y esperó bajo el aguacero mientras Dan se alejaba velozmente.

## Capítulo 41

Serena estaba sola en la sala de juntas del sótano del ayuntamiento; la vista se le estaba empañando a medida que exploraba una montaña de papeles amarillentos. Página a página, los archivos de la investigación le iban relatando la historia de la desaparición de Rachel. La muchacha iba cobrando una existencia real ante sus ojos, como acababa ocurriendo siempre. Pero esta vez era como mirarse al espejo, incluidos el cabello azabache y los ojos esmeralda. Rachel podría haber sido su hermana gemela.

Eso le hizo pensar en su madre. «Es mi diablillo gemelo», solía decir de Serena cuando ésta era una niña, debido a su enorme parecido.

Pero el diablo era su madre. Era ella quien se vendía a un demonio por unos gramos de polvo blanco. Y quien vendía también a su hija pequeña.

Comprendía la ponzoña que Rachel albergaba en su corazón. No necesitaba leer más para saber qué clase de hombre era Graeme y qué clase de juego estaban jugando los dos. Podría haber sido ella. También Serena se había sentido asfixiada por el mismo deseo de venganza. La única diferencia era que ella había conseguido escapar, aunque en el fondo de su alma sabía que había sido por los pelos.

Serena miró el reloj; se sentía sola y angustiada a causa de los recuerdos, que también le hacían desear una copa, un deseo que resultaba peligroso. Eran poco más de las seis y hacía media hora que Maggie se había internado en la lluvia en busca de cena para las dos. Stride estaba desaparecido en combate. Había llamado a primera hora de la tarde para informar de que se encontraba al otro lado de la ciudad, haciendo de chico de los recados para los federales en un banco que había sido atracado.

Deseaba que volviera, pero también deseaba que se mantuviera alejado.

Aun así, su corazón dio un salto cuando oyó unos pasos en el vestíbulo. Hizo un gran esfuerzo por parecer tranquila y despreocupada, aunque no fuera así.

Pero no era Stride. Maggie entró tan campante en la sala de juntas, con el chubasquero empapado, una pizza en una mano y dos litros de Coca-Cola Light en la otra. La minúscula agente de policía asiática le sonreía.

—Entrega especial. Y es de salchicha, así que no me vengas con mierdas sobre pizzas vegetarianas o lo que sea que comáis en el oeste.

Serena se rió y abrió la caja, dejando que el aroma a *mozzarella* y cerdo sazonado invadiera la habitación. Maggie llenó dos vasos de plástico con el refresco, luego cogió una porción de pizza y se sentó, echando la silla hacia atrás hasta apoyarla contra la pared. Sus pies colgaban por encima del suelo.

—¿Ya has resuelto el caso? —preguntó.

—Sigo creyendo que lo hizo Graeme —dijo Serena, sonriendo.

—Sí, ésa era la alternativa más sencilla. ¿Sabes algo de Stride? Guppo ha telefoneado y me ha dicho que el jefe venía hacia aquí.

—No, no sé nada de Jonny.

Serena cogió una porción de pizza y la volvió a dejar intacta.

Maggie bebió un largo trago de Coca-Cola y luego, mirando a Serena, entornó los ojos, preocupada.

—¿Estás bien?

—Claro, ¿por qué?

Maggie se tocó el párpado.

—Ojos vidriosos. Lágrimas. ¿Qué ocurre?

—Ah, eso —dijo Serena. Sacudió la cabeza—. No es nada. Me he acordado de los malos tiempos. Hay algo en este caso que me toca muy adentro.

—Eso nos pasa a todos.

—¿Incluso a una cabeza dura como tú? —preguntó Serena, provocándola.

—A mí no, yo soy una roca —dijo Maggie—. Vamos, prueba la pizza, está deliciosa.

Serena volvió a coger una porción e hizo una primera tentativa. Se dio cuenta de que tenía hambre y empezó a comer con ganas. Se acabó el primer trozo y se dispuso a coger otro. Lo hizo bajar con la bebida, eructó alto y claro y soltó una risita descontrolada.

—Muy bonito —dijo Maggie, muy seria—. ¿Aceptas peticiones?

Serena se echó a reír otra vez y temió que la Coca-Cola se le saliera por la nariz. Maggie también se soltó y ambas se pasaron cinco minutos a carcajada limpia, antes de quedarse sin aliento. Serena acabó acalorada y sudorosa. Se secó la frente y se sonó la nariz con un pañuelo de papel.

—Eres demasiado —le dijo a Maggie.

—Gracias —dijo ésta con su mejor voz de Elvis—. Muchísimas gracias.

—Oh, vamos, no me hagas empezar otra vez.

Serena se apartó el pelo de la cara. Cerró los ojos y apoyó su silla contra la pared, como Maggie.

—Dime una cosa —dijo Maggie.

Serena había bajado sus defensas y estaba a punto de caramelo.

—Claro.

—¿Era auténtico el humo que vi salir de Stride y de ti en el aeropuerto?

Serena dejó caer su silla al suelo con estruendo y abrió los ojos. Una amplia sonrisa surcaba el rostro dorado de Maggie.

—¿Qué?

—Oh, no te hagas la inocente conmigo, pequeña. Sabes que le gustas. Stride no podría ocultarlo aunque quisiera. Y a mí me parece que a ti también te gusta.

—Maggie, está casado. Y acabamos de conocernos.

Maggie cogió otro trozo de pizza.

—Lámalo matrimonio, si quieres, pero hace mucho que está muerto. La gran D está a la vuelta de la esquina, gracias a Dios. Y olvídate del tiempo, socia. Es decir, ¿existe un tiempo adecuado? ¿Una semana? ¿Un mes? Yo no necesité más de un día para enamorarme de Stride.

—¿Tú?

Maggie asintió.

—Oh, sí. Me duró años.

—¿Qué ocurrió?

—No ocurrió nada. Él tenía una verdadera historia de amor por entonces. Cuando ella murió, me arriesgué. Pero estábamos hechos para ser amigos, no amantes. Afortunadamente, conocí a Eric y él consiguió ver más allá de mis cínicas bromas, él muy sinvergüenza. Y creo que Stride se puso un poco celoso, así que obtuve una satisfacción extra.

Serena sonrió débilmente.

—Tengo que admitir que me siento muy atraída por él.

—Pues lánzate.

—Sí, claro. No es tan sencillo. No me llaman Barbed Wire porque sí. Guardo oscuros secretos, grandes y feos.

—No conseguirás asustarle —dijo Maggie.

—Pues más le vale tener cuidado.

—¿Quieres acostarte con él?

—Claro que quiero, pero no lo haré.

—Creía que en Las Vegas todo el mundo tenía una vida sexual estupenda —dijo Maggie.

—Yo tengo una vida sexual fantástica, pero sola.

Maggie volvió a reírse con ganas.

—Si a ti te da resultado... Pero te aseguro que, si encuentras al tipo adecuado, nada puede sustituirlo.

Serena hizo una mueca. No estaba del todo convencida.

—Acabo de conocerle —repitió.

—Resístete si quieres, chica —dijo Maggie, suspirando—. Pero, ¿sabes?, me revienta que lo que yo intenté sin éxito durante años lo consiguieras tú con sólo bajarte del avión. Tampoco tienes unos pechos tan estupendos.

—Y un cuerno que no —replicó Serena.

Cuando regresó al ayuntamiento, Stride no supo cómo interpretar la química que se respiraba en la sala de juntas; sólo entendió que Maggie y Serena se habían hecho

grandes amigas en el transcurso de la tarde. Dobló su abrigo húmedo sobre el respaldo de una silla y, con un gemido que delataba cansancio, se sentó y apoyó los pies en la mesa llena de arañazos.

—FBI —anunció—. «Fábrica de brillantes ideas».

—Basta con disfrutar del resplandor que emiten cuando piensan —le dijo Maggie.

Stride asintió.

—Me alegro de que creas eso. Le he dicho a K-2 que la próxima vez harás de canguro de los federales.

—Muchas gracias —dijo Maggie.

—¿Cómo ha ido con Dan Erickson? —preguntó Serena.

Stride volvió a gruñir y las puso al corriente de las amenazas de Dan.

—Ya te dije que era un gilipollas —dijo Maggie.

—Y tenías razón —admitió Stride. Y luego le explicó a Serena—: Maggie y Dan tuvieron una aventurilla hace unos años. Acabó fatal. Oí algo de que la casa de Dan se había incendiado.

—Eso fue una exageración —dijo Maggie—. Fue un abrigo Burberry, que se quemó accidentalmente con un cigarrillo.

—Ya, pero tú no fumas —le recordó Stride.

Serena se rió entre dientes.

—Sois fantásticos.

—¿Habéis encontrado algo mientras yo estaba fuera? —preguntó Stride.

—Hemos hecho grandes avances, pero con otro caso —dijo Maggie, guiñándole un ojo a Serena.

Stride vio que ésta le lanzaba a Maggie una mirada fulminante, se ponía roja como un tomate, cogía un sobre marrón y se ponía a leer. El sobre estaba al revés.

—¿Qué caso? —preguntó Stride.

—Un caso de locura, en realidad. La retorcida mente de Jonathan Stride.

Stride sonrió.

—¿Cobráis por horas?

—No podrías permitirte.

—Mejor para mí. Y en los ratos perdidos, ¿habéis hecho de policías mientras yo llevaba cafés a los del FBI?

Serena volvió a dejar el sobre en cuanto recuperó su entereza.

—No hemos encontrado ninguna respuesta. Pero al menos ahora conozco el caso.

—Muy bien, volvamos a la primera desaparición de Rachel —dijo Stride—. Apuesto a que, si supiéramos lo que ocurrió entonces, sabríamos por qué la han asesinado.

—Sólo que, hace tres años, todos nos equivocamos —dijo Maggie.



—Sí, pero ahora sabemos algo que entonces no sabíais —señaló Serena.

—¿Qué? —preguntó Stride.

—Que Rachel estaba viva.

Stride asintió. Se levantó y se sirvió una taza de café tibio. Se oía el zumbido persistente del aire acondicionado escupiendo una fría corriente sobre su cabeza.

—Es cierto. Y ¿qué más sabemos?

—Sabemos que Rachel estuvo en el establo aquella noche —dijo Maggie.

—¿Lo sabemos? —preguntó Serena—. ¿No es posible que las pruebas estuvieran preparadas a propósito?

—¿Acaso crees que un extraño misterioso fue allí con un cuentagotas y esparció la sangre de Rachel? —Maggie negó con la cabeza—. Rachel estuvo allí... y también en la parte de atrás del mono-volumen de Graeme. Las fibras de su suéter encajan.

—Y no sólo estuvo Rachel —le recordó Stride—. También tenemos las huellas de las zapatillas de Graeme en el establo, no lo olvidemos. ¿Recordáis las zapatillas que se compró y que no se pudieron encontrar? Eso significa que ambos estuvieron allí. No sé lo que ocurrió entre ellos, pero bastó para asustar a Rachel y obligarla a salir corriendo.

—Pero sabemos que Graeme no la mató —dijo Serena.

Stride continuó explicándole a Serena su teoría alternativa sobre lo que podía haber ocurrido entre Rachel y Graeme aquella noche en el establo, y cómo Rachel podía haber pedido a un amigo que la ayudara a escapar.

Serena se quedó mirando el techo, asintiendo pensativa. Se apartó el cabello de los ojos y tomó un largo sorbo de su Coca-Cola Light.

—No está mal. Pero eso nos deja sin ningún motivo evidente por parte de nadie de Duluth para matarla tres años después.

—Exceptuando a Dan —dijo Maggie con una sonrisita.

—Si Rachel huyó, ¿quién la ayudó? —preguntó Serena—. ¿Dayton? Todavía me hace sospechar el hecho de que se recorriera el Strip arriba y abajo en busca de la pequeña y descarriada Rachel.

Stride negó con la cabeza.

—Dayton y Emily estaban en Minneapolis aquel viernes por la noche. Tuvieron una aventura.

—A no ser que Rachel telefonara a su madre —dijo Serena.

—Creo que Emily es la última persona a la que Rachel habría llamado —dijo Stride.

Maggie frunció los labios.

—Todo esto nos lleva de nuevo hasta Sally. Sabemos que vio a Rachel la noche en que ésta abandonó la ciudad y que mintió sobre ello desde el principio. Y hubiera sido muy desgraciada de haber vuelto Rachel a Duluth para saludar a Kevin después

de todos estos años.

Stride sacó su teléfono móvil.

—Sally y Kevin viven juntos en un apartamento cerca de la universidad. He intentado llamarles antes, pero no contestan.

Volvió a marcar. Cinco tonos más tarde, cuando estaba a punto de colgar, oyó una voz femenina al otro lado de la línea.

—¿Hola? ¿Sally? —Stride frunció el ceño y escuchó—. ¿Sabes dónde puede estar? Soy un amigo suyo y necesito hablar con ella cuanto antes.

Esperó la respuesta y luego colgó con una breve despedida.

—Parece ser que Kevin y Sally tienen que volver esta noche. He hablado con su vecina, que les cuida el gato. Llevan dos semanas recorriendo el país en coche. Hasta el Gran Cañón.

—Vaya, vaya —dijo Maggie.

—I-15 —añadió Serena—. Seis horas hasta Las Vegas.

## Capítulo 42

Cordy disfrutaba con las miradas de envidia mientras Lavender y él se paseaban por el vestíbulo del Bellagio, bajo las gigantescas y multicolores flores de cristal que adornaban el techo. Formaban una pareja atractiva y con estilo y encajaban a la perfección en aquel ambiente de lujo. Cordy llevaba una camisa negra de seda sin cuello, una cadena de oro y un traje de lino color tostado pulcramente planchado. Sus zapatos estaban tan limpios que resplandecían y de su cabello brillante emanaba un agradable perfume. Lavender llevaba un vestido ajustado, con óvalos estratégicamente recortados que mostraban generosos fragmentos de su piel de ébano y que confirmaban a todos los que la miraban que no llevaba bragas ni sujetador. No habría llamado más la atención si hubiera estado desnuda.

Cuando entraron en el elegante restaurante japonés Bellagio, los ojos de una docena de hombres de negocios asiáticos se clavaron en Lavender a través de una nube de humo. Ella coqueteó con todos al sentarse y les devolvió la mirada muy segura de sí misma.

—¿Qué se siente? —preguntó Cordy.

No dijo a qué se refería, pero Lavender lo entendió: la atención, las miradas... ¿Qué se siente al atraer a todos los hombres allá donde vas?

—Me encanta —dijo Lavender. Su sonrisa era ladina y su voz, rasgada, con un dejo nasal que delataba su procedencia callejera—. Soy la reina, cielo. Tengo el poder.

Se humedeció los labios carnosos con la lengua y Cordy notó que su pie descalzo le presionaba el tobillo por debajo de la mesa. Llegó el camarero, un japonés marchito e inexpresivo con un esmoquin almidonado, y Lavender comenzó a pedir cosas que él no reconocía, como *ika*, *maguro* y *uni*.

—¿Qué hemos pedido? —preguntó Cordy cuando se marchó el camarero...

—Atún, jurel, calamar, erizos... cosas así.

—¿Erizos? Creo que voy a vomitar.

—Confía en mí —dijo Lavender.

Cordy señaló con el pulgar a los asiáticos trajeados de las otras mesas.

—No te ofendas, Lav, pero, ¿por qué trabajas en ese sitio? O sea, ¿no deberías estar viviendo en una isla con uno de esos tíos?

—¿Tienes algún problema con lo que hago? Porque si lo tienes, me lo dices, ¿vale? No quiero perder el tiempo.

—No, no —protestó Cordy.

Lavender le apuntó con un dedo.

—Los únicos que se humillan a sí mismos son los tipos que babeen cada noche entre el público. Yo soy la que manda y ellos me adoran. No hay nada malo en ello.

Me preguntas por qué lo hago, y es muy sencillo: por di-ne-ro.

—Lo siento —dijo Cordy.

—No lo sientas, todo el mundo lo pregunta. Pero tienes que pasar de eso, cielo, o nos espera una noche muy corta.

El camarero trajo una bandeja de laca negra, presentada con gran elegancia con rollos y pedazos de pescado salpicado de amarillo, cada uno de ellos envuelto en un montoncito de arroz compacto y con un cinturón negro de algas alrededor. Resultó que a Cordy le encantaba el *sushi*, y especialmente el modo en que Lavender sostenía cada trozo con los palillos y se lo ofrecía a él para que lo mordiera. Ella también comió mucho, metiéndose un rollo entero en la boca y sonriéndole mientras lo engullía. Cordy no recordaba haberse excitado nunca tanto cenando.

Al terminar, Lavender pidió sake; a Cordy le sorprendió encontrar el licor caliente y fuerte, teniendo en cuenta la pequeña cantidad que cabía en cada vaso y la suavidad con que se deslizaba por su garganta. Se terminaron dos botellas en miniatura antes de que Lavender pidiera la cuenta y Cordy la pagara con una ligera mueca de dolor.

Abandonaron el restaurante y, para su deleite, Cordy descubrió que iban cogidos de la mano. Ella agitaba las caderas contra su costado mientras se paseaban por el casino. Le acariciaba la palma de la mano con los dedos y él se dio cuenta de que el más mínimo contacto le ponía a cien. Las miradas de los otros clientes les seguían allá donde iban.

—¿Por qué no sales con el bombón de tu compañera? —preguntó Lavender.

—¿Quién, Serena? Es una amiga, nada más. No es mi tipo.

Lavender le dio un golpecito en el costado.

—Sí, claro. Puede que te saque unos años, pero está muy buena. ¿Nunca has intentado nada?

Cordy se encogió de hombros.

—Me lo dejó muy claro desde el primer día: nada de hacer manitas. Y todo el mundo sabe la fama que tiene. A los tíos que le piden para salir, les corta los huevos. Ha levantado una alambrada de espinos a su alrededor.

—¿Y eso por qué? —preguntó Lavender.

Cordy sacudió la cabeza.

—Nunca me lo ha contado. —Deslizó un poco más abajo la mano que tenía en la espalda de ella y la dejó reposar en la curva de sus nalgas. Le acarició la piel a través de uno de los óvalos recortados en su vestido—. ¿Te apetece jugar un rato?

—¿Te refieres a apostar o a follar?

—¿No es lo mismo? En cualquier caso tendré que sacar algo.

Lavender echó atrás la cabeza y se rió.

—Me gustas, cielo. Sí, me gustas.

—Y tú a mí. Mira, tengo un billete de cinco dólares en la cartera. Jugaremos hasta

perderlo o doblarlo y luego nos vamos a tu casa.

Lavender le tiró de las solapas y plantó sus deliciosos labios en la boca de él, metiéndole la lengua a presión.

—Date prisa.

Cordy la llevó a la zona de máximas apuestas. Normalmente jugaba cinco dólares al *blackjack* en las mesas del Sam's Town, pero no le apetecía sentarse y obnubilarse con el juego. Además, esa noche le parecía una apuesta de pacotilla. Tenía una buena racha, y quería jugar con Lavender como si ésta fuera un amuleto de la suerte. Eligió una máquina triple de videopóquer, cinco dólares cada mano, lo que significaba que la máxima apuesta en cada tirada era de setenta y cinco dólares. Ganara o perdiera, sería una jugada rápida y entonces podrían dedicarse al verdadero objetivo de la noche.

Durante los diez minutos siguientes, ganó trescientos dólares antes de volver, a hundirse en una serie de manos malas. Luego consiguió una escalera en dos manos de tres y volvió a ponerse en cabeza, aunque no había doblado del todo su dinero. Sintió que la fiebre habitual se apoderaba de él, y lo único que evitó que se perdiera en el juego fue la sensación de los dedos de Lavender acercándose a su entrepierna. Entre los ruidos de la máquina y la urgencia de su erección, le parecía estar flotando. Apenas oyó a Lavender cuando ésta le preguntó:

—¿Entonces, qué? ¿Habéis averiguado tú y la tía buena qué le ocurrió a Christi?

—¡Maldita sea! —Tenía un par de ases, pero no podía sacar un tercero—. ¿Qué has dicho?

—Christi, la chica a la que asesinaron. ¿Sabéis qué le pasó?

Cordy vio cómo llegaban y se alejaban otros setenta y cinco pavos en las manos siguientes.

—¿Eh? Ah, aún no. Serena está en Minnesota.

—¿Minnesota?

Cordy asintió.

—Sí, la chica, Christi, era de alguna ciudad al norte de Minnesota. Al parecer, alguien de allí le hizo una visita.

Cordy apostó al máximo otra vez y contuvo el aliento. Agitó los puños en el aire cuando vio que cuatro de las cinco cartas que le repartían eran picas.

—Vamos, mamita, dame otra pica.

Lavender no miraba la pantalla. Deslizó un dedo entre las piernas de él, y resiguió el rastro de la hinchazón.

—¿Eso es por mí o por el juego?

Cordy no respondió. Retuvo con cuidado cuatro cartas, luego pulsó un botón y contuvo el aliento.

—¡Joder!

Lavender suspiró y retiró la mano. Se miró las uñas esmaltadas.

—Por eso no juego nunca.

—¿Eh? —dijo Cordy sin enterarse.

—Nada. Me sorprende que el que mató a Christi no fuese de la ciudad. Yo habría pensado que era ese escalofriante amigo suyo.

—¡Sí! —chilló Cordy mientras la máquina le repartía tres reyes—. ¡Vamos, cuatro iguales, cuatro iguales!

Sus dedos revolotearon por encima del botón y luego lo pulsó mientras rezaba en silencio. Las cartas restantes se destaparon: tres, as, siete, nueve, reina y rey.

—¡Sí! —gritó Cordy, observando al cuarto rey completar la tercera mano—. ¡Sí!

Agarró a Lavender, la estrechó con fuerza entre sus brazos y le dio un prolongado beso en los labios, al que ella respondió con entusiasmo. Cuando por fin se soltó y miró atrás, vio que había doblado su dinero. ¡Más de quinientos dólares!

Cordy cobró su premio, saboreando el agudo tintineo de las monedas de cinco dólares al golpear contra la bandeja. Llenó dos cubetas de plástico con las monedas y puso una encima de la otra mientras buscaba con la mirada la cabina de cambio más cercana. Con las cubetas bajo un brazo y Lavender cogida del otro, se pavoneó por el casino como si estuviera en la cima del mundo. En la cabina, tendió las cubetas a la empleada y contempló cómo ésta las apilaba en la máquina de contar monedas. Se humedeció los labios cuando vio que la cifra ascendía a más de mil dólares.

Fue entonces cuando su cerebro asimiló el torbellino de pensamientos que bullían en su cabeza. Cordy sintió que se le helaba la sangre y se volvió hacia Lavender, con el rostro tenso y sus fantasías sobre sexo y dinero desvaneciéndose en el aire.

—¿Has dicho «amigo»?

## Capítulo 43

Stride y Serena estaban sentados en la oscuridad, dentro de la furgoneta, bajo una farola rota, aparcada frente al edificio de apartamentos de la universidad de Kevin y Sally. Las ventanillas estaban bajadas y a través de ellas entraba el frío aire de la noche, junto con algunas gotas de lluvia rezagadas. Llevaban una hora vigilando el edificio.

Él sabía que podían estar esperando hasta que amaneciera para conseguir hablar con ellos, pero quería contar con el elemento sorpresa para que Kevin y Sally no tuvieran tiempo de ensayar su reacción.

Además, eso también le daba un motivo para no ir a casa, que era el último lugar donde deseaba estar. Ésta era la horrible verdad. Se sentía intensamente atraído por Serena y deseaba estar con ella. No con Andrea; no con su esposa.

Serena era sólo una silueta sentada a su lado, pero él sabía que notaba cómo la observaba. Cómo le transmitía sus sentimientos. Cómo los gritaba en silencio.

—Háblame de Phoenix —dijo él—. De tu pasado.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca hablo de eso.

—Lo sé, pero cuéntamelo de todos modos.

—¿Por qué te preocupa mi pasado? —preguntó Serena—. No me conoces.

—Pues por eso. Quiero conocerte.

Serena guardó silencio. Él la oía respirar de forma rápida y nerviosa.

—¿Qué es lo que quieres en realidad, Jonny? —preguntó ella—. ¿Acostarte conmigo?

Stride no supo qué decir.

—¿Cómo responder a eso? —dijo finalmente—. Si digo que no, sabes que miento. Si digo que sí, no seré más que otro poli cachondo en busca de una aventura.

—No serías el primero.

—Ya lo sé. Y lo único que puedo decir es que sé dónde debería estar: en casa, y no aquí contigo. Éste no soy yo, no soy de esa clase de hombres. Pero estoy aquí de todos modos.

—Dime una cosa —dijo Serena, mirándole en la oscuridad—. Maggie asegura que tu matrimonio está acabado. Que ya lo estaba hace tres años. ¿Es cierto?

Estaba cansado de fingir.

—Es cierto.

—No me mientas, Jonny —insistió Serena—. No soy el juguete de nadie, ¿entendido? No sabes lo extraño que resulta para mí hablar así con un hombre. Especialmente, con alguien al que acabo de conocer.

—Lo sé. Y no estoy mintiendo.

—Dime por qué. Por qué está acabado.

Se esforzó por encontrar las palabras adecuadas.

—Ambos tenemos fantasmas rondando por la azotea. Su primer marido la abandonó y yo no pude llenar el vacío.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo se llama tu fantasma?

Stride sonrió.

—Cindy.

—¿Te rompió el corazón?

Había transcurrido el tiempo suficiente para que Cindy fuese un dolor amortiguado en su alma, y no la herida punzante que había sido una vez. Cuando le contó a Serena su pérdida, parecía una tragedia lejana, como si le hubiera ocurrido a otra persona. Serena escuchó en silencio y luego entrelazó sus dedos con los de él.

Durante un instante, la furgoneta fue como una burbuja de calma, un pequeño universo en sí mismo.

—¿De verdad quieres oír mi historia? —preguntó Serena.

—Sí.

La podía ver luchando contra el miedo y la desconfianza.

—En Phoenix, cuando tenía quince años, mi madre se metió en el mundo de las drogas —comenzó en voz baja—. Se enganchó. Se gastó todo nuestro dinero y perdimos la casa. Mi padre nos abandonó. Me abandonó.

Su voz sonaba llana, en absoluto como la de Serena, como si hubiera vaciado sus palabras de emociones. Él sentía que algo profundo estaba ocurriendo entre ellos, que le estaba invitando a entrar en un mundo que hasta entonces sólo había sido de ella.

—Nos mudamos a casa de su camello. Supongo que podría decirse que yo formaba parte del plan de pago de mi madre. Él hacía lo que quería conmigo y mi madre se limitaba a mirar, colocada.

Stride sintió un torbellino de emociones. Estaba furioso por ella. Deseaba protegerla.

—Me quedé preñada —continuó Serena—. Fui sola a una clínica y aborté. Y luego ya no volví a casa nunca más. Porque si regresaba, sabía que los mataría a los dos. Y lo digo en serio, durante un tiempo estuve pensando en cómo lo haría. Pero no iba a arruinar mi propia vida por lo que me habían hecho. Así que me fui con una amiga a Las Vegas, en autocar. Teníamos dieciséis años y aparecimos solas en el Strip. Yo hacía trabajos de mierda en los casinos. Por la noche iba a la escuela y me hice policía.

—La mayoría de las chicas con ese historial habrían acabado muertas.

—Lo sé. Como Rachel.

—Eres increíble —le dijo él.

Serena sacudió la cabeza.



—No soy ningún ángel. Puedo ser una zorra. La mayoría de los tíos te dirían que lo soy. Me he pasado casi toda la vida rechazando a los hombres.

—Y ¿por qué a mí no me rechazas? —preguntó él—. ¿O es precisamente eso lo que estás tratando de hacer?

—Claro que sí, Jonny. Por tu propio bien.

Él no respondió. Una luz se encendió en el apartamento más cercano, proyectando un débil resplandor sobre sus rostros. No podía apartar los ojos de aquellos pálidos labios. Ella, consciente de cuánto la deseaba, entreabrió ligeramente la boca. Vacilante e insegura, se inclinó hacia él y su largo cabello cayó hacia delante.

La luz se apagó de nuevo, tan deprisa como se había encendido. Mientras se besaban, fueron invisibles. Serena se apartó y se quedaron en silencio durante la hora siguiente, sin necesidad de hablar.

El Malibu de color fresa llegó hacia medianoche.

Observaron a Kevin y Sally cargarse unas mochilas al hombro y remontar, cansados, las escaleras de su edificio. Cuando los vieron entrar, Stride tocó a Serena en el hombro y ambos atravesaron la calle.

Stride llamó a la puerta del tercer piso y Kevin respondió de inmediato con los ojos enrojecidos. Primero le miró con recelo y luego cayó en la cuenta de quién era. Una vez que se le encendió la luz, Kevin, veloz como un rayo, supo por qué se encontraba allí.

—Es Rachel, ¿verdad? —preguntó.

Stride asintió.

—Siento cogerte tan por sorpresa, Kevin. Y sí, se trata de Rachel: hemos encontrado su cuerpo.

Kevin se apoyó en la puerta y se le empezaron a humedecer los ojos. Se estaba convirtiendo en un hombre guapo, de cabello rubio ondulado y piel bronceada.

Stride presentó a Serena mientras entraban en el apartamento, sin mencionar que era de Las Vegas. Echó un vistazo rápido al mobiliario de mercadillo e inmediatamente se dio cuenta de que faltaba algo: sus mochilas no estaban.

—¿Dónde está Sally? —preguntó.

Kevin lo miró con expresión ausente.

—¿Qué? Ah, haciendo la colada.

—¡La colada! —dijo Serena.

Dio media vuelta y salió corriendo del apartamento, con Stride pisándole los talones y dejando a Kevin de pie en la entrada. Bajaron a la vez por las escaleras hasta llegar al sótano, donde salieron a un pasillo oscuro en el que se oía el zumbido de las máquinas. Stride se detuvo y escuchó. Oyó el chug-chug familiar de una lavadora en la otra punta.

Irrumpieron en el cuarto de la colada. Sally estaba sentada en la posición del loto en el borde de un raído sofá, leyendo un ejemplar de la revista People. Abrió los ojos, sorprendida y asustada, cuando la puerta se abrió de golpe y se estrelló contra la pared.

Stride vio dos mochilas abiertas y vacías en el suelo y dos lavadoras que estaban aclarando cualquier clase de prueba. Maldijo en voz baja y las apagó.

—¿Qué diablos ocurre? —exigió Sally con la voz temblorosa.

Stride la miró largamente. Había perdido peso y le sentaba bien. Llevaba una camiseta sin mangas de color rosa, pantalones cortos blancos y una sandalia colgaba de su pie izquierdo. La otra estaba en el suelo de linóleo amarillento, delante del sofá.

—¿Te acuerdas de mí?

Sally estudió su rostro con los ojos entornados. Se tranquilizó un poco.

—Sí, me acuerdo. Y sigo sin saber qué diablos ocurre.

—¿Quién llega a casa a medianoche después de un largo viaje y baja a hacer la colada? —preguntó Serena.

—Yo —dijo Sally—. No quiero ropa apestosa en mi casa, muchas gracias. Y ahora, díganme qué quieren.

—Rachel está muerta —le dijo Stride sin rodeos.

Vio lo que quería ver: el rostro de Sally expresando confusión. Era el primer signo evidente de la verdad sobre la desaparición de Rachel. Sally se había sorprendido al oír que Rachel había muerto. Lo que significaba que, cuando Rachel se esfumó, ella sabía que estaba viva. Pero eso también significaba que ella no la había matado.

Y aún vio algo más mientras la certeza caía sobre Sally: la chica apenas pudo ocultar la sonrisa que dibujaron sus labios; una expresión de inmenso alivio y satisfacción se apoderó de su rostro.

—¿Dónde la han encontrado?

—En Las Vegas —dijo Stride—. Ésta es Serena Dial, de la oficina del sheriff del condado, en Nevada. Rachel fue asesinada allí el pasado fin de semana.

—¿Asesinada?

—Así es —dijo Serena—. ¿Qué te pareció el Gran Cañón?

Sally asintió despacio al comprenderlo.

—Ah, ya veo. Creen que hemos ido a Las Vegas. Creen que la hemos visto.

—¿Es así? —preguntó Stride.

—¡Como que iba a permitir que Kevin se acercara a Rachel! —exclamó Sally. Miró a Serena de arriba abajo—. Y no apruebo el juego ni ninguna otra cosa de las que se hacen en esa ciudad, así que no hemos estado allí.

—Está diciendo la verdad —anunció una voz masculina. Stride vio a Kevin en la entrada. Había estado escuchando desde fuera—. No puedo creer que Rachel

estuviera viva todo este tiempo.

—Es una coincidencia asombrosa, Kevin —le dijo Stride—. Sally y tú estabais a sólo unas horas de Las Vegas cuando fue asesinada.

—No estuvimos allí —repitió Sally.

Kevin asintió.

—Es cierto.

Stride y Serena intercambiaron unas rápidas miradas y llegaron a la misma conclusión: aquellos dos decían la verdad.

—Aun así, tendremos que registrar vuestra ropa y vuestro coche —dijo Stride—. Lo siento.

—Sólo encontrarán chinches y polvo —respondió Sally.

—Voy a dar por sentado que decís la verdad —dijo Stride—. Pero intentamos averiguar si existe alguna relación entre el asesinato de Rachel y su primera desaparición, lo que significa que es más importante que nunca saber qué ocurrió en realidad.

El rostro de Sally se ensombreció y apartó la mirada. Stride se dio cuenta de que no iba a conseguir nada mientras Kevin estuviera en la habitación.

—Kevin, ¿nos dejas un par de minutos a solas para que hablemos con Sally?

Sally puso los ojos como platos. No quería quedarse sola. Pero Kevin tenía la cabeza en otra parte, otra vez bajo el hechizo de Rachel. Como un robot, salió del cuarto arrastrando los pies sin dirigir una mirada a Sally.

Serena cerró la puerta y Stride se apoyó en una secadora vacía y observó a la muchacha, que seguía en el sofá. Ésta les fulminó a ambos con la mirada y cruzó los brazos, desafiante.

—Está muerta —dijo Stride—. Ya no hace falta que guardes sus secretos.

Sally volvió a adoptar la posición del loto y cerró los ojos.

—No hay nadie más —dijo él—. Ni jueces, ni jurado. Ni tampoco Kevin.

—No sé de qué me está hablando.

—Claro que sí. Mentiste al tribunal: no oíste a Graeme y Rachel discutir aquella noche. Te lo inventaste. Ahora ya no importa, Sally, nadie va a arrestarte por perjurio, no corres ningún peligro. Pero necesitamos saber la verdad.

—Rachel ha muerto y queremos saber por qué —dijo Serena.

Sally se encogió de hombros.

—Ya creían que estaba muerta entonces. ¿Qué ha cambiado?

—Sabemos que estuviste en su casa aquella noche, te vieron en la calle.

—¿Y qué? —preguntó Sally—. Fui allí, no la vi y volví a casa. Fin de la historia.

—Si eso es cierto, entonces, ¿por qué mentiste sobre la pelea de Rachel con Graeme?

Sally vaciló.

—Me entró el pánico. Ese abogado intentaba que pareciera que yo estaba involucrada, era una locura. Y realmente pensaba que Graeme era culpable. Joder, discutían constantemente, tampoco fue una mentira tan gorda.

—El problema es que estás mintiendo otra vez, Sally —dijo Serena—. No puedes engañar a otra mujer.

Stride se arrodilló junto al sofá. Su cara estaba al mismo nivel que la de Sally y a sólo unos dedos de distancia.

—Tú sabías que Rachel estaba viva.

—Eso es ridículo —dijo Sally.

Le temblaba la voz.

—La ayudaste a escapar —dijo Serena.

—No lo hice.

—Entonces, cuéntanos qué ocurrió esa noche, Sally. —Stride tendió una mano y la puso suavemente sobre su hombro—. Mira, sé cómo era Rachel, sé cómo manipulaba a la gente.

Sally le devolvió la mirada.

—No, no lo sabe —murmuró.

*Dentro del abrigo, Sally tenía las manos apretadas como si fueran ovillos. Tenía los codos comprimidos contra los costados y con los pies pisoteaba la acera, haciendo saltar sus rizos. No podía pensar en nada más, no podía ver otra imagen, una y otra vez, que la de Rachel y Kevin en el puente.*

*Rachel besando a Kevin.*

*La mano de Rachel deslizándose por la entrepierna de Kevin.*

*Y lo peor de todo, aquella maliciosa sonrisita de Rachel al volverse para asegurarse de que Sally estaba abajo, observándoles. No le bastaba con robárselo: Rachel también tenía que humillarla.*

*Ella no podía competir; no con Rachel. Lo único que la había salvado era que Rachel nunca había demostrado el más mínimo interés por Kevin. Sólo jugaba con él. Le provocaba, coqueteaba con él, eso era todo.*

*Hasta esa noche.*

*En su habitación, a Sally le hervía la sangre de rabia. No podía apartar aquella fea imagen de su cabeza. Una parte de ella quería gritarles «¡Jodeos!» y dejar a Kevin, a ver lo feliz que era en los brazos de esa ramera despreciable. Si tanto la deseaba, pues bueno, que se dejara destruir. A ver qué vida le esperaba viviendo bajo el dominio de ella.*

*Pero no podía hacerlo. No era culpa de Kevin. Él estaba indefenso, como una mosca atrapada en la tela de araña de Rachel.*

*Decidió dejarle las cosas claras a Rachel de una vez por todas. Y darle un*

ultimátum: «Apártate de Kevin».

Así que salió en silencio por la ventana de su habitación, que estaba en el primer piso, y corrió calle abajo, como movida por un resorte. Apenas se daba cuenta de los edificios que dejaba atrás, ni del frío que convertía su acelerada respiración en vapor. Mentalmente, repasaba todas las cosas que iba a decir. Ensayó un gran discurso, que mascullaba entre dientes, volviendo una y otra vez sobre las mismas palabras hasta que quedó perfecto. Pero cuando se encontró delante de la casa de Rachel, todas las frases que tan cuidadosamente había preparado se desvanecieron en su mente. Se notaba la lengua cansada e inservible y, por dentro, se volvió de mantequilla. Su valentía se había evaporado. Estaba petrificada.

Rachel estaba en casa. Sally había pensado que tal vez Rachel estuviera con Kevin y que tendría que esperar. Eso habría facilitado las cosas. Pillarla mientras salía del coche, cuando no se esperaba que nadie se encarara con ella. Pero el coche de Rachel estaba aparcado en el camino de entrada. Todo lo que Sally tenía que hacer era acercarse a la puerta con resolución y llamar al timbre: Intentó recuperar el coraje recordando otra vez la visión de las dos siluetas en el puente. Rachel y Kevin. El beso. La seducción. La sonrisa.

Zorra.

Si llamaba al timbre, Rachel contestaría. Y entonces Sally daría rienda suelta a toda la furia reprimida que albergaba en su interior. Gritaría, pegaría, le demostraría que, por una vez, había una chica dispuesta a defenderse.

Pero Sally estaba paralizada. Su cabeza la impulsaba hacia delante, pero sus pies permanecían clavados en el suelo. No estaba segura de poder enfrentarse a Rachel, por muy furiosa que estuviera, a pesar de lo mucho que Kevin significaba para ella.

En el interior de la casa, las luces de abajo se apagaron y todo quedó a oscuras.

«Ya está —pensó Sally—. Se va a la cama. Demasiado tarde».

Pero entonces oyó un chasquido dentro, como si descorrieran un cerrojo, y se dio cuenta de que alguien abría la puerta principal de la casa. El coraje de Sally se esfumó por completo; se apartó de la acera y se acurrucó contra una hilera de altos setos. Aún podía ver la casa bajo la pálida luz de las farolas.

En las sombras, reconoció a Rachel, con la misma ropa, escabulléndose de su casa. La muchacha escudriñó furtivamente la calle durante al menos un minuto, inmóvil y a la espera, refugiada en la protectora oscuridad del porche. Entonces se echó a correr por el camino de entrada. En la mano sostenía una bolsa grande de plástico.

Sally se dio cuenta de que Rachel se dirigía adonde estaba ella y de que acabaría por descubrir su presencia. Quiso ocultarse en los setos y esperar a que pasara de largo, pero sabía que aquélla era su única oportunidad. Ahora o nunca. Tragó saliva

y dio un paso hacia la acera; estaba delante de Rachel.

—Tenemos que hablar —dijo Sally.

El estómago le dio un vuelco y se maldijo a sí misma al oír el temblor de su voz. Parecía una niña asustada.

Al verla, Rachel se detuvo en seco. Sus ojos se llenaron de asombro, que fue reemplazado en un instante por un odio y un desprecio fríos.

—¡Oh, mierda! —exclamó Rachel entre dientes—. ¿Qué coño estás haciendo aquí?

Sally tosió.

—Quiero hablar sobre Kevin —dijo débilmente.

Rachel miró a un lado y a otro de la calle. Estaban las dos solas. Acercó la cara a la nariz de Sally.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo —dijo Rachel—. Vas a echarlo todo a perder.

Sally estaba confundida. Nunca había visto a Rachel de ese modo.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

Rachel le cogió la muñeca y se la retorció hasta provocarle una mueca de dolor.

—Oye, esto no es asunto tuyo, ¿te enteras? Tú no me has visto esta noche.

—No lo entiendo —dijo Sally—. Me haces daño.

Nada estaba yendo como ella había planeado. No tenía ni idea de lo que le hablaba Rachel, pero a Sally la asustaba la mirada de la chica.

—Haré más que eso si no te callas y escuchas —dijo Rachel—. Puede que seas idiota, pero no creo que tanto como para no entender dos cosas. Primera, que Kevin no me interesa en absoluto. Es todo tuyo, y que Dios le asista. Y segunda, sabes perfectamente que podría quitártelo si quisiera.

—Eso no es verdad —dijo Sally.

Rachel se rió.

—Haría cualquier cosa por mí. Ya has visto el pequeño trabajo manual que le he hecho en el puente, Sally. ¿Te ha gustado el espectáculo? ¿Te ha gustado ver cómo hacía que tu novio se corriera?

—¡Basta! —le rogó Sally—. ¡No!

—Bien, me alegro de que nos entendamos. Así que dejemos esto muy claro: ahora volverás a tu casa y te olvidarás por completo de esta conversación. Nunca ha tenido lugar. Tú no me has visto. Porque te prometo una cosa, Sally: si alguna vez le mencionas esto a alguien, regresaré y me aseguraré de que Kevin nunca vuelva a mirarte. No me importa si os casáis mañana; me acostaré con él al día siguiente. Y créeme: si lo hago, no se quedará a tu lado ni un solo día.

Sally no dijo nada. No sabía qué hacer. Rachel se le acercó aún más. La cogió del pelo y ella intentó soltarse, pero Rachel la retuvo.

—¿Me has entendido, Sally?

—No, no entiendo nada de todo esto.

—Entonces dime sólo si me crees. Me crees, ¿verdad? Sabes que te quitaría a Kevin en un segundo.

Sally asintió.

—Bien —dijo Rachel, y sonrió.

Con la otra mano, pasó un dedo por la mejilla de Sally. Se inclinó hacia ella y, con un dulce aliento, la besó suavemente en los labios. El beso fue prolongado y Sally sintió ganas de vomitar.

—No lo olvides —le dijo Rachel—. Ni una palabra.

Stride escuchó la historia de Sally con un horror creciente. Sacudió la cabeza lentamente.

—Diablos, ¿te das cuenta de que podrías haberlos salvado a todos si nos hubieras dicho lo que había pasado? —le preguntó.

Sally se encogió de hombros. No parecía arrepentida.

—Usted no conocía a Rachel, señor Stride. Hablaba muy en serio. Si le hubiera contado a alguien que la había visto, habría dedicado su vida a apartar a Kevin de mí. Yo sabía de qué era capaz. Pero al parecer, en aquel entonces era la única.

—¿No te importaba que Graeme Stoner acabara en la cárcel? ¿Sabiendo que era inocente?

Los ojos de Sally se llenaron de ira.

—¿Inocente? Y un cuerno. Dije la verdad cuando conté que me había retenido en su coche. Si no se hubiera acobardado en el establo, me habría violado. Y apuesto a que no fui la única. Ustedes ya saben que se follaba a Rachel.

—Pero, ¿por qué mentiste en el estrado? —preguntó Stride.

—Tenía que pensar deprisa —dijo Sally—. Me imaginé que estaba enviando un mensaje a Rachel, allí donde estuviera: estoy cumpliendo con mi parte del trato. Cumple tú con la tuya.

Serena no apartó la vista de los ojos decididos de Sally.

—No te habría gustado que Rachel volviera, ¿verdad?

Sally no pestañeó.

—No, no me habría gustado en absoluto. Estaba muerta. Quería que se mantuviera alejada. Pero si siguen pensando que fuimos a Las Vegas y yo terminé el trabajo, se equivocan. Rachel cumplió su parte del trato. Nunca regresó.

—¿No supiste nada de ella?

—Jamás. Creo que están buscando en el lugar equivocado. Deberían estar en Las Vegas, investigando qué vidas destruyó allí. Una zorra como ésa nunca cambia, pueden estar seguros de que seguía con sus viejos trucos.

—¿Sabes qué había en la bolsa de plástico que llevaba? —preguntó Stride.

Sally negó con la cabeza.

—No lo vi.

—¿Y no llevaba nada más?

—Nada, sólo la ropa que tenía puesta. La misma que llevaba esa noche en Canal Park.

—¿El jersey de cuello de cisne blanco? —preguntó Stride.

—Sí.

—¿Y estaba rasgado por alguna parte?

—No me di cuenta —dijo Sally.

—¿Y el brazalete? —preguntó Stride—. ¿Todavía lo llevaba?

Sally cerró los ojos y se concentró.

—Creo que sí. Sí, estoy segura de que lo llevaba. Aún puedo verlo colgando de su muñeca.

Stride asintió, mientras estudiaba varias posibilidades.

—¿Dijo cómo pensaba salir de la ciudad? ¿Había quedado con alguien?

Sally sacudió la cabeza.

—No lo sé, de verdad que no. No dijo nada de escaparse.

«Pero iba a dejar la ciudad», pensó Stride. ¿Ocurrió algo más que cambió sus planes... en el establo, por ejemplo? Porque estuvo en el establo aquella noche, el brazalete la situaba allí. Sally la vio salir de su casa y, de algún modo, más tarde acabó en el establo, dejando tras de sí unas pruebas que apuntaban en dirección a Graeme Stoner. Y luego había desaparecido.

—Debiste de pensar en ello después —dijo Stride—. ¿Qué pensaste?

—Estaba tan desconcertada como los demás. Supuse que a lo mejor había hecho autostop y había seducido al tipo que la recogió para que cerrara la boca, o bien había engatusado a uno de los chicos del instituto para que la llevara a algún sitio.

—¿Pero tú no lo hiciste? ¿No sabes nada más?

—No, no lo sé. Y ahora, me gustaría volver con Kevin.

Stride asintió.

—Está bien, Sally.

La muchacha se levantó del sofá y pasó por delante de él, dejando a Stride y a Serena solos en el cuarto de la colada.

—¿Qué crees, Jonny? —preguntó Serena.

Stride miró las lavadoras y se preguntó si a Guppo le gustaría tener que levantarse en plena noche para recoger una bolsa gigante de ropa húmeda y sucia.

—Creo que Rachel está muerta y, aun así, continúa jugando con nosotros.



## Capítulo 44

—Estás empezando a aburrirme, cielo —dijo Lavender, irritada—. No pensaba que fuéramos a pasarnos toda la noche hablando. Me imaginaba una cena agradable y luego una suave y larga cabalgada, ¿sabes?

Cordy cogió su cabeza entre sus manos y la besó.

Dejó caer una mano sobre su pecho derecho y lo acarició suavemente, deslizando su pulgar en el interior de uno de los óvalos recortados.

—Yo también, mamita. Pero tengo que saberlo, ¿de acuerdo?

Ella puso la mano sobre la de él y la apretó contra su pecho.

—Sólo para que sepas lo que te estás perdiendo —dijo.

Cordy gruñó.

—Unas cuantas preguntas más.

Lavender suspiró y lo soltó.

Estaban sentados en el coche de él, en el aparcamiento del Bellagio. Cordy conducía el PT Cruiser negro que había ganado en las máquinas del Sam's Town hacía dos años: el mayor *jackpot* que había logrado nunca. Mimaba el coche como a un hijo y siempre aparcaba en un rincón apartado, a salvo de golpecitos y abolladuras. El interior de piel olía a salsa y a puros, sus dos grandes debilidades después del sexo y el juego.

Intentó concentrarse, cosa nada fácil teniendo delante el pecho de Lavender bajo aquella tela ajustada.

—Háblame otra vez del amigo —murmuró.

—Sólo le vi una vez, Cordy —dijo Lavender—. Ya te lo he contado tres veces.

—Y cada vez recuerdas un poco más, mamita. Es así como funciona.

Lavender puso los ojos en blanco.

—Era una noche muy calurosa, igual que la de hoy. Estábamos en el club. Christi y yo bailábamos en el mismo turno. Era buena, ¿sabes? No le gustaba, no como me gusta a mí, pero era muy buena. Bueno, pues aquella noche, hace cerca de un año, ese tío vino detrás del escenario cuando ella terminó su actuación y estuvo un rato con nosotras. No sé su nombre ni nada por el estilo, pero recuerdo que Christi dijo que era un viejo amigo. Era gracioso.

—¿Por qué?

Lavender soltó una risita.

—Porque era muy viejo. Ya sabes, un viejo amigo. ¿Lo pillas?

—¿Cómo de viejo? —preguntó Cordy.

—No lo sé, cuarenta, cincuenta... Ya sabes, viejo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Oh, no me acuerdo. Del montón.

—¿Cabello claro u oscuro?

—Creo que oscuro. Canoso, tal vez. No lo sé.

—¿Altura?

—Tirando a alto —dijo Lavender.

Cordy se dio cuenta de que no estaba llegando a ninguna parte.

—¿Y nunca le habías visto antes? ¿Christi nunca lo mencionó?

Lavender negó con la cabeza.

—No.

—¿Y después? ¿Le volviste a ver después?

—No —repitió.

Cordy cambió de táctica.

—Antes has dicho que era escalofriante. ¿Qué tenía de escalofriante?

Lavender frunció el ceño.

—No hablaba mucho. Christi le ignoraba y eso a él no le gustaba. Daba la impresión de que tenía ganas de estar a solas con ella y era evidente que ella no quería. Parecían dos personas enzarzadas en una pelea, ¿sabes? Además, él tenía esa mirada... muy intensa. Ya sabes: escalofriante. De no haber sido su amigo, le hubiera tomado por un acosador. Esa clase de tipos abunda. Pero él estaba loco por ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira, estábamos en el vestuario, ¿vale? La mitad de las chicas iban desnudas. Chicas muy guapas. Joder, yo estaba desnuda ante las mismas narices de ese tío y no reaccionó en absoluto. Ni siquiera nos veía. No veía a nadie más que a Christi.

Cordy intentó imaginarse que alguien pudiera no fijarse en Lavender desnuda. Era imposible.

—¿Recuerdas de qué hablaron?

—No. Se sentó solo y de vez en cuando le susurraba algo a ella. Pero ella hablaba sobre todo con el resto de las chicas, no con él. Creo que quería hacerle enfadar. Intentaba cabrearlo ignorándolo.

—¿Recibió Christi la visita de algún otro amigo en el club?

—Nunca, ésa fue la única vez. Si no, no creo que me hubiera acordado. Christi era una solitaria, una persona realmente arisca.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, te he dicho que aquella noche estuvo hablando con nosotras y no con el tipo, pero eso no era lo normal, no solía hablar mucho con las demás chicas. Llegaba, hacía su número y se iba, ¿sabes? Algunas pensaban que era una zorra engreída y otras creían que se avergonzaba.

—¿Y qué pensabas tú? —preguntó Cordy.

—Aquella chica no se avergonzaba. No puedes ser tan buena como ella y avergonzarte. Creo que simplemente no le interesábamos, para ella ni siquiera

existíamos. Joder, cuando le hablé de mi idea, casi no me dejó ni terminar antes de darme con la puerta en las narices.

—¿Qué idea?

Lavender le dio un golpecito.

—Una página web. Espectáculos sexuales en la red. Christi habría sido perfecta y habría ganado un montón de dinero. Pero dijo que no aparecería en internet por nada del mundo. Estaba bien, porque los tíos podrían ver todo lo que quisieran en vivo y en directo cada noche. Pero no le importó.

—¿Dijo por qué?

—No, sólo que no le interesaba y punto.

—Ajá. Oye, Lav, tengo que encontrar a ese amigo. Christi es un enigma, ¿sabes? No hay nada personal en su apartamento y, tal como la describes, es como si no tuviera una vida propia. Ese amigo es mi única pista.

Lavender se encogió de hombros.

—Te he contado todo lo que recuerdo, cielo, no veo cómo vas a poder encontrarle. Aunque podrías hablar con las chicas que estaban allí. Algunas de ellas tal vez sigan en la ciudad, puede que recuerden algo.

Cordy asintió, consciente de que era una posibilidad muy remota.

—De acuerdo. Haz una lista con sus nombres.

—Y a lo mejor le vio alguien más en el club. Los gorilas, los camareros... No tardé mucho en cambiar de trabajo, así que puede que volviera cuando yo ya no estaba.

—Sí, es un comienzo. Mañana los entrevistaré a todos.

—Lo siento, cielo —dijo Lavender—. Pareces decepcionado.

—Y lo estoy. Esto podría haber sido un buen empujón, pero parece un callejón sin salida.

Lavender le sonrió.

—Sé cómo compensarte.

Asomó la lengua entre los labios y fue en busca de su bragueta, que bajó sin esfuerzo.

—¿Quieres una mamada, cielo?

A Cordy se le puso dura al instante.

—¡Oh, sí!

Ella metió sus hábiles dedos.

—Hummm, el postre —susurró.

La parte superior del cuerpo de Lavender se agachó hacia delante y su cabello cayó sobre el regazo de Cordy. Éste cerró los ojos a la espera de que el delicioso calor de aquella boca se cerrara sobre él, cosa que no llegó: Lavender dio un respingo, se enderezó de golpe y Cordy abrió los ojos, decepcionado.

—¿Qué ocurre, mamita? —suplicó.

Ella le miró con ojos brillantes.

—Puede, y sólo puede, que tenga una foto suya.

—¿De quién?

—Del hombre misterioso; el amigo.

Cordy sintió que su erección empezaba a decaer, pero su mente seguía excitada.

—¿Una fotografía? ¡Anda ya!

—Sí, sí... Esa noche estábamos haciendo el tonto con mi Polaroid, poniendo caras, sacándonos fotos de las tetas y del culo. Me acuerdo porque Christi no me dejó hacerle ninguna. Se ponía de espaldas. Pero es posible que la cara del monstruo saliera en alguna imagen.

—¿Todavía tienes las fotos? —preguntó Cordy.

—Creo que sí, en mi apartamento. Siempre las guardo en un cajón.

Cordy giró la llave de contacto y el motor del Cruiser comenzó a rugir. Agarró el volante con puños de hierro.

—¿Dónde está tu apartamento? —preguntó.

Lavender se lo explicó y, antes de que hubiera terminado, Cordy salió disparado hacia la rampa que conducía a la salida del aparcamiento. Los neumáticos chirriaron y la parte de atrás del coche amenazó con empezar a dar bandazos.

—No corras tanto —dijo Lavender con una sonrisita.

—¿Por qué no?

Riéndose, Lavender le señaló la entrepierna, donde el pene de Cordy aún colgaba fuera de sus pantalones.

—Bueno, si te para la policía, ¿cómo les vas a explicar esto?

## Capítulo 45

Stride no quería marcharse a casa.

Cuando llegó a la intersección que llevaba al motel de Serena, en lugar de continuar giró hacia el lago, siguiendo por costumbre un camino que tenía arraigado en la cabeza desde hacía años, aunque hacía tiempo que no iba allí con el coche. No se preguntó hacia dónde iba, pues lo sabía perfectamente: allí donde le llevaba el corazón.

—Acerquémonos al agua —le sugirió a Serena.

—Por mí, perfecto.

Dirigió el vehículo a través de Canal Park y cruzó el puente hasta el Point. Aquella noche no había ningún barco que les obligara a esperar. El acero zumbó bajo los neumáticos y, en unos segundos, volvió a encontrarse allí donde una vez se había sentido más en casa que en ningún otro lugar. Aunque era de noche, constató el paso del tiempo bajo la luz de las farolas. Algunos árboles eran más altos y otros ya no estaban. Se habían construido casas nuevas y se habían derribado otras. Aunque él hubiera dejado de ir a ese lugar, la vida había continuado sin él.

Aminoró al pasar por delante de su vieja casa. Miró por el retrovisor y, al no ver a nadie detrás, se detuvo en plena calle y bajó su ventanilla.

—Éste era nuestro sitio —le dijo—. De Cindy y mío.

—Podría enamorarme de un sitio así —afirmó Serena.

La casa tenía buen aspecto. Aquella temporada, los nuevos propietarios habían optado por la pintura amarilla, lo que la hacía destacar considerablemente; además, era obvio que se les daba bien la jardinería, a juzgar por las flores y las plantas que decoraban el césped. La hierba y los arbustos estaban bien recortados. Habían pavimentado el camino de entrada y habían puesto unos columpios para niños.

Las luces estaban apagadas. Estarían fuera o durmiendo, o tumbados en la cama escuchando las olas, como Cindy y él solían hacer.

Stride continuó por el Point, que estaba desierto y oscuro. Siguió a lo largo de la carretera hasta el otro extremo del parque y bajó de la furgoneta. Serena salió con él. Se cogieron de la mano mientras recorrían un sendero arenoso a través de los árboles hasta el lago. El cielo se abrió ante ellos inundado de estrellas y el agua surgió ante sus ojos, tenebrosa e imponente. Un viento suave azotaba los árboles que tenían detrás. Las olas revueltas siseaban al llegar a la orilla. La playa estaba solitaria y oscura hasta donde alcanzaba su mirada.

Vio que Serena sonreía embelesada y le tiró de la mano para que se acercase al agua con él. Se detuvieron en el borde de la arena húmeda, donde las olas que morían en la orilla casi les tocaban los pies. De tanto en tanto, tenían que echarse hacia atrás para no mojarse.

Serena giró sobre sí misma, empapándose de todo cuanto la rodeaba. Señaló la delgada línea de casas que se extendían en dirección a la ciudad.

—¿Vivías allí? —preguntó—. ¿Por qué te mudaste?

—A Andrea no le gustaba —explicó él—. Además, había demasiados recuerdos.

—¿Te resulta doloroso estar aquí?

Él sacudió la cabeza.

—En absoluto.

Serena se apartó del agua y buscó un lugar donde instalarse.

—Siéntate un rato conmigo, Jonny.

Él se agachó y atrapó un puñado de arena entre sus dedos.

—Todavía está húmeda de la tormenta.

—No pasa nada.

Lo veía en sus ojos: aquella mujer estaba realizando un acto de fe, de confianza ciega. No habría vuelta atrás para él, pero lo único que sabía era que no quería detenerse por nada del mundo.

Serena se quitó los zapatos. Se desabrochó los vaqueros, los deslizó por sus delgadas y largas piernas y dio un paso a un lado para quitárselos. Extendió los brazos al cielo, mostrando una franja de su estómago desnudo y, debajo, unas bragas blancas. Con ambas manos, se levantó el voluminoso jersey que Stride le había dejado y la camiseta azul oscuro que llevaba debajo. Sus pechos presionaban la tela del sujetador. Se arrodilló en la arena y le tendió una mano.

—Te vas a congelar —le dijo él.

—Caliéntame tú.

Él también se quitó los zapatos. Se dejó la camisa puesta, pero se quitó los pantalones y los tiró a un lado. Se sentó junto a ella y sus piernas se tocaron, y no sintió en absoluto la frialdad de la arena. Ella lo rodeó con sus brazos, hundiendo las manos debajo de su camisa, y agarró firmemente su espalda estrechándose contra su piel. Se besaron con avidez. Sus cuerpos descendieron hasta quedar tumbados en la arena.

Él le besó el cuello y le bajó un tirante del sujetador, tirando de él hasta que uno de sus pechos apareció ante la palma de su mano. Le cubrió el pezón con la boca y lo succionó. Oyó un gemido de placer surgiendo de la garganta de ella. Desnudó su otro pecho y lo besó. Ella buscó con los dedos la rendija de sus calzoncillos y los introdujo en su interior para acariciar su erección. Apartó un lateral de los calzoncillos y él sintió el aire fresco en su miembro.

—Deprisa —susurró ella.

Stride buscó sus bragas y metió los pulgares dentro. Serena se incorporó un poco para que se las quitara y las lanzase a un lado. Luego lo abrazó y lo atrajo hacia sí. Él le lamió los pechos, pero ella le cogió la cara con las manos y lo acercó para que la

besara. La besó en los labios, en las mejillas, en los ojos.

Ella separó las piernas y rodeó su cuerpo, y él sintió su pene frotando su montículo y su hendidura.

—No estamos... —murmuró él—. No llevamos protección.

—Sí, la llevamos —le dijo con tristeza, y él se preguntó si había echado a perder el momento.

Pero al cabo de un segundo, su miembro se abrió camino hacia el interior de Serena, húmeda y dispuesta. Él jadeó de placer. Ella también, y lo apretó con fuerza entre sus piernas, tensando los dedos contra su cuello. Él comenzó a embestir en su interior, tan hondo que podrían haberse fundido en una sola persona. Las estrellas los contemplaban y las olas rugían en sus oídos.

Ella observó con los ojos muy abiertos cómo le hacía el amor. Al verla mirar de esa manera, él se sintió más desnudo o más conectado con ella que nunca. Serena los mantuvo abiertos hasta que, al fin, inclinó la cabeza hacia atrás y una sonrisa y un grito escaparon de su boca al mismo tiempo, y su cuerpo tembló entre las manos de él.

Entonces, él también cerró los ojos y se dejó llevar.

Se había vuelto a poner la camiseta, pero por lo demás seguía desnuda; él le acariciaba suavemente las piernas y el vello mientras seguían tumbados en la playa. La arena manchaba su piel. Ella estaba apoyada sobre los codos, contemplando las estrellas.

—¿Te sientes culpable? —le preguntó.

—Debería, pero no.

—Bien.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él, y luego la vio apretar los labios.

Ya sabía qué le iba a preguntar.

—El aborto —explicó—. Esperé demasiado, no fue muy bien. No puedo tener hijos.

—¿Y te afecta? —preguntó él, pensando en Andrea.

—Va a épocas. A esa edad, y habiendo pasado por todo aquello, no podía imaginar cómo alguien podía querer hijos. Luego llegó un momento, cuando tenía veintitantos, en que sentí lástima de mí misma, lloré mucho y bebí aún más; tanto, que casi me echan del cuerpo. Igualita que mi madre, ¿sabes? Personalidades adictivas. Pero encontré a una buena psiquiatra y ella me ayudó mucho. Hoy en día, viene y va. Pero no he vivido mi vida como si me perdiera algo por no haber tenido hijos.

—Lo mismo me sucede a mí.

—Dime una cosa —soltó ella—. Ya sé que suena raro, pero... ¿he estado bien?

—¿Qué?

—Haciendo el amor. ¿He estado bien? Nunca antes había sido así y sé que era por mí, por toda mi carga. Siempre interfería.

—No es necesario que responda, ¿verdad? —preguntó Stride.

Ella sonrió, riéndose de sí misma, pero se la veía aliviada.

—No, supongo que no.

Las caricias en sus muslos tomaron un nuevo rumbo y él deslizó una mano entre sus piernas. Ella empujó las caderas contra sus dedos.

—Haz que me corra otra vez —le dijo.

Pero apenas había empezado cuando una música electrónica amortiguada comenzó a sonar en los alejados vaqueros de Serena. Ésta refunfuñó y ambos se rieron. Stride encontró su móvil en un bolsillo trasero y se lo pasó.

—Soy Serena. —Y un momento después—: Cordy, eres jodidamente inoportuno.

Stride oyó una voz al otro lado del teléfono que hablaba deprisa y a borbotones.

—Más despacio, Cordy —dijo Serena—. ¿Qué diablos estás diciendo?

Aunque no podía reconstruir su discurso, vio en la mirada de Serena que escuchaba con un interés cada vez mayor.

—¿Estás seguro de que es él? —dijo Serena al teléfono—. Si te equivocas quedaremos como idiotas.

Stride captó el tono de voz del compañero de Serena. Cordy estaba seguro.

—Maldita sea —dijo ella—. Está bien, haz que vigilen el lugar, pero no lo espantéis. A ver qué hace. Volveré mañana.

Stride sintió que se quedaba sin aliento y que un dolor agudo atenazaba su pecho.

—Buen trabajo, Cordy —dijo Serena—. Estoy segura de que Lavender y tú encontraréis el modo de celebrarlo. —Luego colgó el teléfono—. Es posible que hayamos buscado en la ciudad equivocada, después de todo —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Resulta que Christi, o Rachel, tenía un amigo. Cordy ha encontrado una fotografía del club donde ella trabajaba en la que el tipo aparece al fondo. Le ha reconocido.

—¿Cómo?

—Sabemos quién es —explicó Serena—. Aunque ahora se parece más a Howard Hughes en sus últimos tiempos. Es la misma rata del desierto borracha que vive en la furgoneta donde se encontró el cuerpo de Christi. Y sin duda eso cambia las cosas.

—¿La mata y se limita a dejar el cuerpo detrás de su propia casa? —preguntó Stride.

—Ese tío no está bien de la azotea, al menos cuando bebe. Si estaba saliendo con Christi y ella pasó de él, podría haber cruzado la línea.

—Así que va a su apartamento para intentar convencerla de que vuelva con él —



especuló Stride—. Ella lo manda a paseo y él le aplasta la cabeza con un jarrón. Él se lleva el cuerpo a casa, lo tira y luego abre otra botella.

—Es posible —dijo Serena.

Stride negó con la cabeza.

—Pero, ¿y el recibo del cajero automático? ¿Y la conexión con Duluth?

—Quizá me equivoqué —dijo Serena, intentando encajar las piezas—. A lo mejor Duluth es una pista falsa.

—No te equivocaste —insistió Stride—. Hay algo más.

Serena se agachó y lo besó con labios fríos.

—Ven conmigo.

—Estás en esto desde el principio, Jonny: te mereces estar allí cuando termine. Aunque al final resulte que ese tío no la mató, algo averiguaremos. Vayamos juntos a verle.

Stride se levantó y empezó a recoger su ropa.

—Está bien —dijo—. Pero primero tengo que hacer una cosa.

Ya sabía de qué se trataba.

—¿Hablar con tu mujer? —Él asintió—. Me siento responsable —dijo Serena.

—No lo eres. Yo sí.

Ya no le aterraba la idea del divorcio como lo había hecho durante tanto tiempo. Andrea había abierto la puerta. Y ahora él iba a cruzarla.

—Puede que mañana encontremos la respuesta —dijo Serena.

Stride no estaba tan seguro. Sabía que algún misterio se ocultaba en Las Vegas, pero no creía ni por un instante que ahí se hallara la verdad. La verdad estaba en Duluth. Y esperaba a que él volviera para ser descubierta.

## Capítulo 46

Durante los tres años de matrimonio, Stride y Andrea se habían reservado los sábados por la mañana para ellos. Habían permanecido fieles a ese principio, excepto por un par de fines de semana al año en que Andrea se iba a Miami a ver a su hermana Denise. Incluso cuando se encontraba en plena investigación, Stride procuraba tener libre el sábado por la mañana. Normalmente iban en coche hasta Canal Park, desayunaban contemplando el lago y leían el periódico después del café. O corrían varias vueltas alrededor del instituto y luego se recompensaban con un dulce de la pastelería escandinava. Era en aquellas ocasiones cuando más sentía que eran marido y mujer.

Pero ahí estaba, un sábado por la mañana, haciendo el equipaje para volar a Minneapolis y luego a Las Vegas. Era como desatar una alarma y Andrea captó el mensaje. Permanecía inmóvil en una esquina del dormitorio, con los brazos cruzados y los labios apretados en una delgada e insatisfecha línea. La mayor parte de la ira que había volcado en él al saber que se marchaba de viaje se había convertido en amargura y dolor. Ella no quería escuchar sus explicaciones y él tenía muy pocas que ofrecer.

—No lo hagas —murmuró, no por primera vez—. No te alejes de mí, Jon.

Stride embutió un par de calcetines en uno de los bolsillos de su bolsa de tela.

—Tengo que hacerlo.

—¡Oh, vamos! —exclamó ella—. Esto ya no es problema tuyo. ¿Por qué no puedes dejarlo correr y ya está?

¿Qué podía responder? Tenía que descubrir la verdad, se lo debía a Rachel. Era como un fantasma que le rondaba desde hacía años y deseaba revelar su misterio de una vez por todas. Pero no podía negarse a sí mismo que existía otro motivo que no confesaba: también necesitaba saber adónde podía llegar en su relación con Serena. Porque su matrimonio había terminado.

Ella pareció leerle el pensamiento.

—Me estás abandonando. Ya he pasado por esto y sé reconocerlo.

Él dejó de empaquetar cosas.

—De acuerdo, es posible.

—¿Es así como te enfrentas a ello? —exigió Andrea—. ¿Huyendo? Hace meses que somos como extraños. Hace días que apenas pasas por casa y nunca llamas. ¿Dónde diablos estabas ayer por la noche?

—No sigas por ahí —dijo él.

—¿Por qué no? ¿Crees que no sé lo de Maggie y tú?

—No hay nada entre Maggie y yo, ya te lo he dicho. No pienso hablar de ello.

—Si hablásemos podríamos solucionarlo —insistió Andrea—. Maldita sea, lo

único que sabes hacer es alejarme de ti. Te estoy pidiendo que no te vayas; necesito que te quedes.

En su cabeza podía oír la advertencia de Maggie hacía años.

—Lo sé. Pero tú no me amas, nunca lo has hecho.

—¡Eso es mentira!

—No finjas —le dijo él—. Yo ya he dejado de hacerlo.

Andrea se mostró desafiante.

—Te pido que te quedes y solucionemos esto.

Él captó el mensaje implícito: «Eres mi esposo; hazlo por mí». Y deseaba hacerla feliz, pero llevaba años intentándolo en vano.

—Lo siento. Es algo que tengo que hacer.

Andrea ahogó un grito y se cubrió la boca con una mano.

—Quieres el divorcio, ¿verdad?

Él cerró los ojos.

—¿Tú no?

—¡No! —insistió—. No, no lo quiero. ¡Nunca podría quererlo!

—Pero no eres feliz —respondió Stride—. Y yo tampoco, así que sólo hay una salida.

—Podemos remediar lo nuestro si te quedas y trabajamos juntos. Pero de lo único que sabes hablar es de marcharte.

Él le cogió las manos y sacudió la cabeza.

—No podemos arreglarlo, Andrea. Será mejor para ambos si empezamos una nueva vida por separado. Y creo que tú sientes lo mismo.

Ella se apartó airada y el cabello rubio le cayó encima del rostro. Se apretó la cabeza con las manos con una mirada salvaje. Se acercó al tocador, cogió una botella de perfume y la arrojó contra la pared, donde se hizo añicos, inundando la habitación de una esencia empalagosa. Andrea se quedó mirando los cristales esparcidos por el suelo y aquella visión pareció transportarla. Parecía estar completamente en otro lugar.

Stride le pasó un brazo por encima del hombro, pero ella se apartó.

—Vete —le dijo.

—Lo siento.

Lo miró con ojos furiosos.

—No, no lo sientes. Ya has decidido qué es más importante para ti. Si tanto te preocupa, coge la maldita puerta y lárgate; espero que consigas lo que deseas. Y cuando lo hayas encontrado, espero que te preguntes por qué lo deseabas tanto.

## Capítulo 47

Stride se encontraba en una carretera que lindaba con el bosque. Era otra vez el sueño de la persecución, en el que corría tras una chica a la que no podía alcanzar. Pero esta vez, después de perseguirla a lo largo del camino atraído por su risa, la encontró. Encontró a Rachel en mitad de un claro, tumbada sobre el charco carmesí de su propia sangre. A su alrededor, mirando el cuerpo, estaban Cindy, Andrea y Serena. Todas tenían las manos manchadas de rojo.

—¿Quién ha sido? —gritó.

Las tres mujeres, una tras otra, levantaron un dedo y le señalaron a él. Entonces se despertó.

Serena estaba a su lado, leyendo la revista de la compañía aérea, y lo miró:

—¿Una pesadilla?

—Más o menos. ¿Cómo lo sabes?

—Gritabas el nombre de Rachel.

Stride se rió. Se pasó las manos por la cara y el cabello, intentando quitarse de encima el desasosiego del despertar.

—¿De veras?

—No, era una broma. Pero parecías encontrarte en algún lugar en el que no querías estar.

Se acercó a ella y la besó.

—Estoy exactamente donde quiero estar.

Stride notó que el avión descendía. Estiró el cuello para mirar por la ventanilla, pero desde sus asientos no se veía la ciudad. Tan sólo vislumbró un brillante resplandor, que indicaba la existencia de una enorme fuente de luz en algún lugar cercano. Al tocar tierra, vio poco más que las luces de la pista de aterrizaje. Sin embargo, cuando el avión dio la vuelta en dirección a la terminal, tuvo una visión fugaz de una reluciente torre de oro, que se doblaba hacia él como un bumerán.

—Eso es Mandala Bay. Increíble, ¿eh?

Al salir del avión y dirigirse a la puerta, Stride se detuvo, abrumado por la avalancha de neones de colores que brillaban por todas partes. No pudo evitar sonreír al pensar en Serena cuando llegó al apacible aeropuerto de Duluth y comparó aquella terminal con el espectáculo que era la de Las Vegas. Parecía otro mundo.

En la zona de recogida de equipajes, se dio cuenta de que un hombre se destacaba de la multitud y se acercaba a ellos. Serena le dio un breve abrazo.

—Jonathan Stride, éste es Cordy Ángel, mi compañero.

Stride le estrechó la mano.

—Ha sido un gran logro relacionar el cadáver con ese tipo.

—Soy un detective extraordinario —dijo Cordy, guiñando un ojo.

—Un cabrón con suerte, diría yo —respondió Serena.

Cordy se volvió hacia ella.

—Tenemos la caravana vigilada. A primera hora de la tarde, el tío ha salido y se ha ido a la tienda de licores para proveerse de más ginebra. Luego ha vuelto a casa y no se ha movido desde entonces.

Serena frunció el ceño.

—Mierda, eso significa que seguramente mañana no se enterará de nada. Quería que al menos tuviera un pie en la tierra.

—No creo que pase allí mucho tiempo.

—En fin, siempre podemos quitarle la borrachera en comisaría —dijo Serena—. ¿Y la orden? ¿La has conseguido?

Cordy asintió.

—Podemos entrar y poner aquello patas arriba. Pero ya he estado allí y no pienso volver a meterme en aquel infierno de caravana.

Stride les interrumpió.

—¿Has descubierto algo más sobre el pasado de ese tipo respecto a Rachel? O supongo que debería decir Christi.

Cordy se atusó el cabello negro y brillante.

—*Nada*. Su supuesta tienda no tiene licencia. Lavender sólo le vio una vez y dice que Christi no hablaba con él. Es uno de esos personajes que van dando tumbos por Las Vegas, llegados de ninguna parte y sin ningún destino.

—Bueno, de algún lugar debió de venir para pescar a una chica como Christi —dijo Serena—. Lo primero que haremos mañana será presentarnos allí con todo el equipo. ¿Puedes dejarnos en mi casa?

Cordy enarcó una ceja.

—Como quieras.

Stride eludió su mirada a propósito, lo que Cordy probablemente interpretó como la admisión de su culpabilidad.

—¿Has estado alguna vez en Las Vegas? —le preguntó.

Stride negó con la cabeza.

—Ésta es la primera.

—Así que eres virgen —dijo Cordy, riendo entre dientes.

Stride estaba sentado en la parte de atrás del PT Cruiser de Cordy y miraba por la ventanilla, observando con avidez el desfile de gigantescos casinos a ambos lados de Las Vegas Boulevard. Cordy no quería coger el Strip, pero Serena insistió para que Stride le echara un vistazo a la ciudad. Se encontraban atrapados en el espeso tráfico de un sábado por la noche y se arrastraban poco a poco entre el Tropicana y el Flamingo. A su izquierda, le indicó Serena, estaba el Monte Carlo. A su derecha, el

Aladdin. Más adelante estaba el Bellagio, luego el París y el Bally's. Las dimensiones de cada edificio eran abrumadoras.

No podía creer el calor que hacía. Al salir del aeropuerto, le había golpeado el rostro como un látigo de fuego, succionando el oxígeno de sus pulmones. Aunque era de noche, la temperatura seguía rondando los treinta grados. Cada vez que respiraba notaba el polvo del desierto en la boca. Afortunadamente, Cordy tenía puesto el aire acondicionado al máximo y en el interior del coche se estaba lo bastante fresco como para estremecerse de vez en cuando.

—La mejor ciudad del mundo —dijo Cordy, orgulloso—. ¿Quién querría vivir en otro lugar? Esto es lo más, tío.

—Pero, ¿hay gente que vive aquí? —preguntó Stride, bromeando a medias.

—Ya vale, Jonny —murmuró Serena.

Le miró desde el asiento delantero y le guiñó un ojo.

—¿Sabes lo que hace funcionar esta ciudad? —preguntó Cordy mientras hacía sonar el claxon a una limusina que le había cortado el paso.

—Oh, mierda, lo de los pechos no —dijo Serena.

Cordy explicó, como si no la hubiera oído:

—Las Vegas es una cuestión de pechos, tío.

Stride se rió.

—¿Qué?

—¡Pechos! Es verdad. Ves más pechos en esta ciudad que en ningún otro lugar de la Tierra, ¿vale? Eso es lo que la hace tan especial, lo que imprime a Las Vegas su carácter. No es el juego, ni la bebida, ni los ochenta millones de habitaciones de hotel. Es caminar por la calle y tener todos esos pechos temblando como gelatina delante de tus narices. De todas las formas y de todos los tamaños, saliéndose de la ropa que los cubre. Algodón, lycra, nailon, biquinis, sujetadores, tops... no importa, ¿sabes? Mientras sea ajustado, o transparente, o enseñe mucha carne o te permita ver los pezones, se lo ponen. Las mujeres vienen aquí para poder mostrar sus pechos, y los hombres están tan cachondos que no pueden ni pensar.

—Cordy es una especie de sociólogo de las tetas —explicó Serena con sequedad.

—¿Acaso me equivoco? Porque si me equivoco me lo dices.

Serena no tuvo ocasión de replicar. Tres mujeres de unos veintitantos años, dos rubias y una morena, atravesaron corriendo las filas de coches por delante de ellos. La morena era la que estaba más cerca del Cruiser de Cordy y a Stride se le fueron los ojos de forma instintiva. Llevaba una minúscula camiseta y los pechos se le desbordaban. Cuando Cordy tocó el claxon y levantó el pulgar, la chica le sacó la lengua y la movió lascivamente. Serena suspiró.

—Yo no he dicho que te equivoques.

—Ajá. Así me gusta, mamita. La única razón por la que esta ciudad tiene sitio

para tantas bailarinas de *striptease* es porque todos los hombres están tan calientes después de mirar a las demás chicas, que pagan lo que sea por ver lo que hay debajo.

Serena se limitó a sacudir la cabeza.

Después del Flamingo, el tráfico mejoró un poco. Serena señaló la siguiente serie de megacomplejos, comprendidos entre el Caesars, en el extremo sur, y el Stardust, al norte. Al pasar por el Mirage, el volcán que había delante estalló en erupción y despidió cascadas de agua, vapor y fuego ante un puñado de espectadores embobados. Stride nunca había visto una ciudad tan palpitante como Las Vegas. Era una sensación electrizante contemplar aquellos ríos de gente entrando y saliendo de los casinos y empujando para cruzar la calle. Cordy tenía razón: por todas partes había pechos volanderos y saltarines, y todo olía a sexo, tabaco y dinero.

Aun así, Stride comprobó que el glamouroso ambiente del Strip se desvanecía rápidamente cuanto más avanzaban hacia el norte. En lugar de lujosos casinos ofreciendo sus servicios, vio tiendas porno y salas de masajes, bares con rótulos de videopóquer y moteles con letreros de neón quemados. El número de turistas que pululaba por las aceras disminuyó, pues la mayoría eran lo bastante listos para no aventurarse por aquellos barrios. Había putas en cada esquina que les sonreían tras pintalabios chillones y cabellos teñidos. Varios mendigos dormían en los portales.

—Aquí no hay volcanes —murmuró.

Serena sacudió la cabeza.

—Lo llamamos Naked City. Y no es un chiste sobre pechos. Ahí está la torre Stratosphere, pero a su alrededor hay más drogas y más crímenes que en ninguna otra parte de la ciudad.

Tras recorrer un par de kilómetros más, giraron por Charleston, dejaron atrás los casinos y Naked City y se dirigieron al oeste. Allí, la ciudad era como cualquier otra zona residencial, con centros comerciales, tiendas y cadenas de restaurantes. En menos de diez minutos llegaron al complejo donde vivía Serena. El conjunto era como una colmena de edificios de dos pisos, estucados en color hueso y con tejados de un rojo intenso. Serena saludó al guarda con la mano y éste abrió la puerta electrónica para dejar paso al Cruiser de Cordy. Era evidente que éste estaba familiarizado con el terreno, pues se adentró en un desconcertante laberinto de intersecciones y caminos hasta aparcar frente a una casa del otro extremo del complejo.

—Hogar, dulce hogar, mamita —anunció.

Stride y Serena recogieron su equipaje del maletero. El pavimento irradiaba calor. La brisa seca y acartonada procedente de las montañas no proporcionaba ningún alivio. Stride sintió el impulso de secarse la frente, pero se dio cuenta de que aquel paisaje era demasiado árido incluso para sudar.

—Quedamos aquí mañana a las nueve —le dijo Serena a Cordy—. Avisa al

equipo para que se reúna allí con nosotros a las diez.

Cordy le guiñó un ojo a Stride.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte aquí? Conozco varios clubes que podríamos visitar.

—Buenas noches, Cordy —dijo Serena.

—Diablos, mamita, ¿cómo puedes dejar que se quede en un sitio tan aburrido como tu casa? Es su primera visita a la ciudad, el tío se merece un poco de diversión.

—Y la tendrá —le dijo Serena.



## Capítulo 48

El sol de la mañana entraba a raudales a través de la persiana vertical del dormitorio de Serena. Stride llevaba un rato despierto y la contemplaba mientras ella dormía.

Serena estaba tumbada boca abajo. El cabello le cubría el rostro. Tenía los brazos enterrados bajo la almohada, dejando a la vista la turgencia de su seno derecho allí donde presionaba contra el colchón. Su espalda describía una pendiente hacia abajo hasta la base de su columna, para volverse a elevar luego hacia sus nalgas. Tenía una pierna debajo de la sábana y otra por encima.

Cuando Serena se dio la vuelta, le ofreció a Stride la visión de sus pechos desnudos y la delicada mancha de sus pezones. Pestañeó despacio y luego abrió los ojos, unos estrechos e insatisfechos resquicios poco dispuestos a afrontar la luz del día. Se apartó el cabello de la cara.

—¿Qué hora es? —preguntó adormecida.

—Tarde: las nueve menos diez.

Serena refunfuñó.

—Mierda. Cordy llegará enseguida.

Stride alargó una mano para tocarle los pechos, pero Serena le dio un veloz manotazo.

—Nada de eso, teniente. Sólo disponemos de cinco minutos para ducharnos.

—Cinco minutos me bastan —dijo.

—A callar.

Salió como pudo de la cama y él la siguió con la mirada mientras desaparecía en el cuarto de baño. Luego la oyó gritar:

—¡Haz café!

—De acuerdo.

Desnudo, bajó las escaleras. Buscó en varios armarios hasta encontrar un frasco de conservas con café molido. No sin cierta dificultad, imaginó cómo debía de funcionar la cafetera y la puso en marcha; luego volvió a subir. Serena había vuelto al dormitorio y se secaba el cabello mojado con una toalla. Sobre su piel desnuda brillaban algunas gotas de agua.

—Sé lo que estás pensando y ya puedes quitártelo de la cabeza —le dijo ella con naturalidad.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

Ella bajó los ojos y entonces él se miró la entepierna.

—¡Oh!

—Eso, ¡oh! Ahora métete en la ducha. Yo en tu lugar me ducharía con agua fría.

Cuando terminó de ducharse, sintió el aroma del café. No vio a Serena, pero ésta volvió a aparecer en el dormitorio unos segundos después con dos humeantes tazas

con sus respectivos platitos. Estaba a medio vestir y llevaba unas bragas y una camiseta blanca de cuello de pico.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, Jonny. Cordy siempre es puntual.

—Es lo que yo digo: si tenemos que hacer algo, mejor que nos demos prisa.

—Lo que tienes que hacer es vestirte —le dijo Serena. Ella volvió a mirarle la entrepierna e inclinó la cabeza—. ¿De verdad te basta con cinco minutos?

Stride se sentó en la parte trasera del Cruiser de Cordy y se encaminaron a la I-15, dejando atrás el Strip y adentrándose en tierra baldía. Estaba nervioso. En algún lugar, en el margen de una carretera desierta, existía un hombre que había conocido a Rachel después de su desaparición. Alguien que la había visto en su vida después de la muerte. Alguien que tal vez pudiera darle las respuestas a cuatro años de preguntas.

También estaban a punto de encontrarse con un hombre que podía haber aplastado el cráneo de una joven para luego arrojar su cuerpo al desierto. Serena había cogido su pistola Sig Sauer de nueve milímetros de la guantera de su coche y la había guardado a buen recaudo, en una funda que llevaba en el hombro oculta bajo su chaqueta azul, holgada y larga hasta la cintura. También Stride llevaba su Ruger enfundada bajo una chaqueta gris.

Cordy dejó la carretera principal y siguió un camino de tierra lateral. Señaló medio kilómetro más allá, donde Stride veía una caravana destartada junto al margen del norte.

—Ahí está, es él.

—¿Es ahí donde la encontrasteis? —preguntó Stride.

—Sí, ahí es —dijo Serena.

Cordy aparcó frente a la caravana y dejó el motor en marcha. Serena se volvió hacia Cordy y dijo:

—Déjanos cinco minutos con él, ¿de acuerdo?

Serena y Stride salieron a la vez. Él escudriñó su entorno. La caravana estaba gris, cubierta con una capa permanente de polvo y tierra procedente de la gran extensión de desierto que la rodeaba. No había ninguna vereda, sólo un camino desgastado por el ir y venir desde la puerta. Aguzó el oído y escuchó la extraña cacofonía que aumentaba y disminuía con el viento. Era una grotesca melodía carente de ritmo, un tintineo semejante a cientos de niños tocando unas campanillas.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

—Campanillas de viento —dijo Serena—. Montones de ellas.

Serena subió los peldaños de la caravana, que se hundieron bajo su peso. Se detuvieron frente a la puerta mosquitera y llamaron a la carrocería de aluminio. No obtuvieron ninguna respuesta más que el canto de las campanillas.

En la puerta, alguien había pintado las palabras «Abierto permanentemente».

Serena se giró hacia Stride, se encogió de hombros y empujó la puerta con cuidado. Dio un paso hacia dentro, con Stride pegado a ella. El ruido en el interior de la caravana era ensordecedor. Había una ventana abierta frente a ellos y, a causa de la corriente de aire, varias docenas de campanillas de viento de cristales tintados serpentearon y repicaron entre sí en una danza salvaje y multicolor. Ambos se cubrieron los oídos con las manos. Serena avanzó unos pasos y cerró la ventana de golpe. La corriente cesó y, poco a poco, las campanillas se apaciguaron, tintineando suavemente como una imprecisa música de fondo.

Entonces oyeron una voz.

—Así que ya lo han resuelto.

Ambos giraron sobre sí mismos. Bob estaba sentado a una mesa de juego a un metro y medio de distancia, frente a una cortina torcida que separaba la tienda del resto de la caravana. En otra mesa junto a él había una caja metálica con la tapa abierta. La camiseta de Bob colgaba de su cuerpo enclenque, llevaba unos pantalones cortos varias tallas más grandes de lo que le correspondía y calzaba unas zapatillas de deporte viejas y raídas.

Su mirada parecía la de un maníaco, sus ojos pequeños y fieros como dos agujeros negros. Los observó a los dos, primero a Serena y luego a Stride. Sus ojos se detuvieron en él y los entornó, como si hubiera visto algo extraño e inesperado en aquel rostro. Cuanto más lo miraba Bob, más se sentía Stride como un insecto atrapado en el álbum de un coleccionista. Aquella sensación inquietante se agudizó cuando, al devolverle la mirada, en su cerebro surgió una idea. «Te conozco». Pero aquel hombre era un extraño para él.

—¿Cómo se llama? —preguntó Stride.

Bob se encogió de hombros.

—Lo pone en el letrero.

—No nos costará averiguarlo —dijo Serena.

—¿No? —preguntó Bob—. Pues no tengo documentos, ni pago impuestos, y nunca me han tomado las huellas. Así que ya me dirás cómo piensas averiguar algo sobre mí.

—Pareces bastante espabilado —le dijo Serena a Bob—. Me esperaba a un viejo borracho.

Bob frunció el ceño y sacó el pulgar en dirección a la parte trasera de la caravana.

—Tengo la ginebra detrás. Está ahí por si me rajo.

—¿Rajarte? —preguntó Serena.

Bob se frotó la larga barba y tiró de algunos enredos. Se puso un dedo en la sien a modo de pistola y apretó el gatillo.

—¿Estás pensando en matarte? —preguntó Serena—. ¿Por qué?

Bob se volvió hacia Stride con una sonrisa lúgubre, como si compartieran una

broma secreta.

—Tú lo sabes.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Eres un hombre. ¿Por quién un hombre sería capaz de hacer cualquier cosa?

—Por una mujer —dijo Stride.

Serena se inclinó hacia Bob.

—¿Estás hablando de Christi?

La ira de Bob disminuyó y pareció ponerse nostálgico. Su voz se quebró y miró a Serena.

—Te pareces a ella. Tenía los ojos verdes, igual que tú. Pero los suyos eran fríos. Ella me destruyó. Mira, echa un vistazo. Mira mi vida. Pero si pudiera volver atrás, volvería a pasar por todo este infierno.

Serena entornó los ojos.

—¿Tanto la deseabas? ¿Tan buena era?

—No, buena no. Nunca fue buena. Era el demonio.

—¿Qué hizo? —preguntó Serena—. ¿Te rechazó?

Bob se rió de forma salvaje.

—¡Si fuese tan jodidamente simple! Es como tener las llaves del paraíso. Y entonces, un día, cambian la cerradura. Y miras atrás y te das cuenta de que lo has abandonado todo, de que has destruido a todos los que te rodeaban, por un sueño.

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Serena.

Bob agitó la mano con impaciencia.

—No me hagas perder el tiempo. ¿Quieres preguntarlo? Pues preguntalo.

Stride sabía a qué pregunta se refería.

—¿Mataste a Rachel?

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Bob.

—Pero, ¿lo hiciste tú? —volvió a preguntar Stride.

—¿Es eso lo que quieres que diga? ¿No te pondría las cosas muy fáciles?

—Sólo queremos saber lo que ocurrió —dijo Stride.

Bob apartó una cucaracha de la mesa. Ésta se alejó resbalando hacia la parte de atrás de la caravana.

—No, no es cierto. Ya sabéis todo lo que necesitáis saber.

—No sabemos la razón —dijo Stride.

Bob se rió.

—Para ella no era más que un juego. Destruía a la gente. Y cuando haces algo así, a veces la gente te lo devuelve.

—Creo que deberíamos continuar con esta conversación en otro lugar —le dijo Serena con cautela mientras cogía las esposas—. ¿Por qué no vienes a la comisaría con nosotros? Podemos lavarte y darte una comida decente.

Los ojos de Bob se abrieron de golpe con el brillo de un ave de rapiña.

—No os saldréis con la vuestra tan fácilmente —les gruñó.

Su rapidez los pilló desprevenidos. La mano izquierda de Bob se sumergió en la caja metálica y, con un grito, se echó al suelo; a sus espaldas, la silla volcó hacia atrás y se cayó. Bob levantó la mano izquierda al sacarla de la caja; su brazo en movimiento era una mancha borrosa. Lo extendió en toda su longitud, casi rozando el techo de la caravana. Stride vio el objeto que Bob sostenía firmemente entre sus dedos: un revólver Smith and Wesson con un cañón de diez centímetros.

«¡Un arma!».

Stride y Serena saltaron hacia atrás y fueron a caer sobre un laberinto de campanillas de viento, que repiquetearon y se derrumbaron a su alrededor haciéndose añicos. Stride giró hacia su derecha y dio con sus huesos en el suelo. Un cristal roto le hizo un corte en la mano cuando golpeó el suelo de la caravana con la palma. Deslizó la mano que le sangraba en el interior de la chaqueta y agarró la Ruger con dedos resbaladizos. En un solo movimiento, le quitó el seguro y se apoyó sobre una rodilla, apuntando al pecho de Bob.

A un metro de distancia, Serena hizo lo mismo. Ella estaba apoyada en ambas rodillas y sujetaba su automática con ambas manos.

Bob no se movió. Se les quedó mirando con una extraña mueca triunfal y su mirada saltaba entre los dos detectives como una pelota de pimpón. El revólver temblaba entre sus manos.

—¿A qué estáis esperando? —quiso saber Bob.

—No queremos hacerte daño —le explicó Serena con voz firme—. Tira el arma.

—Voy a escapar —dijo Bob—. Y vosotros me ayudaréis.

Stride vio que los dedos de Bob se tensaban sobre la empuñadura del revólver. Bob bajó el brazo del arma.

—¡Voy a disparar! —gritó Serena.

—¡No! —insistió Stride—. ¡Espera, espera!

Veía cómo se cerraba ante sus ojos la única ventana a la verdad.

Bob no había amartillado el arma. No estaba listo para abrir fuego. Pero ahora apuntaba el negro agujero del cañón directamente a la cabeza de Stride. Éste miró los brazos extendidos de Bob, sin apartar sus ojos del cañón de su pistola. El revólver le devolvía la mirada, boquiabierto. Sintió un pinchazo en el brazo, allí donde su amigo le había disparado en Ely. Podía oír el sonido de esa arma en su cabeza y sentir la carne desprendiéndose de su hombro.

—Bob, no vas a dispararme —le dijo Stride—. Tírala y esta vez ganarás tú. Puedes vencerla.

Bob sacudió la cabeza.

—Ella siempre gana.

Stride volvió a poner el seguro de su Ruger. Sus dedos se aflojaron y la pistola dio la vuelta en su mano. Se agachó despacio y la dejó en el suelo.

—Jonny, ¿qué diablos estás haciendo? —musitó Serena.

—Simplemente, no voy a hacerlo —dijo Stride a Bob.

Bob permanecía en silencio, vacilaba. Las campanillas de viento entonaban su canción: «Tin, tin, tin...».

—No soy yo quien hace esto —dijo Bob—. Es ella. Siempre ha sido ella.

Stride negó con la cabeza.

—Ya no puedes seguir culpándola. Está muerta, esta vez sólo estás tú. ¿Es esto lo que quieres?

La mano de Bob tembló. Exhaló un largo y lastimero suspiro y, mientras el aire salía de su cuerpo, sus músculos parecían desinflarse. El brazo con que sostenía el arma flaqueó y su mano la sostuvo con flacidez.

—Ahora, déjala en la mesa. Despacio y con mucha calma. ¿De acuerdo?

Stride se sintió invadido por una oleada de alivio.

Entonces, el rostro de Bob se contrajo en una expresión de pánico y temor. Puso los ojos como platos, igual que un niño asustado. Abrió la boca y dio un paso atrás, aterrado. Tenía la mirada fija en algún punto detrás de Stride.

—¡Ahí está! —gimió Bob.

—Jonny, se está descontrolando —advirtió Serena.

Stride sabía que tenía razón. Bob empezaba a desmoronarse.

—Aquí no hay nadie —le explicó Stride con firmeza.

—¡ESTÁS MUERTA! —chilló Bob.

Con un solo gesto volvió a levantar el revólver, con el cañón temblando. Tenía las mandíbulas apretadas y mostraba los dientes. Bob amartilló la pistola con el pulgar.

—¡Detente! —aulló Serena.

Stride se tensó a la espera de que Bob disparase, de sentir cómo el aire era succionado fuera de su pecho.

La bala de Serena arrojó a Bob contra el suelo. La pistola abandonó, ahora inofensiva, la mano de aquel hombre, que aterrizó con los ojos abiertos y aterrorizados. Dio un grito ahogado, incapaz de respirar, y de sus labios brotaron sangre y espuma. Su cuerpo se sacudió y sus miembros se agitaron en movimientos espasmódicos.

Serena se levantó y corrió hacia él.

Bob conservó la fuerza suficiente para enderezar la cabeza, contemplar su pecho destrozado y sonreír. La sangre le inundaba los pulmones. Intentó hablar, pero sus palabras se perdieron en un ruido indescifrable y las mandíbulas se le aflojaron. Sus enormes pupilas negras revoloteaban del uno al otro.

—¡Cordy! —gritó Serena al abrirse la puerta de la caravana—. ¡Llama a una

ambulancia!

Pero ambos sabían que Bob se habría ido antes de que se oyeran las sirenas. Y Stride era consciente de que, con él, moriría el misterio.

Se sentó en la parte de atrás del coche de Cordy, con la puerta abierta y las piernas fuera. Por primera vez en meses, se le antojó un cigarrillo y juntó los dedos como si tuviera uno encendido en la mano. Sintió un hilo de sudor deslizándose por su columna.

Veinte metros más allá, dos detectives de asuntos internos, fríos como serpientes bajo un sol implacable, interrogaban a Serena sobre el tiroteo. El hermoso rostro de la chica se mostraba estoico, carente de emoción, como si ningún huracán se agitara en su interior. Pero Stride lo sabía. Había visto la reacción retardada en policías de Duluth, incluso en duros veteranos que habían visto muchos cadáveres, todos ellos asesinados. Pero disparar tu arma, arrebatar la vida de una persona, verla morir a tus manos, era algo devastador. Bastaba para mandar a terapia a un policía y algunos hasta dejaban el cuerpo.

Y luego empezaba la fase en que cuestionaban tus acciones. La gente que no había estado allí, que no había vivido esos momentos terribles, se sentía autorizada para juzgar tu criterio.

Lo único que podía hacer Stride era sentarse y esperar su turno con tensión, y luego contarles lo ocurrido. Un disparo legítimo. Inevitable.

La ambulancia había llegado demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera llevarse el cadáver. Observó cómo dos camilleros hacían pasar una camilla por la puerta de la caravana. El cuerpo de Bob yacía bajo una sábana blanca con una nube roja en el centro, allí donde la sangre se filtraba por la tela. El suelo del desierto escupía una brisa polvorienta, recogiendo una esquina de la sábana mortuoria y agitándola en el aire a modo de bandera de rendición.

Stride se encontró contemplando la pierna huesuda y sin vida de Bob y la vieja deportiva pegada a su pie. El talón de la zapatilla parecía mirarle como un ojo inyectado en sangre, rosa y ovalado.

En aquel momento, Stride sintió que el mundo se detenía y que todo ruido y movimiento se iban reduciendo como en una caja de música, hasta que sólo pudo oír el ronco sonido de su respiración y sentir cada latido de su corazón golpeándole el pecho, como si quisiera atravesarlo.

Stride casi esperó que el cuerpo saliera disparado de la camilla. Esperó que Bob le señalara con un dedo esquelético y se riera burlón, como un mago frente al público que se ha quedado boquiabierto después de su mejor truco.

Pero aquello no era un truco. No había ninguna duda sobre la suela y el óvalo rojo en el centro del talón, que había palidecido con cuatro años de uso. Bob llevaba las

zapatillas de Graeme. El calzado que dejó las huellas de Graeme en el establo. Las deportivas que nadie encontró cuando Rachel desapareció.

Stride se quedó petrificado, mientras su cerebro trataba frenéticamente de asimilar la realidad que tenía ante sus ojos. Y un instante después, la verdad se desplegó ante él.

Había sido una trampa desde el principio. Rachel robó las zapatillas de Graeme; estaban en la bolsa de plástico que llevaba al salir de su casa. Y aquel hombre, el que yacía muerto bajo la sábana, se las puso. Había estado allí, aquella noche en Duluth.

Stride dio un brinco y corrió a través del suelo reseco. Los asistentes de la camilla se sobresaltaron cuando tiró de la sábana y dejó al descubierto la cara de Bob, con los ojos todavía abiertos de par en par.

—¡Oiga, qué diablos hace! —se quejó el camillero.

Stride se zafó del hombre que le agarraba por la espalda. Se agachó hasta quedar a unos centímetros del rostro del fallecido. El olor de la muerte, de la sangre y de la podredumbre se abría paso por sus orificios nasales. Observó a Bob fijamente, en busca de la verdad. «Yo te conozco».

Giró sobre sí mismo y vio a Serena con el rabillo del ojo. Podía sentir cómo ella leía sus pensamientos y veía sus temores. Pero gracias a Dios, no dijo nada, no reaccionó. Apartó la mirada antes de que el resto de los policías lo miraran a él.

Detrás de él, una voz dijo:

—¿Estás bien, tío?

—¡Cordy! —dijo Stride entre dientes. Se llevó a un lado al joven detective y le espetó en la cara—: Dijiste que había una vieja fotografía. De antes de que tuviera este aspecto. ¿La tienes?

—¿Quieres decir del tipo muerto? Claro que sí, tío. Me la dio Lavender, pensó que nos serviría para pillarle.

—Déjamela ver.

Cordy se sacó una bolsa de pruebas del bolsillo de sus holgados pantalones y Stride se la arrebató de la mano. El resplandor del sol le cegaba. Entornó los ojos, pero no podía ver a través del plástico. Sin vacilar, Stride la abrió y lanzó la bolsa a un lado.

—Joder, no puedes... —comenzó Cordy, pero se detuvo cuando vio la cara de Stride.

Éste sostenía la foto como si estuviera ardiendo.

—No, no, no, no... —murmuró, incapaz de creer lo que veía, sintiendo que perdía el control y deseando que las áridas grietas del suelo del desierto se abrieran para engullirlo.



## Capítulo 49

Stride bebió un sorbo de café frío de un vaso de poliestireno. Su impaciencia iba en aumento.

Miró a través de las ventanas que se abrían desde el nivel del suelo y observó a los turistas que se marchitaban bajo el calor mientras correteaban entre hileras de coches de alquiler. El estruendo de otro avión a punto de aterrizar en McCarran retumbó por encima de su cabeza y las paredes temblaron. Veía las sombras de última hora de la tarde alargándose minuto a minuto.

La puerta de cristal dio un golpe. Una de las empleadas entró sudando y con un andar patoso, procedente del aparcamiento. Sus gruesos dedos sostenían una carpeta de plástico.

—¿Cuánto falta? —gritó Stride.

La empleada se detuvo y apoyó las manos en las caderas. Su desnudo estómago de ébano dibujaba una curva pronunciada entre sus pantalones de chándal azul pastel y su camiseta blanca de un grupo de música.

—¿Cree que soy adivina? Ya le he dicho que tenían que estar aquí hace dos horas.

—¿Esos tipos de ahí fuera saben lo que tienen que hacer? —preguntó Stride—. No quiero que limpien el coche antes de que llegemos nosotros.

—Un Cavalier marrón con matrícula de Tejas. —Recitó el número de licencia—. En cuanto entre, es usted el primero de la lista, querido. Así que tranquilícese.

Desapareció en la oscura oficina detrás del mostrador.

Serena estaba sentada muy cerca, en una silla metálica, con los codos apoyados en las rodillas. Su cabello negro estaba despeinado y le caía sobre el rostro. Se levantó cansinamente, se puso detrás de Stride y le masajeó los nudosos músculos del cuello.

Se inclinó hacia delante y susurró:

—No tenemos por qué hacer esto.

—Yo sí. Necesito saberlo.

Serena suspiró.

—Como quieras.

Stride sabía que ella tenía razón. Era mejor dejarlo correr. Cuando llegara el coche, sabía lo que iban a encontrar. Y una vez que la verdad saliera, desearía haber dejado que el misterio muriese en el desierto junto con Bob.

Pero no podía detenerse. La fotografía le había conducido hasta allí. Desde el desierto hasta la agencia de alquiler del aeropuerto, siguiendo el rastro que habían dejado para él. Evidentemente, se preguntaba si todo no habría sido dispuesto de aquel modo para que él lo descubriera.

Serena le cogió el vaso de café, bebió un poco e hizo una mueca.

—¡Oh, por favor! Sólo dos palabras, Jonny: Star, bucks.

Stride no pudo evitar sonreír.

—Así está mejor —dijo ella.

—Oye, no te preocupes por mí —le dijo Stride—. Estaré bien. Tú ya tienes bastante con tu propia mierda.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque he matado a un tío? ¿Porque sólo me he pasado seis horas reviviéndolo quinientas veces? Hoy no es más que un día como otro cualquiera.

—Ja.

Serena se encogió de hombros.

—Me mandarán a hablar con un loquero. Será como en los viejos tiempos. Ya lloraré después. —Se miró los zapatos, que seguían sucios de polvo y sangre—. ¿Quieres la verdad, Jonny? Fue fácil. Demasiado fácil.

Stride no tuvo que decir nada.

La agente de proporciones generosas emergió de la oficina con un *walkie-talkie* pegado al oído.

—Su coche acaba de llegar, querido. Uno de mis chicos lo traerá hasta aquí.

Stride sintió que le embargaba la emoción.

—¿Qué procedimiento se sigue cuando devuelven un coche? ¿Vacían el interior? ¿Limpian las alfombrillas...?

—Eso es —dijo ella.

—¿El maletero también?

La mujer se encogió de hombros.

—Si alguien vomita dentro. Y a veces pasa, querido.

—¿Y está segura de que ésta es la primera vez que lo alquilan desde que lo devolvieron el fin de semana pasado? ¿No lo ha alquilado nadie más durante este tiempo?

—Nadie.

Un empleado aparcó el Cavalier junto al edificio de alquiler de vehículos minutos después, dejando la puerta del conductor abierta y el motor en marcha. Stride y Serena se pusieron los guantes y salieron de las oficinas. Stride había cogido una linterna halógena del coche de Serena y enfocó con ella la parte trasera del Cavalier.

Estaba limpio, sin restos de basura ni papeles esparcidos. Stride se arrodilló y, con cuidado, iluminó la parte inferior de los dos asientos, examinando el suelo. Luego, Serena y él se pasaron media hora más escudriñando la tela de los asientos traseros, centímetro a centímetro, sin encontrar nada.

Stride se puso de pie.

—Veamos el maletero.

—Seguramente iba envuelta en una manta —le recordó Serena—. Faltaba la de su cama.

—Las mantas también dejan rastro —dijo Stride.

No les llevó mucho tiempo. Al abrir el maletero, Stride iluminó su interior y, de inmediato, su atención se centró en una mancha rojiza del tamaño de una moneda de diez centavos en la franja enmoquetada. Mantuvo la luz fija en la mancha mientras Serena se inclinaba para echar un vistazo de cerca.

—Podría ser sangre —dijo tranquilamente. Luego añadió—: Y ahí hay otra cosa.

Stride miró cómo buscaba en su bolsillo y se sacaba unas pinzas, con las que extrajo algo que estaba atrapado en el borde metálico del maletero. Luego se echó hacia atrás y sostuvo las pinzas bajo el resplandor de la linterna. Stride se aproximó y vio un cabello rubio con la raíz de color negro azabache.

—Puede que no sea nada —dijo Serena—. En esta ciudad se hacen muchos tintes. Pero ambos sabían lo que aquello significaba.

—Tengo que volver —dijo Stride.

La empleada de la empresa de alquiler les hizo una señal con la carpeta desde la entrada.

—Oigan, agentes, ¿qué me dicen? ¿Me devuelven mi Tan Cav? Porque si no, necesito encontrar otro coche o alguien tendrá que ir andando, ¿me entienden?

Stride y Serena intercambiaron una larga y grave mirada. Le tocaba decidir a ella, pero Stride sabía que sólo tenía una opción: incautarse del vehículo, llamar a los forenses, clasificar las pruebas y destrozarle a él la vida.

Serena apartó la mirada. Cerró el maletero de golpe y le hizo una señal a la empleada.

—Lléveselo —dijo.

## Capítulo 50

Encontró a Andrea encerrada en su despacho del segundo piso, corrigiendo trabajos y sumida en el silencio sepulcral de la escuela. La puerta estaba abierta. Tenía la cabeza gacha y estaba totalmente absorta, de modo que no oyó sus pasos en la escalera.

No pudo evitar pensar en la primera vez que la vio. En lo heridos que se sentían por entonces: dos seres que de repente se encuentran solos después de planificar su vida junto a otra persona. Él había creído poder curar la herida de ella. Pero su amargura no parecía menguar, por mucho tiempo que pasaran juntos, ni siquiera después de precipitarse hacia el matrimonio. Habían cometido un error. Pero él nunca imaginó lo costosa que podía llegar a ser esa equivocación.

—Hola, Andrea —dijo.

Levantó la mirada de los papeles de su mesa. Él no estaba seguro de lo que esperaba ver en aquellos ojos: miedo, tal vez, o ira, o tristeza. Pero en lugar de eso, no vio casi nada, como si en aquel tiempo tan breve se hubiera convertido en una extraña para él.

—Bienvenido a casa —dijo Andrea sin alterarse—. No esperaba verte tan pronto.

Parecía más vieja, aunque tal vez fuese por la ausencia de maquillaje. Se había puesto una sudadera gris que tenía desde hacía años. Llevaba el cabello rubio peinado hacia atrás y unas gafas para ver de cerca que sostenía en el extremo de la nariz.

—¿Lo has descubierto? —preguntó Andrea con un tono cada vez más frío—. ¿Ha valido la pena?

Stride sintió cómo lo culpaba, como si fuese él el responsable.

Entró en el despacho y se sentó pesadamente en la silla de madera que había al otro lado de la mesa. Odiaba tener que decírselo.

—Está muerto, Andrea.

Ella contuvo la respiración y se apartó bruscamente de la mesa. Se quitó las gafas y mostró sus ojos aterrorizados. Esperó a que él lo dijera. Stride asintió.

—Robin.

Casi deseaba que le mintiera, que pusiera cara de sorpresa al saber que Robin, su ex marido, era el amante de Rachel. Pero no estaba sorprendida. Andrea cerró los ojos.

—Estúpido bastardo —murmuró—. ¿Cómo ha ocurrido?

Stride le explicó por encima lo que había pasado en la caravana. Andrea no se vino abajo. Una sola lágrima se abrió camino por su rostro, dejando la huella de su paso. La dejó llorar en silencio unos segundos, antes de dejarse dominar por la ira.

—Tú lo sabías —dijo—. Maldita sea, lo sabías y no me lo dijiste. Me dejaste ir

allí, sabiendo lo que me iba a encontrar.

—Te advertí que no lo hicieras —replicó Andrea, secándose la mejilla—. Fuiste tú quien no quiso dejarlo correr.

—¡Porque es mi trabajo! —dijo Stride. Se levantó, se paseó de un lado a otro y cerró de golpe la puerta del despacho. Luego volvió a enfrentarse a ella—. ¿Cuánto hace? ¿Cuánto hace que lo sabes? ¿Ya lo sabías entonces? Estábamos avanzando en círculos, y tú sabías que Robin había huido con Rachel.

—¡No, no lo sabía! —insistió Andrea—. Me dejó meses antes de que Rachel desapareciera. ¿No te das cuenta? Así es como lo quiso ella, marcharse sin dejar ninguna conexión. Todo fue obra suya, formaba parte de su plan. Le dijo que volviera a buscarla en otoño.

—Entonces, ¿cuándo lo descubriste? ¿Y cómo?

Andrea bajó la mirada hacia su mesa.

—Me mandó una carta el mes pasado.

—¿Y te habló de Rachel?

—¿Me tomas el pelo? —Torció el rostro como si hubiera mordido algo asqueroso—. Sólo hablaba de Rachel, Rachel, Rachel. Cómo lo había seducido, cómo se deshizo de él. El muy patético estaba obsesionado.

—¿Dónde está la carta?

Andrea vaciló.

—La quemé.

—¿Por qué? —preguntó Stride—. ¿Por qué ibas a hacer tal cosa?

Sospechaba que, si abría el cajón de su mesa, la encontraría allí.

—No lo sé, lo hice y ya está. Quería borrarlo todo. Olvidar lo que me hizo.

Stride sacudió la cabeza.

—Me estás mintiendo. No me mientas. ¿Que Robin estaba obsesionado? Dios mío, ¿y qué me dices de ti? Te dejó tirada por una de diecisiete años y todavía le amas. —Ella no lo negó. Se limitó a apretar la mandíbula en un gesto de amenaza—. Cuéntamelo, Andrea —insistió Stride—. Te escribe una carta y su aventura se te clava dentro como un cristal roto. ¿Y qué haces tú? Corres hacia él. Te arrastras hasta Las Vegas e intentas que vuelva.

Stride podía ver su miedo.

—No es cierto —comenzó a decir.

Stride la cortó.

—No me insultes. ¿Crees que soy idiota? Primero me ruegas que no me vaya. Y cuando me voy, me encuentro a tu ex marido bebiendo hasta morir en una caravana. Sé que fuiste en avión desde casa de tu hermana en Miami hasta Las Vegas el fin de semana pasado.

—No es lo que piensas —le dijo Andrea—. Yo no quería que volviera. Pero tenía

miedo. En su carta hablaba de suicidarse, no podía quedarme aquí sin hacer nada. Por eso fui, para hablar con él.

—Eso no me importa —la interrumpió—. No se trata de Robin y tú. —El silencio repentino que se hizo entre ellos estaba cargado de angustia—. Quiero saber lo que ocurrió entre Rachel y tú —dijo Stride.

La observó como a una sospechosa, estudiando el más mínimo movimiento de sus músculos faciales. Y vio lo que esperaba ver.

Culpable.

—Quiero saber por qué la mataste.

Andrea estaba tranquila.

—¿Necesito un abogado?

—¿Crees que voy a entregarte? No me conoces en absoluto. En lo que concierne a la policía de Las Vegas, un vagabundo llamado Jerky Bob mató a Rachel. Caso cerrado.

—¿Y cómo sabes que no fue así?

Stride suspiró asqueado.

—Por favor, Andrea, basta de juegos. Robin se habría matado a sí mismo antes de matar a Rachel. Ambos lo sabemos. Y dejaste tu rastro a un kilómetro y medio de distancia: localicé el coche que alquilaste. Había sangre y un cabello en el maletero en el que trasladaste el cuerpo de Rachel al desierto.

—Quería que la viera —dijo con gran amargura—. Si tanto la quería, pues que se la quedara.

—Cuéntamelo —dijo Stride—. Necesito la verdad.

Andrea asintió. Nerviosa, se recogió un mechón de cabello detrás de la oreja y se mordió el labio.

—Yo no pretendía que ocurriera esto.

Se levantó y salió de detrás de la mesa. Se quedó de pie cerca de Stride, pero no le miró, sino que fijó la vista en las fotos que había colgadas en la pared. De Stride y ella. De Robin y ella. Aún las mantenía allí.

Él notó el olor a tabaco y supo que volvía a fumar.

—Esa carta casi me destrozó, Jon —dijo—. Sabía que tú y yo teníamos problemas e intentaba asimilarlo. O no. Y entonces, al recibir la carta de Robin y descubrir lo que había ocurrido en realidad... Tenía que verle, eso es todo. No fui allí para verla a ella, por el amor de Dios, ni siquiera se me pasó por la cabeza. Fui a verle a él. —Se volvió hacia Stride—. Tú estuviste ahí, viste cómo estaba. No podía creerlo. No podía creer lo que ella le había hecho.

—Se lo hizo él mismo —dijo Stride.

—No, no fue culpa suya. Robin siempre fue débil. Yo lo sabía. Y Rachel también.

Lo utilizó. Él me contó que ella leía sus poesías y le decía que era un genio. Que le hizo creer que estaban hechos el uno para el otro. Pero no era más que otra mentira y él se lo tragó todo. Una vez muerto Graeme, ya no quiso saber nada más de él. Simplemente, le echó de su vida. Ya no le necesitaba. Fue como arrancarle el corazón. Comenzó a beber y a caer en picado. Ya no le quedaba nada por lo que vivir.

—Háblame de Rachel —se empeñó él.

—De acuerdo. Lo más absurdo es que nunca pensé en ir a verla. Robin me dijo dónde trabajaba, pero no me importaba. Yo no estaba allí por ella. Robin y yo estuvimos hablando durante un par de horas, si a eso se le puede llamar hablar. Estaba demasiado ido. No pude soportarlo más.

—Así que fuiste a enfrentarte con Rachel.

—No, no ocurrió así. Yo iba camino del aeropuerto para volver a casa, pero no dejaba de pensar en Rachel y en lo que nos había hecho. En lo que me había hecho a mí. No es que decidiera ir allí conscientemente. Pero en algún momento durante el trayecto, me di cuenta de que no me dirigía al aeropuerto. Acabé en el club. Sólo quería verla, ver qué aspecto tenía. Mirarla a los ojos. Cuando salió al escenario, me llevó unos segundos, pero entonces lo supe; supe que era ella. Y era tal como la había descrito Robin. Preciosa. Y fría como el hielo.

»Fue entonces cuando comprendí que no me bastaba con verla. Necesitaba que ella me mirase y admitiera lo que había hecho, así que esperé en el aparcamiento y la seguí. Cuando llegué a su apartamento, casi no pude continuar. ¿Qué le dices a alguien a quien no conoces y que ha arruinado tu vida? Pensé en Robin, echándose a perder en aquella caravana, y en cómo habían sido nuestras vidas, y volví a enfurecerme.

—¿Te reconoció? —preguntó Stride.

—Oh, sí. Enseguida. Y se rió. Dijo que, si había ido allí para llevarme a Robin, ya me lo podía quedar. Y lo sabía todo sobre la investigación. Sobre ti y sobre mí. Pensaba que era gracioso: «A ti te he conseguido un marido y a él un asesino». Eso es lo que dijo, que deberíamos darle las gracias.

Andrea comenzó a desmoronarse.

—No sé lo que... es decir, nada iba como yo quería. No mostró ningún arrepentimiento ni siquiera vergüenza. Me miraba fijamente con aquellos horribles ojos verdes como se mira a un insecto. A algo con lo que puedes jugar antes de darle un manotazo.

Stride vio que a Andrea le temblaban las manos. No estaba seguro de hasta dónde podía presionarla sin hacer que perdiera el control.

—¿Qué más dijo? —le preguntó.

—Mintió —replicó Andrea, apretando los puños—. Lo único que hacía era mentir.

—¿Mentir sobre qué?

—¡Sobre todo! Le dije que no tenía derecho a separarnos. Robin me quería. — Sus ojos se convirtieron en dos rendijas, como los de un reptil—. ¿Y sabes lo que dijo? Dijo que Robin me hubiera pedido el divorcio de todas formas. Que había sido jodidamente fácil seducirlo, porque apenas se le levantaba conmigo en la cama. Que hacer el amor conmigo era como tirarse a un cadáver. Que no podía quedarme preñada porque no había nada vivo entre mis piernas.

—Hija de puta —murmuró Stride.

—Entonces lo supe. No estaba mintiendo. Todo era verdad. Yo era la única que se había estado engañando. Sobre Robin, sobre mí misma... Así que ahí estaba, con toda esa rabia bullendo en mi interior como nunca lo había hecho antes, mientras ella se limitaba a mirarme con una sonrisita. Como si mi vida fuese un chiste para ella. Como si todo lo que me había arrebatado no significase nada.

—¿Qué hiciste? —preguntó Stride, más tranquilo.

—Había un jarrón en la estantería. Lo agarré y lo sostuve en el aire. Quería destrozarlo, quería ver trocitos de cristal volando por todo el apartamento. Pero no lo solté. Me aferré a él y golpeé. Tenía los ojos cerrados. Ni siquiera sabía lo que había hecho. Pero había golpeado algo con él y luego escuché un ruido fuerte, de algo que se caía...

Stride había oído esas historias demasiadas veces en boca de personas arrestadas, de acusados que suplicaban clemencia. Tenía el corazón endurecido ante ese tipo de confesiones, pero no ante ésta.

—Estaba muerta. No podía creerlo, pero estaba muerta. La había matado.

—Rachel lleva muerta mucho tiempo —murmuró él.

Andrea le miró con ojos suplicantes.

—No esperaba que te vieras arrastrado en esto otra vez, Jon. Tienes que creerlo. Nunca pensé que nadie me relacionaría con Rachel.

Stride sabía que no existía un término medio: si estuvieran en un tribunal, la declararían culpable. Pero Andrea no era enteramente responsable de lo sucedido, ni tampoco Robin. También él debía asumir su parte de culpa. Quizá por eso sabía que nunca podría revelar el secreto. ¿A quién beneficiaría?

—¿Y ahora qué? —preguntó Andrea.

Sí, él se preguntaba lo mismo.

—Ahora, los dos tendremos que vivir con ello.

—Sé lo difícil que esto resulta para ti —susurró ella—. Ignorarlo.

—Lo cierto es que no me resulta difícil en absoluto. Supongo que eso debería darme que pensar.

Estaba ansioso por marcharse, por decir adiós, por quedarse a solas con su propia culpa. Pero sabía que necesitaba decirle algo a ella, darle algo a lo que agarrarse. Para



que el pasado no fuese una absoluta mentira.

—Robin sabía que tú mataste a Rachel —le dijo al darse la vuelta para marcharse—. Asumió la carga. Quería que le culpásemos a él. Y fue por ti, Andrea. Lo hizo por ti.

Stride se dio cuenta de que no tenía adónde ir. Era un sin techo en su propia ciudad.

Acabó en el puente del canal, allí donde Rachel se había subido en su última noche en la ciudad. Antes de irse a casa y preparar las pruebas en el coche de Graeme. Antes de robar las zapatillas de Graeme. Antes de encontrarse con Robin, que la esperaba en un callejón, y llevarlo al establo para ejecutar su representación.

Perseguirla por la pradera, rasgarle la ropa, hacerle algunos cortes. Sangre, tela, pistas.

«Fui como un títere en sus manos», pensó.

Se quedó contemplando las aguas oscuras, que aquella noche apenas se agitaban bajo la fresca brisa del lago. Agarró la barandilla con ambas manos y se imaginó a Rachel haciendo equilibrios en aquel mismo lugar. Si una ráfaga de viento la hubiera lanzado a las frías aguas aquella noche, la vida de Stride ahora sería muy distinta. Mejor o peor, eso no lo sabía.

Al menos, conocía los secretos de Rachel. Excepto uno: seguía sin saber el porqué, el porqué de todo ese juego. El porqué de la cruenta guerra entre Graeme y Rachel. Le sorprendía que Rachel no hubiera proporcionado una clave, habiendo dejado un rastro de migas de pan para todo lo demás. A menos que la críptica postal fuese el mensaje que le había querido mandar. «Merecía estar muerto».

Stride se volvió y se apoyó contra la barandilla, mientras observaba las idas y venidas de los coches entre el Point y la ciudad. Reconstruyó la sucesión de acontecimientos en su cabeza, ahora que sabía que Robin era el eslabón perdido. Se imaginó a Rachel sentada en la clase de Robin en septiembre, tramando su plan.

«A ti te he conseguido un marido y a él un asesino».

Se estaba acercando a algo. Podía sentir cómo se iba aclarando su confusión mental, como la niebla sobre el lago.

Stride oyó el rechinar de unos neumáticos deslizándose sobre la cubierta de acero del puente. Se sobresaltó al ver un Volkswagen rojo acercándose a toda velocidad desde el Point, con una muchacha de largos cabellos oscuros al volante. Le sonrió al pasar rugiendo por delante de él. Se le ocurrió la alocada idea de que tal vez fuese Rachel. Aun sabiendo que estaba muerta, pensó que había encontrado el modo de perseguirle.

Pero no era Rachel. No, era...

... el *Bicho Sangriento*.

De repente, Stride pudo ver a través de la niebla. Y lo comprendió. Rachel le había estado enviando un mensaje desde el principio.

## Capítulo 51

A trescientos treinta y cinco metros de altura, en la punta de la corona con forma de platillo volante de la torre Stratosphere, la temperatura era de unos confortables diez grados menos que allá abajo, en el Strip. Al salir al aire libre, a la plataforma que servía de mirador, Stride sintió una desconcertante vibración bajo sus pies, mientras la torre se balanceaba a causa de las turbulencias del viento. Nunca le habían asustado las alturas, pero el hecho de encontrarse tan arriba, en lo que daba la sensación de ser una pasarela desprotegida, bastó para marearle.

«Súbete a la torre», le había dicho Cordy.

Serena le había contado una vez a Cordy que, cuando no podía dormir, a veces conducía hasta la Stratosphere y se pasaba horas contemplando la ciudad.

En las tres semanas que Stride había estado fuera, habían hablado de vez en cuando por teléfono, pero él aún se preguntaba si la química seguiría estando ahí cuando volvieran a verse. Le preocupaba que los pocos días que habían pasado juntos ya no significaran nada para ella.

Al contemplar la vista sobre Las Vegas, se preguntó si podría llegar a gustarle esa ciudad, tan distinta a todo lo que había conocido. Parecía difícil coger a una criatura de los bosques y soltarla en aquella jungla de neón. Pero tampoco estaba seguro de querer seguir viviendo en Duluth. Ya se había quedado allí más tiempo del suficiente y ésta era su oportunidad de romper con el pasado. Además, en la última semana había sabido que Maggie estaba embarazada, y su marido la había convencido para que entregase la placa. La perspectiva de hacer su trabajo sin ella le desagradaba.

Descubrió que podía caminar por el borde y mirar abajo sin sentir vértigo. Siguió la plataforma de su derecha, que le condujo a un recorrido que dominaba la mitad este de la ciudad, libre de la larga banda de relucientes casinos. Pero al dirigirse hacia el sur vio la hipnótica grandeza del Strip, sobresaliendo en el desierto como un rayo láser curvado. Al principio sólo vio una deslumbrante cinta de colores desprovista de detalles. Pero cuanto más se fijaba, más se daba cuenta de los matices, como el brillo esmeralda del MGM Grand o la superestructura de la *faux* Torre Eiffel del París. Se quedó tan absorto contemplando el paisaje que tardó un rato en darse cuenta de que no estaba solo.

Serena se encontraba a unos metros de distancia, observándole con una sonrisa. Llevaba unos vaqueros negros y un jersey de cuello de cisne blanco. No pudo evitar recordar que Rachel llevaba casi la misma ropa la noche en que desapareció. Con su cabello negro y su cuerpo atlético, Serena debía de tener un aspecto muy parecido al que tenía Rachel aquel día, en lo alto del puente del canal. Sintió cierta simpatía al comprender la facilidad con que Robin, Graeme, Kevin o cualquier otro podría haber sido seducido por Rachel. Serena, con su misma belleza, ejercía ese poder sobre él.

«¿Por quién haría un hombre cualquier cosa?», había preguntado Robin.

«Por una mujer».

Con delicada elegancia, se acercó a él, lo rodeó con sus brazos por la espalda y presionó suavemente su fresca mejilla contra su cara, caliente y sonrosada. Él extendió la mano y le acarició el cabello oscuro. Abrazarla le parecía lo más natural, como si llevasen años haciéndolo. Él no quería soltarse y, durante un buen rato, parecía como si no fuesen a hacerlo nunca. Podrían haberse quedado ahí para siempre, envueltos el uno en el otro, bajo la brisa nocturna. La química seguía existiendo, tan palpitante como al principio.

—Has vuelto —dijo ella con un dejo de sorpresa en la voz.

—Te dije que lo haría.

—Lo sé. Pero en esta ciudad las promesas no siempre significan gran cosa.

Él se apartó y la contempló, familiarizándose de nuevo con su rostro.

—Salías muy guapa en la tele —le dijo.

Serena sonrió.

—Eres un encanto.

Dos cadenas de Minneapolis habían enviado periodistas para realizar reportajes sobre la muerte de Rachel. Entrevistaron a Serena y a Cordy, grabaron algunas tomas dentro y fuera del club donde había trabajado Rachel e incluso en el espacio que había ocupado la caravana de Robin. Se habían llevado al desguace aquella chatarra destartada y su inmundo contenido había sido quemado.

Las cadenas de televisión no tenían ninguna fotografía de Jerky Bob para mostrar. Stride había tenido que decirles que la única imagen conocida se había extraviado durante la investigación, así que le tocaba a Serena dar su descripción. Y lo hizo. Era un vagabundo llegado de ninguna parte. Había muchos de ellos en Las Vegas, la mayoría con enfermedades mentales, y éste había alimentado su obsesión hasta convertirla en algo violento. Rachel tuvo la mala suerte de ser la chica a la que él no quiso dejar marchar.

Ésta fue la historia que contó Serena, y se mantuvo fiel a ella.

—Han picado tu anzuelo, ¿sabes? —dijo Stride—. «Rachel asesinada por un mendigo». Eso rezaba el titular del periódico.

—Me gusta.

—Y qué más da que no sea verdad —murmuró él.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Serena—. Tenías que protegerla.

Él depositó las manos sobre la protección que evitaba los saltos al vacío y que se extendía hacia abajo, sintiendo de nuevo el vértigo de las alturas. Serena se unió a él y le puso una mano en la espalda.

—¿Qué más podías hacer? —le preguntó.

—Lo sé. Pero siento haberte metido en todo esto. Te obligué a mentir.

—Fui yo quien tomó la decisión —le dijo Serena. Al ver que él iba a decir algo más, le puso un dedo sobre los labios—. Ya está hecho, Jonny. Fin de la historia.

—No exactamente —dijo él.

Respiró hondo y pensó en la manera de contarle el resto. Todavía se culpaba a sí mismo por no haber descubierto antes la verdad, aunque eso no hubiera cambiado las cosas. Los hechos eran los hechos.

Serena le observaba expectante.

—Aún está lo de la relación entre Rachel y Graeme —dijo—. Ocurrió algo que hizo de ellos dos enemigos encarnizados.

—Sabemos que tenían relaciones sexuales —dijo Serena—. Rachel quería parar y Graeme no. He pasado por eso, Jonny. Si la violó o si intentó hacerlo, eso basta para que una chica como Rachel quisiera vengarse.

—Sí, así es. Pero Graeme se vengó primero.

*Graeme observaba temblar su mano mientras sostenía un vaso de brandy contra la luz. Se llevó la bebida a los labios y tomó un sorbo, con la esperanza de que el alcohol atemperase sus nervios. Las emanaciones llenaron sus fosas nasales y el líquido ardió en su seca garganta. Removió el licor en el vaso y bebió otro trago. Pero el temblor de sus dedos se negaba a disminuir. Sentía cómo el deseo crecía en su interior.*

*Emily se encontraba en un retiro de la parroquia en Saint Paul. Rachel estaba en su cuarto, esperando, y sabía que él vendría. Graeme dejó el brandy y se deslizó escaleras arriba y luego a lo largo del pasillo, hasta llegar a la puerta del dormitorio de la chica. Avanzaba a hurtadillas, midiendo cada paso sobre la moqueta para evitar cualquier crujido que pudiera alarmarla. Por debajo de la puerta se veía una luz. Imaginó a Rachel en la cama, contemplando el techo con la cabeza en la almohada. Pensando en las veces que habían hecho el amor.*

*Le dio la vuelta al tirador silenciosamente y empujó. Estaba cerrado con llave.*

—Rachel —llamó, con el volumen imprescindible para que ella lo oyese—. Ya sabes cuánto te necesito.

*Nada. Ella le escuchaba sin decir una palabra.*

—Estamos hechos el uno para el otro, Rachel —le dijo—. No puedes huir de algo así. Somos como las dos caras de la misma moneda.

*Sabía que ella estaba allí. Su silencio persistente comenzó a debilitar su control. Se encontró abriendo y cerrando el puño y respirando violentamente.*

—Abre la puerta, Rachel —insistió con la voz temblorosa—. Te prometo que no te haré daño, pero necesito hablar contigo.

*Su promesa era una mentira y ambos lo sabían. Si ella abría la puerta, no sería capaz de controlarse a sí mismo. Necesitaba tocarla y estar dentro de ella, costara lo*

que costara. La idea de su cuerpo desnudo le hizo sudar y estremecerse de deseo.

—¡Rachel! —gritó, en un tono que delataba ira. Golpeó la puerta con el puño, incapaz de contenerse—. ¡Te necesito!

Se lanzó con el hombro contra la puerta con un ruido sordo y vibrante. Pretendía echarla abajo para poder entrar. Pero esa vieja casa era sólida y la puerta de roble no cedió.

—¡Déjame entrar! —chilló.

Apoyó la mejilla en la puerta y escuchó. La voz de Rachel, cuando llegó, sonaba tan cerca que se sobresaltó. Estaba justo al otro lado de la puerta: sólo les separaban un par de centímetros de pesada madera.

—Puedes entrar si quieres, Graeme —dijo Rachel. Su voz era dulce como la miel, sin el menor rastro de emoción ni de resentimiento—. Si necesitas violarme, puedes hacerlo.

—No, no lo haré —murmuró él.

—No pasa nada, Graeme. Lo comprendo, tienes tus necesidades.

—Sí —le dijo él—. Sí, te necesito tanto... Quiero que todo vuelva a ser como antes.

—Y yo te estoy diciendo que puedes poseerme.

Él apenas se atrevía a respirar. La sola idea de hacerle otra vez el amor podía más que él.

—¿Me vas a dejar entrar?

—Sí. Pero quiero que sepas lo que ocurrirá después.

Había algo en el tono de voz de Rachel que lo inquietó hasta ponerle la carne de gallina.

—Si entras aquí y vuelves a tocarme, voy a coger un cuchillo de carnicero y voy a cortarte los huevos. ¿Está claro? Y luego voy a cortarte la polla. Es una promesa. ¿Me estás escuchando? ¿Lo has entendido? No dormirás ni una noche más en esta casa sin preguntarte cuándo voy a desmembrarte. Y no pienses siquiera en la posibilidad de que te vuelvan a pegar tu querida cosita. Porque cuando te la haya cortado, la tiraré por el váter, que es donde debe estar.

Graeme se cayó de rodillas, aterrorizado. Las náuseas le revolvían el estómago.

—¿Me crees, Graeme? —preguntó Rachel—. ¿Crees que lo haré?

Él intentó hablar, pero las palabras se le atragantaron.

—No te oigo, Graeme.

—¡Sí, sí, te creo!

Y la creía.

—Entonces, dime, ¿todavía quieres entrar? —preguntó Rachel.

Graeme huyó sin responder. Nunca se había sentido tan derrotado. Una vez más, ella le había demostrado quién dominaba la situación. Volvió escaleras abajo y se

paseó por el estudio, a la deriva. El problema era que continuaba estando excitado. Su miembro estaba tan duro como una roca y su deseo era tan fuerte que tenía ganas de subir otra vez y follársela de todos modos, aun conociendo las consecuencias. Pero sabía que Rachel no mentía, que pensaba hacer exactamente lo que había prometido.

Se sintió arrastrado al fondo de algo desagradable y familiar, como una estrella atrapada por la inexorable gravedad de un agujero negro. Se dijo a sí mismo que quería liberarse, pero lo cierto era que lo necesitaba, lo deseaba hasta tal punto que hubiera hecho cualquier cosa. Intentó mantener la calma, pero empezó a temblar de nuevo; el sudor se le pegaba en las axilas y en la piel formando una húmeda película. Sintió que algo se agitaba en su alma, que se abría una puerta y se despertaba una presencia tenebrosa.

«Por favor, no», le suplicó a su monstruo interior.

Pero éste no le escuchaba. Jugaba con él como un niño con una muñeca, moviéndole las extremidades y diciéndole lo que tenía que hacer.

«Es culpa tuya, Rachel».

—Vamos —retumbó la voz, que no parecía la de un monstruo sino la suya propia. Era tan... inmoral.

Graeme se apoderó de las llaves y salió por la puerta principal. El aire era débil. Cualquier otra noche de agosto no habría oscurecido tan temprano, pero la capa de nubes acumuladas en lo alto oscurecía prácticamente por completo la parte occidental del cielo. El viento cambiante empezó a azotar las ramas de los robles con furia.

Estaba a punto de llegar al garaje cuando vio que el camino estaba bloqueado. Rachel había aparcado frente a las dos puertas dejando su monovolumen atrapado en el interior. Graeme lanzó una maldición y miró hacia arriba, donde estaba su dormitorio. Y entonces la vio ahí, de pie, observándole con una sonrisa glacial. Su sola visión le aceleró el pulso. Pero torció el gesto mientras tensaba los músculos de la cara y le dio un golpe al guardabarros trasero, lo bastante fuerte para abollarlo; sus ojos eran como dos feroces puntos negros.

Se quedó inmóvil, mientras pensaba frenéticamente. Las gotas de lluvia comenzaron a dejar manchas oscuras en su ropa. De repente tuvo una idea y aquel pensamiento le hizo sonreír en dirección a la ventana de Rachel. Ésta frunció el ceño, leyendo su mente.

Volvió a entrar en la casa como un vendaval y subió las escaleras a toda prisa y jadeando. Cuando llegó a su habitación, desvalijó el armario de Emily, arrojando joyeros y cosméticos al suelo. Metió la mano hasta el fondo de los cajones, tanteando el revoltijo de objetos. Al fin, oyó un sonido metálico cuando sus dedos dieron con ellas y las sacó con una excitación cada vez mayor: las viejas llaves de repuesto de

Emily.

*Se aferró a ellas y salió corriendo, cerrando la puerta de golpe detrás de él. Miró otra vez la ventana de Rachel, pero ella ya no estaba. Una vez en el coche, buscó torpemente la llave. La lluvia le volvía los dedos resbaladizos y se le cayeron en el camino de entrada. Se agachó, rescató el llavero e introdujo una llave en la cerradura. Le dio la vuelta. La puerta del coche se abrió.*

*Nervioso, Graeme miró a su alrededor. Estaba solo.*

*«Conduce —gruñó el monstruo—. Sal a cazar».*

*Agarró el volante con tanta fuerza que éste se volvió pegajoso por el sudor de sus palmas. Una molesta lluvia caía sobre el parabrisas, produciendo una neblina que las escobillas parecían incapaces de eliminar. Fue en busca de carreteras secundarias. Su necesidad se hizo aún más imperiosa dentro del coche, donde el olor de Rachel lo impregnaba todo. Era como si estuviera sentada junto a él, provocándole con sus fríos ojos verdes. El recuerdo del sexo con ella era tan intenso que aún podía sentir sus dedos recorriéndole la piel.*

*«A cazar».*

*Subió la colina hacia el oeste, más allá de Lakeside. A medida que ascendía dejó atrás rápidamente las zonas más habitadas. Al cabo de ocho kilómetros se encontró conduciendo a través de un área desierta, limitada a ambos lados por hileras de abedules. Ahora llovía a cántaros y había oscurecido por completo, lo que le obligó a aminorar y forzar la vista para ver algo a la luz de los faros.*

*Iba pegado al arcén de la derecha. En el último segundo se dio cuenta de que, entre las sombras de los árboles, se podía distinguir a una chica que corría delante de él. Frenó y giró bruscamente para esquivarla; al ver el coche, ella se lanzó a un lado con el miedo reflejado en los ojos.*

*Graeme consiguió parar a tiempo, aunque no detuvo el motor. Enseguida dio marcha atrás y encontró a la chica levantándose y sacudiéndose la suciedad y el barro. Resultaba difícil distinguir sus rasgos en la oscuridad, pero parecía de la misma edad que Rachel, con el largo cabello castaño recogido en una cola de caballo. Tenía un cuerpo atlético y llevaba unos pantalones cortos y una ajustada camiseta de deporte.*

*—Lo siento mucho —dijo Graeme—. ¿Estás bien?*

*La muchacha dio unos pasos, apoyándose sobre un pie.*

*—Sí, estoy bien. Seguramente sólo se trate de un esguince.*

*Sus ojos se adaptaron lo suficiente para distinguirla con más claridad. Era joven y muy atractiva, y parecía deliciosamente vulnerable al sostenerse con cuidado sobre el pie ileso. Algunos mechones de pelo se le habían soltado de la coleta y llevaba la ropa y la piel empapadas de lluvia.*

*—Vamos, déjame llevarte a casa —dijo Graeme, tendiéndole un brazo para*



ayudarla a caminar.

Sonrió para darle seguridad, mientras se odiaba a sí mismo por lo que iba a hacer. «No soy yo. Es el monstruo. Hay una gran diferencia».

Ella le cogió el brazo y recobró el equilibrio. Graeme era consciente de su tacto. Su cuerpo estaba lo bastante cerca como para envolverlo en un aroma a lluvia y sudor. Abrió la puerta de atrás y echó un rápido vistazo a ambos lados de la carretera desierta.

—¿Por qué no te sientas detrás? Así podrás tener el pie levantado —le sugirió.

La muchacha entró de prisa. Él se inclinó para observarla mientras se acomodaba. La luz del techo la iluminaba, sentada con la cabeza apoyada en la ventana opuesta. Su rostro húmedo conservaba un brillo rosado debido al ejercicio. Tenía los ojos brillantes. Extendió la pierna derecha en el asiento y dejó la otra colgando sobre el suelo del coche. Él vio sus muslos fibrosos y siguió el trazo de la lycra allí donde formaba una V al juntarse en su entrepierna. Su pecho subía y bajaba siguiendo el ritmo de su pesada respiración y él observó cómo se le hinchaban los senos. Ella sonrió tímidamente.

—Estoy mojando los asientos —dijo la chica.

—No pasa nada —replicó Graeme.

Dejó que el instante se prolongara un poco más, hasta que la sonrisa de la chica derivó en una risa nerviosa. Un rastro de incertidumbre asomó a su mirada. De repente, él notó que ella podía ver a través de él y reconocer sus intenciones.

Graeme cerró la puerta y se subió al asiento delantero. Miró hacia atrás y le ofreció una encantadora sonrisa.

—Tengo que parar en un sitio y luego volveremos a la ciudad, ¿de acuerdo?

—¡Oh! De acuerdo.

La chica se mordió el labio inferior. Él podía ver cómo su mente empezaba a formular preguntas, así como el primer atisbo de temor.

«Tranquilízala».

—Me llamo Graeme —dijo—. ¿Y tú?

—Kerry —dijo la chica mientras se escurría los cabellos mojados—. Kerry McGrath.

Serena tenía la mirada perdida en algún lugar, más allá de la ciudad. Él sabía que era a Graeme a quien estaba visualizando. Haciendo la ronda por las carreteras secundarias, cazando como un tigre. Graeme, abalanzándose sobre una muchacha inocente cuyo único pecado era hacer *jogging* en el momento y en el lugar equivocados.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Stride exhaló un hondo suspiro y asintió.

—Graeme mató a Kerry. Y Rachel lo sabía. Ahí empezó todo.

—Pero después de que desapareciera Rachel, tu equipo examinó el monovolumen de Graeme con un microscopio. Resulta difícil creer que no dejase ningún rastro.

—Lo hizo —dijo Stride—. Sólo que buscábamos en el lugar equivocado.

Serena frunció el ceño, confundida. Luego dio un bufido, disgustada, al encajar las piezas.

—Ese hijo de puta. Utilizó el coche de Rachel.

—Exacto —dijo Stride—. Era eso lo que no supimos ver desde el principio. Recuerdo estar escuchando la declaración de Graeme en el juicio y pensar que algo se me pasaba por alto. Lo tenía justo delante de mis narices y nunca lo relacioné. Tanto Kevin como Emily declararon que Graeme le había comprado un coche nuevo a Rachel para reemplazar el trasto que había heredado de su madre. Debería haberme fijado en la sucesión de los hechos: el Volkswagen rojo, comprado casi inmediatamente después de la desaparición de Kerry. ¿Y cómo lo llamaba Rachel? El *Bicho Sangriento*. Sí señor, ella lo sabía. Y se lo iba a hacer pagar... a su manera.

—¿Habéis encontrado el coche? —preguntó Serena.

—Sí. Localizamos a los nuevos propietarios en Minneapolis. Encontramos cabellos y microscópicos rastros de sangre en el asiento de atrás que correspondían a Kerry. Y semen que correspondía a Graeme. Se lo comuniqué a los McGrath. Se alegraron de saber que, aunque de un modo extraño, ya se había hecho justicia. Al menos, ahora saben que el asesino de Kerry no salió impune.

—¿Hubo alguna otra? —preguntó Serena.

—Ya sabes cómo es esto: estos tíos no suelen hacerlo una sola vez. Estamos buscando a otras adolescentes desaparecidas que pudieran estar relacionadas con Graeme.

Serena se envolvió a sí misma con los brazos y se estremeció, pero cuando Stride la miró, vio que no tenía frío. Se frotaba los brazos desnudos, como si intentara eliminar una mancha.

—No estoy muy segura de que haya una gran diferencia entre Rachel y yo —dijo—. Yo también sufrí abusos. Y deseé vengarme.

—Rachel no era inocente —le recordó Stride—. Jugaba a un juego peligroso.

—No la juzgues tan duramente, Jonny. Nunca sabes lo que harás hasta que no te encuentras a solas con tu monstruo. —Volvió a temblar y miró por encima del hombro—. Siento una presencia.

—Yo no creo en los fantasmas —dijo Stride.

¿O sí creía?

Por lo que él sabía, estaban rodeados de fantasmas, que empujaban para ponerse en primera fila en la estrecha plataforma. Había espíritus buenos, como Cindy, que le susurraba que había hecho lo correcto al enamorarse de Serena, y espíritus en el

limbo, como Rachel, que sonreía con sombría ironía ante los profundos cambios que había provocado en su vida. Y tal vez hubiera también espíritus maléficos, como Graeme, que le ponía a Serena la carne de gallina y conseguía asustarla tanto como cuando era una niña y estaba a solas con su propio monstruo.

Stride le levantó la barbilla para mirarla a los ojos, verdes y tiernos. Con el reverso de la mano, le acarició la suave piel de la mejilla. Intentaba ser fuerte para ella, ser el hombre que disipara sus pesadillas, alguien junto a quien ella pudiera andar, o apoyarse, según eligiera. Mientras se miraban el uno al otro, el rostro de Serena se suavizó y su miedo se disipó. En aquel momento, él supo que estaban solos en el techo del mundo, sin más espíritus que el que los unía.

—No hay ningún fantasma —le volvió a decir él con firmeza, deseoso de que le creyera.

Los labios de Serena dibujaron una sonrisa.

—No tengo ningún derecho a pedírtelo —dijo—, pero me encantaría que pudieras quedarte un tiempo.

—Yo también estaba considerando esa posibilidad.

Ella se acercó y lo besó apasionadamente. Debajo de ellos, la ciudad resplandecía.

—Bienvenido a Las Vegas, cariño —murmuró.

## Agradecimientos

Son muchas las personas que han hecho realidad este libro. A Ali Gunn, de Londres, y a su maravilloso equipo de Curtis Brown —Carol Jackson, Tally Garner, Stephanie Thwaites y muchos otros—, os agradezco la pasión con que habéis apoyado mi libro y mi carrera.

Y mi agradecimiento también a Deborah Schneider, de Nueva York. Todos vosotros habéis cambiado mi vida.

Marion Donaldson de Headline y Jennifer Weis de Saint Martin's Press han sido las editoras más apasionadas y atentas que un autor podría desear.

Robert Bond, el mayor abogado de la propiedad intelectual de Londres, es el hombre que todo lo sabe. Gracias, Robert. Alison, por si no te lo había dicho antes, lo de la hoja de cálculo fue una gran idea.

El novelista Ron Handberg y su editor, Jack Caravela, me proporcionaron una orientación que fue de gran ayuda en una etapa crucial de la edición.

A mis muchos y maravillosos amigos de Faegre & Benson —y en especial a los abogados que se cuentan entre mis lectores y al personal que me animó—, os estoy muy agradecido. Formáis un equipo estupendo. A mis buenos amigos y lectores de la comunidad de Twin Cities —Tony Carideo, Jay Novak, Lynn Casey y muchos otros—, mis más sinceros agradecimientos por vuestros buenos deseos y buenas ideas.

Un agradecimiento especial a dos mentores de mi vida: Joyce Bartky, que me dijo que me sentara en un rincón a escribir; y Tom McNamee, cuya sabiduría y consejos modificaron mi carrera para llevarme adonde estoy ahora.

A Barb y Jerry, por cuidar tan bien de *Disney* cuando teníamos que marcharnos. A Janean, por leer todos mis trabajos anteriores y por esperar pacientemente (más o menos) una copia de éste. A Janice, por tu orientación y perspicacia. A Keith y Judy, esos británicos chalados. Todos sois unos amigos maravillosos.

La gente de Duluth tendrá que perdonarme por los maléficos hechos que he situado en su hermosa ciudad (en cuanto a la gente de Las Vegas, estoy seguro de que ya están acostumbrados).

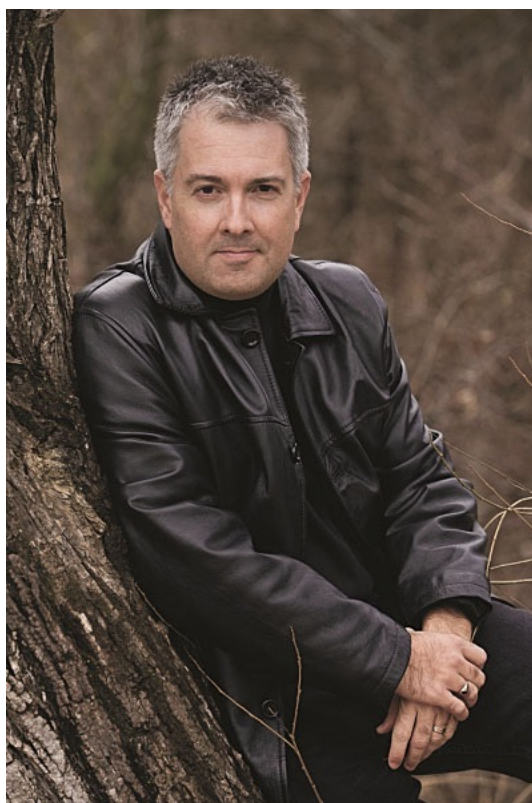
Finalmente, y lo más importante, debo mi éxito a mi esposa Marcia, que siempre ha creído en mí durante los más de veinte años que llevamos juntos; y a mi familia: mis padres, hermano, primos, tías y tíos, que continúan animándome, y a los que, como Bea, Frank, Jo y Neal, me sonríen desde arriba.

Si quieren saber más cosas sobre las historias que se esconden detrás de los personajes de este libro, visiten mi página web en [www.bfreemanbooks.com](http://www.bfreemanbooks.com).

Allí encontrarán algunos episodios suplementarios.

Espero que mis lectores se sientan con plena libertad para enviarme sus mensajes

electrónicos y hacerme saber su opinión sobre el libro. Haré lo posible por responder todas las cartas. También pueden utilizar la página web para mandar información sobre la novela a sus amigos. Y pueden registrarse en mi lista si quieren recibir un adelanto cuando mi próximo libro vaya a salir a la venta.



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de marketing y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: [www.bfreemanbooks.com](http://www.bfreemanbooks.com)

# Notas

[1] En español en el original. (N. de la T.) <<



[2] Actriz porno. (N. de la T.) <<

[3] Popular cadena de cafeterías. (N. de la T.) <<

[4] Serie de televisión norteamericana que narra las aventuras de dos jóvenes investigadores aficionados. (N. de la T.) <<